

A man with a beard, wearing a dark jacket and a patterned scarf, is driving a classic car. A woman with long blonde hair, wearing a brown leather jacket, is sitting in the passenger seat. The background shows a city skyline across a body of water, with a bridge visible on the right. The overall tone is romantic and nostalgic.

En Carrera *al amor*

✿ Mary Kate Williams ✿

En carrera al amor

Mary Kate Williams

Titulo: En carrera al amor

Copyright © 2019 Mary Kate Williams

Registro de la Propiedad Intelectual

Cubierta: Imagen utilizada con licencia Depositphotos TM

Segunda edición: Noviembre 2019.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

CAPÍTULOS

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[EPILOGO](#)

CAPÍTULO 1

FELIX

El vehículo que estaba mirando era más bonito de lo que esperaba. Mucho más confortable.

Mi hermano Stan me había llamado ese sábado por la mañana para decirme que había encontrado algo que quería que viera. Después de hacerle algunas preguntas curiosas y puntiagudas y de recibir respuestas evasivas, me dirigí a su casa para ver de qué demonios estaba hablando.

Tenía un Mustang Fastback de 1967 en su garaje. No era de catálogo. De hecho, dudé de que algo de la maldita cosa fuera parte de la marca. Estaba arreglado, y la pintura verde metálica brillaba en la tenue iluminación de su garaje. Unas manchas de oro y plata brillaban mientras caminaba alrededor del auto como si me estuviera guiñando el ojo. Prometiéndome la victoria.

—¿Qué te parece? —Preguntó él mientras metía las manos en los bolsillos de sus vaqueros y se mecía sobre sus talones.

Me detuve detrás del auto y miré a mi hermano menor. Había recorrido un largo camino desde una lesión en la cabeza hace seis meses. Su cabello rubio no le estaba creciendo bien en el lado derecho, donde una bala se había clavado en su cráneo. El hecho de que todavía estuviera vivo y en pleno funcionamiento era realmente un milagro, algo por lo que estaba agradecido todos los días. Stan era la única familia que me quedaba, y alguien casi me lo había quitado.

Sus ojos cafés avellana eran brillantes y mostraban ansiedad. Me había dicho que tenía planes desde hacía semanas para conseguir este coche. Su duro trabajo parecía haber valido la pena, y ahora tenía un monstruo en su garaje que fácilmente habría valido cien de los grandes. Más o menos.

Asentí con la cabeza. —Ella se ve suave. Abre la capucha.

Stan sonrió e hizo lo que le pedí. Sus botas golpearon el concreto liso del piso del garaje, y él abrió el capó y lo sostuvo abierto. Dio un paso atrás mientras yo me acercaba al auto para observar el intrincado trabajo que se le había hecho al motor.

—Mierda —respiré.

—Es rápida —dijo Stan.

—¿Cuáles son tus planes para ella? —le pregunté.

Stan me sonrió con suficiencia y no dijo nada.

Entrecerré los ojos mientras la sospecha me hacía cosquillas en el estómago. —Stan. ¿A qué estás jugando?

Se encogió de hombros y dejó caer el capo. Se golpeó los nudillos suavemente en el lugar sobre el faro derecho. —He investigado un poco. Hay una carrera esta noche en los muelles. Kamille lo dirige.

—¿De quién escuchaste eso?

—De la propia Kam. —Se rió.

Asentí con la cabeza a sabiendas—. ¿Cuánto tiempo has estado husmeando en esa mierda?

—No mucho tiempo. Sólo le pedí que me avisara cuando se coordinara la próxima carrera. Esta es grande, Félix. El circuito no está mal, y el primer lugar te garantiza un puesto en la clasificación para *Las Calles*. Sin mencionar que te irías con 40.000 dólares.

—¿Cuál es el precio de entrada?

—Cinco mil —contestó.

Me acaricié la barbilla. Tenía esa cantidad de dinero dando vueltas en casa. No sería difícil de pagar la carrera. Lo difícil sería volver a un mundo que creía que había terminado, un mundo que me había masticado, escupido y luego pisoteado por todos lados, por si acaso.

—¿Sabes quiénes son los otros conductores? —Le pregunté.

Stan agitó la cabeza. —No. Tuve que apretar a Kam para que me diera la información, como siempre. Pero dijo que, si querías entrar, tenías una buena oportunidad de estar entre los tres primeros al menos. Quiere que vuelvas, hermano. Lo dijo ella misma. Y ya conoces a Kam, no es de las que muestran su parcialidad.

—No, no lo es —me murmuré a mí mismo. Hice otra vuelta alrededor del auto. Las líneas eran elegantes, y el cuerpo había sido modificado sólo un poco. La pintura verde bailaba mientras yo caminaba alrededor de ella en círculo y me detenía frente al auto de nuevo—. ¿Cuánto te debo por el auto?

Stan se rió. —Nada, hombre. Ella es nuestra. La guardamos aquí, y ambos podemos llevarla cuando queramos. Si ganas, puedes compartir el premio. ¿Te parece justo?

—Más que justo —respondí.

—¿Significa esto que vas a ir a por el premio? —Me mojé los labios—. ¿Estará Dalton allí?

Stan dudó en responder. Miró al coche y luego me dijo:. —No hay garantía, pero me sorprendería si no estuviera.

Jared Dalton había sido mi perdición hace seis meses. También fue él quien apretó el gatillo y enterró la bala en el cráneo de mi hermano.

Y me había robado a mi esposa.

Tenía una cuenta pendiente con ese cabrón. Era un tipo malo y sucio, y la ley no significaba nada para él. Se había salido con la suya disparando a mi hermano por allanamiento. Stan, mi amigo Dave, y yo habíamos ido a su casa a buscar a mi esposa, Eloise, cuando creí que la habían retenido contra su voluntad. Resulta que ella me apuñaló por la espalda y me cambió por el sucio Jared Dalton.

No tenía sentido para mí en ese momento, y la verdad es que no tiene sentido hasta ahora. —¿Crees que estarías listo para eso? —preguntó Stan.

—¿Para qué? —Le pregunté.

Stan me guiñó el ojo. —Para enfrentar a Jared

—Oh. No lo sé. Supongo que lo averiguaremos.

—¿Así que eso es un sí? ¿Correrás? —me pregunto expectante.

No podía pensar en una mejor manera de pegarle a Jared que patearle el trasero en la carrera callejera anual más grande que existió en la ciudad de Nueva York. Era arriesgado involucrarse de nuevo con esta mierda, pero la recompensa valdría la pena. Venganza. Efectivo. El título.

Mi título.

Mi equipo había sido el primero en la escena de las carreras clandestinas durante años, y yo era su líder. Nunca habíamos elegido un nombre para nosotros mismos, pero una vez que nuestra presencia se hizo conocida, nuestros fans nos otorgaron el sobrenombre de “Street Kings”. Y me gusto, fue como anillo al dedo. Preciso.

Aparecer en los muelles tendría repercusiones. Todo el mundo sabría que he vuelto. Jared Dalton, Brett Paul y Eloise, gente a la que desearía no tener que volver a ver nunca más. Gente que odiaba por lo que me habían hecho. Pero no era un tonto. Necesitaba un cierre, y ¿qué mejor manera de lograrlo que ganándoles en su propio juego?

Seguramente Jared y Brett pensaron que serían los candidatos ideales para ser los vencedores

de Las Calles este año. Los otros competidores podrían hacernos pasar un buen rato, pero nadie corría tan sucio como ellos dos. Harían cualquier cosa para ganar.

Yo también lo haría.

—Correré —dije. Stan aplaudió con emoción—. ¡Claro que sí! Me alegro de no haber derrochado en esta bestia verde para nada.

—¿Estás corriendo? —le pregunté.

Agitó la cabeza. —No. Ya te he clasificado para Las Calles y tengo un puesto en la partida para la primera carrera del próximo fin de semana. Entré gratis —Él guiñó el ojo.

—¿Cómo lo hiciste? —le pregunté intrigado

—Hice un trato con Kam

—¿Cuál es?

Se rió. —Si podía hacer que volvieras, ella me metería gratis

Puse los ojos en blanco. —Por supuesto. Debería haber sabido que ustedes dos estarían conspirando juntos en esto.

—Es por tu propio bien, hombre.

—Tal vez —contesté.

—Además, ¿por qué querría gastar mi dinero si sé que me vas a patear el culo ahí fuera? Voy por el segundo o tercer puesto. El primero es tuyo.

Me sonreí. —Al menos conoces tu lugar

—Sí, púdrete, Félix. Bastardo engreído.

Me reí y él también, y luego fue a la mini nevera en la esquina de su garaje y tomó dos cervezas. Me tiró una lata, la abrí y bebí. —¿A qué hora tenemos que estar allí esta noche?

—La carrera empieza a medianoche, pero hay que estar allí a las diez para inscribirse. Has estado fuera del juego por un tiempo, así que Kam necesitará más tiempo contigo.

Medianoche. Parecía tanto tiempo. Mi estómago ya estaba apretado por los nervios ante la idea de volver al mundo de las carreras.

Eché de menos los coches. Echaba de menos el rugido de los motores y el olor a gasolina espesa y pesada en el aire. Echaba de menos el pavimento mojado, las llantas en llamas, los gritos de emoción al pasar la línea de meta.

Me lo perdí todo y nada de todo a la vez.

Eloise me había arruinado. Ella y yo habíamos hecho toda la carrera juntos. Nos conocimos en la pista, y ella me envolvió en su dedo meñique en cuestión de horas. No se parecía a ninguna mujer que yo hubiera conocido, y la seguí como un cachorro perdido, desesperado por saber cualquier cosa sobre ella. Era veterinaria. Su pasión por los animales y las personas fue lo que me atrajo hacia ella. Se mostró cálida, amistosa y dulce, y cuando descubrí que sabía moverse entre tuercas, me enamoré.

Salimos durante catorce meses antes de que le pidiera matrimonio. Ella dijo que sí, por supuesto.

Nuestra boda fue una pequeña ceremonia. A ninguno de los dos nos quedaba mucha familia, así que nos casamos en nuestra casa en el patio trasero en medio del verano. Llevaba un vestido blanco que caía al suelo. Recuerdo que tenía manchas de césped en el dobladillo al final de la noche. A ella no le importaba. Me dijo que estaría arrugada después de coger de todos modos.

Ella era mi chica. Mi todo.

Y entonces, de repente, después de un año de matrimonio, no lo era más.

No tenía la ilusión de que éramos la pareja perfecta. Comenzamos con bastantes peleas, y ambos éramos tan tercos como mulas. Hizo algunas escenas épicas de gritos. Me puso las manos

encima en ataques de rabia, y cuando me vi forzado a hacer que dejara de golpearme sujetándole las muñecas, se ponía tan cachonda que nos poníamos a follar dondequiera que empezara la pelea. Cocina. Sala de estar. En el patio trasero. No importaba. La pasión era una locura.

Fui un tonto al creer que sería suficiente.

Recordé el día que fui a la casa de Jared Dalton después de pensar que había secuestrado a mi esposa. Mi ira había sido incontrolable. Dave y Stan estaban conmigo como apoyo. No tenía ni idea de lo mal que se iban a poner las cosas. Todo en lo que podía pensar era en alcanzar a mi chica. Salvarla. Protegerla de ese monstruo.

Cuando llegamos y la puerta se abrió y la encontré allí de pie por su propia voluntad, sonriéndome de una manera que me retorció por dentro, todo se desmoronó. El tipo me dijo que ella había terminado conmigo. Luego me apuntó con un arma al pecho. Y ella simplemente observó todo con suficiencia y sin que se le moviera un solo músculo.

Pensar en lo que pasó me dio vueltas la cabeza.

—Oye, ¿Félix? —Miré a mi hermano. Estaba apoyado en su banco de trabajo al otro lado del garaje. Su cerveza estaba en una mano mientras se apoyaba contra el banco con la otra.

—¿Qué? —Le pregunté.

—¿Crees que Eloise estará allí?

Claramente, él se había perdido en el pensamiento sobre las mismas cosas. Ese día había sido un infierno para él también.

Casi se muere después de todo.

Suspiré y me tomé el resto de mi cerveza. —¿Quién mierda sabe?

—¿Qué harás si ella está?

Lo miré a los ojos. —Ni una maldita cosa. Voy a ganar. Eso será suficiente. Ese es mi propósito.

CAPÍTULO 2

JANA

Bajé la visera y usé el pequeño espejo para delinear y rellenar mis labios con mi tono favorito de rojo. Dave, mi hermano mayor, estaba en el asiento del conductor tocando el tambor con los dedos en el volante al ritmo de la canción de rock que sonaba a través de los altavoces. Su cabeza se inclinó al compás de los golpes mientras sus ojos verdes oscuros escudriñaron la intersección cuando esperaba que nuestra luz cambiara.

Mi mejor amiga Ginger Brown estaba en el asiento trasero de su cupé. Me miró en el espejo y me dio una amplia sonrisa.

—Pareces emocionada, Gin —dije mientras volvía a enroscar la tapa en mi color de labios.

Ella asintió con entusiasmo y luego desapareció de mi vista mientras volteaba la visera hacia arriba. Me retorcí en mi asiento para enfrentarme a ella.

—Estoy emocionada. No he ido a una de estas carreras en meses. Tal vez hasta un año. Gracias por invitarme esta noche

—Por supuesto —dije antes de golpear la parte superior del brazo de mi hermano—. Dave y yo estamos felices de tenerte con nosotros. Además, si no me acompañaras, me quedaría sola en la banda mientras los chicos corren. Y eso no es nada divertido

Dave se apartó de la línea cuando la luz se puso verde. —Todavía no estoy contento de que seas la chica de la bandera —murmuró antes de girar a la derecha.

—¿La chica de la bandera? —preguntó Ginger.

Asentí con la cabeza. —Sí. Kam me pidió que empezara la carrera. Tengo que agitar la bandera para que los pilotos sepan que la carrera está en marcha

—De ahí el escaso atuendo —dijo amargamente Dave.

Ginger se rió en el asiento trasero mientras me miraba. No estaba vestida con poca ropa. Llevaba un par de polainas de cuero de cintura alta, botas negras de muslo alto y una camiseta negra. Sólo se veía un par de pulgadas de mi estómago, y estaba por encima del área del ombligo. La chaqueta vaquera negra que llevaba puesta también escondía algo de piel. —Este no es un traje pequeño

Dave me miró—. ¿No?

—No. No lo es. Te señalaré los trajes pequeños cuando lleguemos allí. Las chicas aparecen en trajes de baño a estas cosas, por el amor de Dios. Y mira este tiempo. No es apropiado para un traje de baño.

El cielo estaba tan lleno de nubes que las estrellas eran imposibles de ver mientras nos dirigíamos a las afueras de la ciudad hasta los muelles. Estaba segura de que iba a llover. Por esa razón, las botas.

—No te habría dejado venir si hubieras intentado usar un traje de baño —me respondió mi él. Puse los ojos en blanco. —No eres mi jefe, lo sabes ¿Verdad?

—Al contrario

—Niños... —dijo Ginger desde atrás. Se inclinó hacia delante y agarró los lados de los asientos. —Juguemos limpio. Va a ser una noche divertida. ¿Y quién sabe? Tal vez Dave sea el primero en cruzar la línea de meta, y los dejará 40.000 dólares más ricos.

Dave se rió y la miró por el espejo retrovisor. —No estoy en esto para ganar, Gin. Sólo quiero

estar en la mitad superior para tener un lugar en Las Calles el próximo fin de semana.

Ginger hizo pucheros. —Oh, vamos. Nunca se sabe. Ganar no está totalmente fuera de la mesa.

—Un pajarito me dijo que Félix Larsen corría esta noche. Así que estoy bastante seguro de que no estaré cruzando la línea al frente de la manada.

Miré fijamente a mi hermano—. ¿Félix está corriendo?

—Eso escuché.

—¿De quién? —Le pregunté. Se me disparó una sonrisa tímida—. ¿Por qué tanta curiosidad, hermana?

Miré por la ventana del pasajero. La primera gota de lluvia de la noche cayó cerca de la cima y se deslizó hacia abajo. —Nada es por saber. Sólo estoy sorprendida, eso es todo. No lo he visto desde hace mucho tiempo, bueno, ya sabes. Todo el asunto de Eloise.

Podía oler el perfume de Ginger mientras metía la cabeza entre Dave y yo. —Han pasado seis meses desde que ella lo dejó, ¿verdad? Tal vez finalmente está con su cabeza despejada para volver al volante.

—Tal vez —dije.

—¿Dave? Tú eres el que más lo ve. ¿Cómo ha estado? —preguntó Ginger.

Dave se encogió de hombros mientras nos dirigíamos a una de las carreteras más bajas que conducían a los muelles. Me agarré el cuello para mirar hacia abajo por la sinuosa colina. Los contenedores de embarque y el océano oscuro estaban a mi lado derecho mientras pasábamos por debajo de un paso elevado y emergíamos en un área abierta llena de coches y gente. Mi estómago se llenó de emoción cuando Dave se acercó a un lugar con una pancarta que decía “Conductores”. Puso el auto en el estacionamiento y nos miró a Ginger y a mí. —Esta tan bien como se puede esperar. Si yo fuera tú, no le preguntaría. El hecho de que aparezca esta noche es suficiente para que crea que por fin se ha calmado. Stan fue quien lo convenció, y su propio hermano no lo empujaría a esto si no creyera que estaba listo.

Revisé mi lápiz labial en el espejo cuando Ginger y Dave salieron del auto. Pobre Félix. Sólo lo había visto unas pocas veces después de su ruptura con Eloise. Si se puede decir que fue una ruptura. Fue más bien un desastre explosivo, dramático y desgarrador. La primera vez que lo vi fue una semana y media después, cuando Dave lo trajo de vuelta a su casa después de encontrarlo borracho en un bar. Estaba tan borracho que para cuando lo puso en el sofá, se había desmayado enseguida.

Las dos veces después de eso habían sido muy parecidas, excepto que estaba consciente y enojado. Muy enojado.

Desde que conocí a Félix, que fue hace unos diez años, había oído rumores de que era un tipo que daba miedo. Nunca les creí porque lo que vi de él era bueno. Tenía un gran corazón y una fuerte moral. Se puso de pie por lo que era correcto y luchó duro por la gente que le importaba, como mi hermano y su propio hermano, Stan.

Cuando la gente me contaba historias sobre él, siempre pensé que estaban mintiendo o exagerando. Sabía historias de peleas en las que había estado y el daño que había ocasionado a otros hombres. Conocía a gente aterradora que le tenía miedo.

Me di cuenta de lo equivocada que estaba cuando lo vi enojado y borracho esas veces después de que Eloise lo dejó. Era suficiente para llenarme de un miedo nauseabundo. Dave y Stan tuvieron que sujetarlo una vez cuando se fue. Ninguno de ellos sabía lo que lo provocaba, pero estábamos tomando un par de copas cuando intentó empezar una pelea con un grupo de motociclistas que parecían del tipo que limpiaría el pavimento con él. A Félix no le importaba. Quería el dolor.

Si no fuera por Dave y Stan, esa noche habría salido todo muy, muy mal. Se las arreglaron para someter a Félix y sacarlo del bar. Entonces, naturalmente, Félix quería luchar contra ellos. Y lo hizo. Fue sangriento y terrible y uno de los peores recuerdos que tengo.

Pero aun así confiaba en él.

Era extraño. Pero no loco. Stan y Dave también confiaban en él. No le temían. Ellos lo entendieron, y yo estaba bastante segura de que yo también lo hacía.

Su corazón había sido roto por la única persona con la que había bajado la guardia. Estaba enfadado. Traicionado. Destruído.

Me alegró saber que las cosas le iban bien.

Salí del coche y seguí a Dave y a Ginger hasta la cabina de registro. Había demasiada gente alrededor para que yo pudiera ver el final de la línea, pero Dave era un profesional experimentado en esto. Sabía dónde pararse y esperar.

Mientras Ginger y yo estábamos con él, miramos a nuestro alrededor. Cada segundo llegaba más gente. El zumbido de los motores en marcha nos llenó los oídos mientras los que no corrían abrían sus capós para mostrar las obras maestras que había debajo. Las mujeres caminaban con trajes pequeños, legítimos, no sólo con camisetas y pantalones, y les mostraban sonrisas sexys a los conductores.

La lluvia empezó a caer después de hacer cola durante quince minutos más o menos. Pasé mis dedos a través de mi grueso cabello castaño para deslizarlo hacia atrás. Me había tomado el tiempo para alisarlo, y ahora la lluvia lo haría ondular de nuevo.

Me estiré hasta las puntas de los dedos de los pies para mirar a través de la línea hasta la mesa de registro. No podía distinguir ninguna cara conocida, y esperaba ver a Félix en algún lugar de la multitud.

—Aún no ha llegado —dijo Dave. Le eché un vistazo.

—Félix —aclaró él—. No está aquí.

—Oh. No lo estaba buscando. Yo sólo estaba...

—Ajá —dijo Dave, dándome ese suspiro fraternal de no creo en ti. Asintió con la cabeza a Ginger—. ¿Por qué no dan una vuelta y comprueban la escena? Tal vez reconozcas a algunas personas. Estaré aquí un rato

Miré a Ginger. —¿Quieres deambular? —Ella sonrió. —Claro que sí.

La tomé de la mano y saludé a Dave mientras nos escabullíamos entre los cuerpos apenas tensos y vestidos. Nos liberamos de la multitud que rodeaba el área de registro y decidimos avanzar hasta llegar al punto de partida de la carrera. Siempre me ha gustado mirar la línea de salida antes de que todos los coches estuvieran allí.

Se había pintado una línea sobre el asfalto negro con pintura roja en aerosol. Había una bandera roja sobre el respaldo de una silla a un lado de la pista, y sabía que sería mía para cuando llegara el momento. Hombres y mujeres ya se habían reunido alrededor de los bordes de la carretera para asegurar el lugar perfecto para ver el inicio y el final de la carrera. Los coches salían de este punto y volvían a dar la vuelta, haciendo su camino a lo largo de la pista señalizada hacia arriba, por encima del paso elevado y a través de la ruta que había sido planeada por Kam. Ella tenía acceso al departamento de policía y sabía qué calles estarían libres de policías y cuándo mantener nuestro pequeño anillo de carreras en secreto. Por supuesto, la policía si se enteraba de las carreras nos arrestaba de vez en cuando, pero por lo general podíamos escapar.

Las mariposas volaron en mi estómago. Había pasado demasiado tiempo desde que estuve en uno de estos. Tenía muchas ganas de ver los coches y quién estaba corriendo. Los pilotos siempre determinaban lo emocionante que sería una carrera.

Si Félix realmente viniera esta noche, sería un espectáculo y medio. La gente de la banda no tenía ni idea de cuál iba a ser su noche.

Ginger y yo nos dimos la vuelta para bajar por una fila de autos con capós rotos. Me detuve al lado de un Skyline púrpura y estaba a punto de hablar con el conductor cuando vi a un hombre que me puso la piel de gallina.

Brett Paul. La rata de la escena de las carreras clandestinas.

Estaba parado a tres coches de distancia de Ginger y de mí. Había una sonrisa de satisfacción en sus delgados labios mientras acarició su mandíbula llena de rastros y se rió de algo con el conductor, que era un joven delgado que parecía más que un poco nervioso. Cualquiera estaría nervioso hablando con Brett. Era un tramposo baboso y malvado que haría cualquier cosa para ganar, incluyendo, pero no limitado a tratar de matarte. Tampoco se oponía a mutilarte horriblemente. Tenía un historial con la policía y había estado en prisión acusado de asalto, carreras ilegales y robo.

Tragué y agarré a Ginger de la mano. —Vamos. No quiero que ese tipo me vea

—¿Qué tipo? —me preguntó mientras yo la arrastraba detrás de mí.

—El que está junto al coche azul. Con los pendientes y los tatuajes. Es un mal tipo en serio, Gin. Si alguna vez se te acerca, cruza la calle y ve por otro lado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo, sonando un poco insegura mientras tropezaba detrás de mí.

Si Félix viniera a esta cosa esta noche, no estaría contento de encontrarse con Brett. No estaría nada contento.

CAPÍTULO 3

FELIX

—Santo cielo —murmuré mientras Stan nos conducía por debajo del paso elevado y hacia el claro dónde estaban reunidos todos los conductores y miembros de la escena clandestina.

Había un montón de gente. Al menos doscientos cincuenta. Esto era mucho más grande de lo que esperaba, y un poco de ansiedad empezó a masticar mis entrañas.

Stan se ralentizó hasta arrastrarse mientras conducíamos a través del enjambre de cuerpos. La gente se apartó de nuestro camino la mayor parte del tiempo, y me alegró que el Fastback tuviera las ventanas tachadas. No estaba seguro de querer ser reconocido todavía.

Los ojos se dirigían al coche verde como las polillas a una llama. La gente se detuvo y apuntó, y Stan aceleró un poco el motor.

—Basta de esa mierda —le dije.

—¿Qué? Sólo les estoy dando un espectáculo

—No quiero avisar a nadie de lo que hay debajo de nuestra capucha. Lento y constante.

Stan se quejaba de que yo no era nada divertido, pero no me importaba. Encontró un lugar para estacionar y apagó el motor. Me tiró las llaves y yo me las metí en el bolsillo—. ¿Cuál es el plan?

Me di la vuelta y miré por la ventana trasera. Habíamos pasado por la mesa de registro, donde sabía que Kam estaría recopilando información de todos los conductores. —Voy a ir a registrarme. Quédate con el coche. Como dije, no quiero que nadie sepa lo que hay debajo de su capucha. Eso es sólo para tenerlo en cuenta nosotros.

—Es mejor ser subestimado que sobreestimado, ¿verdad? —Stan guiñó el ojo. Me reí. — Estás entendiendo

Stan salió del coche. La gente ya se estaba reuniendo alrededor del Mustang y quería hacer preguntas. Stan dirigió su atención hacia él, diciendo que era el dueño, y lo oí rechazar las solicitudes de ver debajo del capó mientras me deslizaba por el lado del pasajero y me escabullía entre la multitud para llegar a la mesa de registro.

Me puse delante de un chico joven que me miró mal pero no me dijo nada. Había ventajas en verme así.

Sólo tuve que esperar un par de minutos antes de sentarme a la mesa. Una bella mujer estaba sentada allí sola con la cabeza gacha mientras rellenaba los últimos datos del conductor anterior. Su pelo era rojo. No un rojo natural o un rojo de camión de bomberos, sino un rojo casi púrpura. Era largo y grueso y colgaba en una cortina frente a su cara mientras su mano se movía frenéticamente de un lado a otro al tiempo que escribía.

—Siguiente —dijo ella, sin molestarse en mirar hacia arriba—. ¿Eso es todo lo que obtengo? ¿'Siguiente'?

Kam levantó la vista con una sonrisa que rizaba su boca. —Bueno, que me parta un rayo. Félix Larsen, mi engréido favorito. —Se puso de pie y caminó alrededor de la mesa para abrazarme. Sus pechos más bien grandes se aplastaron contra mi pecho, y cuando nos separamos, ella besó mi mejilla—. ¿Cómo has estado?

—Estoy bien. Te ves muy bien

—Más vale que lo haga —dijo ella, poniendo una mano en su cadera y golpeándome con sus pestañas. —Este cuerpo requiere mucho trabajo

—Sólo puedo imaginarlo —dije. Kam era una mujer hermosa. Era el tipo de mujer que los hombres no podían dejar de mirar cuando entraba en una habitación. Sus rasgos eran feroces, sus ojos calculadores e inteligentes, y tenía una boca que rizaba el cabello de cualquier chica de al lado.

—Si alguna vez buscas a alguien que te haga compañía por la noche, tienes mi número —ronroneó mientras me metía el dedo por el pecho.

Le cogí la muñeca y le mostré una seductora sonrisa. —Creo que ambos sabemos que sería una mala idea.

—Tal vez. —Se encogió de hombros. Luego caminó alrededor de la mesa y se sentó. —Estás aquí para correr, no para coquetear conmigo, supongo.

—Sí, señora.

—¿Qué estás conduciendo?

—Un'67 Mustang Fastback

Sus cejas se alzaron mientras me miraba—. ¿Y planeas ganar esta noche?

—No estoy aquí para perder.

—Los otros autos son más rápidos, Félix. Tenemos Skylines y RS todos modificados. Puedo mover los hilos, pero no puedo ayudarte a ganar una carrera si conduces una caja vieja.

Me reí. —Sólo escríbelo, Kam

Ella chasqueó su lengua hacia mí. —Esa confianza. Siempre tan excitante. —Tomó una placa amarilla a su lado con el número diecisiete. —Buena suerte ahí fuera, Félix

—Gracias.

Cuando me di la vuelta para irme, ella me llamó y yo la miré. Ella guiñó el ojo. —Es bueno verte de vuelta. Entrégalo todo ahí fuera, ¿quieres?

—Sabes con quién estás hablando, ¿verdad?

Ella sonrió y desapareció de mi vista cuando el siguiente conductor se acercó para registrarse.

Corté a través de la multitud y dibujé ojos a medida que avanzaba. La gente me reconocía e inclinaba la cabeza en susurros que probablemente pensaban que no podía oír.

—Mierda. ¿Es ese Félix Larsen?

—¿Quién es?, ¿Félix Larsen?

—Ese es el tipo que ganó cinco años seguidos en Las Calles. El del problema con Jared Dalton.

—Oye, mira. ¡Es Félix Larsen!

—Él es el que se casó con Eloise Larsen.

—Él es el rey de las calles.

Mantuve mi atención en línea recta e ignoré el murmullo de la gente a mi alrededor. Cuando llegué a mi auto, Stan estaba allí con otro tipo. Se dieron la mano y se golpearon los hombros cuando me acerqué al capo. Era Dave, mi mejor amigo, y me puso un brazo sobre los hombros.

—¡Félix! Mierda, hermano, me alegro de verte. Es un poco raro estar de vuelta, ¿no?

—Un poquito —dije, golpeándolo en las costillas con mi codo para que me soltara.

Gruñó y se frotó el costado mientras su brazo caía de mis hombros—. ¿Ya te has registrado?

—Sí —Contesté rápidamente

—¿Intentó Kam utilizar sus mejores movimientos sobre ti?

—Por supuesto que sí —le dije.

Dave frunció el ceño. —Lo que daría porque esa mujer me mirara como te mira a ti. Es una diosa, hombre —Stan rastrilló sus dedos a través de su húmedo y rubio cabello. La lluvia estaba aumentando. —Kam te comería para desayunar, Dave. Sé realista. Es una serpiente y tú eres un

ratón —di algunas palmaditas de consuelo en el hombro de mi amigo—. Díselo, Stan

Mi hermano se rió y asintió. —¿Te encontraste con alguien que conozcas aparte de Kam?

—No —dije.

—Tal vez tuvimos suerte. Tal vez Jared y Brett no estén aquí esta noche.

—No creo que tengamos tanta suerte —contesté—. Estarán aquí

Dave se rascó la nuca. —Esperaba que no vinieran. No me apetece competir contra ellos esta noche.

—¿Vas a conducir esta noche? —Le pregunté.

Mi amigo asintió. —Sí. Tengo un coupé improvisado estacionado justo ahí. Tendría una oportunidad de colocarme en lo alto si Jared y Brett no aparecen.

—La noche aún es joven —dijo Stan.

Dos mujeres jóvenes se liberaron de la multitud mientras hablábamos de las posibilidades de Dave de terminar la carrera entre los cinco primeros. Reconocí inmediatamente a la hermosa morena. Jana, la hermana de Dave, avanzó hasta detenerse junto al coche y se llevó su melena de pelo oscuro y húmedo por encima del hombro. Ella le sonrió a Stan en un saludo, y entonces sus grandes ojos azules se deslizaron hacia los míos.

—Félix —dijo ella—, me alegro de verte.

Cerró la distancia entre nosotros a pasos agigantados y me abrazó por los hombros. La abracé y vi a Dave mirándome. Estaba consciente de dónde ponía mis manos en su espalda. No demasiado bajo. Aunque su trasero se veía fenomenal con sus polainas de cuero.

Se alejó y asintió a la chica que estaba a su lado. —Esta es mi mejor amiga Ginger. Creo que se conocieron hace un tiempo en algunas de las viejas carreras.

—Recuerdo —dije—. Encantado de verte, Ginger

—Para mí también es un gusto verte —dijo ella. Sus mejillas eran de color rosa brillante. Ella era una linda chica con pelo castaño corto, piel clara y más pecas de las que un hombre puede contar. Miró a todos lados menos a mí cuando me volví hacia Jana.

Jana Gilmore. Maldita sea, nunca la había visto así antes. La última vez que la vi, llevaba vaqueros y zapatillas de tenis. Ahora estaba vestida como una sexy hembra con botas de tacón y un top pequeño que mostraba un estómago delgado y un poco de escote que me provocaba sonreír astutamente.

—Oye, Félix —dijo Dave—, deja de mirar a mi hermana.

Me reí. También Jana. El sonido de sus risitas era como el agua que brotaba de una fuente. Joven y libre. Le dio un golpe a su hermano en el brazo. —Déjalo en paz, Dave. Soy la chica de la bandera. Estoy aquí para que puedan verme, ¿no?

—¿La chica de la bandera? —Le pregunté.

Jana asintió con la cabeza y puso sus manos sobre sus caderas. —Sí. ¿Qué te parece? ¿interpreto el papel?

—Definitivamente. —Asentí con la cabeza.

Dave suspiró. —Va a empezar a babear pronto, Jana. Deja esa mierda de una vez. Ponte la chaqueta. —Jana le sacó la lengua a su hermano y luego me mostró una sonrisa sexy.

¿Cuándo la hermana pequeña de Dave se convirtió en una chica tan sensual?

CAPÍTULO 4

JANA

Había algo en la forma en que Félix me miraba que me hacía mojar más a cada segundo.

...y no era por la lluvia. Sus ojos mandaban electricidad a los míos y se detuvieron en mis caderas, tetas y en la franja desnuda de piel entre la parte superior de mis muslos sobre las polainas.

No quería cubrirme. Quería que mirara. Me sorprendió lo mucho que quería que me viera. Si mi hermano no hubiera estado allí, me habría lucido con gran interés, incluso habría caído en sus brazos y le habría rogado que me cogiera en el asiento trasero de su coche. Las ventanas estaban polarizadas. Estaría bien. ¿Verdad?

Agité la cabeza.

Contrólate, Jana. No eres esa clase de chica. Eres el tipo de chica que un hombre lleva a casa con su familia. El tipo de chica que hace sopa los domingos y prefiere los vaqueros a los vestidos.

Pero Félix era un nivel completamente distinto de sexy.

Sus profundos ojos eran sólo el comienzo. Tenía rasgos afilados, cuadrados, masculinos, comenzando por una de las cinco sombras que se formaban a lo largo de su mandíbula y cuello. Su pelo era corto y castaño y se le resbalaba de la frente por la lluvia. Una gota de agua se formó en la punta de su nariz y cayó como en cámara lenta hacia el pavimento.

Lo vi mientras hablaba con mi hermano y Stan. Se estaban riendo. No podía apartar la vista de su manzana de Adán o de su boca. Santo Dios. ¿Qué era lo que me pasaba? Lo había visto muchas veces antes, pero nunca me había sentido atraída por él así. Esto era... una locura.

Un fuerte silbido cortó la multitud. Félix se quedó callado y se giró, dándome la espalda, mientras todos se enfrentaban a la dirección del registro. Kamille Cross, conocida como Kam por los conductores, estaba parada en la parte superior de su mesa con las manos ahuecadas hacia su boca. Anunció que eran las doce menos cuarto de la noche y que los conductores deberían llevar sus coches a sus puntos de partida.

Félix se encogió de hombros y me costó mucho trabajo no babear mientras le miraba la espalda.

Sus hombros eran anchos, y su cintura se estrechaba, pero no de forma dramática. Su camisa era azul marino y lo suficientemente delgada como para mostrar cada músculo ondulante debajo de la tela mientras se movía. Sus omóplatos eran prominentes, y dejé que mi mirada se extendiera por sus brazos, que eran gruesos de puro músculo y forrados de venas que desaparecían bajo las mangas de su camisa.

Ginger me dio un codazo. —Vuelve a ponerte la lengua en la boca, niña.

Cerré la boca con una bofetada y sentí que mis mejillas empezaban a arder. Horrorizada de que yo no me hubiera dado cuenta de mí misma, le agradecí que me evitara la vergüenza.

—No te preocupes —murmuró Ginger mientras miraba a su alrededor—. No eres la única chica que sufre ahora mismo. Mira a tu alrededor

Lo hice. Había docenas de mujeres cerca que estaban mirando a Félix mientras abría la puerta del Mustang y tiraba su chaqueta en el asiento. La cerró de golpe, rastrilló sus dedos a través de su pelo mojado, y le mostró una sonrisa a Stan.

—Deséame suerte, hermano —dijo, y ambos chocaron sus manos.

Stan agitó la cabeza. —No necesitas suerte. Tienes esto en la bolsa. Pero no arruines el maldito auto. Es demasiado bella.

Félix soltó la mano de Stan y este le dio una palmadita en el techo del Mustang mientras caminaba hacia la puerta del conductor. —Está en buenas manos. Te veré en la línea de meta — Stan asintió con la cabeza y Félix se subió al auto.

Todos nos hicimos a un lado mientras él se alejaba a través de la multitud, que se adelgazaba a medida que todos iban a reclamar un lugar en la banda. Me puse detrás del Mustang y seguí el camino que había trazado hasta la pista. Dave, Stan y Ginger caminaron conmigo, y los chicos hablaban de las probabilidades de Félix.

—Es un ganador —dijo Dave.

—Depende de quién más esté corriendo —dijo Stan.

—No importa. No va a perder. ¿No viste la mirada en sus ojos? Era como si el viejo Félix hubiera vuelto.

—No te adelantes —advirtió Stan. —Está aquí para ganar, seguro. Pero ha pasado mucho tiempo. Hay muchos desencadenantes aquí. Me alegro de que no nos hayamos encontrado con Jared o Brett. O Eloise. Mierda, eso sería malo.

—Supongo que no están aquí esta noche —dijo Dave.

Me aclaré la garganta. —Brett Paul está aquí. Lo vi dando vueltas mientras Ginger y yo caminábamos para ver los autos

—¿Tenía una pegatina amarilla? —preguntó Stan. Asentí con la cabeza.

—Está corriendo —soltó

—Mierda.

—Estará bien —dijo Dave. —Félix tiene todo bajo control. No dejará que Brett Paul la cague por él. Dale algo de crédito.

—Es mi hermano. Tengo motivos para estar preocupado

Puse mi mano en el hombro de Dave. —Discutir sobre ello ahora no ayudará en nada. Félix está corriendo. Brett está aquí. Las cosas pasan. Vamos a actuar como adultos y maneжемoslo, ¿de acuerdo?

Dave se encogió de hombros por debajo de mi mano. —¿No deberías ir por tu bandera? Kam probablemente esté mordiendo el anzuelo esperándote.

Puse los ojos en blanco. —Eres tan dramático, Dave. Estoy en camino ahora. Buena suerte, ¿de acuerdo? No te salgas de la carretera.

Dave sonrió con suficiencia cuando cortó a la izquierda para coger su coche. —Nunca.

Ginger me saludó con la mano mientras me deslizaba entre la multitud y me dirigía al frente de la carrera. Encontré a Kam de pie con los brazos cruzados bajo sus grandes pechos. Estaba junto a la silla que aún tenía la bandera. Cuando llegué, ella me miró. —Te vas a quitar la chaqueta, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. —Absolutamente. Sabía que iba a llover.

—Buena chica. Una vez que los veinte coches estén en sus marcas, se toma la carretera. ¿Ves la X en el pavimento? —Señaló con una larga uña pintada de negro a la marca roja del asfalto.

Asentí con la cabeza. —Sí.

—Eso es para ti. Quédate ahí y no te muevas ni un centímetro. Esos coches saldrán de la línea con los pedales a full quemando el suelo. Quédate allí hasta que todos te superen. ¿Sí?

—Sí.

—Bien. Bonito pintalabios, por cierto.

—Gracias —dije, sonrojándome un poco. Kam era el tipo de mujer que todos los hombres

deseaban y todas las chicas querían ser. Era una diosa, pero no deberías querer hacerla enojar. Su palabra era ley, especialmente aquí, y a cualquier hombre o mujer que se le opusiera se le venía un huracán.

—¿Por quién apostarías? —Kam me interrogó. Ella no me miró. Sus ojos estaban fijos en los coches que se dirigían a sus posiciones de partida.

Eché un vistazo a la rueda de reconocimiento. Félix había estacionado su Mustang verde en su lugar. Dave venía detrás de él en su coupé. Me encogí de hombros. —Mi hermano está corriendo. ¿No estoy obligada a apostar por él?

Kam me miró por el rabillo del ojo. —Aquí no hay obligaciones.

—¿Quién crees que ganará entonces?

—Oh, dulce niña. ¿Es una pregunta que vale la pena hacer?

Sonreí. Ambas sabíamos quién estaba destinado al triunfo en esta carrera. Félix Larsen.

Kam suspiró. —Conduce como si el mismo diablo lo persiguiera. Apuesto a que también folla como un demonio —Mis mejillas volvieron a arder, y subí el cuello de mi chaqueta para tratar de ocultárselo.

—Probablemente.

Kam me dio una leve sonrisa. Ella no era de las que se ríen. —Tal vez algún día, una de nosotras tendrá la suerte de averiguarlo —Me mojé los labios mientras ella recogía la bandera roja y la empujaba a mis manos. —Te toca, muñeca. Dame tu chaqueta.

Me encogí de hombros en mi chaqueta, y ella me la quitó para ponerla sobre un brazo. Me ajusté la parte superior de mi top y miré la alineación de los coches. Sus faros parecían iluminar el lugar en el que se suponía que debía pararme.

Pasé por encima de la barrera que separaba a la multitud de los coches y caminé con la intención de llegar a la “X” que Kam había pintado para mí. Planté mis pies y me paré con mi peso sobre mi pierna izquierda. Saqué mi cadera y dejé que la bandera colgara en mi mano derecha, hacía el pavimento.

Kam se paró en la silla en la que estaba la bandera y se metió los dedos en la boca para silbar y llamar la atención de la multitud—. ¡Damas y caballeros, este es el momento que han estado esperando! —Un rugido de aplausos asaltó mis oídos. —Ya saben cómo funciona esta mierda. El primer coche en cruzar la línea es el ganador. Se va con cuarenta de los grandes esta noche y se garantiza un lugar en la primera serie de “La Calle” el próximo fin de semana. No hay reglas aquí. Hagan lo que tengan que hacer para cruzar la línea de meta. Pero, tienen que vivir con esas decisiones. Gente, manténganse alejados de las barreras cuando los autos crucen la línea. La mierda se pone sucia. No llamaré a una ambulancia si los atropella un coche. Ahora, ¿puedo tener un aplauso para nuestros conductores?

Los gritos de la multitud hicieron que me sonaran los oídos.

Kam anunció que la carrera comenzaría en dos minutos más. La gente en la multitud abrió cervezas y botellas de licor. Los coches aceleraban sus motores y yo miraba los parabrisas y los faros que tenía delante.

Era una sensación extraña estar en el centro de atención literal de esta manera. Se sintió bien.

El coche de Félix estaba a la derecha y el segundo de delante. Bajó la ventanilla y sacó la mano, haciéndome un saludo. Sonreí y le devolví el saludo.

Un par de autos me tocaron la bocina. Hice un pequeño giro en el lugar y más pilotos tocaron el claxon apreciativamente. Entonces el coche de delante de Félix tocó la bocina, y la ventanilla del conductor bajó. Brett asomó su babosa cabeza por la ventana y me sonrió. Sus colmillos con casquillo dorado captaron la luz. —Te pareces a la mujer perfecta para relajarse después de que

gane esta carrera, nena —Lo ignoré.

—No te hagas la tímida, Jana. Sabes que quieres un pedazo de esto. Puedo hacerte sentir cosas, chica. Cosas realmente buenas. Date la vuelta por mí otra vez —Tocó la bocina dos veces.

Maldito Brett Paul. Me hizo querer desaparecer. Él sentía algo por mí desde que empecé a venir a estos eventos con mi hermano, y no importaba cuántas veces le dijera que no estaba interesado, él no me dejaba en paz. —No puedes ignorarme para siempre, cariño. Uno de estos días, vas a dejarme entrar. Y estarás feliz de haberlo hecho

Kam me señaló. Levanté la bandera. Brett encendió las luces y aceleró el motor con fuerza. — ¡Espérame después de la carrera, nena!

Bajé el brazo, pintando un arco rojo en el aire con la bandera. Tan pronto como cayó, los coches se lanzaron hacia adelante desde sus puntos de partida. Las llantas de Brett chillaron en el asfalto mojado, y su auto se adelantó. Félix estaba justo en su parachoques cuando pasaron a mi lado.

Giré con ellos mientras los últimos vehículos cruzaban la línea y miraban las luces traseras mientras se descolgaban por la calle y bajo el paso elevado.

Una vez que todos estaban fuera de la vista, las ansiosas conversaciones comenzaron entre la multitud. Todo el mundo hablaba de quién podría ganar, y oí el nombre de Félix en muchos labios cuando salté la barrera para encontrarme con Ginger y Stan.

Stan puso un brazo sobre cada uno de nuestros hombros. —Ahora la parte divertida. Esperamos

—Odio esta parte —me quejé. Juguetonamente me tocó la barbilla con sus nudillos. —Estaba siendo sarcástico. Todos odiamos esta maldita parte. Siento como si mis bolas estuvieran en un torno.

Arqueé una ceja.

Él miró por la calle. Los autos se habían ido hacía mucho tiempo. —Mi hermano está en la pista con el maldito Brett Paul. Y donde está Brett Paul, seguro que está Jared Dalton. Es difícil no estar... preocupado.

Me mordí el labio inferior y seguí sus ojos para mirar por la calle. —Félix estará bien —dije, sonando un poco más confiada de lo que me sentía. —Es mejor conductor que los otros dos. Tú mira. Él cruzará esa línea primero.

CAPÍTULO 5

FELIX

Mis dientes estaban apretados, y yo estaba golpeando el volante cuando tomamos la primera curva después de pasar por debajo del paso elevado. Había estado un poco feliz con el detonador viendo a Jana y tan pronto como esa bandera bajó, estaba listo. El maldito auto frente a mí me había retrasado un cuarto de segundo; estaba cruzando la calle y liderando la manada, siendo un imbécil y no dejando que ninguno de nosotros lo pasara.

Supongo que ese era el nombre del juego.

Pero estaba deseando rodearlo para ver cómo este auto hacía sus maravillas. Sabía que tenía mucha más potencia que la que tenía ahora, y la única manera de dejarla volar era salir al frente.

El coche de delante era un Mitsubishi Lancer amarillo. Un auto típico en esta escena. La pintura estaba marcada por una raya azul real desde la parte delantera del capó hasta el parachoques trasero. Mientras se desviaba de izquierda a derecha, otro coche se detuvo a mi lado. Un Nissan rojo. Bajo con neumáticos anchos, fue construido para acorrallar y comerse el pavimento. Las ventanas estaban oscurecidas, como todos los demás coches de la carretera, y era imposible saber quién estaba al volante.

No importaba.

Había sólo conos en el camino puestos allí para que yo pudiera zigzaguear y dejarlos en mi espejo retrovisor.

Salimos de la carretera de la dársena inferior y nos dirigimos a una de las principales carreteras inferiores, donde el resto del tráfico se detuvo en un semáforo en rojo. La buena de Kam. Ella conocía los horarios de los semáforos y trazaba las rutas para minimizar el riesgo. Los veinte autos salieron a la intersección y tomaron la esquina, saliendo de la carretera y extendiéndose ahora que teníamos tres carriles con los que jugar.

Al chico amarillo que iba delante le costaría mucho mantener su ventaja ahora.

Yo sonreí mientras él se dirigía hacia el lado derecho de la carretera para bloquear a otro conductor que estaba tratando de arrastrarse por el costado. Lo dejé ir y mantuve mi velocidad. Esperé. No fue fácil. El auto amarillo se fue acercando a la derecha, y yo me moví hacia la izquierda exterior, creando más distancia entre los dos.

El Nissan rojo a mi lado debe haberse dado cuenta de lo que estaba haciendo. Se desvió hacia la izquierda, cortó mi carril y se acercó sigilosamente a mí para tratar de forzarme a reducir la velocidad o a que me atropellaran. No era del tipo de los que reservan energías y se ponen lentos.

Se me cayó una marcha y puse el pie en el acelerador. El coche se tambaleó hacia delante, golpeándome en el asiento mientras me alejaba del Nissan.

El amarillo estaba volviendo a la mitad de la carretera, pero había cometido un error. Mi apertura estaba allí, y la estaba tomando.

Salí corriendo delante de él, y él se metió detrás de mí. *Es como andar en bicicleta*, pensé con suficiencia.

Seguimos la pista a través de otra intersección. La luz se puso amarilla cuando pasé corriendo, y revisé mis espejos ya que otros autos en la parte trasera no llegaron antes de que el tráfico de enfrente cubriera la intersección. No estaba seguro, pero creo que vi el coupé de Dave pasar. El chillido de los frenos sonó en mis oídos, y me enganché a la derecha, lo que seguían detrás de mí

se deslizaron rápidamente y mantuve mi posición en la fila.

El coche amarillo aún estaba en mi trasero. Las luces delanteras del conductor llenaron mi visión mientras se movía de un lado a otro, casi arrastrándose detrás de mí como un maldito psicópata. El pavimento estaba mojado, y se arriesgaba a perder toda su tracción por ser un imbécil.

Me balanceé hacia adelante y tuve que hacer algunos ajustes rápidos mientras mi auto trataba de girar hacia un lado. Lo volví a poner en línea cuando el coche amarillo se acercó a mi lado.

La ventanilla del conductor bajó.

Brett Paul. Por supuesto. Debería haberlo sabido. ¿Sabía que era yo en el Mustang?

No importaba. Lo que importaba era que el camino se estrecharía en un solo carril entre dos edificios. Era difícil de decir desde esta distancia, pero parecía que el estrecho carril tenía al menos cuatro cuerdas de largo. Sólo uno de nosotros iba a entrar.

Brett intentó embestirme de nuevo, y tuve que desviarme a la derecha. Revisé mis espejos. Ningún otro coche estaba cerca de adelantarnos. Por ahora, Brett y yo éramos los únicos en esta carrera.

Agarré el volante y pisé el acelerador. Brett también hizo rugir su coche, y ambos corrimos hacia la estrecha abertura. El pavimento parecía pasar por debajo de mí a una velocidad espantosa, y todavía estábamos cabeza a cabeza.

Sabía una cosa sin duda. Si no me ponía delante de él, Brett no retrocedería. Entraba por el costado del edificio para evitar que yo pasara.

En el último segundo, tiré del volante a la izquierda y me desvié del rumbo. Pasé por encima de una sección de la acera y casi pierdo el control del coche cuando Brett desapareció en el estrecho carril. Podría haber sido mi imaginación, pero estaba seguro de que le oí dar un grito de victoria.

Presioné mucho al Mustang para recuperar el tiempo perdido. Conduje por una calle lateral que no estaba seccionada para la carrera. Me arriesgaba a que me viera un policía o a que me denunciara un ciudadano. Estaba conduciendo sin placas, y mi motor estaba rugiendo cuando me salté un semáforo en rojo y giré a la derecha para volver a la pista. Estábamos en el tramo final de la carrera, y salí unos tres metros detrás del coche de Brett.

Se desvió por todas partes para bloquearme.

Tomó la última curva con fuerza y me obligó a salir. Perdí más terreno con él.

Nos enderezamos para tomar la final inmediatamente. La línea de meta era una mancha en la distancia. Tenía como una milla y media para atraparlo y tomar la delantera.

—Vamos —grité, golpeando mi mano contra el volante—. ¡Vamos!

Me acerqué a su lado derecho. Era mi mejor oportunidad. Tenía un poco más de espacio mientras nos dirigíamos hacia la línea de meta.

Conduje duro y llevé el Mustang hasta el final. El motor rugió. Todo estaba lleno de poder. Se arrastró hacia adelante, centímetro a centímetro, hasta que mi parte delantera estaba en línea con la de Brett.

Sacudió su coche a la derecha. Me retiré y anticipé su próximo movimiento. Haría cualquier cosa para garantizar su victoria, y todavía había tiempo de sobra para que yo cambiara las cosas. Sabía que lo intentaría de nuevo, y estaría listo.

Monté en su punto ciego y esperé. Y cayó en mi trampa justo como planeé.

Se sacudió a la derecha otra vez, con la esperanza de sacarme la parte delantera. Tan pronto como sentí su movimiento, volví a dejar caer los engranajes y me puse detrás de él. Seguía girando a la derecha mientras yo entraba por detrás y salía y lo rodeaba por la izquierda. Entonces

di todo lo que tenía, y me adelanté, pasándolo mientras trataba de enderezarse.

Lo estaba dejando atrás. Revisé mis espejos mientras se deslizaba detrás de mí. Se abrió y se arrastró detrás, cerrando la distancia. Volví a mirar a la línea de meta. No importaba. Había arruinado su oportunidad de ganar porque era codicioso, y yo sabía exactamente cómo engancharlo para que pusiera en peligro su propia victoria.

La multitud se estaba volviendo loca a ambos lados de la carretera mientras yo corría entre ellos. Pasaron en un borrón. Sus gritos fueron ahogados por el sonido de mi propio motor y mi propio grito mientras volaba sobre la línea de meta.

Solté el acelerador y bajé la velocidad para correrme hacia un lado y dar la vuelta. Volví a la línea de meta al otro lado de la barrera y la multitud se precipitó.

Mi hermano se liberó de la manada y salió primero. Su sonrisa se extendió de oreja a oreja, y cuando me detuve, plantó ambas manos sobre la capucha—. ¡Hijo de perra! ¡Lo lograste! ¡Mierda!

Abrí la puerta del coche y salí. Las ovaciones eran ensordecedoras cuando Stan se me acercó y me envolvió en un abrazo que me rodeó completamente. Me golpeó el pecho antes de lanzar su puño al aire y soltar un grito de victoria.

La multitud se volvió más salvaje.

Jana y Ginger se abrieron paso entre los cuerpos y vinieron a felicitarme. Jana prácticamente saltó a mis brazos dejando en el aire sus dos pies, y la atrapé mientras me presionaba las manos contra el pecho y me sonreía—. ¡Felicidades!

No podía luchar contra la sonrisa que me hacía doler las mejillas. No me había sentido tan bien en mucho tiempo. Meses. Probablemente desde Eloise.

Pero aquí estaba yo, sonriendo como un idiota, con el corazón clavado en el pecho mientras todo mi cuerpo vibraba de adrenalina.

La multitud comenzó a cantar.

—Street King. Street King. Street King.

Sus voces resonaban en el agua y en los contenedores de embarque, y eso tuvo un efecto misterioso cuando el resto de los coches cruzaron la línea.

—¡Dave llegó en sexto lugar! —Ginger suspiró, tirando de la manga de la chaqueta de Jana—. ¿Significa eso que está en la próxima carrera?

Jana asintió con la cabeza y estiró el cuello para ver a su hermano mientras él también se abría paso entre la multitud. Él vino a mí primero y me felicitó por mi victoria. —No es que no pensara que lo tenías en ti, pero maldición, hombre. Condujiste como en los viejos tiempos. ¿Cómo te sentiste?

—Como si nunca me hubiera ido —dije.

—Mierda, eso se notó —dijo Dave, dándome un ligero puñetazo en el hombro.

—Bien, bien, bien, bien —una voz áspera sacada de detrás de mí. Me volví para ver a Brett materializándose entre una multitud que se separó de él como si estuviera infectado con la plaga. Sus oscuros ojos me miraron de arriba a abajo, y sonrió con suficiencia—. ¿Si no es Félix Larsen? De dónde demonios saliste, hombre. Que me parta un rayo.

Jared Dalton apareció detrás de él. Se pararon hombro con hombro, mirándome como si ambos quisieran darme un mordisco. Un mordisco grande, sangriento y mortal.

Dave cerró su mano sobre mi hombro.

—Ustedes dos parecen el dúo más baboso de Nueva York. Me alegra ver que nada ha cambiado —dije. Un par de almas valientes entre la multitud se rieron. No muchos. Pero algunos.

Brett giró los hombros y asintió a mi coche. —No sabía que eras tú en esta caja de mierda. Si lo hubiera sabido, esta carrera habría sido muy diferente.

—Tal vez. —Me encogí de hombros—. O tal vez hubiera sido exactamente igual, y aún estarías aquí de pie con el aspecto del chiste que eres. ¿Viniste a pedirme una parte de mis ganancias? ¿O sólo buscabas a alguien que te dijera lo mal que conduces?

La multitud se llenó de intriga mientras los ojos de Brett se oscurecían. Me hizo sentir todo borroso por dentro. La mano de Dave se apretó contra mi hombro en una advertencia de ‘No te pases de la raya’.

CAPÍTULO 6

JANA

Lamí la lluvia de mis labios mientras miraba hacia adelante y hacia atrás entre los dos hombres que se miraban fijamente. Me sentí como si estuviera a punto de ver algo que nunca podría dejar de ver. Yo no estaba segura de si debería tener curiosidad o miedo.

Ginger tenía su hombro izquierdo apretado contra el derecho mío. Estaba temblando un poco por el frío y miró a Félix antes de murmurar: —¿No es ese el tipo del que me dijiste que me mantuviera alejada?

Asentí con la cabeza. —Sí. Brett Paul. No es un buen tipo.

Brett dio un par de pasos hacia adelante, moviéndose desde la parte trasera del Mustang para detenerse en la puerta del lado del conductor. Félix estaba de pie en la parte delantera del coche con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía la última persona con la que querría pelear. Pero Brett estaba loco. Siempre lo había estado. Y tenía a Jared Dalton a su lado derecho, flotando sobre su hombro como el secuaz de cualquier villano respetable. Si no hubiera sabido lo malo que era Brett, lo habría encontrado cómico.

Pero sí sabía lo diabólico que era. También Félix.

—Estoy un poco sorprendido de que te las arreglaras para levantar tu culo borracho del suelo para llegar aquí esta noche, Félix —dijo Brett, ladeando la cabeza a un lado—. Sé que las cosas han sido un poco difíciles para ti desde lo de tu ex-esposa. Por cierto, ¿cómo está ella, Jared?

Sus labios se rizaron en una sonrisa malvada. —Lo está haciendo muy bien

Félix no reaccionó. Continuó mirando a Brett desde debajo de sus gruesas cejas rubias, y el agua de la lluvia cubrió sus pestañas y corrió por su mandíbula.

Stan aclaró su garganta. —Sabes, creo que todos estamos hartos de esta mierda de siempre, Brett. Muévete

Los ojos de Brett se dirigieron a Stan. —¿Cómo está tu cabeza? —Los ojos de Stan se entrecerraron.

Ginger se puso rígida a mi lado. —Espera. ¿Tienen estos tipos algo que ver con que le dispararan a Stan hace seis meses?

Asentí con la cabeza. —Jared fue quien disparó el arma.

Ginger agarró mi mano, entrelazando sus dedos con los míos. —Oh.

Le dí a su mano un apretón tranquilizador. —Todo saldrá bien. Nada sucederá al aire libre con tanta gente alrededor. Brett es todo palabras ahora mismo

Era como si su nombre en mis labios hiciera que sus orejas se levantaran. Brett me miró, y su dura expresión se suavizó. —¿Qué haces con estos payasos, nena?

Félix me miró por encima del hombro y luego volvió a prestar atención a Brett, que dio otro par de pasos hacia adelante. Félix se dirigió a su izquierda para impedir que se acercara a mí. Él ignoró a Félix y se pasó la lengua por el labio inferior. —Eres demasiado buena para estos cabrones, Jana. Ven a pasar tu tiempo con un verdadero campeón

Félix abrió la boca para defenderme. No era necesario. Levanté la barbilla. —¿No gana la carrera un verdadero campeón?

La risa se agitó entre la multitud reunida. A pesar de que Félix me daba la espalda ahora, yo podía ver su mejilla hinchada con una sonrisa.

Brett entrecerró los ojos hacia mí. —¿Crees que esta perra es la primera en esta carrera y se convierte en campeón? Esa bonita cabeza tuya debe estar llena de aserrín.

Me encogí de hombros. —Qué lástima. Ese es tu tipo, ¿verdad? Demasiado estúpidas para saber que deberían huir lo más lejos posible de ti.

Dave me agarró de la parte superior del brazo y me tiró hacia él. —Cállate, Jana.

Traté de alejarme, pero mi hermano me abrazó. Miré con ojos de daga a Brett, que se pasó el pulgar por la barbilla y se rió.

—Algún día alguien te enseñará modales, nena. Y espero ser yo. Puedo mostrarte cómo deberías usar esa boca...

Félix puso ambas manos en el pecho de Brett y lo empujó hacia atrás. Él se tropezó con Jared, quien lo apoyó mientras se arreglaba la chaqueta con enojo. La multitud se dispersó, creando más espacio alrededor de Brett y Félix.

—Quítame las manos de encima —le dijo a Félix apuntándolo con el dedo.

Pero, por el contrario, se acercó más. Estaba tan cerca que sus narices casi se tocaron. Tenía unos centímetros sobre el baboso conductor de pelo oscuro, y se quedó mirando fijamente, desafiante. —Entonces mantén tu maldita boca cerrada, Brett. Y aléjate de Jana. Claramente no quiere tener nada que ver contigo. Tampoco el resto de nosotros, así que lárgate de aquí. Llévate a tu perra contigo —asintió con la cabeza a Jared, que estaba hirviendo donde estaba. —Los ojos de Félix se dirigieron hacia Brett. —O quédate. Y tú y yo podemos arreglar esto aquí mismo. Ahora mismo. Tú decides.

Hubo una buena treintena de segundos en los que estuve segura de que iba a estallar una pelea. Jared parecía que estaba a punto de explotar de rabia, y la mirada en los ojos de Brett era una amenaza. El enfrentamiento era tenso. Podía sentir la tensión en el aire.

Cuando Brett se encogió de hombros y retrocedió un paso, pude respirar de nuevo. Se pasó la mano por encima de la cabeza y miró a Félix de arriba a abajo. —No vale la pena. Podemos arreglar esto el próximo fin de semana. Ten cuidado con lo que dices. Puede que no tengas tanta suerte como esta noche.

—¿Qué se supone que significa eso? —Siseó Stan.

Brett sonrió. —Nos vemos en las calles, Félix. Espero que traigas a tu pandilla —Me dirigió la última frase mientras daba la espalda y se deslizaba entre la multitud.

Jared se detuvo un momento para presionar sus nudillos hacia un lado de su cabeza. Stan, que aún estaba al lado de Félix, gruñó como un animal salvaje. Me di cuenta de que Jared se estaba burlando de él. Sus nudillos fueron colocados una pulgada por encima de su sien, en el mismo lugar donde le dispararon a Stan.

Jared se rió y siguió a Brett.

La tensión entre la multitud se evaporó, y pronto todos se dispersaron, siguiendo su propio camino y hablando de la emoción de la carrera. Nos dejaron de pie cerca del coche de Félix con los corazones martillando y la piel mojada y erizada.

Dave finalmente soltó mi brazo.

Me pasé los dedos por el pelo y me lo sacudí mientras Ginger se desinflaba como un globo a mi lado. —Eso estuvo tenso —respiró.

—Dímelo a mí —dije con tristeza.

Félix me miró—. ¿Estás bien, Jana?

—¿Yo? —Asentí con la cabeza.

Me sonrojé y traté de parecerme a la chica dura de la multitud. La chica a la que un tipo como Brett no le molestaba las plumas. —Sí. Estoy bien. Puedo manejar a un perdedor como Brett Paul

mientras duermo. —Félix sonrió, pero no estaba segura si lo compró o no. Su mandíbula se flexionó cuando Stan lanzó un brazo sobre su hombro. —Pensé que los puños iban a volar

—Por un minuto, yo también —dijo él.

—No habría sido tan malo. Puede que se sintiera un poco bien, incluso, para vengarme del imbécil que me disparó.

—Si hubiera golpeado primero, le habría pateado el trasero —dijo Félix.

Stan se rió. —Sé que lo habrías hecho, hermano. Lo sé. y yo te apoyaría.

—Yo también —se puso Dave a mi lado.

—Lo mismo —dije.

Los tres hombres me miraron y se rieron a carcajadas. Bueno, Stan y Dave rugieron de risa, pero Félix me sonrió. Traté de pararme un poco más derecha mientras Stan y Dave se burlaban de mí—. ¿Qué? ¿Crees que sólo porque soy una chica, no podría haber ayudado?

—Vamos, Jana. No tienes nada que probar —dijo mi hermano con una mirada dramática. Yo fruncí el ceño. —No estoy tratando de probar nada. Sólo digo que no me quedaría de brazos cruzados.

—¿Y qué harías tú, hermanita?

Me encogí de hombros. —Patear a uno de ellos en las pelotas. No lo sé. Algo.

Su atención se disipó mientras Kam caminaba, sus tacones altos haciendo clic con autoridad sobre el asfalto mojado. Se levantó frente a Félix y se llevó su pelo rojo oscuro por encima del hombro. La sonrisa que ella le dio habría hecho que la mayoría de los hombres se derritiesen en un charco de lujuria a sus pies, pero Félix simplemente la miró fijamente, y se desató ese característico destello de misterio en sus ojos.

Ella sacó un sobre del interior de su chaqueta y se lo clavó en el pecho. —Tus ganancias, bruto.

Félix tomó el sobre y lo dobló por la mitad antes de meterlo en su bolsillo. Me sorprendió que no se tomara el tiempo para contarlo. Pero contarlo delante de Kam habría sido más que descortés. Ella era digna de confianza, y si decías que pensabas que estaba tratando de engañarte, terminabas en su lista negra para toda la vida. Ese era un lugar donde nadie quería estar.

—Ten cuidado, Félix. Las cosas no son las mismas que cuando corrías. Seis meses es mucho tiempo en este mundo. Brett y Jared son tipos peligrosos. Deberías alejarte de ellos.

Félix arqueó una ceja. —¿Estás preocupada por mí, Kam?

Ella sonrió con suficiencia. —Estoy preocupada por esa hermosa cara tuya. Sería una pena que alguien la arruinara. Y escúchame cuando te lo digo, Brett y Jared lo intentarán si creen que eres una amenaza. Lo cual, seamos honestos, es cierto. Cuídate las espaldas. Mantén a tus amigos cerca

—Te mantendré cerca, Kam —dijo mi hermano, dándole una sonrisa tímida.

—Qué dulce de tu parte, Dave. Perdóname por pasarte la oferta. Sólo preocúpate por ti mismo. Brett Paul no se atrevería a meterse conmigo.

Quería ser como ella. Quería ser exactamente como ella. Dura, formidable, feroz, hermosa. Kam era el paquete completo envuelto en un cuerpo sexy, y se enfrentó a los hombres rudos de la escena de las carreras clandestinas, uno a uno y los superó.

Kam levantó la mano y la pasó por la mandíbula de Félix antes de darle una palmadita en la mejilla. Luego se dio la vuelta y se fue, con las caderas balanceándose, mientras los ojos de mi hermano y de Stan bailaban sobre su trasero mientras avanzaba.

Atrapé a Ginger mirándola también. Era imposible no hacerlo.

Félix se dio una palmadita en el bolsillo donde estaba escondido el sobre de dinero. —Yo

invito los tragos, desgraciados. Vayamos a algún lugar seco y celebremos

CAPÍTULO 7

FELIX

Taps era un pub no lejos de los muelles que mi antiguo equipo de carreras y yo solíamos frecuentar desde hace mucho tiempo. Estaba en un viejo y destartado apartamento que había sido convertido en un edificio de oficinas, y se extendía en todo el nivel inferior. También tenía un conjunto de escaleras en el centro del lugar que conducían a un sótano que estaba plagado de mesas y sillas altas. Las paredes eran de ladrillo original de hace casi cien años, y aunque olía un poco a almizcle allí abajo, era un lugar perfecto para sentarse y tomar un par de cervezas.

Estaba abierto hasta tarde los fines de semana, así que cuando llegamos, sabíamos que aún nos quedaban unas cuantas horas antes de que tuviéramos que irnos. Fuimos directamente abajo porque ahí es donde estaba la pista de baile, y las chicas nos encontraron una mesa mientras que Dave, Stan y yo fuimos al bar y pedimos bebidas. Pagué la cuenta y pedí a todos dos tragos de tequila junto con algunas bebidas llenas de licor que nos harían sentir bien en poco tiempo. Después de todo, era una celebración.

Nos movimos entre la apretada multitud de cuerpos alrededor de la pista de baile para llegar a Ginger y Jana, que habían escogido un puesto en un rincón poco iluminado. Tenían la cabeza inclinada y hablaban de algo serio. Al menos, asumí que lo era. Se separaron en cuanto pusimos las bebidas sobre la mesa.

Pasé los chupitos de tequila a cada uno, mientras los gritos de celebración no se hicieron esperar.

Ginger se arrugó la nariz mientras la levantaba y la olfateaba. —¿Esto es tequila?

—Tal vez —dije.

Ella agitó la cabeza. —Yo no tomo tequila.

Me miré a los ojos con Jana, que la tiró de la mesa con confianza. —Vamos, Ginger. Dos disparos no te matarán. Te cortaré el paso antes de que vayas demasiado lejos. Promesa

Ginger se mordió el labio inferior y miró hacia atrás y hacia adelante entre Jana y yo. Me encogí de hombros. —No voy a forzarte. Es tu decisión. Estoy seguro de que uno de nosotros se encargará si no lo bebes.

Frunció el ceño ante el dorado líquido, que parecía más que un poco desgarrador. Dave asintió. —Sólo toma una. Yo tomaré la otra

—¿Sí? —preguntó, sus ojos se iluminaron. —Sí —dijo Dave.

Ginger asintió asertivamente y levantó su vaso. Los cuatro nos unimos a ella y pronto estábamos lanzando nuestros primeros disparos. Ginger hizo una mueca de dolor y se llevó la mano por la parte de atrás de la boca antes de alcanzar la bebida afrutada que me había pedido que ordenara para ella. Era de color rojo brillante y coronada con un trozo de piña. Ella lo chupó de nuevo a través de su pajita y se relajó visiblemente. Algunas personas no están hechas para manejar el tequila.

Jana, por otro lado, ya estaba recibiendo su segundo disparo. Sonreí y seguí el ejemplo.

—Por ‘Las calles’ —gritó Jana alegremente, y todos hicimos eco de sus palabras antes de lanzar nuestro segundo disparo. Entonces Dave cogió el tercero y también lo tomó. Ginger observó con éxtasis y asombro mientras seguía chupando su pajita.

El resto de nosotros, incluida Jana, habíamos pedido cervezas. Se recostó en su silla y tomó su

primer sorbo, y luego escudriñó el bar con sus hermosos ojos verde agua. Incluso en las tinieblas cercanas del nivel inferior de la barra, me sorprendió lo eléctricos que eran. Era como mirar el océano en un día soleado y brillante. Eran casi turquesas.

Mi hermano inclinó los codos sobre la mesa—. ¿Y? ¿Nos vas a dar los mejores momentos de la carrera o qué?

Me encogí de hombros. —No hay mucho que contar

—No mientas —dijo Stan.

—Cuéntanos, hombre —dijo Dave—. No escatimes en detalles. Pronto este lugar será demasiado ruidoso para oír una maldita palabra de lo que dices.

Miré hacia atrás y hacia adelante entre los dos y luego hacia Jana. Parecía genuinamente interesada. Ella asintió con entusiasmo y apoyó su barbilla sobre sus nudillos. —A mí también me gustaría oírlo

Ginger era la única que probablemente se aburriría mucho con el juego, pero ese fue el precio que pagó por andar con los corredores callejeros.

Les dije todo desde el momento en que dejé la línea hasta el momento en que la crucé al final. Parecían horrorizados de que Brett hubiera intentado sacarme de la carretera. No me había sorprendido en absoluto. Les conté cómo lo esquivé, dos veces, y cómo encajé por el carril angosto. Dave pudo atestiguar lo estrecha que era en realidad la entrada, y sacudió la cabeza con incredulidad ante lo cerca que estaba de estrellarme contra el costado de uno de los edificios yendo a casi ciento treinta millas por hora.

Ginger todavía estaba chupando su bebida a través de la pajita y casi había llegado al fondo. Probablemente hubiera sido mejor para ella tomar el segundo trago de tequila.

Terminé mi historia y me bombardearon con preguntas. Respondí algunas hasta que me aburrí de la conversación, y luego desvié todo a otros temas. Siempre volvía a la carrera, y cuando Ginger le dijo a Jana que parecía una chica ruda cuando ondeaba la bandera roja, yo estuve de acuerdo. —Era una buena forma de empezar una carrera después de tanto tiempo fuera del juego

Podía sentir a Dave mirándome. Jana se sonrojó y metió mechones sueltos de pelo salvaje y ondulado detrás de su oreja. Era un desastre por la lluvia y la humedad del nivel inferior de la barra, pero me pareció que se veía preciosa. Una belleza natural.

—Gracias —dijo ella. Apenas podía oírla. Creo que sólo sabía lo que dijo porque estaba mirando sus labios rosados y gruesos. Su lápiz labial rojo había desaparecido con la lluvia y sus cervezas revelaron un tono perfecto de rosa, muy besable.

Tal vez debería enfriar ese pensamiento con las cervezas. Después de todo, era la hermana de Dave.

Pero esos pantalones de cuero y esas tetas... maldición. Ella estaba muy bien. Y no parecía tener ni idea de lo buena que estaba.

A la mierda.

Me levanté de la mesa y volví al bar para pedirnos otra ronda de bebidas. Compré algunos tragos que no eran de tequila para que Ginger pudiera participar y regresé con una bandeja de licor. Los pasé y vi a Jana sonriéndome.

Le guiñé un ojo.

Tomó un trago de color púrpura oscuro y lo olió. Ella parecía aprobarlo porque se aferraba a él mientras los demás reclamaban sus bebidas. Le ofrecí algo a mi hermano, pero agitó la cabeza. Se mantendría sobrio. Uno de nosotros tenía que llevar el Mustang a casa, y me dijo que me merecía la celebración. Acepté su oferta, y como si fuéramos todos adolescentes tontos, nos lanzamos dos o tres tragos cada uno, los lavamos con una cerveza y dejamos que nuestros

estupores de borrachos se apoderaran de nosotros.

La música se duplicó en volumen y Jana bailó en su asiento. Ginger se inclinó hacia Stan, quien la estaba observando con diversión mientras ella le contaba una historia casi incoherente sobre algo que le sucedió a principios de la semana. Estaba recostada sobre todos sus encantos, lo que era divertido de ver ya que estaba un poco borracha.

Stan también parecía entretenido, y la observaba con una mirada casi enamorada en los ojos. Conocía bien a mi hermano. Al menos tenía un poco de curiosidad por ella.

Volvi a mirar a Jana. Sus hombros se balanceaban al ritmo de la música, y su pie derecho daba golpecitos en la barra de su taburete.

Me levanté y le ofrecí mi mano—. ¿Quieres bailar?

Los ojos turquesa de Jana se deslizaron de mi mano a mi cara, y ella sonrió. Ella metió su mano en la mía, y yo la guie desde su asiento. Salimos de las mesas y Dave me llamó la atención. Le di una amplia sonrisa y agitó la cabeza.

No me estaba deteniendo, lo que podría haber hecho si hubiera querido. Yo respetaría eso.

Pero él no lo hizo, así que llevé a Jana a la mitad de la pista de baile, tiré de su cuerpo contra el mío y puse mis manos en sus caderas.

Sus labios estaban llenos y su piel caliente. Había dejado su chaqueta en la silla, lo que hizo que mis pulgares pudieran rozar la piel desnuda de su cintura entre sus pantalones y la parte superior.

—No sé si debería decir esto —dije, inclinándome hacia su oreja—, pero eres muy sexy, Jana.

Ella se rió. Sus mejillas se volvieron de un tono rosa más brillante.

—Eres verdaderamente guapa —me dije más a mí mismo que a ella. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede una chica ser tan sexy, que me hace doler las pelotas, y tan linda para confundir mi corazón?

Se inclinó hacia mí y se agarró a mi hombro con una mano. —Tu no lo haces nada de mal, Street King

Mi pene se sintió orgulloso por el halago y se movió en mis pantalones.

Jana se dio la vuelta, y su trasero encajaba justo en mi entrepierna. Meneaba las caderas de un lado a otro al ritmo de la música, y estaba seguro de que podía sentir mi miembro presionando justo entre las nalgas de su trasero.

Le puse un brazo alrededor de la cintura, y ella se inclinó hacia mí, apoyando su cabeza en mi hombro. —Tu hermano está mirando —le advertí.

—No me importa —respiró.

—Bien —dije, pasando mi mano por la raya de la piel desnuda sobre su ombligo. —A mí tampoco —Tomé su mentón en mi mano y le volví la cara hacia un lado. Luego la besé. Justo ahí, en medio de la pista de baile. Sus caderas se detuvieron, y ella estaba a mi alcance, un pequeño gemido de aliento resbalando de sus labios mientras mi lengua se deslizaba entre sus dientes.

Dios, qué buena es. Tiene que ser mía. Ahora.

Olía a lluvia y rosas y sabía a cerveza y bayas. Su cabello húmedo había empapado mi camiseta, y su trasero aún estaba presionado firmemente contra mi ingle.

Cuando nuestros labios se separaron, ella me miró a los ojos. Todavía tenía su barbilla en mi mano. —Llévame a casa —susurró ella.

No necesitaba que me lo pidiera dos veces. Tomé su mano y volvimos a la mesa. Mientras agarraba su chaqueta, le dije a Stan que llevara a Ginger a casa a salvo. Me aseguró que lo haría cuando me dio un pequeño abrazo fraternal.

Luego me volví hacia Jana, y nos fuimos sin mirar atrás. Estaba seguro de que Dave nos

miraba fijamente, su intestino probablemente era un nudo apretado mientras reflexionaba sobre el hecho de que su mejor amigo estaba a punto de cogerse a su hermana.

Me importaba un bledo. Estaba lejos del punto de convencerme de que no lo hiciera.

Jana subió a las escaleras frente a mí, y yo le miré el trasero mientras avanzaba. Extendí la mano y agarré su nalga y la escuché reírse mientras salíamos en el segundo nivel.

Nos detuvimos mientras estábamos inmersos en cuerpos de otras personas que trataban de salir del pub al mismo tiempo. Avanzamos constantemente hacia adelante, y puse mi mano en la parte baja de su espalda para que los otros hombres que estaban cerca supieran que ella estaba conmigo.

Entonces se echó hacia atrás y tomó en su mano el bulto de mi erección y comenzó a masajear. —Tenemos que largarnos de aquí —le murmuré al oído.

CAPÍTULO 8

JANA

Félix y yo finalmente nos fuimos del lugar. Estaba mareada por la lujuria y me sentía bien con el alcohol. Brillante. Libre.

Félix se puso a mitad de la acera y alzó su mano al aire para hacer señas al primer taxi que pasó. Desafortunadamente, estaba lleno, y terminamos teniendo que caminar un par de cuadras por la calle para alejarnos del distrito de los pubs. Había demasiada gente que también necesitaba taxis a esta hora, y ambos estábamos deseando llegar a un lugar privado.

Bajamos por una calle menos transitada y me apoyé en el costado de una tienda mientras Félix miraba a ambos lados, esperando que algo pasara y nos llevara. Me miró por encima del hombro mientras me pasaba las dos manos por el pelo. Me detuve y vi cómo miraba las líneas de mi cuerpo, y me paré allí con los dedos en el pelo y los omóplatos presionados contra la tienda a mi espalda.

Se mojó los labios y se volvió del camino para venir a mí.

Me quedé donde estaba, con el aliento atrapado en la garganta cuando plantó una mano junto a mi cabeza y me miró fijamente.

A pesar de estar expuesta a la intemperie de esta manera, me sentí como si él y yo estuviéramos completamente solos. Todo lo que yo sabía era de su cercanía y su olor a pino, almizcle y sándalo. Temblé cuando él extendió su otra mano y la apoyó suavemente sobre mi hombro. Su pulgar trazó mi clavícula, y mis labios se abrieron por voluntad propia al inclinar su cabeza hacia mí y besarme con una ternura que hacía que mis rodillas se debilitaran a cada segundo.

Su mano se movió por mi garganta y hacia mi mandíbula. Su tacto era cálido y suave, pero firme. —Podría cogerte aquí mismo —ronroneó.

Me mordí fuerte el labio inferior cuando sus palabras encendieron un fuego en mí. Una quemadura dolorosa comenzó debajo de mi vientre, y me moví en el lugar a medida que el dolor se movía más y más bajo hasta que una nueva humedad floreció en mis bragas.

—y creo que yo te dejaría —susurré. No era una mentira. Si quisiera tomarme aquí y ahora, se lo permitiría. Me abriría de piernas y me tumbaba de espaldas en esta horrible acera. Estaba así de excitada.

La comisura de su boca se enroscó hacia arriba. —Yo no te haría eso.

—¿Por qué no? —Arque una ceja.

Me mojé los labios nerviosamente. —Quiero decir, ¿qué te detiene?

Me puso el dedo bajo la barbilla y me levantó la cara. —Eres una dama, Jana. Mereces que te follen bien. Y esto —señaló a nuestro alrededor—, está lejos de ser correcto.

—Necesito que nos consigas un taxi. Ahora

Se rió y se quitó de la pared. Aspiré grandes respiraciones del aire frío de la noche mientras él volvía a la acera. Para cuando uno se detuvo para nosotros, ya había conseguido controlar mi respiración. Mi pulso seguía enloqueciendo, y ese nudo apretado debajo de mi vientre se estaba apretando nuevamente, pero al menos podía actuar como si tuviera mis cosas juntas en la parte de atrás de la cabina de un extraño.

Félix se deslizó a mi lado y le dio al conductor su dirección. El taxista era un hombre amistoso

de mediana edad que tocaba música relajada. Tamborileó con sus dedos en la parte superior del volante y tarareó, sin prestarnos atención mientras él deslizaba su mano por mi muslo. Presionó sus dedos entre mis piernas, forzándolas a separarse un par de centímetros, y me ahuecó la vulva.

Me puse rígida, y él lanzó un suspiro de satisfacción a mi costado.

Empezó a frotarme en círculos lentos. Quería decirle que se detuviera, pero no me atrevía a abrir la boca por miedo a gemir mis palabras. Me sentí increíble. Mi cuerpo cantaba sus alabanzas, y yo me sentaba, congelada por su tacto, preguntándome cómo demonios iba a mantenerme cuando me quitara la ropa y estuviéramos piel sobre piel.

Buen señor. Piel con piel. Iba a ver a Félix Larsen desnudo. Iba a cogérmelo. Iba a poner los ojos en cada centímetro de su cuerpo tatuado, musculoso y glorioso.

El tiempo era algo inconstante en la parte de atrás del taxi. Félix continuó frotándome, y yo estaba retorciéndome en mi asiento cuando el taxista se detuvo en la acera afuera de una casa cubierta en la oscuridad.

Félix se despidió del conductor y me tomó de la mano mientras salía del taxi detrás de él. Mis rodillas se tambaleaban, y él me estabilizó. —¿Sigues borracha? —preguntó. Parecía preocupado.

—No —Agité la cabeza. No estaba mintiendo. Mis rodillas estaban débiles por el placer y la emoción. Había pasado mucho tiempo para mí. Agradecí a mis estrellas de la suerte que había hecho un poco de auto-cuidado en la ducha esta mañana y me puse un par de bragas sexy debajo de mis polainas de cuero.

Me envolvió el brazo en la cintura y subimos por su entrada. Una luz automática se encendió sobre su garaje, y las sombras en el césped delantero se volvieron densas. Los ignoré cuando llegamos a la puerta principal. Metió su llave en la cerradura y la abrió. Cruzamos el umbral.

Estaba en la casa de Félix Larsen. El maldito Street King. Y yo estaba a punto de cogérmelo. Casi no lo creía, especialmente sabiendo todo lo que había pasado entre él y su ex mujer. Siempre me había gustado, pero lo había puesto deliberadamente en la zona prohibida. Estaba comprometido. Y había estado completamente enamorado de Eloise. No podía creer que yo estuviera aquí, que fuera a ser mío por una noche.

Me preguntaba si esto era todo para él, una noche. Un puto festival para sacárselo todo de su sistema. ¿Estaba de acuerdo con eso?

Diablos, no habría forma de que yo lo supiera hasta que llegara el momento. Y yo estaba dispuesta a correr el riesgo. Era Félix Larsen, después de todo.

Grité sorprendida cuando me cogió en sus brazos por detrás. Riendo, le rodeé el cuello con mis brazos y me llevó más adentro de su casa. Pasamos por su cocina y su sala de estar, que, en la tenue iluminación, se veían bien equipados con muebles oscuros. Me llevó por las escaleras como si no pesara nada. Mi emoción casi se desborda cuando él abre la puerta de su dormitorio.

Las cortinas estaban abiertas en el muro norte. La luna y las estrellas se asomaron a través de las nubes mientras me arrojaba a su cama. Las sábanas eran de color azul marino, gris y sedoso. Se sintieron bien en mi piel mientras él me empujaba sobre mi espalda y levantaba mi pierna derecha. Luego, lenta y suavemente, me quitó la bota y se la tiró por encima del hombro.

Me apoyé en mis codos y vi como él hacía lo mismo con la otra.

Luego se pasó la camiseta sobre la cabeza, y casi tuve un orgasmo en ese momento. —Guau — respiré. No quería decirlo en voz alta. Se me escapó un poco.

Sus tatuajes eran obras de arte negro y gris que cubrían sus brazos y torso. Los músculos se ondulaban debajo de la tinta, moviéndose bajo su piel bronceada y tensa mientras agarraba la cremallera de la parte delantera de mis pantalones. LA bajó sin quitarme los ojos de encima. Tarareó suavemente como si le diera las gracias por haberme desabrochado los pantalones.

Levanté mi trasero de la cama cuando él empezó a bajármelos. Se tomó su tiempo, rodándolos hacia abajo centímetro a centímetro hasta que mis tobillos se liberaron de la tela apretada y yo estaba sin pantalones. El calor se elevó en mis mejillas mientras se subía encima de mí, empujándome hacia abajo con un beso hambriento y manteniéndome allí mientras una de sus manos se deslizaba por el interior de mi blusa. Dios, este hombre era la sensualidad personificada.

Era incapaz de mantener mis manos quietas. Dejé que mis dedos vagaran sobre sus hombros, su espalda, su torso. Sentí cada rincón de sus músculos, y el nudo debajo de mi estómago se tensó aún más. Levanté mis caderas, balanceándolas de lado a lado, sintiendo su gruesa erección rechinar contra mí a través de sus vaqueros.

Él sonrió en nuestro beso, y pronto yo también sonreí, mientras tomaba un puñado de mi pecho derecho y lo apretaba firmemente. Nos separamos para darle tiempo suficiente para que me quitara la blusa por sobre la cabeza. Luego se me acercó y se balanceó sobre sus talones, a horcajadas sobre mí mientras me miraba. —No tenía ni idea de que estabas escondiendo todo esto ahí abajo —dijo.

—¿Todo qué? —Le pregunté, moviendo la cabeza a un lado.

Félix pasó su dedo índice desde la parte superior de mis bragas hacia arriba. Él trazó un círculo alrededor de mi ombligo y luego continuó hacia entre mis costillas hasta mis pechos, a los que llegó para tirar de las copas de mi sostén hacia abajo, dejando que mis tetas se derramaran.

—Todo esto —dijo en un gruñido, descendiendo para besar mis pechos y meter mi pezón en su boca. Lloriqueé. Hacía mucho tiempo que un hombre no me tocaba así. Un año. Tal vez más. Estaba lamentablemente mal equipada para estar acostada en la cama de un hombre, y mucho menos en la de Félix Larsen. Todo esto estaba sucediendo rápidamente. Mi mente se tambaleó, y aspiré un aliento agudo mientras me pellizcaba el pezón con sus dientes.

Me miró. Sus ojos, necesitados y agudos, penetraron en mi alma. —Relájate, Jana. Deja que me ocupe de ti. Confía en mí

¿Confiar en él?

Me mojé los labios. Félix me sonrió mientras trabajaba en mi estómago. A medida que avanzaba, enganchó sus pulgares en las correas de mi tanga y comenzó a tirar de ella hacia abajo. Observé, sin saber si debía entrar en pánico o desmayarme, y él la arrancó y la tiró al suelo. Luego se acomodó entre mis piernas y puso sus manos bajo mis muslos, levantando mis piernas y separándolas. Bajó la cabeza.

—Espera —respiré, pero era demasiado tarde.

Su lengua bailaba sobre mi clítoris, y yo temblaba de placer. Después de tres lamidas más, cedí y me hundí más profundamente en la cama. Me quedé mirando el techo y luego no me resistí cuando cerré los ojos. Félix continuó su exquisito trabajo. Su lengua se arremolinó sobre mi hinchado clítoris y luego bajó para sumergirse en mi dulce apertura.

Me quejé.

Hizo un sonido profundo en su garganta. Me quejé de nuevo.

Y luego oprimió un dedo dentro y presionó hacia abajo. El nudo que se había ido apretando dentro de mí de repente se desató como si hubiera encontrado el secreto y tirado de una cuerda para hacer que todo se desenredara a la vez.

Grité mientras mi orgasmo se rompía sobre mí. Era intenso y salvaje, y mis piernas temblaban mientras él se aferraba a ellas. Félix besó el interior de mis muslos cuando terminé y me dio un minuto para recuperarme. Mi respiración era rápida y aguda, y me cubrí los ojos con el antebrazo.

—No te cubras la cara —dijo. —Quiero verte cuando te vengas

Oh, Dios.

Volvió a mi vagina. Como la primera vez, estaba al borde del abismo en cuestión de segundos. Su dedo todavía estaba dentro, y lo trabajó hasta que un segundo orgasmo empujó otro grito de mi boca.

Satisfecho con lo mojada que me había puesto, se puso de pie en el borde de la cama. Se metió una mano en el bolsillo y sacó un condón.

—¿Siempre tienes uno de esos contigo? —pregunté mientras me apoyaba en mis codos.

Sonrió mientras sostenía el paquete entre los dientes. Todo lo que hizo el hombre fue sexy. Bajé mi mano y me toqué mientras él abría el botón de su bragueta y se bajaba los pantalones. Los calzoncillos que llevaba puestos eran negros y apretados y abrazaban sus músculos. Tragué saliva cuando se le cayeron también.

No podía quitarle los ojos de encima mientras se ponía el condón. Le oí reírse. —No tengas miedo, nena

Agité la cabeza. —No tengo miedo —Mentira. Eso era una mentira. Era más grande de lo que esperaba. Por mucho. Su pene se estiró hasta el ombligo, y yo lo miré. Podía sentir el preocupado surco en mi frente.

Félix puso sus rodillas en la cama. Abrí mis piernas, y él sumergió sus caderas bajas para frotar su miembro arriba y abajo a lo largo de mi hendidura, cubriéndose con mis jugos.

—No te haré daño —dijo. Luego me hizo una sonrisa diabólica. —A menos que tú quieras

Me agaché y le agarré su pene, luego levanté mis caderas y lo guie dentro de mí. La presión era increíble pero no dolorosa, y le agarré las muñecas mientras se enterraba más adentro.

—Buena chica —dijo suavemente en mi oído.

Sus caderas se movían en un movimiento fluido, y fueron literalmente segundos hasta que mis ojos se volvieron hacia atrás en mi cabeza, y me entregué a él y a lo bien que me hizo sentir. Llovieron besos sobre mi pecho, sobre mi garganta y sobre mi mandíbula. Sellaba mis gemidos sin aliento con su propia boca mientras me besaba con codicia, y luego cuando su boca se dirigía a mi oído y su aliento se calentaba en mi cuello mientras me pellizcaba el lóbulo de la oreja con sus dientes, grité su nombre en éxtasis y temblaba debajo de él al llegar a mismo cielo.

Sus impulsos se volvieron más salvajes. Se enderezó sobre mí, y yo agarré las sábanas mientras empujaba mis rodillas hacia atrás y me follaba fuerte y profundamente. Mis tetas rebotaron, y pronto mis dedos de los pies se enroscaron mientras otra ola de malvado placer rodaba a través de mí.

Esta vez, también lo mató a él. Vi como sus músculos de la mandíbula se flexionaban. Inclino la cabeza y gimió con su propio placer cuando llegó, y luego cayó, sus puños enterrados a cada lado de mi cabeza en la ropa de cama.

Los dos estábamos sin aliento mientras nos mirábamos a los ojos, y su pene aún estaba dentro de mí mientras me daba un último beso lento y profundo.

CAPÍTULO 9

FELIX

—¿Debería irme? —preguntó Jana. Su barbilla descansaba sobre sus manos, que estaban planas sobre mi pecho mientras me miraba con los ojos cansados.

Agité la cabeza. —No. Deberías quedarte.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Por supuesto que sí. Es tarde. Hay mucho espacio en esta cama para los dos. ¿Y qué pasaría si me despertara cachondo y tú no estuvieras?

Jana se rió y se acurrucó de costado para presionar su mejilla contra mi pecho. —Tan persuasivo. —Le froté el hombro y cerré los ojos.

Hacía mucho tiempo que no sentía el calor de una mujer en mi cama. Seis meses, para ser exactos. La última vez que sentí este tipo de cercanía con alguien fue con Eloise, y eso me explotó en la cara. En ese momento, estaba seguro de que nunca volvería a confiar en otra mujer.

Pero había algo diferente en Jana. Algo digno de confianza y honesto. Algo bueno. La conocía desde hacía tiempo, y siempre fue una señorita, una buena chica, sabía que tenía su carácter, pero era más bondad que cualquier otra cosa. Era gentil, inteligente, hermosa y ahora, después de esto, la encontraba completamente sexy.

Respiró profundamente a mi lado y abrí los ojos para mirarla. Sus pestañas eran oscuras y largas. Estaba sonriendo, y su respiración era lenta y tranquila. Me invadió una repentina necesidad de besar la parte superior de su cabeza, pero me detuve. Eso era algo que solía hacer con Eloise.

No estaba preparado para empezar ese tipo de hábitos con otra persona. El hecho de que hubiera tenido sexo era un paso lo suficientemente grande. Volví a cerrar los ojos y respiré profundamente.

Por ahora, esto estaba bien. Esto era suficiente.

Me desperté con el sonido de una vibración constante de mi cabeza. Aún estaba oscuro cuando abrí los ojos. Desorientado, me acerqué a mi mesita de noche y busqué mi teléfono. Lo agarré y lo volteé, arrojó una luz muy fuerte alrededor de la habitación desde la pantalla iluminada.

Gimiendo ante el brillo y entrecerrando los ojos contra el resplandor, respondí a la llamada de un número no reconocido.

—¿Hola? —Pregunté, pellizcando el puente de los ojos y apretándolos para mantenerlos cerrado. La blancura destellaba detrás de mis párpados mientras se recuperaban de la luz.

—Hola. ¿Es el número de Félix Larsen? —Era una voz de mujer. Parecía profesional. Como un policía, tal vez.

El nerviosismo me llenó el estómago. —Sí. ¿Quién habla?

—Mi nombre es Casey. Trabajo en el Hospital Presbiteriano de Nueva York.

Ese nerviosismo en mis entrañas amenazaba con devorarme mientras me sentaba y balanceaba mis piernas sobre el costado de la cama. Jana se movió a mi lado.

—¿Qué está pasando? —preguntó. Su voz estaba llena de fatiga. Me froté la mandíbula—.

¿Qué pasa?

Casey tenía una de esas voces que se proyectaban cuando sonreía por teléfono. —En primer lugar, no hay necesidad de preocuparse, Sr. Larsen. Su hermano, Stan, fue admitido en el hospital esta madrugada. Alrededor de las tres. Ha sido atendido y está en recuperación. Eres la única familia en sus registros.

Mi sueño se espantó inmediatamente y me auto obligué a parecer calmado sin dejar de estar alerta—. ¿Puedo verlo ya?

—Sí. Está en el edificio norte, en el primer piso. Las enfermeras de la recepción te llevarán con él cuando llegues. Está inconsciente ahora, así que, si prefieres esperar hasta mañana, podemos informarle que vendrás cuando se despierte.

—No. Estoy en camino

—Muy bien. Me alegra oírlo. Es bueno que los pacientes se despierten con una cara familiar. Nos vemos pronto, Sr. Larsen

Colgué el teléfono y me levanté. Recogí mis jeans de donde yacían al pie de la cama en el suelo. Primero me puse los calzoncillos, luego los vaqueros y luego me encogí de hombros en la camisa.

Jana estaba sentada y se frotaba los ojos para despertar. —¿Félix? ¿Qué está pasando? ¿Está todo bien? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Stan se metió en problemas anoche. Está en el hospital.

—¿Qué? —Parecía, al igual que yo, haber despertado.

—Aún no tengo los detalles. Voy a ir a verlo ahora mismo

—Iré contigo —dijo, moviendo las piernas sobre el costado de la cama y apresurándose a recoger sus pantalones. Ella los tomó y frunció el ceño. Todavía estaban mojados.

—Puedes quedarte aquí —dije mientras abría mi cajón y agarraba un par de calcetines. —Duerme un poco. Estoy bien si hago esto solo

—Félix —dijo ella con firmeza. —Quiero ir. No necesitas ir solo —Asentí con la cabeza—. Está bien.

—¿Me prestas algo deportivo?

—Uh. Sí. Claro. En el cajón de arriba del tocador.

Se vistió mientras yo entraba corriendo al baño y me mojaba la cara con agua. Me arranqué el pelo de la frente, me enjuagué la boca y volví al dormitorio para encontrarla apretando el cordón de mis pantalones de buzo grises. Llevaba puesto el sujetador y nada más. Si no hubiera estado abrumado con la noticia sobre Stan, me habría excitado mirarla en mis pantalones.

Jana se puso la blusa y me asintió con la cabeza. —Vamos

El viaje de veinte minutos al hospital fue una tortura. Jana se sentó tranquilamente a mi lado. No estaba seguro de cómo, pero ella sabía que no estaba de humor para hablar. Miró por la ventana mientras la lluvia golpeaba el vidrio, y cuando entré al estacionamiento, me dijo que siguiera adelante y que me alcanzaría después de pagar el parquímetro por el estacionamiento.

Acepté la oferta.

La enfermera en el escritorio del primer piso me dirigió a la habitación de Stan como Casey había prometido. Lo encontré en una habitación propia, aún inconsciente, y me desplomé en la silla junto a su cama. Se veía rudo. Parecía que había estado en una batalla por su vida.

Tenía la nariz rota y dos ojos morados. Los médicos le habían puesto un aparato ortopédico sobre la nariz y lo habían asegurado con finas tiras blancas de cinta adhesiva médica. Su labio inferior estaba abierto, su mandíbula estaba magullada, y también podía ver moretones a lo largo de sus antebrazos, probablemente por golpes de bloqueo.

—Mierda, bro —respiraba mientras miraba a mi hermano. Estaba teniendo recuerdos terribles de haberme sentado con él en este mismo hospital la noche que le dispararon. Esto no era tan aterrador porque su vida no estaba colgando de un hilo, pero los monitores con pitidos y los vendajes y la sangre fueron suficientes para que yo sintiera algo de esa misma ansiedad.

Jana llegó diez minutos después que yo. Ella tenía dos tazas de café en sus manos y me las trajo. Alcancé la segunda silla para ella, y se agachó en ella. Me pasó mi café. —No estaba segura de cómo lo tomabas, así que le agregué un poco de crema —dijo. Luego metió la mano en el bolsillo de mis pantalones y sacó un par de paquetes de azúcar. —Y tomé esto por si acaso

Traté de sonreír cuando le quité una y la abrí. Ella también tenía palitos para remover, y yo los usé para mezclar la crema y el azúcar en mi taza. —Esto es perfecto. Gracias

—Me encontré con uno de los médicos. Dijo que vendrá pronto para hablar contigo.

—De acuerdo.

Jana extendió la mano libre y la puso en mi rodilla. —Dijo que él va a estar bien —Cerré mi mano sobre la suya.

La doctora, una mujer de mediana edad con cabello rubio, ojos cansados y una sonrisa amable, entró después de que habíamos estado sorbiendo silenciosamente nuestro café durante unos cinco minutos. Me invitó a salir al pasillo y se puso un portapapeles en el pecho mientras yo entraba en la iluminación fluorescente.

—Hola, Sr. Larsen. Soy la Dr. Gene.

—Hola —dije, frotándome la nuca—. Yo soy Félix.

—Muy bien, Félix. Tu hermano está en buenas manos aquí y se recuperará completamente. No tenemos todos los detalles, pero lo dejaron frente a las puertas de la sala de emergencias a las tres con catorce de la madrugada. Nadie vio quién lo dejó. Bueno, además de un paciente senil que salió para fumar que no es tan confiable. Eso no importa. Lo que importa es que fue golpeado bastante duro. Tiene la muñeca y la nariz rotas, y estoy segura de que lo notaste. Aparte de eso, hubo un poco de hinchazón cerebral, que ha disminuido y no me preocupa en este momento. Me gustaría ver cómo está cuando se despierte para asegurarnos de que actúa coherente.

—¿Cree que se usaron armas?

—Tal vez. —Ella asintió—. Un bate de béisbol o algo parecido.

—Mierda —solté.

Me dio una pequeña sonrisa. —Sí. Es desagradable. ¿Sabes quién pudo haberle hecho esto a tu hermano?

—Puedo especular, pero no puedo probar nada

Ella asintió a sabiendas. —Bueno. Ustedes dos podrían querer presentar esto a la policía. Pero dejaré eso en sus manos. ¿Tienes alguna otra duda respecto al estado de tu hermano?

Agité la cabeza. —Ahora mismo no.

—Bueno, si se te ocurre algo, estaré por aquí. Estoy en el turno de noche y estaré hasta que mi turno termine a las siete. Las revisiones le corresponden cada dos horas ¿Te vas a quedar un rato?

—Sí.

—Muy bien —dijo ella. —La cafetería abre a las seis en punto.

—Gracias —Terminé la conversación. Estaba lleno de sensaciones y mi mente giraba con información.

La vi caminar por el pasillo hasta girar a la derecha en otra habitación. Me metí de nuevo en la de mi hermano para encontrar a Jana observándolo con una mirada de horror en su cara. Ella parpadeó cuando entré y se inclinó hacia atrás en su asiento como si la hubieran pillado haciendo algo mal. —Está bastante mal ¿no? —susurró ella.

Asentí y me senté a su lado. —Sí

—¿Qué dijo la doctora?

—Que lo golpearon. Le dieron una paliza muy cruel, y alguien lo dejó esta mañana. Deben haberlo encontrado inconsciente a un lado de la carretera o algo así.

—No hace mucho estábamos con él —dijo ella.

—Pensaron que era yo —Le dije secamente

—¿Qué? —sus ojos se abrieron en sorpresa y confusión.

—Anoche atacaron a Stan porque pensaron que era yo. Conducía el Mustang. —Su cara se alargó al darse cuenta de mis palabras—. ¿Crees que fue Brett?

—Apostaría mis cuarenta de los grandes en ello.

CAPÍTULO 10

JANA

La cafetería en la que conocí a Ginger el martes por la mañana era nuestro punto de encuentro habitual. Servían los mejores cafés con leche y té chai, mis favoritos, y los pasteles que hacían, caseros y frescos, todas las mañanas, eran maravillosos. Hoy me estaba deleitando con un rollo de canela recubierto con una gruesa capa de glaseado de queso crema.

Me lo calentaron, como siempre, y mientras cortaba la pastosa bondad, una pizca de canela y azúcar se elevó para encontrarme con el vapor que desató desde el centro.

Ginger sorbió su café con leche de avellanas. —¿Entonces Stan salió del hospital?

Acababa de terminar de contarle todo lo que pasó el domingo por la mañana. Le había dicho lo que sabía hasta entonces, y que su memoria aún estaba bastante borrosa. Todo lo que podía recordar era que le cortaron el paso cuando giró por una calle lateral y lo encerraron cuando otro coche se detuvo detrás de él. Había cerrado las puertas con llave, pero uno de los tipos rompió la ventana del pasajero y lo sacó a rastras.

Luego lo patearon hasta que se desmayó.

Félix había estado más que solo enojado. Había estado más que furioso. Stan no lo había entendido al principio. No paraba de decir que estaba bien, que esa mierda pasaba a veces. Yo era la única en la habitación que sabía lo que estaba pasando.

Félix se culpaba a sí mismo. Deseaba ser el que estuviera en el Fastback esa noche, así hubiera sido él el atacado y no su hermano.

Cuando le señalé que habría estado en el auto con él, su temperamento disminuyó, pero sólo un poco. Su hermano seguía siendo el herido, y su Fastback se había ido. Lo robaron. Probablemente estaba siendo quemado en un terreno vacío de algún lugar.

—Lo dieron de alta ayer por la mañana —le contesté su pregunta. —Se queda con Félix hasta que vaya progresado un poco más en su recuperación. Tiene una mala conmoción cerebral, así que tiene que tomárselo con calma durante una semana más o menos.

Ginger lamió la espuma de su labio superior. —Eso es una locura. ¿Sabe quién lo hizo?

—No. Cree que había cuatro o cinco tipos, pero no puede estar seguro. Aparentemente, todos llevaban pasamontañas. No recuerda sus ropas. Y ninguno de ellos dijo una palabra

Ginger hizo una pregunta mejor—. ¿Tiene Félix alguna pista de quién fue?

—Está bastante seguro de que Brett y Jared tuvieron algo que ver.

—¿Los dos chicos de la carrera? ¿El espeluznante?

—Sí —le dije, sabiendo realmente lo feo que era todo esto.

—Esa no es una sospecha infundada, ¿verdad? —ella simplemente quería verificar que no estaba tan loca como todo esto parecía.

—No. Probablemente no esté equivocado. Pero no hay forma de probar algo, y lo último que Félix necesita ahora mismo es la ley husmeando.

—¿Por qué?

Le parpadé. —Correr es ilegal. Lo sabes, ¿verdad?

Se puso un poco rígida con el café con leche levantado hasta la mitad de los labios. —Ahora sí, supongo. ¿Pero qué significa esto para Félix? No tiene coche para este fin de semana.

—Lo sé. Están tratando de hacer algo juntos, pero no se ve bien. Creo que tiene un poco más

de esos cuarenta mil dólares para gastar, y eso no es suficiente para conseguir algo que le permita seguir el ritmo de los otros autos que están registrados. Sería un gran desperdicio de todas sus ganancias. Este podría no ser su año.

—¿Lo que significa que Brett ganará?

Me encogí de hombros. —Es más que probable. Félix era la mejor apuesta para arrebatarme el primer puesto.

—Bueno, eso es un fastidio —dijo ella con su rostro realmente afligido.

—Sí, no tienes ni que decirlo.

—Y pobre Stan.

—Lo sé —Ginger suspiró y descansó la mejilla en la palma de su mano. Miró por la ventana que estaba junto a la calle. La gente pasaba con las bolsas de la compra en la mano. Los hombres y mujeres de negocios llevaban maletines y bolsas para portátiles a las reuniones y almuerzos. La ciudad estaba llena de vida con el habitual ajeteo neoyorquino mientras nos tomábamos nuestro tiempo para saborear nuestras bebidas calientes.

Le di otro dulce mordisco a mi panecillo de canela. —Así que. Tú y Stan. ¿Van a llevar esto a otro nivel? —Ginger parecía horrorizada—. ¿De qué estás hablando?

—Vi la forma en que coqueteabas con él en Taps. Y él estaba respondiendo a eso. Tal vez una visita tuya lo haga sentir mejor, solo si eso es lo que quieres.

Ginger se mordió el labio inferior y arremolinó su café con leche, mezclando el sedimento de jarabe que se había acumulado en el fondo. —No lo sé. Fue una noche. Y yo estaba borracha y divirtiéndome. Como también lo hacia *otra* persona. —Ella me miró fijamente.

Levanté la barbilla. —No sé de qué estás hablando

—¡Oh, por favor! —exclamó ella, dejando su taza en el suelo y presionando con las dos manos sobre la mesa. Se acercó, soltando la voz para que los otros clientes no pudieran escuchar nuestra conversación—. ¿Estabas en casa de Félix cuando recibió una llamada a las cuatro de la mañana? Obviamente, te acostaste con él. ¿Tengo razón o me equivoco? ¿Y cómo es que no hemos hablado de esto todavía?

Agité la cabeza. —No hay nada de qué hablar.

—¡Eres una maldita mentirosa! —soltó achicando sus ojos juiciosos sobre mí.

—¡Ginger!

—¿Qué?

Me cubrí la cara con las manos y luché contra la necesidad de sonreír. Ginger se estaba riendo, y mis mejillas se estaban calentando cada segundo. Nunca había tenido una aventura de una sola noche en mi vida, a no ser de estar completamente segura que la persona me quería para algo más que una noche, pero eso era lo que parecía que hice el sábado por la noche. No había hablado con Félix desde el domingo y le estaba dando espacio para que se preparara para la próxima carrera. Naturalmente, el espacio significaba que no tenía ni idea de dónde estábamos él y yo. Y si esto era una aventura de una noche, no quería hablar de ello.

Pero si no lo era...

Ginger me quitó las manos de la cara—. ¿Por qué estás avergonzada?

—No lo estoy —de hecho, si lo estaba, pero tampoco quería admitirlo.

—Estas de un color rosa brillante —dijo ella sin rodeos.

—No lo sé —dije, retrocediendo. Mi silla crujió debajo de mí. —Yo sólo... no esperaba que pasaría el sábado por la noche. Ahora que lo he hecho, estoy un poco desconcertada. Las cosas eran fáciles entre Félix y yo antes. Éramos amigos. Puede que lo haya arruinado y lo haya vuelto incómodo. Y Dave... ni siquiera he hablado con él todavía. Probablemente esté mortificado.

Ginger se encogió de hombros. —Eres una mujer adulta. Que se mortifique.

La miré fijamente sobre el borde de mi taza mientras terminaba mi chai tea latte. —Es mi hermano. Me siento mal por ponerlo en esa posición.

—No te sientas así entonces

—Es fácil para ti decirlo. Eres hija única.

—Es verdad, pero no sacas nada con sentirte así por tu hermano.

Suspiré. —Toda la situación es... No lo sé. Dura.

—Apuesto a que estaba dura —Me guiñó el ojo—. ¡Ginger!

Ella rugió de risa, y la gente empezó a mirarnos, entretenida a su vez por su diversión. Tenía una de esas risas contagiosas que llamaban la atención de todos en una habitación.

Cuando por fin tuvo su risa bajo control, continuo. —Vale. En serio, trata de no sentirte mal. Piénsalo de esta manera. ¿Valió la pena el sexo?

Me pasé la lengua por los dientes. —Sí

—¿Ves? No te castigues por eso. Una chica tiene que ir tras él a veces, ¿sabes? Y puedo atestiguar que valió la pena perseguir a Félix. Incluso si el sexo hubiera sido terrible, habría valido la pena.

Agité la cabeza, pero me reí suavemente. Ella tenía razón a su manera. —El sexo no estuvo nada mal. Era muy generoso.

—No me sorprende —dijo, sus ojos se iluminan con curiosidad. —No te voy a dar detalles

—Oh, vamos. Déjame vivir a través de ti. No he tenido relaciones sexuales en... —Se detuvo, contando sus dedos, metiéndose en líos y luego volviendo a empezar. —ocho meses

—Habría sido un año para mí —le dije sin pensar mucho más.

—Mierda. ¿Hablas en serio?

Asentí con la cabeza. —No he estado con nadie desde mi ex. Ya me conoces, Gin. No estoy hecha para la cosa de enrollarse y salir. Me gusta conocer a alguien y confiar en él y tener una relación con él antes de dejarlo. Problemas de confianza.

—Eso no son problemas de confianza. El sexo es especial para ti. No hay nada malo en eso — Sonreí. Agradecida por su apoyo.

Terminó su café con leche y metió su servilleta usada en la taza vacía—. ¿Por qué cambiaste tus costumbres por Félix el sábado?

—No tengo ni idea —admití. —Sí, lo sabes.

—¿Oh? Por favor, ilumíname.

Ginger me dio una sonrisa arrogante. —Te gusta. Y sabes en el fondo que pueden tener una oportunidad —Arqueé una ceja al escuchar su aseveración.

—No lo niegas —dijo ella, apretando las manos. —Lo que significa que es verdad. Creo que fui detective en mi vida anterior.

—¿En serio? Estoy bastante segura de que eras periodista.

—¿Por qué una periodista? —preguntó con curiosidad.

—Porque siempre estás metiendo tus narices en mis asuntos

Sus ojos se abrieron de par en par, y volvió a reírse a carcajadas, atrayendo más la atención de los demás clientes del café. —Puede que tengas razón

Ginger se encogió de hombros y miró hacia afuera. Vio pasar a una mujer en traje rosa y luego me miró—. ¿Quieres que esto sea algo más que una noche?

—No lo sé

—Claro que sí. No hay nada de malo en admitir lo que quieres —dijo con tanta seguridad, que casi le creí. Suspiré. —Quiero decir, si volviera a pasar, no me decepcionaría

Ginger puso los ojos en blanco. —Vaya. ¿Puedes decir en voz alta lo que quieres? ¿Y decirlo con convicción? Como si lo dijeras en serio, Jana. Vamos.

—Sí, lo quiero a él.

Se inclinó hacia atrás, y su expresión cambió del aburrimiento a la impresión. —Bien. Deberías llamarlo entonces

—No. Tiene mucho que hacer con su hermano y la carrera ahora mismo

—Estuviste en el hospital con él. Eso cuenta para algo. Apuesto a que se alegrará de saber de ti

—¿Y si no lo hace? —pregunté nerviosamente. No era algo divertido de contemplar. Pero me sentía insegura —¿Y si me rechazara? ¿Y si esto no era lo que él quería, y una vez que me había probado, estaba listo para pasar a la siguiente chica mejor? ¿A una chica como Kam?

—Si no lo eres lo que él quiere, entonces no necesitas perder más tiempo —Fruncí el ceño en mi taza vacía.

—Odio cuando tienes razón, Gin

CAPÍTULO 11

FELIX

Cuando me desperté el miércoles por la mañana fue gracias al sonido de los platos que hacían ruido en la cocina. Tiré mis mantas, me puse un par de sudaderas sueltas, y me dirigí a ver que sucedía en la sala de estar.

Stan se había instalado en mi sofá las últimas noches desde que salió del hospital, así que todo estaba cubierto de mantas y varias almohadas. La cama de mi cuarto de huéspedes no era cómoda para él porque el colchón era demasiado blando, y con la espalda dolorida y el cuello torcido, prefería el sofá.

Lo encontré en la cocina poniendo dos trozos de pan en la tostadora. Levantó la vista cuando abrí la nevera y me sirvió un vaso de jugo de naranja.

—Buenos días —dijo. Su voz era más nasal de lo normal debido a la nariz rota. —Buenos días. ¿Cómo te sientes esta mañana? —le pregunté.

Se encogió de hombros y miró la tostadora. Siempre había sido impaciente cuando se trataba de su comida por la mañana. Cuando éramos niños, luchábamos para llegar primero a la tostadora. Nuestros padres nunca optaron por una tostadora de cuatro cortes. Tal vez se divirtieron con la batalla que se libraba cada mañana en la cocina entre Stan y yo. —Cada mañana me siento mejor. El dolor de cabeza finalmente está pasando

—Eso es bueno, quiere decir que hay mejoría.

—¿Qué hay de ti?

Ladeé la cabeza hacia un lado. —Estoy bien

Sonrió y puso una mueca de dolor al sentir el corte en su labio—. ¿No sigues enfadado?

—Oh, —asentí—, Estoy enojado. Pero lo estoy guardando para cuando sirva de algo.

La tostada estalló, y sacó sus trozos de pan ardientes para tirarlos en su plato. Sacudí sus quemados dedos antes de agarrar un cuchillo y untar el pan con mantequilla. Luego continuó con la mantequilla de maní—. ¿Asumo que te refieres a Las Calles?

—Tú lo sabes

—Conducir enojado es lo que hace que la gente se lastime. O peor.

—Sí. Bueno. No será mi caso. Siempre estoy enfadado. Especialmente si Jared está cerca —Bien —se encogió de hombro, decidido a no discutir conmigo sobre ese punto.

Él y yo nos sentamos en la mesa de mi cocina. Stan se movió con delicadeza. Todavía estaba plagado de dolores y molestias y tenía los moretones que lo demostraban. Una vez sentado, exhaló un suspiro de alivio y comenzó a comer. Luego me miró mientras masticaba. Podía ver la amenaza en sus ojos.

—¿Qué? —Le pregunté.

Se lo tragó. —No hemos hablado del elefante en la habitación —¿Qué elefante?

—Tú y la hermana de Dave.

Drené el resto de mi jugo de naranja—. ¿Qué pasa con eso?

Stan se rió. —La llevaste a casa la noche que me atacaron. Y sé que ustedes dos tuvieron mucho tiempo entre el bar y el hospital para, ya sabes, hacer sonar el catre —la comisura de su labio se levantó en algo parecido a una risa burlesca.

—¿El catre? ¿Quién dice eso?

—Yo

—Vamos. ¡En que época vives! —solté una carcajada.

Stan lamió la mantequilla de cacahuete de sus dedos. —Sólo estás tratando de evitar la pregunta

—Por lo que sé, aún no me has preguntado nada. Acabas de señalar solo una expresión muy tonta. —Stan casi me pone los ojos en blanco. —Eres un imbécil. ¿Te cogiste a la hermana de Dave el sábado por la noche? —Me levanté y fui a mi cafetera—. ¿Y qué si lo hice?

—No te estoy acusando de nada. Estoy preguntando. Sé que es la primera chica desde Eloise.

Asentí con la cabeza, pero no dije nada. Era cierto, ella era la primera con la que he estado desde que Eloise se fue.

—Pobre Dave. —Stan se rió.

—Lo superará. Jana es una mujer grande. Puede tomar sus propias decisiones.

—Sigue siendo su hermano mayor, y tú eres su mejor amigo. Es una gran píldora para tragar. —Me encogí de hombros.

—¿Cómo estuvo? —preguntó con curiosidad. La alegría en las comisuras de su boca no se había borrado en toda la conversación. Era demasiado curioso para su propio bien. Siempre lo había sido.

—No es asunto tuyo.

—Así de bueno, ¿eh? No me sorprende. Jana está muy buena. Y tiene mucho carácter. Se encontró con Brett en la carrera del sábado. Me decepcionó que llegaras a ella antes que yo.

Empecé a preparar una taza de café y me puse de espaldas al mostrador para enfrentarme a mi hermano. Crucé los brazos sobre el pecho. —Puedes mantener la distancia.

—Relájate. No voy a intentar robarte a tu chica

—¿Qué hay de Ginger?

Stan sonrió. —Es linda.

—Sí, lo es. Y parece que tú también le gustas.

Stan se puso de pie y puso su plato vacío en el lavaplatos. —No estoy interesado en una relación. Estoy feliz con cómo están las cosas. Si quiere salir, no voy a decir que no, pero tengo la impresión de que no es esa clase de chica. ¿Sabes?

Asentí con la cabeza. —Te entiendo, tengo la misma sensación

Stan y yo tomamos una taza de café antes de irnos a hacer nuestros asuntos. Nos duchamos y nos vestimos, y estaba pensando en acercarme a Kam para ver si conocía a alguien con un coche que pudiera conducir el sábado cuando recibí una llamada de Dave. Me caí en el sofá opuesto al que Stan había estado usando para dormir. —Dave. ¿Qué pasa?

—Hey, hombre. Buenas noticias. Creo que encontré un auto que puedes correr. —Me incliné hacia adelante para descansar los codos sobre las rodillas—. ¿En serio?

—Sí. Uno de mis viejos amigos tiene un RS mejorado que puede seguirle el ritmo a ese Mitsubishi de Brett, no tendrías problema.

—¿Cuánto?

—Bueno, no puedes permitirte comprarlo. Pero está dispuesto a dártelo por diez de los grandes. Sé que es difícil, pero creo que es la mejor oportunidad que tienes de ganar. Todavía quieres correr, ¿verdad?

—¿Es eso una pregunta?

—Eso pensé. Entonces, ¿estás dentro?

Me rasguñé la barbilla. Stan salió del baño después de ducharse. Tenía la toalla envuelta alrededor de la cintura y me miró, curioso por la llamada. Suspiré. —Sí. Estoy dentro

—Claro que sí, carajo. Se lo diré yo. Voy a dejar el coche en mi casa, y te lo traeré el sábado. Creo que sería inteligente mantener esto en secreto. Brett y Jared creen que no tienes nada, al menos, supongo que piensan eso, porque seamos realistas, ellos son los que saltaron sobre tu hermano.

Miré a Stan. En su mandíbula magullada, ojos morados, nariz rota, labio partido y costillas magulladas.

—Sí. Lo más probable.

—Dejemos que sigan pensando que estás fuera de la carrera hasta el último minuto. Entonces tal vez podamos evitar cualquier locura que traten de hacerte si creen que vas a conducir el sábado.

—Buen plan, Dave. Gracias por estar conmigo en esto

—No hay problema, hombre

Consideré preguntarle sobre Jana. ¿Le molestaba? ¿Las cosas iban a cambiar entre él y yo? Decidí que hablar de ello por teléfono probablemente no era la decisión correcta. Tendríamos la conversación eventualmente, y yo me comportaría como un hombre haciendo las cosas de frente.

Dave se aclaró la garganta. —Tengo que irme. Te llamaré más tarde

—Está bien, gracias de nuevo, adiós —Cuando colgué, Stan me preguntó qué estaba pasando, y lo puse al corriente. Estuvo de acuerdo con Dave y pensó que esconder el coche era el plan correcto. Se desplomó en el sofá y pasó sus dedos por su pelo mojado—. ¿Un RS? No está mal. Tendré curiosidad por ver lo que el tipo le ha hecho.

—Dave dice que seguirá el ritmo del coche de Brett sin problemas —Stan asintió con la cabeza. —Entonces debemos confiar.

Le di un poco de privacidad para que se cambiara, y mientras caminaba por el pasillo hacia la cocina, llamaron a la puerta principal. Grité al pasillo para decirle a Stan que se apresurara y se vistiera.

Cuando abrí la puerta principal, me sorprendió ver a Jana parada allí. El día estaba fresco, y ella llevaba un par de jeans ajustados, botas de combate negras y un suéter negro de manga larga. Tenía una bandeja de bebidas en una mano y una bolsa en la otra.

Ella levantó la bolsa. —Hola. Quería pasar a ver cómo está Stan y pensé en traer el almuerzo. Espero que les guste el tailandés.

El rico aroma del curry llegó a mi nariz. Olía tan bien como ella se veía. Tenía el pelo suelto y grandes rizos cayeron sobre sus hombros y enmarcaron su cara. Un par de hebras más cortas bailaban en sus pestañas cuando parpadeaba. —Adelante —dije, haciéndome a un lado por ella.

Cuando le abrí la puerta, se agachó bajo mi brazo y usó la punta de su bota para despegar el talón de su bota opuesta. Metió sus zapatos en la esquina y se fue por el pasillo.

La seguí hasta la sala de estar. Stan levantó la vista cuando llegamos, y la sonrisa que le dio era de un diablillo. —Hola, Jana —dijo.

—Hola —Ella sonrió. No se dio cuenta de que él era un alborotador de mierda. Dejó todo sobre la mesa y empezó a desempacar. —Espero que tengas hambre. Traje el almuerzo

—Huele bien —dijo Stan. —Acabo de comer tostadas, pero soy como un saco sin fondo cuando se trata de comida. ¿Son wontons?

Ella asintió y deslizó una de las cajas hacia él. —Hay cerdo o vegetales. No estaba segura de cuál te gustaría.

—Ambos —dijo Stan al abrir la tapa. Me miró a los ojos—. ¿Vas a sentarte con nosotros a comer o qué?

Asentí con la cabeza. —Sí. Ahora vuelvo. Voy a buscar unos platos. ¿Alguien necesita algo?

Agitaron la cabeza, así que me apresuré a ir a la cocina y regresé con platos y cubiertos. Pasé a cada uno las cosas, y pronto estábamos escarbando en nuestra comida. Estaba delicioso.

Jana le hizo a Stan varias preguntas sobre cómo se sentía. Él le aseguró que estaba bien, pero como yo, ella se dio cuenta de lo difíciles que se le hacían sus movimientos. Era lento y cuidadoso, como cualquier persona mientras su cuerpo se recuperaba de una paliza, y cuando se movía con demasiada brusquedad, respiraba con dificultad. Apeataba. Y me recordó cada vez que debí haber sido yo quien fue asaltado por Brett y sus muchachos, no mi hermano.

Jana se deslizó del sofá para sentarse en el suelo y se recostó sobre sus manos. —Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Sabes lo que vas a hacer el sábado?

Asentí con la cabeza. —Lo mantenemos en secreto por ahora, pero Dave me encontró un coche para correr —Sus ojos se abrieron un poco. —Eso es bueno, ¿verdad?

—Sí. No quiero que Jared o Brett se den cuenta de que voy a correr. En este momento, creen que no tengo vehículo. Quiero que siga así.

—Inteligente —dijo Jana. Entonces la vi frunciendo el ceño mientras miraba su regazo—. ¿En qué estás pensando? —Le pregunté.

Continuó mirando fijamente. —Nada. Bueno, no es nada. Yo sólo... —frunció los labios y me miró a los ojos. —Sé que esta carrera es importante para ti, pero ¿realmente te has parado a pensar qué es lo que está en riesgo aquí? Si Brett y Jared realmente te hicieron esto, Stan, no hay forma de saber hasta dónde llegarán para ganar. No quieren que corras, Félix.

—Lo sé. Sólo hará que la victoria sepa aún más dulce.

Ella sonrió, pero no tocó sus ojos. —Creo que debes tener mucho cuidado. Estos tipos me asustan. Hasta Kam cree que son de temer, y es muy dura.

—No me voy a echar atrás —le dije. —Voy a correr. Y van a caer

Stan se inclinó hacia atrás y se dio palmaditas en la barriga. —Es bueno oír eso, hermano. Odiaría que me hubieran pateado el trasero por nada.

CAPÍTULO 12

JANA

Sonreí mientras la respiración de Stan se profundizaba, y empezó a roncar. Después de atiborrarse de la comida tailandesa que le había traído, se deslizaba de lado en el sofá, volviéndose cada vez más horizontal con cada minuto que pasaba hasta que se tumbó de espaldas. Habíamos hablado del bar y de lo divertido que había sido y de la próxima carrera del sábado, hasta que Stan se quedó dormido.

—Últimamente duerme como un tronco —murmuró Félix mientras agitaba la cabeza ante su hermano.

—Me imagino que lo hace. Todavía se está recuperando. Y tuvo una conmoción cerebral, así que dormir mucho es importante.

Félix asintió con la cabeza cuando comenzó a poner todas las tapas en los recipientes y a empacar la comida sobrante. Lo ayudé y apilé todo antes de volver a meterlo en la bolsa en la que lo había traído. Llevamos todo a la cocina. Las sobras se colocaron en la nevera y los platos en el fregadero.

Empecé a hacer correr el agua caliente y llené el lado derecho con agua jabonosa.

—No tienes que limpiar —dijo Félix mientras se paraba a mi lado. —Déjame hacer esto. Trajiste el almuerzo.

Me encogí de hombros. —No me importa. Los platos me parecen terapéuticos.

—Ah. Eres una de esas raras personas

Sonreí. —Sí. Lo soy

Él sonrió y se movió para pararse detrás de mí. Luego metió las manos en el bolsillo trasero de mis vaqueros y me apretó el culo. Puso su mentón sobre mi hombro y observó cómo fregaba los platos. —Ojalá tuvieras puesta una camisa de corte bajo —musitó.

Me reí. —Eres malo

—¿Lo soy?

Asentí con la cabeza y no pude evitar presionarlo, arqueando un poco la columna vertebral. Félix se rió en mi oído. —Aparentemente tú también lo eres, bromista

—Tú empezaste.

—Yo también podría terminarlo —dijo corriendo y acariciando mi pelo para besar el costado de mi cuello. Dejé caer un cubierto y tuve que sacarlo del fregadero. Su aliento rozó mi piel mientras dejaba salir una suave risa—. ¿Te estoy distraendo?

—Sí —dije. Mi voz estaba un poco sin aliento, un poco desesperada. —Bien.

Me sacó las manos de los bolsillos y las colocó en el mostrador a cada lado de mí, dejándome encerrada en sus brazos. Cerré el grifo y me giré para mirarlo—. ¿Qué estamos haciendo? —Le pregunté.

Sus cejas se juntaron—. ¿Qué quieres decir?

—Esto —dije, señalando hacia adelante y hacia atrás entre nosotros—. ¿Qué demonios es esto? —Mantuvo sus manos donde estaban mientras me estudiaba. —Aún no lo sé

Su respuesta fue tan simple y directa que no sabía qué decir. Tal vez fue porque mi respuesta fue la misma que la suya. No tenía ni idea de lo que era esta cosa ni de si iba a alguna parte. Y no estaba dispuesta a sacar a colación a Eloise. De ninguna manera. —De acuerdo —dije.

—¿De acuerdo? —preguntó, arqueando una ceja. Asentí con la cabeza. —De acuerdo.

Sus ojos se rastrillaron sobre mí. Su mirada comenzaba a oscurecerse con la misma lujuria que había visto en sus profundidades el sábado por la noche. —Me alegro de que hayas venido —dijo.

—Yo también.

—Ser cuidador no está en lo alto de mi lista de habilidades. Probablemente fue bueno que mi hermano tuviera comida de verdad.

—Me parece que tienes todo bajo control. Creo que lo están haciendo bien, dadas las circunstancias. Está mucho mejor que la última vez que lo vi, al menos. —Me detuve y me mordí el labio inferior. —Además, quería volver a verte

Me dio una sonrisa malvada que hizo que mi pulso se acelerara. Entonces levantó una mano, me puso su palma en la mejilla y me besó. Me derretí y agarré la parte delantera de su camisa con ambas manos. Me aferré a él mientras su lengua se sumergía en mi boca y comenzaba a explorarme. Lloriqueé en su boca, y él sonrió en el beso, haciendo que mis rodillas se sintieran débiles. Me daba vueltas la cabeza.

¿Por qué se sentía tan bien?

Nos separamos cuando alguien aclaró su garganta detrás de Félix.

Se dio la vuelta y le miré por encima del hombro. Me horrorizó ver a Stan de pie en la puerta con los brazos cruzados y un hombro apoyado en el marco—. ¿Así que no viniste sólo a ver cómo estaba yo? —preguntó, haciendo pucheros.

Me ardían las mejillas. Me agaché bajo el brazo de Félix y puse una buena distancia de cuatro pies entre nosotros. —Um. Lo siento. Me tengo que ir. Trabajo. Ya saben. Responsabilidades y cosas así. —Estaba divagando. Me apresuré a entrar en la sala de estar, y ambos hombres me siguieron. Observaron cómo tomaba mi bolso y lo ponía sobre mi hombro. —Siéntete mejor —le dije directamente a Stan, quien todavía se estaba burlando de mí sin tener que decir una palabra.

Le eché un vistazo a Félix, que parecía arrepentido. —Gracias por venir, Jana —dijo.

Asentí con la cabeza y luego corrí hacia la puerta principal. Podía oír a Félix regañando a Stan detrás de mí mientras yo salía. Dijo algo de que su hermano era un imbécil, y Stan se rió, diciendo que no podía evitarlo.

Hermanos, pensé amargamente.

Tengo que trabajar en el restaurante, entro veinticinco minutos antes para mi turno. Me da tiempo para ponerme el uniforme, unos vaqueros negros, un abotonado negro de manga corta y tacones negros, y también me puse un poco de lápiz labial. Las propinas son en gran medida mi sueldo, y tener un toque de color parecía que me ganaba un par de dólares extra al final de la noche.

Un par de camareras que también estaban esperando el cambio de turno empezaron a prepararse mientras yo me sentaba en la sala de descanso pensando en ese beso en la cocina con Félix. Si lo pensaba lo suficiente, todavía podía sentir el calor de sus manos en mis bolsillos traseros.

Fue agradable. Quería volver allí, atrapada entre sus brazos, siendo besada apasionadamente. Me hizo sentir más viva de lo que me había sentido en años. La forma en que me agarró, me tocó y se burló de mí, encendió pequeños fuegos en mis venas. Todavía estaban ardiendo.

Cuando empezó mi turno, estaba haciendo todo lo que estaba en mi poder para dejar de pensar

en Félix. Él estaba siendo una gran distracción. Me até el delantal a la cintura, agarré el cuaderno, el bolígrafo y el monedero y me dispuse a comenzar de la mejor manera mi trabajo.

Mi turno comenzó a las dos de la tarde, y era martes, el restaurante no estaba muy ocupado. La mayoría de los clientes que teníamos eran regulares, y de esos regulares, cerca del 50 por ciento eran de las casas de los ancianos a una cuadra de nosotros. Siempre venían a cenar a las cuatro de la tarde y se quedaban a tomar una cerveza antes de regresar a sus condominios. Eran un grupo de personitas agradables pero lentas y viejas, ellos no dan propina. Nunca. Quizás no les alcanzaba o lo olvidaban, pero sin duda esa situación apeataba.

Después de que se habían ido, la prisa de la noche se puso en marcha, y empecé a llenar las mesas a un ritmo que ayudaría a mi bolso de propina. Mi cambio fue rápido y trabajé durante todo el receso con la esperanza de salir media hora antes o tan temprano como fuera posible.

Estaba dejando las comidas en una de mis mesas cuando otro servidor llamado Carrie me dio una palmadita en el hombro. Pregunté si mi mesa necesitaba algo más, y las dos parejas a las que servía agitaron la cabeza. Me escabullí y me volví hacia Carrie—. ¿Qué pasa?

Ella suspiró. —Mi hijo está durmiendo en casa de un amigo, y se le acaba de caer un diente. Tengo que ir a recogerlo. ¿Puedes cubrir mi sección por mí?

Asentí con la cabeza. —Chicos, ¿verdad? —Ella sonrió y me agarró del hombro. —Sí. Muchas gracias. Sé que has estado trabajando mucho últimamente. Pregunté primero a los otros, y nadie estaba dispuesto a quedarse.

—Está bien, Carrie. No te preocupes por eso. Ve a buscar a tu hijo. Buena suerte jugando al hada de los dientes esta noche

Ella puso los ojos en blanco. —Se despertó la última vez. Tuve que esconderme en su armario hasta que se volvió a dormir. Estuvo cerca.

Me reí—. ¿Te imaginas si él se hubiera despertado y te hubiera sentido en su armario? Habría estado muerto de miedo.

—Oh, créeme. Eso es todo en lo que pensaba durante los cuarenta y cinco minutos que estuve allí parada junto a su apestoso equipo de fútbol.

—Qué asco —solté una carcajada amistosa.

—Bueno, cosas de madre. De todos modos. Acabo de tomar una mesa nueva. Están en la 16 y solo han pedido dos Martini

—Estoy en ello. Vete a casa, Carrie.

Me dio las gracias de nuevo antes de desatar su delantal y dirigirse al cuarto trasero. Volví al bar donde los Martini estaban siendo colocados en una bandeja para mí. Lo tomé, lo balanceé en mi brazo, y pasé a la mesa dieciséis por una de las ventanas delanteras del restaurante. Tenía una linda vista de las fuentes afuera del restaurante, que brillaban con luces de diferentes colores bajo la superficie. Incluso desde el interior, los clientes podían ver el destello de las monedas que la gente había lanzado con sus deseos.

Me quedé helada un segundo ante la mesa cuando me di cuenta de que conocía a las dos personas que estaban sentadas en ella. Jared Dalton y Eloise.

Miré desesperadamente a mi alrededor para ver si había otro servidor con el que pudiera intercambiar, pero no había nadie más en mi sección. Respiré hondo y esperaba que no me reconocieran mientras caminaba y dejaba sus bebidas. Sin mirar a ninguno de ellos, abrí mi cuaderno y coloqué mi pluma sobre la página—. ¿Han decidido lo que van a pedir?

Eloise cerró su menú y cruzó las piernas mientras recogía su Martini. Dio un sorbo mientras me miraba. Aunque yo mantenía mi mirada en mi bloc de notas, juro que podía sentir sus ojos entrecerrados. —Eres Jana Gilmore, ¿verdad?

Deslicé mi pluma a través de los anillos de metal en la parte superior de la libreta. —Sí

Eloise me sonrió. Era una mujer hermosa. Siempre lo había pensado. Todo eran curvas definidas en ella. Sus caderas, su culo, sus tetas, sus labios, todo era femenino y lleno. Tenía el pelo oscuro y los ojos negro aceituna y una mirada que te hacía sentir que estaba desentrañando todos tus secretos con sólo mirarte. Su borde de misterio era desconcertante. No me extrañaba que Félix estuviera enamorado de ella. Era un espectáculo de mujer.

Eloise tenía una uña pintada de rojo a lo largo de su mandíbula—. ¿Quieres sentarte, Jana? — Agité la cabeza. —Estoy de turno. Pero puedo tomar sus órdenes.

Ella miró al otro lado de la mesa a Jared, que se había inclinado hacia atrás y estaba descansando su brazo izquierdo sobre el respaldo de la silla que tenía a su lado. Me miró fijamente, con una sonrisa en sus delgados labios. —Vamos, muñeca. Sólo queremos hablar un minuto.

—No. Y no me llares muñeca. Por favor —La sonrisa de Jared era inquietante. —Por supuesto

Eloise cruzó los brazos y apoyó los codos sobre la mesa. Sus senos casi se derramaron de la parte superior de su vestido negro de corte bajo. —Jared me dijo que estás en el mismo círculo que Félix Larsen

La estudié. ¿Adónde quería llegar?. —Es amigo de mi hermano.

—¿Y eso es todo? —dijo intrigada.

Decidí hacerme la tonta—. ¿Todo qué?

Ella sonrió con suficiencia. —No hay nada más en tu relación con Félix que la conexión a través de tu hermano

—El sábado fue la primera vez que vi a Félix en medio año

—Yo también —ronroneó.

—No te vi allí —le dije.

—Lo sé —respondió con seguridad.

Perra. Estaba tratando de intimidarme. Estaba cometiendo un error. No me asusto fácilmente. Suspiré y volví a liberar mi pluma. —Si no saben lo que quieren pedir, puedo darles un par de minutos más

Jared se rió—. ¿Estás ansiosa por terminar con nosotros, muñeca?

—Dije que no me llares muñeca —siseé.

Jared levantó las manos a la defensiva. —Lo siento. Los viejos hábitos son difíciles de erradicar. A veces no puedo evitarlo. Especialmente con una chica guapa como tú.

Eloise dio un golpecito con su uña roja en el fondo de su vaso de Martini. —Si no eres cercana a Félix, tal vez estarías dispuesta a responder a algunas de nuestras preguntas sobre él... Te pagaremos, por supuesto.

La miré fijamente—. ¿Qué clase de preguntas?

Ella sonrió y se inclinó hacia atrás. —No entraremos en detalles hasta que llegemos a un acuerdo.

Me enderecé para estar más alta. —Puedes meter tu dinero donde el sol no brilla, Eloise. No me interesa ayudarte a pelear sucio. Y llamemos a esto lo que es. Te estás viendo desesperada. — Me incliné hacia adelante y planté mis dos manos en el borde de su mesa. —Sabes que él es una amenaza para ti, y tú tienes miedo. Como debería ser.

Los ojos de Eloise se entrecerraron. —No me importa cómo me hablas, Jana

—Me importa una mierda lo que te importe

—Señoritas —dijo Jared, su voz esta vez era suave como la seda. —Mantengamos las cosas

civilizadas, ¿sí?

Lo miré fijamente y luego volví a mirar a Eloise. —Sus Martini van por cuenta de la casa esta noche. Cuando termines, te levantarás y te irás. Puedes comer en otro lugar.

Me puse de espaldas a ellos y me dirigí a la habitación de atrás, donde me desplomé contra los armarios de almacenamiento del personal y apreté la mano contra mi pecho. El latido de mi corazón iba a una milla por minuto y el sudor se había desatado en mi nuca.

¿Había amenazado realmente a Eloise Larsen y Jared Dalton? Seguramente no.

¿Verdad?

CAPÍTULO 13

FELIX

Dave me miró cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo. —¿Seguro que estás de acuerdo con 10.000 dólares?

—Una vez que vea el coche, lo sabré con seguridad

Dave asintió. La luz se volvió verde, se alejó de la línea y luego tomó el primer giro a la derecha, que nos llevó por una calle residencial. Condujimos unas cuantas cuadras hacia abajo donde las casas se volvieron más y más bonitas hasta que llegamos afuera de una vieja casa blanca y negra de estilo colonial. Dave se detuvo en la acera y aparcó su coche. —Esta es la dirección —su mirada viajó por la avenida.

Silbé. —Bonito lugar.

—¿Verdad? —contestó él, admirando el sitio con más detención.

Los dos salimos del coche y subimos por el largo camino de entrada a la puerta al lado del garaje. El tipo con el que Dave había estado en contacto, Tobías, nos dijo que entráramos por esa parte del lugar. Sus hijos estaban dentro de la casa, celebrando una fiesta de cumpleaños, y no quería que aparecieran extraños.

Así que llamamos una vez, y entonces Dave abrió la puerta. Lo seguí dentro.

El tipo tenía lo justo en su garaje. Tenía un elevador de motor, dos motocicletas y el RS estacionado ahí. Los pisos eran de concreto liso, y sus bancos de trabajo estaban enmarcados con aluminio. Había mucho dinero en este garaje. Los recuerdos de las carreras colgaban de las paredes, y los emblemas de Ford estaban literalmente en todas partes.

Tobías se paró en la parte de atrás del garaje. Llevaba puesto un overol azul y se estaba limpiando las manos con un trapo que metió en el bolsillo trasero. Se volvió hacia nosotros y sonrió. —Dave. Mi hombre. ¿Cómo has estado?

Se saludaron con un apretón de manos. —Bien —dijo Dave. —Gracias por tomarse el tiempo para vernos. Realmente lo apreciamos.

—No hay problema. Te debo una. Y seguro que suena como si ustedes dos estuvieran en un aprieto.

—Bueno, mayormente sólo él —dijo Dave, moviendo su pulgar en mi dirección.

Extendí mi mano y me presenté. Tobías la agitó mientras me daba una cálida sonrisa. Era el tipo de hombre en el que se podía confiar de inmediato. Al menos, esa fue la impresión que me dejó—. ¿Quieres ver el coche? —preguntó.

Asentí con la cabeza. —A eso vine. Muéstrame.

El hombre me acompañó en el coche y me contó todas las especificaciones como un padre orgulloso. Nos informó de todas las modificaciones que había hecho y del trabajo que había realizado a lo largo de los años, así como del dinero. La cosa era una bestia absoluta. El par era insano, y la suspensión había sido cambiada. Estaba bajado y tenía un amplio juego de neumáticos.

Después, Tobías me preguntó si quería llevar la maquina a dar una vuelta.

Agité la cabeza mientras él cerraba la capucha. —No, hombre. Veo que está en plena forma. Lo hará muy bien.

—Me alegra oírlo. Este bebé es muy ruidoso, y mi esposa me regañaría frente a todos por

salir de la entrada con todos esos niños en el patio trasero.

Me reí. —No te preocupes. No te pondré en ese conflicto por algo que a todas luces es una joya. Te lo agradezco mucho, Tobías. Si gano, otros cinco mil serán tuyos.

Tobías parpadeó—. ¿En serio?

Asentí con la cabeza. —Sí. No estaría corriendo si no hubieras ofrecido esto. —Tobías miró a Dave. —Bueno, mierda. Eso es realmente increíble.

Me dio la mano de nuevo y luego la de Dave. En ese momento él aprovecho y se detuvo—. ¿Te importa si lo dejamos aquí el resto de la semana? Pasaré a recogerlo el sábado sobre las ocho de la tarde. Queremos mantener esto fuera del radar. Cuanto menos sepa la gente de esto, mejor.

—No hay problema —dijo el tipo. —He estado fuera de la escena de las carreras por un tiempo. Sabes, los niños cambian el juego cuando nacen. Antes, no podía separarme de esta chica. —Dio una palmadita en el capó del coche. —Ella me sirvió bien. Mi esposa la odia, pero creo que sólo son celos.

Todos nos reímos mientras caminábamos a la salida. Nos despedimos, y Dave y yo volvimos a su coche. Arrancó el motor y dio vuelta en U. —Eso fue bien

—Claro que sí. Tiene un bonito coche ahí dentro. Me alegro de que esté dispuesto a dejarme correr. Si fuera mía, no dejaría a nadie detrás del volante excepto yo.

Dave se encogió de hombros. —Tal vez él sabe quién eres y sabe que eres un buen conductor

—Tal vez —dije.

—Y diez de los grandes son diez de los grandes. Tiene una familia.

—Es cierto. Nunca viene mal el dinero.

Estuvimos en silencio durante unos minutos mientras conducíamos en dirección a mi casa. Me di cuenta de que Dave estaba pensando en algo. Su agarre en el volante siempre se tensaba cuando pensaba profundamente. Intenté dejarlo pasar, pero mi curiosidad se apoderó de mí—. ¿Qué te preocupa, Dave?

Me miró y luego volvió a prestar atención a la carretera. —Nada. No tenemos que hablar de ello

—Pero deberíamos

Se masticó el interior de la mejilla. —Podrías arrepentirte de haber dicho eso

—Tal vez, pero eres mi amigo.

Él suspiró. —Estoy pensando en ti y en mi hermana

—Oh, de eso se trata —Debería haberlo visto venir.

—Sí

Me rasguñé la parte de atrás del cuello—. ¿Qué pasa con eso?

Se rió amargamente y me miró—. ¿Qué te parece? Te acostaste con mi hermana. Es raro

—Me gusta —le dije. —Me doy cuenta —me contestó de inmediato.

—¿Y? ¿Te molesta?

Dave giró a la izquierda. —Bueno. A veces, creo que está bien para los dos. Sé cómo han sido las cosas para ti en los últimos seis meses. Y he conocido a los otros chicos con los que Jana ha salido en el pasado. Sigo diciéndome a mí mismo que podrían ser buenos el uno para el otro. Pero no me malinterpretes, sigue siendo raro.

Me reí. Esto fue más que un poco incómodo. —Si no quieres que yo...

Dave agitó la cabeza. —No. No me corresponde a mí decirle a ninguno de los dos qué hacer. Sólo...no la hagas sufrir, ¿de acuerdo? Es una buena chica con un corazón de oro, y no puedo dejar que la lastimen. Y no quiero tener que intervenir. ¿Entiendes lo que digo?

Asentí con la cabeza. —Sí. Lo entiendo. —En otras palabras, decía que se vería obligado a

hacer algo al respecto si le hacía daño a su hermana.

Él me había dejado claro lo único que le importaba, no quería ver a su hermana mal. Y era justo, además de eso, él se comportaba como alguien maduro y un gran amigo. Hablamos de todo menos de Jana para el resto del viaje de vuelta a mi casa. La carrera, el auto nuevo, cuánto deseaba tener a mi Fastback, Jared Dalton, Brett y Stan y lo golpeado que estaba. Para cuando llegamos a mi casa, habíamos agotado todos los temas.

Entonces Dave vio al pequeño Miata de Jana estacionado frente a mi garaje. Él suspiró y me miró—. ¿Esta va a ser mi realidad ahora?

Me reí. —Probablemente está aquí para ver cómo está Stan. No te asustes, Dave.

Murmuró en voz baja cuando salimos del coche y llegamos a la puerta principal. Estaba abierto, y entramos a buscar a Jana y Stan en la sala de estar. Ella estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, y Stan estaba enfrente de ella con las piernas estiradas frente a él. Nos miró a nosotros. —Gracias a Dios, están aquí. Esta psicópata me hizo hacer yoga

Tanto Dave como yo miramos a Jana. Llevaba unos leggings azul marino muy ajustados y un suéter gris que colgaba de un hombro, lo que revelaba una tira de sujetador de encaje rosa. —Es bueno para tus músculos. Cuando te estás recuperando de las lesiones, todo está apretado. El yoga aumenta el flujo sanguíneo y te ayudará a sentirte mejor más rápido.

—Fue una tortura —gimió Stan. —No creo que pueda volver a levantarme —Jana puso los ojos en blanco. —Fueron diez minutos

—Sí. Diez minutos de infierno se sienten como una eternidad, ¿de acuerdo?

—Eres la reina del drama —dijo mientras se ponía de pie. Entonces ella me miró. —Necesito hablar contigo, Félix

—¿Qué pasa? —Le pregunté. Sentí a Dave ponerse un poco rígido a mi lado antes de que se acercara para ayudar a mi hermano a ponerse de pie. Stan gruñó y se quejó todo el camino.

Jana se mordió el labio inferior. —Algo pasó mientras estaba en el trabajo el otro día —Sabía que tanto Stan como Dave estaban escuchando.

—De acuerdo —dije lentamente.

Se retorció las manos. —Y, bueno... Jared y Eloise entraron y se sentaron en una de mis mesas, y tuve que servirles

—¿Estás bien? —Le pregunté. Las palabras salieron de mí antes de que pensara en decirlas.

Me dio una dulce sonrisa. —Lo estoy, gracias.

—Bien.

—Pero no fue una buena situación. Me pidieron que me sentara. Luego se ofrecieron a pagarme para que les diera información sobre ti. Dije que no, por supuesto. Y las cosas se pusieron... tensas

Dave se acercó—. ¿Qué quieres decir con ‘tenso’, Jana? —Ella bajó la mirada y se encogió de hombros.

Él entrecerró los ojos hacia ella—. ¿Qué les dijiste?

—Puede que los haya amenazado un poco —dijo, levantando la mano y pellizcando media pulgada de aire entre los dedos pulgar e índice.

Dave gimió y se apretó la mano contra su frente—. ¿Estás loca? Me vas a dar un fallo cardíaco, Jana, lo juro por Dios. Uno de estos días, me voy a caer muerto. Esa boca tuya te va a meter en problemas un día de estos, si no tienes cuidado.

—No fue mi intención —dijo ella. —Ya sabes cómo soy. Me presionaron un poco, y no podía dejar que pensarán que no sabía lo que hacían.

—¿Qué les dijiste? —Le pregunté. Se mojó los labios.

—Jana —dijo Dave con firmeza.

Se cruzó de brazos. —Pude haber dicho que estaban desesperados. Y que tú volvieras a la escena los asustó. Entonces les dije que metieran su dinero donde el sol no brilla y les pedí que se fueran.

—Oh, Dios mío —respiró Dave.

Levanté mi mano antes de que él tuviera la oportunidad de dar un sermón a su hermana. — Podría haber sido peor —le dije.

—¿Peor? —Exclamó Dave—. ¿Cómo?

No le contesté. —Jana, no te preocupes por eso que sucedió. Voy a limpiar el pavimento con ellos el sábado y me aseguraré de que sepan que te dejarán fuera de esto. Si alguna vez vuelven a pasar por tu trabajo, no te acerques a ellos, ¿de acuerdo?

Ella asintió. —Está bien.

Estaba furioso. ¿Cómo se atreven a aparecer en su trabajo preguntando por mí? ¿Y cómo supieron que ella y yo teníamos algo entre manos? Sea lo que sea, quería protegerlo, y a ella también. Ella era especial. A medida que el enojo ardía dentro de mí, empecé a darme cuenta de que me preocupaba por ella. Fue una sensación extraña y no estaba preparado para eso. Alguien me estaba importando verdaderamente y sentía cosas especiales. Había pasado mucho tiempo desde que sentía algo así, ya casi lo había olvidado.

CAPÍTULO 14

JANA

El RS que Félix iba a conducir esta noche era una cáscara ahuecada. Supuse que tenía sentido.

Cuanto más ligero fuera el coche, más rápido sería, pero seguro que estaba lejos de ser cómodo. El asiento estaba firme y crujía debajo de mí cada vez que me movía. La jaula antivuelco era baja, así que tuve que sentarme con la cabeza ligeramente inclinada a mi izquierda.

Cuando llegamos al lugar de la primera carrera en Las Calles, tenía una torcedura en el cuello. Dave aparcó el coche con los que no corrían. Los dos salimos, y miré a mi alrededor, viendo por encima de las cabezas de los otros en las multitudes para tratar de ver a Félix.

—No estará aquí hasta justo antes de que comience la carrera —dijo Dave mientras nos dirigíamos al área de registro.

Asentí con la cabeza. Tenía sentido. Félix se comprometió a no decir que iba a correr esta noche. Iba a venir justo antes de la carrera.

Estaba increíblemente paranoica por encontrarme con Jared o Eloise. Me quedé al lado de Dave como si fuera pegamento mientras nos abríamos camino hasta el frente de la fila para encontrar a Kam sentada en su mesa. Como de costumbre, se veía muy sexy, y tenía su pluma en la comisura de la boca cuando llegamos. Nos miró y sonrió con el bolígrafo adornado con oro y joyas que aún tenía entre los dientes. —Hola, amores —dijo ella—. ¿A quién voy a registrar esta noche? ¿Un Sr. Dave Gilmore?

Dave asintió. —Sí, señora

—¿Y tú eres nuestra chica de la bandera otra vez esta noche?

—Sí —dije sonriendo.

Ella me miró. —Bien. Estás mejor vestida que nunca esta noche.

Dave cambió su estado a uno molesto haciendo que sus facciones se marcaran. No estaba contento con mi ropa. Aparentemente fue mucho peor que la de la semana pasada. No llovía, así que opté por llevar una falda negra ajustada, tacones de tira y un top negro de manga larga con recortes en la parte delantera que mostraba mi sujetador rojo.

Le sonreí a Kam. —Gracias. Este cree que es demasiado.

Kam miró a Dave. —Bueno, es tu hermano. Debería pensar eso. No te preocupes, Dave. Se rumorea que tu hermana y Félix Larsen tienen algo. Ningún hombre le pondrá un dedo encima.

Mis ojos se abrieron de par en par, y aspiré un agudo aliento de horror—. ¿Qué acabas de decir? —Kam me parpadeó—. ¿Que tú y Félix tienen algo?

Asentí con la cabeza. Tenía la boca abierta.

Dave se aclaró la garganta—. ¿De quién escuchaste eso? —Kam sonrió. —No soy una soplona. ¿Es información falsa? —Preguntó decidida. Tragué visiblemente mi saliva.

Ella se rió. —Muy bien entonces. No veo cuál es el problema. Eres una chica afortunada, Jana. Muchas de nosotras mataríamos por estar en tu lugar. —Miró por encima del borde de la mesa a mis pies. —Literal y figuradamente. Son sexys.

Me miré los pies. Las sandalias negras me tenían en lo alto del cielo y tenían correas en la parte superior de mis pies justo en mis tobillos. Me pinté los dedos de los pies de rojo para la ocasión. —Gracias

—¿Va a correr esta noche? —Preguntó Kam a Dave.

Asintió y se inclinó hacia adelante, bajando la voz para que no se le escuchara por casualidad. —Sí. Pero quiere mantenerlo en secreto. ¿Te enteraste de lo que le pasó a su hermano?

—¿Stan? —Kam asintió. —Sí. Creo que es una buena idea. ¿Tienes un plan?

—Conduje su auto. Lo llevaré a su posición inicial. Él va a conducir el mío. Justo antes de que empiece la carrera, vamos a cambiar de vehículo.

—Inteligente —dijo Kam. —Félix saldrá al frente del pelotón porque ganó la última carrera. Trae su coche allí para él. Estás en tercera posición a la izquierda. Dile que llegue cinco minutos antes de que empiece la carrera. Estoy dispuesta a hacer excepciones para mis favoritos.

Dave asintió. —Gracias, Kam. Apreciamos tu discreción

Ella le dio una sonrisa sensual. —No hay problema, cariño. Ahora vete de aquí. Tengo cosas que hacer.

Ella nos ahuyentó, y yo seguí a Dave a través de la multitud. Sacó su teléfono y envió un mensaje. Asumí que le estaba enviando a Félix la información que le pasó Kam. Él debía llegar en el coche de Dave y llevarlo a la posición de salida. Luego, cuando apenas quedara tiempo, cambiaban. Con suerte, esto evitaría que Jared y Brett idearan planes malvados para sacar a Félix de la carrera.

Volvimos al RS, y Dave se apoyó en ella y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros. —Ahora todos sabrán lo tuyo con Félix —dijo.

Me estremecí. —Sí. Supongo que sí. Lo siento, Dave. No quería...

—Está bien —dijo, moviendo la cabeza.

—¿Lo está?

Asintió con la cabeza. No me miraba cuando hablaba. En vez de eso, miró hacia el mar de cabezas. Nos reunimos en el punto de partida, que era un antiguo parque industrial que había visto mejores días. La mayoría de los negocios aquí estaban cerrados o sólo abiertos hasta las cuatro o cinco de la tarde. Era un lugar lo suficientemente remoto como para que nadie condujera a través de él, e imaginé que Kam tenía la confirmación de que no habría policía en esta área. Dave cruzó los tobillos. —Félix es un buen tipo. Y aunque no me gusta pensar en ustedes dos juntos, sé lo suficiente como para no decirte qué hacer. O a Félix. Si le dijera que se alejara de ti, sólo te querría más.

Miré mis pies y empujé algunos guijarros sueltos a través del asfalto. —Gracias

—No lo menciones. En serio. No quiero saber la mierda en la que están metidos —Hice una mueca. —Yo no hablaría de nada de eso contigo

—Bien.

—Bien —estuve de acuerdo.

Nos quedamos callados un rato. Me puse de costado a su lado y me apoyé en el coche—. ¿Estás nervioso por la carrera?

Se encogió de hombros—. ¿Nervioso? No. ¿Emocionado? Un poquito. Ha perdido su atractivo desde que los imbéciles se apoderaron de este lugar. Solía ser sobre quién era el mejor conductor. Y ponerlo todo en la carretera. Había respeto. Y confianza. Nadie estaba en ella para herir a alguien más. ¿Pero ahora? No lo sé. Es diferente

Asentí con la cabeza. —Estás hablando de Brett y Jared

—Sí

Me envolví en mis brazos para protegerme del frío de la noche. Ese era el único problema de ser la chica de la bandera. Mis trajes no eran tan cálidos como deseaba que fueran. Ojalá no hubieran llamado a Ginger para que diera una clase de baile esta noche. Podría haberla abrazado por calor. O al menos llevaba una chaqueta y me dejaba sostenerla mientras yo hacía mi trabajo y

empezaba la carrera.

—¿Deberíamos haberle dicho a Kam que Stan ya no corría? —Le pregunté. Dave agitó la cabeza. —Ella ya lo sabía.

—¿Cómo?

—No sé cómo esa mujer sabe la mitad de lo que hace, pero créeme, lo sabe. Apuesto a que su nombre ya está borrado de las carreras

—¿No podrá correr en las otras?

—Una vez que fallas una, eres eliminado

—Oh, —dije—. Pobre Stan. —Había trabajado tan duro para llegar a donde estaba, y Brett y Jared se lo habían quitado.

Una risa familiar detrás de nosotros me hizo dar la vuelta. Sabía antes de poner los ojos en ellos que estaban allí. Salieron de entre la multitud, que no les prestaba atención, y Brett me miró como siempre, con una lentitud deliberada y espeluznante. Tuve la tentación de cruzar los brazos sobre el pecho, pero me resistí. No quería que supiera lo incómodo que me hacía sentir.

Chasqueó su lengua—. ¿Pobre Stan? ¿Qué le pasó al hermano número dos de los Larsen? —Dave gruñó a mi lado. —Sabes lo que pasó, imbécil.

Brett fingió ser inocente. —No sé a qué te refieres

—Creo que sí —le contestó, levantándose del auto. El ceño fruncido de su cara era amenazador.

Nunca había visto a mi hermano mirar a nadie así antes.

Brett y Jared se rieron y se dieron un codazo en las costillas. —Alguien está enojado —se rió Jared.

—La verdadera pregunta es, ¿dónde está Félix? —preguntó Brett. Ni Dave ni yo dijimos una palabra.

Brett se acarició la barbilla—. ¿Se quedó en casa como un perro con el rabo entre las piernas porque a su hermano le dieron una paliza?

—Cuidado con lo que dices —escupió Dave. Dio un paso adelante.

Ellos sólo encontraron esto más gracioso. Extendí la mano y agarré la muñeca de mi hermano para tirar de él hacia mí. Vino, a regañadientes. —No vale la pena —murmuré.

Jared asintió al RS. —Entonces, ¿eres el único que corre de tu equipo, Dave? Eso debería hacer las cosas un poco más fáciles para nosotros. Sólo hay un payaso con el que tratar en la calle.

Yo apreté la muñeca de mi hermano mientras sus manos se doblaban en puños.

Brett me miró. —Siento haber tardado tanto en decirte lo sexy que te ves esta noche, Jana.

— Maldita sea, chica. Esas piernas

Mi hermano volvió a erguirse para avanzar y lo tuve que retener. —Déjalo —dije.

Brett se mojó los labios. —Te veré en la línea de salida, Jana. Y en mis sueños. Haciendo todo tipo de cosas traviesas

Ambos se evaporaron entre la multitud. Dave me arrancó el brazo de las manos. Por un momento pensé que podría seguirlos, pero cuando lo llamé, se volvió hacia mí. —Tenemos que llevar el coche a la primera línea —le dije. —No te preocupes por patearles el trasero ahora. Hazlo en la pista

—Tienes razón —murmuró.

Justo cuando nos deslizamos en el coche, Kam anunció que la carrera comenzaría en quince minutos. Dave arrancó el coche y empezó a conducir lentamente entre la multitud, que ya estaba avanzando mientras se dirigían al comienzo de la carrera. —Más vale que Félix gane.

Vi a mi hermano por el rabillo de los ojos. Sus nudillos eran blancos en el volante. No

recuerdo haberlo visto nunca tan enfadado. Supongo que tenía buenas razones para estar enojado. Después todo lo que Jared y Brett habían hecho, estaba segura de que cada vez era más difícil ver sus caras y soportar sus burlas.

Nos detuvimos en la parte delantera del pelotón cuando los otros coches cayeron en sus posiciones. Revisé los espejos y miré a mi alrededor para ver si Félix ya había traído el coche de Dave de su casa. Nada hasta ahora.

—¿Dave?

Me miró a mí—. ¿Sí?

—Ten cuidado. Por favor

Él sonrió. —Lo haré, Jana. No soy como esos otros maníacos. No quiero morir o ser destrozado por una maldita carrera callejera. Quiero irme en una pieza.

—Me alegro —dije en voz baja. Entonces abrí la puerta del coche. —Buena suerte

Salí y fui a ver a Kam. Tenía la bandera roja en una mano. Ella me la dio—. ¿Ya llegó? —preguntó ella.

Sabía que estaba hablando de Félix. —No lo he visto

Kam asintió con la cabeza y miró a los coches. Sus faros estaban encendidos, y parecían siniestros como monstruos listos para conquistar el pavimento. Una sonrisa rizó la comisura de su boca. —Entonces. ¿Félix es bueno en la cama?

Traté de no parecer tan sorprendida como me sentí por la pregunta, pero no pude evitarlo. La miré, con los ojos muy abiertos y sin palabras.

Kam echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Oh, niña. Necesitas relajarte. Especialmente si quieres ser parte de este mundo. El sexo es sexo. Y Félix Larsen... bueno, no es un secreto que he querido estar por debajo de él durante mucho tiempo. Me alegro por ti, de la forma más envidiosa posible, por supuesto

—Te entiendo —dije en pocas palabras—. ¿Y qué? —arremetió ella.

—¿Y qué?

Kam me guiñó el ojo—. ¿Es un buen polvo?

Me lo tragué y volví a mirar los faros del coche. —Creo que 'bueno' es un eufemismo —Kam suspiró. —Por supuesto que sí. El hijo de puta es de otro planeta

CAPÍTULO 15

FELIX

Cuando entré en el parque industrial, levanté la capucha de mi suéter. Las ventanas del coupé de Dave estaban tintadas, pero no quería arriesgarme a que nadie me reconociera demasiado pronto. Los rumores se extendían rápidamente aquí, y cuanto más tiempo pudiera evadir a Brett y Jared, mejor.

Stan estaba en casa en mi sofá viendo la tele y comiendo pizza. Estaba de mal humor cuando me fui. No podía culparlo. Quería estar aquí quemando gas y goma tanto como yo, pero algunos imbéciles se lo habían quitado.

Iba a pagarles por eso esta noche. No había mejor motivador que la venganza.

Me arrastré a través de la multitud y me abrí camino hasta el punto de partida. Dave me había avisado que debía poner su coche en tercera posición a la izquierda. Cuando finalmente llegué al lugar, me incliné hacia atrás y exhalé. Había mucha presión para hacer esto bien esta noche. No sólo eso, sino que también corría un coche nuevo por primera vez. Estaría averiguando cómo manejarlo sobre la marcha.

Me gustaba mantener las cosas interesantes.

Vi a Jana de pie con Kam en la banda. Tenía la bandera roja en una mano, y había un viento suave soplando de un lado a otro. Se veía tan caliente que se me hizo agua la boca.

Sus piernas estaban en exhibición, y podía ver las líneas de sus músculos en sus muslos incluso desde aquí en la tercera posición. Su falda era corta pero no era vulgar, y su camisa negra de manga larga la hacía sexy y coqueta. Su cabello, como siempre, estaba suelto y suavemente rizado. Parecía que pertenecía a la portada de una revista de autos calientes.

La vi caminar desde el lado de la carretera hasta el centro. Tomó su lugar donde Kam había pintado otra X roja para ella.

Luego me bajé del auto. Lo dejé en marcha y dejé la puerta abierta. Empecé a avanzar entre los coches, y Dave salió del RS. También dejó la puerta abierta.

Nos cruzamos y me dio una palmadita en el hombro. —Dales duro —dijo. —Tú también —respondí.

Alguien empezó a gritar—Street King. —Mantuve la cabeza baja y la capucha levantada. Me metí en el RS, pero ya era demasiado tarde. La multitud me había delatado. Brett y Jared sabrían que estoy aquí, y eso solo significaba que estaría corriendo.

No importaba. El punto era que les habíamos quitado el tiempo para planear cualquier cosa para esta carrera. Tenía una buena oportunidad de ganar. No iba a ser pillado con la guardia baja por ninguna de sus tonterías.

Ya adentro comencé a sentir el motor. Aceleré fuerte. Era el momento.

Jana cambió su peso a su pie derecho y sacó la cadera. Me dio una mirada seductora. A pesar de que probablemente no podía verme a través del parabrisas tintado y más allá del resplandor de los faros, sabía que esa mirada era para mí.

Miré la larga fila de sus piernas mientras movía sus caderas hacia adelante y hacia atrás. Los otros coches le tocaban la bocina para mostrarle su aprecio. Se dio la vuelta, dando a todos, un buen espectáculo. Y al volver a su sitio, lanzo un beso general a los participantes.

Mi pene se movió.

Maldita sea. Era coqueta. Estaba más buena que el sexo en sí. Y más linda que cualquier otra chica que haya visto. Yo sabía lo inteligente que era y lo buena chica. Pero ahora estaba viendo otra faceta. Ella era el paquete completo.

Jana levantó la bandera roja por encima de su cabeza. Me apreté los dientes y agarré el volante. Pasé mi mano derecha por encima de la palanca de cambios, la sacudí y luego la agarré. Estaba en punto muerto. Esperando. Esperando.

Jana miró a Kam, quien le dio el visto bueno.

La bandera se caería en cualquier momento. Los guantes estarían fuera, y la pelea estaría encendida. Iba a ganar este hijo de puta. Simplemente no había otra opción.

Iba a ganarlo para Stan. Y para mí. Al carajo con Jared Dalton y Brett Paul.

Los motores rugieron a mi alrededor. Vibré en mi asiento. La bandera en la mano de Jana bailaba mientras el viento se levantaba.

Entonces se le cayó. La bandera forjó un arco rojo en el aire, y yo me lancé hacia adelante. Caí de nuevo a mi asiento cuando el coche se alejó de la línea. Pasé por delante de ella demasiado rápido para ver nada más que un destello de su sujetador rojo.

Luego me fui. Llegué a la velocidad máxima en segundos y tomé la delantera.

—Oh. Mierda, sí —grité, golpeando el salpicadero—. ¡Dave, bastardo brillante!

La primera media milla era básicamente una carretera recta. Me abrí con el pie plano en el suelo. Yo goberné el RS rápidamente. El velocímetro flotaba y temblaba en la parte superior de la esfera, incapaz de leer la velocidad a la que me dirigía.

Sonreí como un salvaje mientras me preparaba y tomé la primera curva. De esto se trataba todo. Velocidad. Poder. El zumbido del asfalto debajo de los neumáticos.

Cuando llegué a la segunda inmediatamente, revisé mis espejos. Dave estaba un par de autos detrás de mí. Uno de esos coches, por supuesto, era el Mitsubishi amarillo de Brett. Estaba zigzagueando por la carretera como lo había hecho en la carrera de la semana anterior. Nadie parecía dispuesto a separarse de la manada y pasarle. Al menos, aún no era el momento. Estaba seguro de que alguien haría un movimiento una vez que nos acercáramos a la línea de meta.

La ruta cartografiada se volvió ventosa y se llenó de curvas cerradas. El RS se manejó como un sueño, pero también lo hizo el coche de Brett. Me estaba ganando, centímetro a centímetro, y para cuando llegamos a la marca de los tres cuartos de la carrera, estaba justo en mi parachoques.

Y también lo estaba otro coche. Era negro con rayas rojas a lo largo del borde. Sabía que Jared estaba en ese coche. Estaba seguro de ello.

Nos topamos con una parte de la pista que nos obligó a reducir la velocidad al tomar una serie de curvas cerradas. Brett y Jared se abrieron en abanico detrás de mí y le pegaron a sus luces altas. Parpadearon en mis espejos, cegándome por un segundo, y tomé una esquina demasiado ancha.

Se movieron hacia arriba a cada lado de mí.

—Mierda —gruñí, entrecerrando los ojos en el camino mientras dolían por el resplandor. Una jugada barata. Nos acercamos al último tramo de la vía. No miré por los espejos para ver dónde estaba el resto de los coches. No importaba. La línea de meta había surgido al final de la calle, una buena milla más o menos.

Concentré toda mi atención en alejarme y tomar la delantera.

No podía pasar por ninguno de los dos lados. Brett y Jared estaban conduciendo uno al lado del otro con el espacio justo entre ellos para que yo pudiera moverme. Me estaban provocando. Yo lo sabía. Lo sabía, y me importaba un bledo. Si iban a obligarme a hacer este movimiento, entonces yo lo haría. Tenía que intentarlo. Y me estaba quedando sin pavimento.

Pisé a fondo y tomé el espacio entre ellos. Ambos se volvieron hacia adentro y me acorralaron. Brett se estrelló contra mi lado izquierdo y Jared contra el derecho. Le debía a Tobías mucho más dinero que veinte de los grandes ahora. Apreté la mandíbula y luché contra el volante para mantener el control mientras me dirigían con sus coches, dominándome.

La línea de meta estaba tan cerca.

Le di más potencia y tomé velocidad. Me abrazaron más fuerte. Mi coche empezó a temblar. El metal del marco crujió y gimió bajo la tensión. Las chispas volaron desde mi lado derecho cuando Jared se alejó por dos pulgadas y luego volvió a chocar contra mí.

Estábamos a ciento cincuenta pies de la línea de meta—. ¡Vamos! —Rugí.

Cien pies.

Brett bajó la ventanilla de su pasajero y me insultó. No sabía lo que decía por el chillido de los autos que chocaban entre sí. Luego echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Me fijé en la carretera.

Cincuenta pies.

Sólo un poco más lejos. Empújalo. ¡Empújalo! Treinta pies.

La dirección era casi imposible de combatir. Brett y Jared estaban tomando las decisiones y sujetándome en un solo lugar. El cinturón de seguridad me apretó más fuerte. Mi auto se sacudió de lado, y estaba seguro de que habían levantado temporalmente una de mis llantas de la carretera.

Pude ver a Jana. Estaba de pie en la parte delantera al lado de Kam. Estaba agarrando la bandera roja y se la puso sobre la boca. Sus ojos estaban muy abiertos.

Quince pies.

No te eches atrás. Lucha contra ellos.

Esto se trata de Ganar.

Mantuve el pie en el acelerador y los tres cruzamos la línea de meta al mismo tiempo. Mi auto se tambaleó. Tuve que quitar la velocidad.

Bajé una marcha y luego otra. El motor protestó y el coche se sacudió. Entonces Brett se apresuró y se acercó a mi guardabarros delantero mientras Jared retrocedía.

—Mierda —respiré, ya sabiendo lo que estaban planeando. No tuve escapatoria. Pisé los frenos. Era demasiado tarde.

Brett se giró bruscamente hacia mi parte delantera. Oí que la parte delantera del coche se arrugaba cuando me empujaron a la derecha. Al mismo tiempo, Jared chocó contra mi guardabarros trasero izquierdo.

Y luego estaba girando.

Quitó el pie del freno. Necesitaba tracción. Agarré la rueda y traté de corregirla, pero ya había girado alrededor de trescientos sesenta grados. La barrera de cemento en el exterior de la pista se estaba acercando peligrosamente, y yo seguía yendo demasiado rápido.

Demasiado rápido, maldición.

Solté el volante y me apreté contra mi asiento. Traté de relajarme, sabiendo que el impacto se avecinaba. Los músculos tensos eran más fáciles de dañar. Dejé caer mis manos a los lados y esperé lo mejor mientras la barrera de cemento se elevaba por la ventana.

Cuando me estrellé contra él, me balanceé de lado con tal fuerza que mi cinturón de seguridad golpeó el aire de mis pulmones. Mi cabeza se golpeó contra algo duro, y estrellas blancas explotaron en mi visión. Algo caliente y húmedo goteaba en mi ojo.

Intenté recuperar el aliento mientras el mundo giraba y se oscurecía. La gente gritaba. Algunos gritaban mi nombre. Los coches pasaban por delante de mí en colores borrosos. La carrera seguía en pie. Significaba que nadie podía poner un pie en la pista hasta que el último coche cruzara la

línea.

Me agaché con las manos temblorosas para tratar de quitarme el cinturón de seguridad. Mis dedos se sentían gruesos, con cosquilleos e inútiles. Todavía no podía recuperar el aliento.

Apreté mis ojos cerrados contra el dolor en mi pecho y mi cabeza. Logré quitarme el cinturón de seguridad. Mi visión era de un túnel. Iba a desmayarme.

Intenté luchar contra ello. No quería perder el control. Tenía que salir de este maldito auto. Necesitaba aire, pero era inútil. Mis extremidades se volvían más pesadas a cada segundo y también lo eran mis ojos.

Cuando ya no pude luchar más y la oscuridad detrás de mis párpados se cerró, pude respirar. Aspiré una gran bocanada de aire, y luego mientras exhalaba, la oscuridad me tragó entera y me alejó de las voces que gritaban mi nombre y el rugido de los motores de los autos al pasar la línea de meta.

CAPÍTULO 16

JANA

—No —respiré. Todo parecía desarrollarse ante mí en cámara lenta.

La multitud estaba tensa, y todos parecían estar aguantando la misma respiración mientras los tres coches se lanzaban hacia la línea de meta. El rugido de los motores y el choque de los parachoques que se golpeaban entre sí resonaron en mis oídos mientras se acercaban, y todo lo que podía pensar era una cosa. Esto va a terminar mal.

Los tres coches pasaron la línea. Las luces de freno de Félix se encendieron. La multitud se quedó boquiabierta.

Y entonces Brett y Jared hicieron su movimiento y enviaron el coche de Félix girando a través de la pista donde golpeó el lado del conductor por primera vez contra la barrera de cemento. Las llantas del lado del pasajero se levantaron del suelo con el impacto, y todo el bastidor pareció arrugarse hacia adentro, dejando el coche deformado y torcido como un trozo de plástico dejado al sol durante semanas.

Creo que pude haber gritado.

No me di cuenta de que había empezado a alejarme de la multitud en un intento desesperado de llegar a Félix. Alguien agarró mi brazo y me tiró hacia atrás. Me giré y les di un golpe con la mano, pero me agarraron la parte trasera de la camisa y me arrastraron de nuevo. Era Kam. Traté de alejarme de ella.

Entonces otros dos coches pasaron la raya. Seguido por casi una docena más. Me habrían dado un golpe de muerte.

Me quedé quieta y esperé, mi corazón golpeando salvajemente mi pecho. La multitud estaba susurrando. El coche estaba humeando desde debajo del capó. Kam soltó mi suéter. —Dos coches más —dijo. Su voz era delgada.

—Oh Dios —susurré.

—Mantén la calma —me advirtió.

Miré por la pista. Todos los autos se detuvieron, incluyendo el de Dave. Se detuvo y estaba esperando. —como yo —para salir de su auto y llegar a Félix. La espera fue insoportable.

Brett y Jared también se habían detenido más abajo en la pista. Sus autos estaban uno al lado del otro, y podía imaginar que habían bajado las ventanillas para hablar y reírse de lo que le acababan de hacer a Félix.

Pensé que podría estar mal.

Me torcí el cuello para mirar el resto de la calle en la dirección opuesta. Los dos últimos coches venían en camino. Me acerqué más a la barrera y presioné con la punta de los dedos. Estaba lista para saltar sobre él tan pronto como cruzaran la línea.

Lo que probablemente sólo tomó unos diez segundos se sintió como una eternidad. Los autos finalmente me pasaron, y me empujé sobre la barrera y corrí hacia el auto de Félix como si el diablo estuviera a mi espalda. Dave también corría por la carretera. Ni siquiera se había molestado en cerrar la puerta de su coche.

Se golpeó contra el auto y se inclinó frente a la ventana del pasajero para mirar adentro. Intentó abrir la puerta, pero no se movió debido a los daños en el marco. Le oí maldecir en voz alta cuando me detuve a su lado.

—Dave —me quejé. El miedo había envuelto mi garganta con sus manos.

Mi hermano me miró por encima del hombro. Sus ojos eran salvajes, furiosos y asustados. Este no me hizo sentir mejor. No me dijo ni una palabra mientras se inclinaba hacia atrás y chocaba con el codo contra la ventanilla del coche. Un vidrio se rompió a sus pies, y metió la cabeza en el auto—. ¡Félix!

Aun así, no pude verlo. Las ventanas eran demasiado negras. ¿Y si estaba muerto?

No. No podía pensar así—. ¡Félix! —Oí a Dave gritar de nuevo.

La multitud no se acercaba. Todos se estaban quedando atrás. Las mujeres tenían las manos sobre la boca, y los hombres también parecían preocupados. Pero nadie venía en nuestra ayuda. ¿Era así como siempre pasaba? La gente venía por la emoción de ver la carrera, pero si uno de los pilotos salía herido, ¿se quedaba solo?

—Esto es una mierda —susurré.

—¡Jana! —Rugió Dave, saliendo por la ventana. —Necesito tu ayuda. —Me mojé los labios y asentí. —Dime qué hacer.

—Su brazo está atrapado en el cinturón de seguridad. Necesito que entres por la ventana y lo liberes para que pueda sacarlo por el otro lado.

—¿Qué?

Él corrió por la parte delantera del coche y saltó por encima de la barrera de cemento. Luego rompió la otra ventana. Más vidrios rotos cayeron al pavimento—. ¡Ahora, Jana!

Me aterrorizaba ver el estado en que se encontraría Félix. Dave estaba perdiendo tiempo, así que sabía que las cosas iban en serio. Teníamos que sacarlo del coche.

Asentí con la cabeza. Yo podía hacer esto. Tenía que hacer esto.

El vidrio se me crujió bajo los talones cuando me dirigí a la puerta lateral y miré hacia abajo.

Mi corazón saltó en mi garganta. Félix estaba inconsciente. Su mentón descansaba sobre su pecho, y estaba inclinado hacia el lado derecho, apoyándose en el panel de la puerta. La sangre había caído por un costado de su cabeza y corría por su cara para gotear por su nariz y mandíbula. Sabía que las heridas de la cabeza sangraban más que otras heridas, pero esto se veía mal. Realmente malo.

Puse mi suéter sobre mi cabeza y lo puse en el marco de la ventana abierta para protegerme de los pedazos de cuñas de vidrio rotas en el panel. Luego puse una pierna seguida de otra y agarré el capó mientras me deslizaba dentro del auto.

Lo primero que noté fue la sangre en el volante. Y luego me fijé en el cinturón de seguridad. Entonces extendí la mano temblorosa y apreté las puntas de los dedos contra el cuello de Félix y esperé, paralizada por el terror, a sentir el pulso.

Dave puso sus manos en la ventana del pasajero—. ¡El cinturón de seguridad, Jana! —Lo sentí, un suave beso de vida bajo la piel de Félix.

Fue suficiente para incitarme a la acción. Me acerqué a él y le saqué el brazo del cinturón de seguridad. La sangre manchó mis dedos, pero no me importó. Le quité el cinturón de seguridad del hombro, liberándolo, y Dave me pidió que le ayudara a girar a Félix de lado para que pudiéramos guiarlo a través de la ventana del conductor.

Pesaba una maldita tonelada.

Dave se envolvió los brazos bajo las axilas de Félix y empezó a sacarlo del coche.

La risa me llamó la atención. Miré por la ventana del pasajero para ver a Jared y Brett parados a unos tres metros de distancia. Brett tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba vaqueros sueltos y un chaleco blanco. Sus dientes de oro brillaron mientras echaba la cabeza hacia atrás y reía. Jared le dio un puñetazo en el pecho y dijo algo que ambos encontraron

gracioso porque su risa aumentó, y pronto Brett la duplico aullando con hilaridad. —Bastardos — gruñí.

—Jana, no —advirtió Dave.

Pero su voz sonaba a lo lejos como si estuviera bajo el agua. Como si no fuera real.

Me salí del coche de la misma manera que entré. Primero el torso. Me senté en el marco de la ventana mientras sacaba una pierna a la vez, consciente de todo el vidrio y mi piel desnuda. Era una mala combinación.

Mis talones se aplastaron contra el cristal con cada paso que daba.

—Bebé —dijo Brett, lamiéndose los labios mientras me miraba. —Nunca te has visto tan sexy, sí. Mira esas tetas en exhibición como...

Me di la vuelta y lo golpeé en la mandíbula. Me dolían los nudillos, pero me importaba un bledo. La multitud jadeó y luego aplaudió. Me devolví para golpearle de nuevo, pero Jared me cogió de la muñeca y me tiró de lado. Así que le di una patada entre las piernas. Él aulló de dolor.

Brett se me acercó. —Pequeña maldi...

Le escupí. —La única persona aquí que es un maldito eres tú. Eres una serpiente. No podías ganar sólo con tu habilidad, ¿así que haces esto? —Mi voz era tan ronca que ni siquiera podía gritarle. Mis palabras se rompieron, y mi voz tembló—. ¡Cómo te atreves!

—¡Jana! —Dave me estaba gritando—. ¡Ahora no es el momento! ¡Trae tu trasero aquí!

Los ojos de Brett se volvieron hacia mi hermano. —Será mejor que escuches a tu hermano. Tu juguete no se ve muy bien.

Le di en el pecho con un dedo. —Eres un cobarde patético. Una broma. Y todos lo sabemos. Tú, vil, codicioso y baboso pedazo de...

Brett me agarró del brazo y me tiró de él. Estaba tan cerca que podía oler su mal aliento. —Ten cuidado con cómo me hablas, mujer. Félix no puede ayudarte esta vez.

—Pero yo sí puedo —dijo una mujer desde detrás de él.

Los ojos de Brett parpadeaban entre los míos. Estaba decidiendo si debía lastimarme o no. Podría leerlo todo sobre él. Sus músculos de la mandíbula se flexionaron, y su agarre en la parte superior de mi brazo se apretó dolorosamente. De repente, me soltó y se alejó, volviéndose hacia Kam, que estaba de pie detrás de él con los brazos cruzados. Su mirada podría congelar el fuego.

—Kam. —Brett sonrió. Era una sonrisa deslizante, forzada y pútrida. —Sabes que sólo me aseguraba de que la chica supiera cuál es su lugar

—Te quitaré puntos a ti y a Jared por esta mierda, Brett. Sabes que el juego sucio no se tolera en Las Calles. Hemos superado esto

—Kam... —Brett trató de decir, pero ella agitó la cabeza.

—No. No lo permitiré. Será mejor que tú y Jared se larguen de aquí antes de que cambie de opinión y empeoren las cosas —Ella entrecerró los ojos cuando él se quedó dónde estaba. Jared seguía gimiendo y agarrándose la entrepierna. —Ahora —gruñó Kam.

Brett le pasó la mano por encima de la cabeza. —Esto está jodido

—No podría estar más de acuerdo —sentenció ella.

Jared hizo una mueca de dolor al enderezarse. Brett agarró su hombro, y los dos caminaron hacia sus autos. Kam se volvió hacia mí. Su mirada aún estaba helada como el infierno. —Tienes que tener más cuidado, Jana. Iba a golpearte

—Podría haberlo manejado.

Ella agitó la cabeza. —Lo dice la chica que nunca ha sido golpeada por un hombre

Me quedé sin palabras. Tenía razón, por supuesto. No sabía en lo que me estaba metiendo. Era más que obvio que un golpe suyo podría haberme noqueado. Entonces Dave habría tenido que

lidiar con mi culo, además del de Félix.

Félix.

Me volví hacia Dave. Tenía el brazo de Félix sobre su hombro y lo estaba alejando del auto. Dave asintió por la pista hacia su coche. —Jana. Trae el coche. Las llaves están en el encendido.

Las sirenas zumbaban a la vida en la distancia. —Mierda —siseó Kam.

—¡Ahora, Jana! ¡Vete! —Gritó Dave.

CAPÍTULO 17

FELIX

Todo me dolía. Mi cabeza golpeaba como si alguien estuviera golpeando mi cráneo con un martillo. La presión detrás de mis ojos me convenció de que mi cerebro había explotado y se estaba saliendo de mi cabeza. Mis oídos sonaban como una maldita alarma de incendios. Y no se detenía.

El resto de mi cuerpo no estaba mejor. Mis costillas, mis hombros y pecho me dolían furiosamente, y me veía empujado suavemente y cada golpe o movimiento enviaba pequeños choques de dolor ardiente por mis venas.

Me quejé y levanté mi mano a mi cara para tratar de frotar algo mojado de mis ojos.

—¿Félix? —Una voz de mujer dijo mi nombre desde muy lejos. Me sonaba familiar. También parecía asustada.

Intenté abrir los ojos sin éxito. —¿Félix? ¿Puedes oírme?

Tragué y me froté más fuerte en los ojos. La mujer me apartó la mano de la cara, me acarició suavemente el pelo de la frente y dijo: —Espera. Ya casi llegamos.

¿Llegamos a dónde? ¿Dónde estaba que me dirigía a un lugar?

Intenté preguntarle de qué hablaba, pero mi lengua era gruesa e inútil en mi boca. —Dave, acelera. Se está despertando. Vamos a necesitar analgésicos.

Sentí la presión de avanzar y me di cuenta de que estaba en un auto. Estaba tumbado. Mi cabeza estaba en su regazo. Debemos estar en el asiento trasero.

—Jana —finalmente me las arreglé para decir. Mi voz era un débil graznido que sonaba extraño en mis oídos. —Estoy aquí —dijo suavemente, acariciando mi frente de nuevo. —Estamos casi de vuelta en tu casa. Stan sabe que venimos. Vas a estar bien.

Seguro que no se sentía como si fuera a estar bien. Sentí como si alguien me hubiera tirado de un acantilado de 15 metros y luego me hubiera arrastrado de nuevo hacia arriba sólo para volver a lanzarme.

La voz de Jana era una buena distracción de todo el dolor. —No podemos llevarte al hospital. La policía apareció después de la carrera, no podíamos dejar que supieran que estábamos involucrados y que tú terminarías en la cárcel. Kam sacó a todo el mundo y sacó el RS de allí, aunque no fuera manejable. No podíamos arriesgarnos a que la policía lo rastreara hasta el amigo de Dave.

Quería preguntarle dónde lo habían llevado y quién se lo había llevado. ¿Con quién tenía una deuda? Pero las palabras aún no llegaban.

Jana continuó. —Kam nos lo está guardando por ahora hasta que sepamos qué hacer con él. Uno de los tipos allí con un camión lo remolcó para ella. Con suerte, regresaron a su casa sin problemas.

Dave se levantó del asiento delantero. —Los tres atados, por cierto, clasificaron para la próxima carrera.

—No creo que eso sea algo de lo que tengamos que preocuparnos ahora mismo —dijo Jana. —Confía en mí —respondió mientras girábamos a la derecha—, Probablemente quería saberlo. —Sonreí a mi costa. Dave me conocía bien.

Jana me apretó algo a un lado de la cabeza y me estremecí. Ella se disculpó. —Te diste un

buen golpe en la cabeza, Félix. Sólo intento detener la hemorragia. —Estaba sangrando. Genial.

—Tobías —dije sin poder articular algo más.

Jana trató de callarme, pero Dave respondió desde el asiento del conductor. —Nos preocuparemos de eso más tarde, Félix. Ahora mismo, sólo tenemos que llevarte a casa y limpiarte.

El auto que había jodido valía mucho más de quince mil dólares, la cantidad que le debía a Tobías por dejarme competir con su RS. Debería haberlo sabido mejor. Debí haber anticipado este tipo de cosas de Brett y Jared. Sabía que harían cualquier cosa para ganar, y ya habían intentado sacarme de la carretera anteriormente. ¿Por qué había sido tan tonto como para pensar que esta vez sería diferente?

Porque quería ganar. Naturalmente. Eso estaba a fuego en mí.

Me había metido en un buen lío. Kam me estaba cubriendo, algo que ella mantendría sobre mi cabeza hasta el día de mi muerte. También había enredado a Jana en este lío. Probablemente estaba sangrando sobre ella y le estaba dando un buen susto. Pero egoístamente, me alegré de que estuviera aquí. Me alegró tener su pierna bajo mi cabeza, su mano corriendo por mi pelo. Fue un consuelo.

Mis pensamientos empezaron a vagar cuando Dave y Jana se callaron. Tal vez pensaron que estaba dormido. Estaba siendo arrastrado de nuevo a la oscuridad, pero esta vez, era la oscuridad de mis propios recuerdos.

De Eloise.

¿Había estado allí? ¿Había estado en la banda observando cuando Brett y Jared me chocaron contra la barrera de concreto? ¿Le habría importado?

No hace mucho tiempo, ella había sido la mujer por la que habría dado mi vida. A veces, todavía estaba seguro de que, si alguien amenazaba su seguridad, yo intervendría y recibiría una bala por ella. El amor no moría, así como así. Al menos no para mí. El mío fue un amor profundo y sincero. No podía deshacerme de esos sentimientos fácilmente. Ella ha sido mi todo durante demasiado tiempo. Ella había ahuyentado las tormentas dentro de mí y me había enseñado a vivir por algo más que por la velocidad, el pavimento y el olor de la victoria.

Si hubiera visto el accidente, ¿esperaría que yo estuviera bien? ¿O esperaba que yo estuviera muerto?

Esto último podría ser más fácil para ella. Así no tendría que pensar en mí nunca más. Finalmente podría limpiarse las manos y concentrarse en su relación con Jared.

El pensamiento hizo que mi cuerpo dolorido me doliera aún más.

Intenté pensar en otras cosas, pero todo seguía girando hacia ella.

Hice una mueca cuando chocamos contra un bache. El coche me hizo moverme de mi lugar y Dave se disculpó. Debo haber hecho un sonido sin darme cuenta. La mano de Jana se me quedó inmóvil en el pelo y abrió la puerta. Habíamos llegado. El aire frío me lavó y ahuyentó algo de la niebla en mi cabeza.

Me froté los ojos vigorosamente una última vez y finalmente pude abrirlos un poco. Mis pestañas estaban llenas de rojo.

Oí a Dave salir del coche. Se apresuró a acercarse a mi lado mientras yo me obligaba a sentarme. Agarré el reposacabezas del asiento de enfrente para tratar de estabilizar mi cabeza giratoria.

—Vale —respiró Dave, mirando hacia la puerta principal. —Jana, ve a buscar a Stan. Vamos a tomárnoslo con calma, Félix, ¿de acuerdo?

—Estoy bien —dije.

—Amigo, estás muy lejos de estar bien ahora mismo —murmuró. —Vete, Jana

Ella asintió y corrió por la entrada para llamar a la puerta. Miré a Dave, que se puso en cuclillas fuera de la puerta. Su frente estaba arrugada, y su boca era una delgada línea de preocupación. —Me has dado un susto de muerte, no tienes idea. Pensé que iba a sacar tu cuerpo muerto de ese maldito auto.

—Dame un poco de crédito —dije en pocas palabras. —Se necesita más que eso para deshacerse de mí

Dave no le sonrió a mi chiste. Su expresión seguía siendo igual de seria—. ¿Cómo te sientes?

—Probablemente tan mal como parezco

Asintió con la cabeza. —Si te hace sentir mejor, Jana fue a defenderte contra Brett y Jared

—¿Qué?

Él asintió. —Te lo diré cuando estés un poco más coherente. Pero maldita sea. Era otro lado de mi hermana que nunca había visto antes. Era un maldito animal.

Jana volvió de la puerta principal con Stan pisándole los talones. Se acercó a la puerta trasera, y Dave se apartó del camino. Stan puso su mano en el techo y me miró. —Bueno, mierda, sí que estas mal —escupió.

—Encantado de verte a ti también —me las arreglé para decir.

Se miraron entre sí. —Llévemolo adentro. Jana, hay sábanas en el armario al lado de la puerta del baño. ¿Puedes ir a buscarlas y ponerlas sobre el sofá para que no sangre por todas partes?

Jana asintió y se fue de nuevo. Entonces Stan me sacó del asiento trasero con dos movimientos. —Vamos, Félix. Vamos a hacer que te acuestes.

Me resbalé por el asiento. Fue doloroso. Mis costillas gritaban en protesta, y me abrazaba con un brazo al cuerpo. Era la única manera de calmar un poco el dolor. Luego me levanté lentamente y me balanceé en el acto. Stan se deslizó bajo un brazo y Dave pasó por debajo del otro. Empezaron a acompañarme en el camino.

—Voy a matar a esos cabrones —respiró Stan.

Dave agitó la cabeza. —Ahora no es el momento de planear un asesinato

—Se están metiendo con los tipos equivocados —dijo mi hermano cuando cruzamos el umbral. Me llevaron por el pasillo y a la sala de estar donde Jana había desplegado una sábana azul oscuro sobre el sofá. Se apartó apresuradamente y los dos hombres me bajaron. Me senté en el borde mientras la habitación giraba en círculos a mi alrededor.

Ella se arrodilló frente a mí. Tenía un tiesto de la sala de café. Había un trapo en él. Lo sumergió, lo escurrió y empezó a limpiarme la cara. La tela salió empapada de sangre.

No había pensado que fuera tan malo hasta que lo vi. Ahora el giro, las náuseas y el dolor tenían sentido. El golpe debió ser grande.

Jana trabajaba con ternura, y mientras la fatiga me bañaba, me guió lentamente hacia mi espalda, donde continuó limpiando la sangre. —No estoy segura que sea bueno que duermas, por la contusión, pero puedes descansar —me dijo mientras escurría la tela por cuarta o quinta vez.

Dave se agachó y lo recogió para cambiar el agua.

Asentí con la cabeza y me arrepentí. Mover mi cabeza empeoró las cosas. —Creo que sí.

—Bien —dijo ella.

—¿Eras enfermera en tu vida anterior? —Le pregunté.

Me dio una dulce sonrisa y agitó la cabeza. —No seas tonto

—Eres buena en esto

Ella frunció los labios. —Solía desmayarme cuando veía sangre cuando era niña

—¿Cuándo se detuvo? —Le pregunté. Maldita sea. Mis párpados se estaban volviendo pesados.

—Nunca —dijo en voz baja.

CAPÍTULO 18

JANA

Los ojos de Félix habían estado cerrados durante uno o dos minutos cuando Dave regresó con un tazón limpio de agua sin sangre y un paño nuevo. Le di las gracias, sumergí el paño en el agua caliente y lo escurrí. Luego tomé las tijeras de la mesa de café y le corté la camisa a Félix. Dave me ayudó a quitar la tela mientras Stan se hundía en el sofá de enfrente y me miraba trabajar.

El hermano de Félix estaba furioso. Lo pude ver en la tensión de su hombro; la oscuridad en sus ojos. Quería venganza. Probablemente se sintió de la misma manera que Félix cuando fuimos al hospital después de descubrir que Stan había sido atacado y golpeado.

Probablemente estaba aún más enojado al ver el torso maltratado de Félix. Su piel bronceada estaba llena de moretones. Su lado izquierdo ya estaba púrpura, al igual que su hombro. Debe haberse estrellado contra el lado del coche con mucha fuerza cuando el coche chocó contra la barrera. Por suerte, no había sangre. El único lugar por el que sangraba era por su cabeza.

—¿Está despierto? —Preguntó Dave.

Abrí la boca para responder, pero Félix se me adelantó. —Sí —dijo, con los ojos cerrados.

Intercambié una mirada con mi hermano, que estaba frunciendo el ceño. Luego me di vuelta y saqué los analgésicos de la mesa que Stan había preparado antes de que llegáramos. También había un vaso lleno de agua—. ¿Félix? —Dije en voz baja. Sus ojos se abrieron de golpe. Reservé el agua y las píldoras. —Toma esto para el dolor

—No necesito...

—Tómalos —dije con un poco más de fuerza.

Los ojos de Félix pasaron de mí a las píldoras de mi mano. Luego se acercó, las tomó y se las metió todas en la boca. Yo aguanté el agua y él también la tomó, haciendo una mueca de dolor mientras levantaba la cabeza para beber. Tomó unos tragos grandes de agua y luego se relajó contra el sofá. Tomé el agua y la puse en el suelo.

—Esos te harán sentir como nuevo bastante más rápido —dijo Stan—. ¿Qué son? —Le pregunté. Debería haber preguntado antes.

Stan se encogió de hombros. —T3's o algo así. El médico me los dio cuando me dieron de alta del hospital. Me dijo que las tomara si el dolor era fuerte. Así que lo hice. Y si que funcionan. Como por arte de magia. Y también hacen efecto rápido

Miré a Félix. Su frente estaba arrugada por el dolor. —Bien —dije—. Deberías intentar descansar un poco, Félix

—Estoy bien

—No sé si puedes decir eso en verdad —dijo Dave. —Esos bastardos te hicieron un espectáculo. ¿Quién sabe el alcance del daño que causan todos esos moretones? Puede que tengas las costillas rotas, por el amor de Dios.

—No —dijo Félix. —Magullado tal vez. Pero no roto

—¿Cómo puedes estar seguro? —Le pregunté.

—Me he roto un par antes. Me dolió más que esto

—No te creo —le respondí

Stan se paró al final del sofá y miró a Félix con los brazos cruzados. —No está mintiendo. Sus músculos probablemente estén tirantes. Te pones tenso cuando sabes que se acerca un choque, y

eso te jode mucho. El impacto hace daño, pero puede que haya tenido suerte. Puede que no haya nada roto

—Sólo seriamente magullado —añadió Dave.

—¿Qué puedes hacer con eso? —pregunté, mirando hacia atrás y hacia adelante entre ellos. Stan se encogió de hombros. —Nada. Sólo tienes que esperar y curarte.

—Genial —suspiré, mirando a Félix. —Estoy bien —volvió a repetir.

Agité la cabeza. —No importa cuántas veces digas eso, no lo hará realidad —Suspiré y cerré los ojos. Me arrepentí al instante cuando las escenas del coche de Félix brillaron en mi memoria. Abrí los ojos y rechiné los dientes. —Maldito Brett y Jared por hacerte esto. ¿Por qué no pueden jugar limpio?

—No conocen el significado de la palabra —dijo Félix.

—¿Pero esto? —Hice un gesto a todo su cuerpo y luego a Stan. —Esto es... bárbaro. ¡Es una locura! ¿Cómo pueden salirse con la suya?

Stan se frotó la nuca. —Esta es una operación clandestina ilegal. Desafortunadamente, eso invita a las malas semillas a la fiesta por defecto. Brett y Jared han estado dirigiendo el espectáculo durante demasiado tiempo. Y cuando Félix se inclinó para establecerse, aprovecharon la oportunidad para tomar el control. No están listos para renunciar a ese poder. Recurrirán a cualquier comportamiento que proteja los títulos que se han ganado.

—No se han ganado nada —dijo Dave.

—Estoy de acuerdo —asintió Stan. —Pero lo que pensemos no importa. El punto es que están dispuestos a todo para proteger lo que creen que es suyo. Y eso incluye dañar a Félix. Así que aquí estamos

—Es una porquería —dije.

—Sí —Dave asintió. —Y también lo es que tu hermanita intente enfrentarse a Brett Paul y Jared Dalton por su cuenta. Tú y yo necesitamos hablar de eso, Jana.

Miré a mi hermano. Cuando estaba a punto de decirle que no había nada de qué hablar, la mano de Félix se cerró sobre la mía—. ¿De qué está hablando, Jana?

Mis ojos se fijaron en él. Me miraba con preocupación. Me mordí el interior de la mejilla. No debería preocuparse por mí, no en su estado actual.

Me acerqué al sofá y sonreí. —Nada. Dejé que mi temperamento me sacara lo mejor de mí en la pista. Pero está bien. Lo prometo —Dave resopló detrás de mí, y le di una mirada amenazadora. Se quedó callado. Concentré mi atención en Félix y le pasé los dedos por el pelo—. ¿Ya han hecho efecto esas píldoras? ¿Cómo te sientes?

Me guiñó el ojo. —Mejor, en realidad.

—Bien. Deberías intentar descansar un poco. Todos estaremos aquí cuando te sientas mejor.

—No tienes que quedarte —dijo.

—Quiero hacerlo.

Me miró y yo seguí acariciándole el pelo. Dave y Stan se alejaron del sofá y hablaron en voz baja en el pasillo junto al baño. Podía sentir la urgencia entre ellos. Estaban enfadados. Frustrado. Atrapados. No había nada que pudiéramos hacer para mejorar esto. Félix tuvo que sufrir por ello.

Miré por encima de mi hombro a Dave y Stan. Ninguno de ellos nos estaba prestando atención. Así que me incliné hacia adelante y presioné mis labios contra los de Félix. Sonrió cuando me alejé—. ¿Por qué fue eso?

—Lo necesitaba —susurré. —Era para mí

—Necesito otro —Me incliné hacia adelante de nuevo. El segundo beso fue tierno. Sus labios eran cálidos y suaves, un marcado contraste con la barba a lo largo de su mandíbula. Podía oler el

almizcle de su colonia junto con el olor a cobre de su sangre. Cuando nos separamos, seguí rastrillando mis dedos a través de su pelo. Cada vez que parpadeaba, le costaba más abrir los ojos.

—Duerme —susurré —Yo cuido de ti

Félix cerró los ojos. Vi como su respiración se profundizaba, y él cayó en un sueño profundo. Los pliegues de dolor grabados en su frente se relajaron y, a su vez, también lo hicieron todos mis músculos tensos. Respiré un suspiro de alivio y me mecí sobre mis talones. Presioné mis manos contra mis muslos y miré el piso de madera dura. Un par de gotas de sangre de Félix me guiñaron el ojo.

—¿Estás bien, hermanita? —Preguntó Dave.

Asentí con la cabeza, pero no contesté. Probablemente porque estaría mintiendo si le dijera que sí. Estaba lejos de estar bien. La adrenalina que se apoderó de mí después del accidente me hizo sentir débil e inestable como si no hubiera comido en días.

Tomé el vaso de agua que había detrás de mí y bebí lo que Félix había dejado.

Luego me puse de pie con lo que me pareció un gran esfuerzo y miré a Stan y a mi hermano—. ¿Crees que volverá a correr el sábado?

Dave no me miraba. Pero Stan sí. Me miró a los ojos y me dijo:. —Sí.

Me quejé y miré al techo. —Deberíamos convencerlo de que no lo haga. Casi lo matan esta noche. Si vuelve y lo intenta de nuevo, harán otro movimiento. Quién sabe hasta dónde llegarán con esto y qué trucos ocuparán esta vez.

—No hay nada que podamos hacer para que cambie de opinión —dijo Stan simplemente.

—¿Cómo es posible? —Le pregunté.

—No es un desertor —dijo Dave.

Puse mis manos en mis caderas. —Esto no se trata de renunciar. Se trata de no morir.

—Lo mismo al revés en su mente —murmuró Stan.

—Pero...

—Jana —dijo Dave bruscamente. —no tiene sentido discutir sobre esto. No es nuestra decisión. Cuando vuelva en sí y se sienta más él mismo, hará su elección. Odio la idea de que vuelva a salir tanto como tú, pero no soy tan tonto como para pensar que no lo hará. Está en su maldita sangre. No sabe cuándo echarse atrás. Igual que tú

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté bruscamente.

Dave se rió de mí. —Oh, vamos. ¡Golpeaste a Brett Paul!

—¿Ella qué? —preguntó Stan incrédulo. Luego soltó una pequeña carcajada y se puso la mano sobre la boca. Sus ojos estaban muy abiertos cuando me miró fijamente—. ¿De verdad?

Crucé los brazos por debajo de mis senos y cambié mi peso a mi pie derecho—. ¿Y qué si lo hice? Y también pateé a Jared en las pelotas

Stan casi se ríe fuerte, pero lo evitó para no despertar a su hermano. —Eso es increíble

—No fue asombroso —gruñó Dave a Stan, que todavía lo pasaba mal reinando en su diversión. Entonces Dave me señaló. —Podrías haberte lastimado.

—Podría, pero lo mantuve controlado —le dije.

Dave agitó la cabeza. —No. Sólo crees que lo lograste. Brett es un tipo malo, Jana. Igual que Jared. Si decidieran que quieren darte una lección, no se detendrían sólo porque eres una chica.

—¿Crees que no lo sé? —Le pregunté.

Dave puso los ojos en blanco—. ¡Obviamente, no lo sabes! Si Kam no hubiera estado ahí para apoyarte, te habría sacado a ti y a Félix de allí. Necesitaba tu ayuda, y te fuiste y casi te dejas caer en la acera.

—Perdí los estribos.

—Claramente —dijo mi hermano.

Stan se rascó la barbilla. —Siento la necesidad de intervenir aquí

—No, —dijo Dave.

—Espera —dijo Stan, levantando una mano para pedirle paciencia a mi hermano. —Estoy del lado de Dave en esto, Jana. Aunque me gusta que Brett haya sido golpeado por una chica y que Jared haya recibido una patada en las pelotas, no me gusta que hayas sido tú quien lo haya hecho. Te pusiste en riesgo. Acordemos que es la última vez que pasa algo así. ¿De acuerdo?

Los dos me miraron expectantes. Suspiré. —De acuerdo.

—Bien —dijo Stan. —Buena suerte contándoselo a Félix. Cagará un ladrillo.

—O siete —dijo Dave.

CAPÍTULO 19

FELIX

—Maldición —murmuré, protegiendo mis ojos contra el resplandor mientras intentaba abrirlos por la mañana. El brillo no le hacía ningún favor a mi dolor de cabeza.

—La bella durmiente se despierta —dijo secamente Dave desde algún lugar cercano.

Gruñí y me moví con cautela para apoyarme en mis codos. Me las arreglé para abrir los ojos y mirar borroso a mi alrededor.

Dave estaba sentado en el sofá de enfrente. Se inclinaba hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas entre ellas—. ¿Cómo está tu cabeza?

Me obligué a sentarme. Me aseguré de moverme lentamente en caso de que invitara a otro ataque de mareos, pero por suerte, no llegó ninguno. —Mejor.

—¿Cuánto mejor?

Me froté suavemente las sienes y me apoyé en los cojines del sofá. —Como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol en vez de con una palanca.

Dave resopló—. ¿Más o menos igual que anoche?

—No. Mejor que anoche. Definitivamente. Anoche fue... duro. Gracias por traerme de vuelta aquí. Te lo agradezco de verdad —Miré a mi alrededor—. ¿Dónde está Jana?

—Tenía que ir a trabajar

—¿Trabajo? Espera. ¿Qué hora es?

—Las dos.

—¿P.m.?

Dave asintió—. ¿Pensaste que era más temprano?

—Sí. Mierda. Pensé que era de mañana. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Doce horas más o menos

—wow, es mucho.

—Lo necesitabas —dijo Dave mientras se ponía en pie y estiraba su espalda. —Estabas en mal estado. Todavía lo estas. Deberías tomártelo con calma el resto de la semana si todavía estás planeando competir el sábado. Y me imagino que es así.

No dije nada.

—Stan está en la ducha. Entonces él y yo vamos a intentar conseguir otro coche para ti. Llamó Kam. Tiene algunas conexiones que podríamos usar. Y quería saber cómo estabas. ¿Por qué las mujeres siempre gravitan hacia ti?

—¿Quieres que haga una lista de las razones?

Dave se mofó. —Y yo que esperaba que el traumatismo craneal te hiciera menos imbécil. — Me sonreí. —Deberías haberlo sabido mejor

—Debí hacerlo —dijo él. Me miraba raro, la misma mirada que tenía cuando quería decir algo, pero no estaba seguro de si debía preguntarle. No necesitaba mi ayuda. Salió con ello por su cuenta. —No creo que me guste lo unidos que están tú y mi hermana, Félix

Me senté un poco más derecho—. ¿Quieres tener esta conversación ahora?

—No. No quiero tenerla en absoluto. Pero lo de anoche me abrió los ojos. Se preocupa mucho por ti, hombre. Y casi se mete demasiado por eso.

—¿Qué quieres decir?

Dave se rascó la nuca. —Ella golpeó a Brett anoche. Justo en la cara. Y le dio una patada a Jared en las pelotas. Tenía las manos ocupadas sacando tu trasero del maldito auto. Si Kam no hubiera aparecido cuando lo hizo, no sé qué habría pasado. Podrían haberla lastimado, Félix. Pude verlo en el ojo de Brett. Quería hacerlo.

Podía sentir que mi pulso se aceleraba con la ira.

Dave suspiró. —Y sería ingenuo pensar que Brett o Jared lo olvidarán, tampoco. Se ha pintado un blanco en la espalda por tu culpa.

—Nunca quise que ella...

—Lo sé —contestó de inmediato. —Lo sé. Pero lo hizo. Y ahora aquí estamos. Yo sólo... quiero que lo pienses, Félix. La posición en la que podrías estar poniéndola. Si decides continuar con esto, que estás en todo tu derecho de hacerlo, por favor asegúrate de estar listo para ello. Asegúrate de que Eloise no esté en el fondo de tu mente en alguna parte. Si mi hermana va a estar en riesgo por ti, entonces será mejor que te comprometas con ella. Se merece algo más que ser una segunda opción.

—Ahora no es el momento de sermonearme —le dije.

—Ahora es el momento perfecto. No tienes otra opción que sentarte y escucharme

—Inteligente —dije. No me alegró lo que dijo, pero tenía derecho a decirlo. Después de todo, él se preocupaba por los intereses de Jana. Comprendí de dónde venía, pero odiaba que hubiera metido a Eloise en esto. Sobre todo, porque me había estado preguntando sobre ella anoche, si todavía le importaba o si realmente me despreciaba lo suficiente como para que no le importara si estaba vivo o muerto. Asentí lentamente. —Te escucho, Dave y lo entiendo, en verdad lo hago

Mi mejor amigo se relajó un poco.

Me puse de pie lentamente. Observó cada movimiento que hice mientras caminaba por el pasillo hacia la cocina para servirme un vaso de agua. Mi boca estaba seca y sabía a sangre. Quería cepillarme los dientes, pero Stan estaba arriba usando mi ducha. Me metí el agua en la boca y escupí en el fregadero de la cocina antes de beber el resto del vaso. Luego lo rellené y me apoyé en el mostrador de la cocina.

Dave estaba en la puerta de la cocina para ese momento. —Le dije a Tobías lo que pasó

—¿Y?

Dave se encogió de hombros. —No está contento. Pero sabe que no estaba bajo tu control. Voy a tratar de encontrar una solución que funcione para todos. Le dije que lo mantendría informado. Le di los 15.000 dólares. Lo saqué de tu sobre.

—Bien —asentí. —No debería tener que esperar. No después de lo que le hice a su auto.

—Fue un accidente

—No. Debería haberlo esperado. Fui imprudente y tonto al pensar que no harían algo así.

—¿Pero todavía quieres correr el sábado?

Me quedé mirando fijamente a mi vaso de agua. —Sí

—¿Por qué? —me preguntó curioso.

—Porque no puedo dejarlos ganar. No puedo dejar que sigan pensando que así es como se hacen las cosas. No lo toleraré. Voy a recuperar mi título. En mi casa. Que me condenen si Brett o Jared siguen dirigiendo la escena de las carreras. Que me parta un rayo si ganan.

—Esto es sólo una venganza.

—¿Y qué si lo es?

—¿Es venganza por esto? —Dave hizo un gesto; a mis moretones y heridas—. ¿O es venganza por lo que Eloise y Jared te hicieron?

—¿Qué crees tú?

—Creo que terminar muerto no es ganar.

—La muerte no está en mis planes —dije.

La mandíbula de Dave se apretó. —Entonces no hagas acrobacias como la que hiciste anoche. Sabías muy bien que te estaban tendiendo una trampa, y de todos modos mordiste el anzuelo. Todo porque querías pasar una línea pintada primero

Agité la cabeza. —Hay más que eso

—¿Lo hay?

—Sí —dije bruscamente.

La conversación se interrumpió cuando Stan salió detrás de Dave. Su cabello aún estaba húmedo, y tenía un afeitado nuevo. Todavía tenía los ojos magullados y la nariz hinchada, pero cada día se parecía un poco más a sí mismo. Me asintió con la cabeza—. ¿Cómo te sientes, hermano?

—Bien.

Stan frunció el ceño mientras miraba a Dave—. ¿Interrumpo algo?

—No —dijo Dave, saliendo de la cocina. —Tranquilo hoy, Félix. El traumatismo craneal es complicado. Te sorprenderá y te golpeará en el trasero. Vamos, Stan

El no siguió a Dave de inmediato. Me miró como si me pidiera permiso. Asentí con la cabeza. —Estoy bien

Los dos se fueron. Oí que la puerta principal se cerró. Estaba seguro de que Stan lo hostigaría hasta que le dijera de lo que habíamos estado hablando. Entonces ambos podrían sentarse en el auto y hablar de lo imprudente que pensaban que yo estaba siendo.

Y eso no cambiaría nada.

Iba a correr el sábado. No había nada que me alejara de la pista. Podría enfrentarme a lo que sea que Jared y Brett me arrojaran a continuación. Tenía que hacerlo.

Mi estómago se revolvió. No estaba seguro si me sentía mal por el traumatismo craneal o si tenía hambre. Decidí esperar un poco y maté el tiempo subiendo las escaleras, con una lentitud insoportable, y entré al baño para ducharme. El agua caliente me picó el corte en el cuero cabelludo desde donde mi cabeza se había estrellado contra la barra antivuelco, pero además de eso, el agua caliente se sentía como un sueño. Me quité la sangre del pelo y salí sintiéndome limpio y oliendo a jabón.

Me puse una toalla y bajé para hacer algo de comer. Fui por algo soso, tostadas y mantequilla.

Me las arreglé para comer una rebanada antes de que mi estómago se apretara en protesta. Me dio vueltas la cabeza.

—Maldita mierda —siseé mientras agarraba el mostrador de la cocina para estabilizarme.

Dave tenía razón. El traumatismo craneal podría ser una perra quisquillosa. En un momento te sentías bien, y al siguiente, te estaba dando una patada en los dientes.

Esperé a que pasara. No lo hizo. Permaneció en el tiempo.

Cuando los mareos se negaron a disminuir, decidí que no iba a luchar contra ellos. Cada paso era arriesgado cuando el mundo se inclinaba y giraba a mi alrededor. Las escaleras eran un infierno, pero llegué a la cima y luego a mi habitación donde dejé caer mi toalla y me deslicé bajo la manta.

Me derretí en el colchón y me desmayé tan pronto como mi cabeza golpeó la almohada.

CAPÍTULO 20

JANA

El trabajo chupaba el alma el domingo por la noche. Todo lo que quería era volver con Félix y asegurarme de que se recuperaba bien. Él era todo en lo que podía pensar. Me costó todo lo que tenía para abstenerme de llamarlo. Si estaba dormido, no quería despertarlo.

Así que llamé a Stan, quien me dijo que él y Dave habían salido de la casa, pero que habían venido a ver a Félix alrededor de las seis de la tarde. Aparentemente, había llegado a su dormitorio y estaba inconsciente, pero le iba bien.

Stan me dijo que él y mi hermano iban a salir esa noche y se reunirían con algunos tipos que tenían autos para tratar de encontrar uno para correr. Me prometió que él y Dave pasarían por mi trabajo y me darían una llave de la casa de Félix para que pudiera verlo después del trabajo.

Vinieron una hora antes de que terminara mi turno. Dave no parecía muy contento de entregar la llave de la casa de Félix, pero lo hizo a pesar de todo.

—Gracias —dije mientras las embolsaba. —Salgo a las nueve, así que debería estar allí justo después

—No volveré hasta tarde —dijo Stan. —Uno de los chicos con los que nos reuniremos no está disponible hasta medianoche. Podría ser nuestra mejor oportunidad de encontrar un auto.

Me mordí el labio inferior—. ¿Entonces Félix todavía quiere correr? —Dave asintió. —Está empeñado en ello

Suspiré. —De acuerdo. Bueno. Es lo que es, supongo

Mi jefe me llamó y me dijo que una de mis mesas estaba esperando. Asentí tanto a ambos chicos. —Gracias por venir. Buena suerte con eso del auto

Se escabulleron y yo volví a servir mis mesas. Les dije a todos nuestros clientes los especiales de comida y bebida. Sonreí y puse una cara valiente. Bromeaba con las mesas divertidas y fingía que no me molestaban los hombres que me tiraban insinuaciones. Todo el tiempo, estaba pensando en Félix.

A las nueve menos cuarto, Carrie se me acercó. Estaba en la cocina esperando a que mi pedido fuera servido. Puso una mano en mi hombro. —Oye. Yo me encargaré. ¿Por qué no te vas de aquí? Puedo decir que algo te está pasando

—¿De verdad? —Le pregunté.

Ella asintió. —De verdad. Son sólo quince minutos, pero oye, es mejor que nada. Y te lo debo por lo de la otra noche. Vete a casa

—Eres la mejor —le dije, dándole un abrazo rápido antes de que me desatara el delantal y me apresurara a entrar en la sala de descanso. Me puse mi suéter, tomé mi bolso y me escabullí por la puerta trasera antes de que mi gerente tuviera la oportunidad de verme salir. Llegué a mi auto, me deslicé en mi asiento y salí del lugar con el corazón más ligero en el pecho. Iba a verle pronto.

Llegué a la casa de Félix a las nueve en punto. Las luces estaban apagadas y no respondió cuando llamé a la puerta. Así que entré por mi cuenta.

Me quité los tacones negros y la chaqueta, haciendo una pausa para colgarla en el gancho del pasillo. Me dirigí a las profundidades de la casa y dije el nombre de Félix en voz baja. No hubo respuesta. Debe estar durmiendo, pensé.

No lo encontré en la sala de estar. Las sábanas que había tirado sobre el sofá ya no estaban,

probablemente ya estaban en la lavadora. Hice una vuelta en el nivel inferior para asegurarme de que no estaba abajo, y luego puse la mano ligeramente sobre la barandilla mientras subía al segundo nivel. Lo encontré en su habitación.

Félix estaba tendido debajo de su manta, bien, medio debajo. Sus piernas y su trasero estaban cubiertos, pero su espalda estaba expuesta mientras dormía de frente con la cabeza volteada hacia un lado, mirando hacia otro lado. Incluso en la oscuridad de la noche, pude ver los moretones en su espalda por el accidente.

Dejé mi bolso en el suelo con mi suéter y me fui a su lado. Me posé en el borde de la cama y me quedé perfectamente quieta. Su respiración era baja y tranquila. Relajado. Dejé que su sonido me bañara y empañé mi vista de él, con moretones y todo, y me deleité en lo afortunado que era de seguir vivo.

Qué suerte tenía de tenerlo.

Mis dedos temblaban mientras extendía la mano y pasaba mi dedo índice por su columna vertebral. Su piel estaba caliente. Dejé que mi toque pasara por encima de sus hombros y retrocediera antes de apoyar mi mano en mi regazo. Suspiré.

No tenía sentido que me quedara viéndolo dormir, así que me puse en pie. La cama crujió cuando me paré, y me quedé paralizada, esperando no haberlo despertado.

Pero se movió.

Se puso una mano en la cabeza y rodó hasta la mitad hacia mí. Su voz estaba llena de fatiga cuando habló—. ¿Jana?

—Sí. Soy yo

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve y media —contesté

—¿Adónde vas?

Me agaché y cogí mi bolso del suelo. —A casa. Sólo quería ver cómo estabas y asegurarme de que estuvieras bien. ¿Necesitas algo?

Rodó todo el camino sobre su espalda. —Sí

Me sorprendió su respuesta. Siempre había creído que Félix era de los que nunca necesitaban ayuda, o que la rechazaban, aunque la necesitara. Me acerqué más. —Cualquier cosa. Sólo dilo.

Su sonrisa me sorprendió aún más. Alargó la mano, tomó mi muñeca y me tiró hasta el borde de la cama. Mi bolso se me resbaló del hombro y cayó al suelo a mis pies. —Te necesito a ti —dijo.

Me tiró hacia abajo encima de él. —Félix —dije, tratando de sonar seria a través de mi risa tímida. —Estás herido. No deberíamos...

—Pero lo necesito

—Creo que esto es una mala idea

—Tuve un accidente de auto —dijo—. ¿Y me lo vas a negar? —Me agarró el culo y me apretó.

Solté más risas. —Eres tan malo

Pasó sus manos por encima de mis caderas y bajó por mis muslos hasta mis rodillas, que estaban plantadas a cada lado de sus caderas. Luego se abrió camino hacia arriba, esta vez deslizando sus manos por dentro de mi botón negro hacia arriba—. ¿Me estás diciendo que no quieres esto, Jana?

Me mordí el labio inferior. Mi cerebro me decía que era una mala idea. Todavía estaba herido y debería estar tomándolo con calma para poder recuperarse. Pero mi cuerpo se esforzaba por liberarse de mi ropa solo para sentir su carne caliente contra la mía y tener su pene enterrado

dentro de mí. —Quiero esto —susurré.

Félix abrió el botón inferior de mi camisa y luego el siguiente y el siguiente hasta que llegó al último. También desabrochó ese, y luego abrió la camisa, revelando mi sostén negro. Si hubiera pensado que esto iba a pasar esta noche, me habría puesto uno más sexy.

—Quítatelo —dijo. Su voz era profunda. Me encogí de hombros de la camisa y la dejé caer a la cama. Félix la agarró y la tiró al suelo mientras yo desabrochaba el broche entre mis pechos. Me lo quité y lo tiré donde él había tirado mi camisa.

—Los pantalones también —dijo.

Me miró con ojos hambrientos mientras desabrochaba la mosca de mis vaqueros negros. Probablemente olía como restaurante. No parecía que le importara un carajo o ni siquiera que se diera cuenta. Me paré en la cama, manteniendo los pies a ambos lados de él, y me bajé de los vaqueros. Me miró, viéndome como si yo fuera una especie de diosa, y metió sus manos en mis pantorrillas desnudas.

Volví a bajar, quedando a horcajadas sobre él. Podía sentir su gruesa erección a través de la manta.

No pude evitar ponerme en su contra.

Félix se rió y tiró de la frazada, revelando su propia desnudez.

En la oscuridad, podía fingir que sus moretones eran más tatuajes. Tatuajes que tenía que tener en cuenta.

Su pene llegó hasta el ombligo. Estaba presionado contra mis labios, y mi humedad estaba tratando de acogerlo. Roté las caderas y me puse a trabajar en él. Félix hizo un sonido apreciativo en la parte de atrás de su garganta que me hizo doler con una necesidad tan intensa que casi me duele.

—¿Tienes condones? —Le pregunté. Mi voz era casi un gemido. —Mesita de noche —dijo con voz carrasposa.

Me incliné sobre él. Mis tetas estaban en su cara, y aproveché la oportunidad para aplastarlas con sus manos y tomar mis pezones en su boca, uno tras otro, cambiando de un lado a otro con cuidado y atención igualitaria. Tropecé cuando intentaba encontrar el condón mientras movía sus caderas por debajo de mí, rodando su eje entre mis pliegues.

—No puedo concentrarme cuando haces eso —respiré.

—Sí, puedes —dijo antes de pellizcarme el pezón entre los dientes.

Jadeé y me estremecí. Se rió y siguió rodando. Dios. Iba a volverme loca. Busqué ciegamente en el cajón hasta que mis dedos encontraron algo que me resultaba familiar. Hojas y bordes, flexibles, y se siente como un... anillo de goma.

—Sí —susurré y gemí.

Félix me agarró el culo y me sujetó mientras movía las caderas un poco más. Abrí el condón y él me soltó, dejándome inclinar hacia atrás para que lo enrollara por su grueso miembro. Luego volví a tomar mi posición encima de él y levanté mis caderas. Agarró su bastón y me lo sostuvo mientras yo me bajaba, tomando primero la punta, luego el primer par de pulgadas, y luego, cuando yo estaba lista, deslizándome completamente sobre él.

Su tamaño me quitó el aliento, y tuve que quedarme quieta durante unos segundos antes de poder mecarme suavemente de un lado a otro sobre él.

—Dios —dijo entre dientes apretados. —Tu vagina está tan apretada

—Y tu pene es tan grande —dije yo. —Se siente tan bien

Félix se movió para abrazarme. Sabía lo que iba a intentar hacer. Quería darme la vuelta y ponerme de espaldas. Me incliné hacia adelante y puse mis manos sobre su pecho. Apliqué

presión, pero no puse mi peso sobre él por miedo a lastimarlo. —No —dije con firmeza.

—¿No?

—Necesitas relajarte

—Estoy relajado —dijo con una sonrisa de satisfacción.

—Déjame que te cuide —le dije, levantando y bajando por su miembro, viendo hasta dónde podía llegar.

Félix respiró hondo y miró hacia abajo mientras movía las caderas y luego lo golpeé por encima, arriba y abajo. —mierda, cariño —dijo, agarrándome los muslos y apretando fuerte.

Fue ahí donde aceleré mi ritmo. Lo monté duro y rápido y lo llevé cerca del borde varias veces antes de bajar la velocidad. Me incliné sobre él, poniendo mis manos a cada lado de su cabeza, y él me metió sus manos en mi espalda y en mi pelo. Me arrastró hacia él y me besó con fiereza. Nuestros labios se aplastaron unos contra otros, y su lengua se clavó en mi boca mientras lo montaba.

Me quejé en su boca, y él me abrazó más fuerte. Sus dedos se ondularon en puños en mi pelo mientras rebotaba mi culo en su imponente pene. La parte de atrás de mis muslos golpeó la parte superior de los suyos, y de repente, estaba a punto de desenmarañarme.

Félix puso sus caderas debajo de mí, y yo grité al llegar. Él gimió y silenció mi grito con otro beso, y yo seguí rebotando sobre él mientras ambos colapsábamos en un orgasmo. Bajé la velocidad una vez que terminamos, pero no dejó de besarme. Me hizo rodar de lado, me acarició la mejilla y me besó el cuello, los hombros y los pechos.

Me acurruqué de costado y puse sus mantas sobre mis caderas—. ¿Te he hecho daño? —Félix se apoyó en un codo y me acarició la mejilla. —Diablos, no, cariño —Le besé la palma de la mano. Podría haber estado mintiendo.

Lo vi salir de la cama y entrar al baño para quitarse el condón. Dejó la puerta abierta y no se molestó en encender la luz. Cuando regresó, caminaba con cautela. Definitivamente seguía sufriendo. Y estaría así por un tiempo.

Se deslizó bajo las mantas a mi lado y me empujó contra su costado. Apoyé mi mejilla en su pecho y lo disfruté lo más cerca que pude. Félix me acarició el hombro con el pulgar, pero no duró mucho. Se volvió a dormir en cuestión de minutos, dejándome allí tumbada escuchando cómo respiraba de nuevo.

Luché para mantenerme despierta sólo para oírlo todo el tiempo que pudiera.

CAPÍTULO 21

FELIX

—Oh maldición —Abrí los ojos. Era de mañana. Definitivamente por la mañana. La luz del sol entraba a través de las persianas agrietadas de mi habitación. Podía sentir su calor en la cara, el brazo y el hombro del brazo que había sacado de las mantas y envuelto a Jana.

Me di la vuelta y miré por encima de mi hombro para ver a Stan parado en la puerta de mi habitación. Sus palabras me habían despertado y sacudía la cabeza mientras me sonreía. —Tienes suerte de que sea yo quien esté aquí y no Dave. Podría haberle hecho un favor a Brett y a Jared y matarte mientras dormías.

Me froté los ojos. —¿Qué hora es?

—Siete y media.

—¿Por qué diablos me despiertas tan temprano?

Stan sonrió. —Creo que encontramos un coche. —Se enganchó el pulgar sobre el hombro. — Nos vemos abajo. Hablaremos de ello. Y trata de no despertarla. Ha tenido un par de días duros lidiando con tu mierda.

Escuché las pisadas de Stan en las escaleras y volví a rodar, apoyándome para poder mirar hacia abajo a Jana. Se veía increíblemente tranquila. Sus largas pestañas proyectan sombras en sus mejillas. Sus labios estaban ligeramente separados, y su pelo estaba extendido sobre la almohada.

Le besé el hombro y me deslicé muy lentamente fuera de la cama, en parte porque todavía me dolía todo el cuerpo y en parte porque no quería despertarla. Una vez que me levanté de la cama, me vestí, fui al baño para lavarme y orinar y bajé para encontrar a mi hermano sentado en el sofá.

Tenía un brazo en la espalda y estaba sorbiendo un café que claramente había preparado en mi cocina. Su cara se veía mejor, avanzaba rápidamente en su recuperación.

Me bajé al sofá con cuidado, cuidando mis costillas todavía ardientes. Stan me miró y sorbió su café. Una vez que encontré una posición cómoda, suspiré con alivio. —Muy bien. ¿Dijiste que encontraste un auto?

Stan asintió. —Un tipo llamado Clark.

—¿Clark Patrick?

—¿Lo conoces?

—Más o menos. Solía correr en el tiempo que yo empecé en esto. Aunque no lo he visto por aquí últimamente.

—Eso es porque se retiró de la escena cuando Jared y Brett comenzaron a hacerse enemigos de todos —dijo Stan. —A Clark no le gustaba mucho terminar como estás ahora, por decirlo sin rodeos.

—Puedo entenderlo —murmuré.

—Pero... —dijo, inclinándose hacia adelante. —quiere pegársela a esos hijos de puta y verlos perder en Las Calles. Así que cuando nos pusimos en contacto, se alegró de ir en tu ayuda. Estaba en el parque industrial el sábado por la noche y vio lo que pasó. No sólo se sorprendió de que estuvieras caminando, sino que también se sorprendió de que quisieras correr de nuevo.

No dije nada. No estaba seguro de si Stan estaba tratando de ofrecerme una última oportunidad de salir de este lío. No importaba si eso era lo que intentaba. No la iba a tomar.

—Clark quiere que ganes —dijo finalmente.

—Ya somos dos.

—Está ofreciendo su Boxster.

—No quiero conducir...

Stan levantó la mano. —No estás en posición de ser exigente, Félix. Coge el maldito coche. Lo vi con mis propios ojos. Es un vehículo capaz de ganar

Fruncí el ceño. —Bien. ¿Cuál es su costo?

—Esa es la mejor parte —sonrió—Cinco de los grandes

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Ya te lo he dicho. Quiere que ganes. Tiene un montón de dinero, y finalmente encontró la manera de vengarse de Brett y Jared. Esta es nuestra mejor oportunidad.

—Cielos —dije, acariciando mi barbilla. Ese parecía un buen trato. —Siento que le voy a deber mucho más que eso cuando esto termine

—Cruzaremos ese puente cuando llegemos a él.

—Está bien. —Asentí con la cabeza—. ¿Y Dave está de acuerdo con eso? ¿Cree que es una buena idea?

—Dave está dentro. Está un poco amargado últimamente. No estoy seguro de que sea porque está enojado porque no se adelantó a la próxima ronda para el sábado o si es porque te estás tirando a su hermana. Tal vez un poco de ambos. —Parpadeé—. ¿No clasificó para la carrera del sábado?

—No —Stan agitó la cabeza. —Se colocó en la duodécima posición.

—Mierda, eso es malo.

—Sí. Ha estado pensando en ello. Yo vigilaría mis pasos si fuera tú. ¿Quizás cerrar la puerta de tu habitación si decides dejar que Jana duerma desnuda en tu cama?

Me encogí de hombros. —Si no quiere ver, no debería entrar en mi habitación

Stan se rió. —Ahora esa lógica es lo que te va a arruinar —Yo también me reí. Me detuve cuando me dolían las costillas.

—¿Qué pasa entre tú y ella? De verdad.

Miré por encima de mi hombro y hacia las escaleras donde estaba la puerta aún abierta. Podía ver la luz del sol saliendo de ella y podía imaginarme a Jana todavía durmiendo en mi cama. —Aún no lo sé —dije.

—Creo que lo sabes, hay algo ahí

—Por supuesto, me gusta. No estaría haciendo esto si no sintiera algo. Es la primera chica desde que... —Dejé de hablar y agité la cabeza. No tiene sentido ir allí ahora mismo.

—¿Desde Eloise? —dijo mi hermano. Simplemente asentí con la cabeza.

Stan suspiró. —Bueno, tienes buen gusto. Te daré ese crédito. Es una buena chica, Félix. Trata de no arruinarlo, ¿eh?

—Haré lo que pueda —dije.

—Hablando de Jana —dijo en voz baja.

Me di la vuelta lentamente para mirar hacia arriba. Jana estaba descendiendo. Su gruesa melena de pelo estaba rizada salvajemente y enredada por el sueño. Sus ojos todavía estaban un poco pesados, y sus mejillas estaban sonrojadas. Llevaba los mismos vaqueros negros que llevaba cuando apareció anoche. Me di cuenta de que era su uniforme de trabajo. Se veía bien en ella. Pero todo se veía bien en ella.

Llegó al final de las escaleras y Stan se aclaró la garganta. —Queda más café en la cafetera si quieres un poco. —Jana sonrió y desapareció en la cocina. La escuché preparar su café. Su

cuchara se estremeció contra la taza mientras mezclaba el azúcar.

—Gracias por ofrecerme café —murmuré. Stan se encogió de hombros. —Es más guapa que tú.

Ella regresó a la sala de estar y se sentó a mi lado en el sofá, metiendo sus piernas debajo de sí misma para sentarse con las piernas cruzadas. Cómo podía sentarse así, no tenía ni idea. Perdería toda la sensación en mis piernas si lo intentara durante treinta segundos. Pero ella parecía perfectamente contenta y sostenía su café con ambas manos mientras sorbía del borde.

—¿Cómo te sientes esta mañana? —me preguntó.

—Bastante bien —dije. Y lo decía en serio. Claro, todavía tenía un dolor de cabeza sordo y un cuerpo adolorido, pero era infinitamente mejor que el dolor intenso y ardiente que había acribillado mis músculos el día anterior.

Ella sonrió. Santo cielo, siempre fue guapa cuando sonreía así. —Me alegro. ¿Y cómo estás tú, Stan? ¿Han encontrado tú y mi hermano un coche?

Stan asintió con orgullo. —Claro que lo hicimos. Encontramos un bonito Boxster para Félix. Él no está muy emocionado, pero ese vehículo se maneja como un sueño, y es muy veloz. Estoy seguro que hará el truco. Podría apostar

—Es una gran noticia —dijo Jana.

—Y lo que es mejor es que averiguamos que tenemos a mucha gente de nuestro lado —dijo Stan.

Las cejas de Jana subieron hacia arriba, y miró hacia atrás y hacia adelante entre mi hermano y yo—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, el tipo que facilitó nos dijo que ha estado esperando a que alguien le mostrara su lugar a Brett y Jared desde hace mucho tiempo. Han cambiado la escena de las carreras clandestinas. No es tan inclusivo como solía ser, y los chicos han estado abandonando por la mierda que jugaron el sábado por la noche. Es demasiado peligroso.

Podía sentir los ojos de Jana sobre mí mientras consideraba las palabras de Stan. Sorbió su café y luego preguntó: —¿En qué estás pensando, Félix?

Levanté la mirada para verlo directo a la cara—Tal vez es hora de que nos pongamos delante de las luces. Tal vez jugar en las sombras no era el enfoque correcto.

—Te doy toda mi atención —dijo Stan.

Me obligué a sentarme derecho. —Tal vez deberíamos dejar que todos se enteren de la mierda que está pasando. Si Clark está de nuestro lado, quizá otras personas también lo estén. Podemos quitarles el poder a Jared y a Brett si dejamos atrás los números. Nos convertiremos en un objetivo más difícil de alcanzar. Incluso en la carretera.

—Me gusta donde está tu cabeza —dijo Stan. Su sonrisa era astuta.

Jana puso su café en la mesa auxiliar—. ¿Están seguros de que es una buena idea? ¿Realmente queremos involucrar a más gente con estos dos idiotas de lo que es absolutamente necesario?

—Lo dice la chica que golpeó a Brett en la cara —dijo Stan. Jana levantó la barbilla. —Ese no es el punto.

—¿Cuál es el punto entonces? —Le pregunté.

Se mordió el labio inferior. —El punto es que podrías estar empezando una pelea más grande de la que necesitas. ¿Y si te equivocas? ¿Y si Brett tiene más gente detrás de él de la que crees?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr —dije—. Además, ya intentamos la ruta de bajo perfil. No ha funcionado. A Stan le patearon el trasero, y luego, bueno, ya sabes lo que me pasó. Estoy listo para probar una nueva estrategia. Una que esos bastardos no verán venir.

Stan levantó su taza de café en el aire. —Salud por eso.

CAPÍTULO 22

JANA

Las piedras calientes que se frotaban en la planta de mis pies se sentían celestiales después de los últimos dos días que había tenido. La joven que me hacía la pedicura me sonrió —¿Está muy caliente?

—No —dije—. Está perfecto. Gracias.

Ginger estaba a mi lado. Su silla estaba en modo de masaje, y su cuerpo estaba siendo empujado con una bola rodante en la parte posterior de la silla presionada contra sus omóplatos y la columna vertebral. Ella gimió y asintió apreciativamente. —Tenemos que hacer esto más a menudo.

—De acuerdo —dije.

Después de que el masaje y de la pedicura se llevaron a cabo, los esteticistas se pusieron a trabajar pintando nuestros dedos de los pies. Yo había elegido un color púrpura oscuro con un poco de brillo en él, mientras que Ginger había preferido un rosa caliente. Me miró mientras bajaba la intensidad de su silla para que su pie no se moviera mientras estaba pintado. —No puedo creer que me perdí el sábado por la noche. Y todo en el recinto se vino abajo. Es una locura.

—Alégrate de no haber estado allí. Apestó.

—Apuesto a que sí. ¿Cómo está Félix ahora?

—Cada día está un poco mejor que el anterior. Todavía le queda un largo camino por recorrer. —Suspiré y me froté las sienes. —Todavía quiere correr el sábado, y eso me pone nerviosa. No veo cómo va a estar en buena forma para conducir un coche, y mucho menos para competir con estos tipos.

Ginger frunció el ceño—. ¿Crees que se está presionando demasiado?

—Sé que así es. Pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Su decisión está tomada.

—Entonces tienes que estar ahí. Es todo lo que puedes hacer.

—Lo sé.

—¿Y cómo está Stan? ¿Se siente mejor? —Le sonreí al escuchar su preocupación.

—¿Qué? —preguntó Ginger a la defensiva.

—Nada —me reí. —Está mejor. Mucho mejor. Aún no está al cien por ciento, pero está bien encaminado.

—Bien —dijo Ginger en voz baja. Entonces ella puso su barbilla en su mano y se acercó más a mí. —Entonces, ¿cómo estuvo tu noche en su casa?

Me sonrojé. —No quiero hablar de esto aquí.

—Oh, ¿a quién le importa? Nadie está prestando atención. ¿Te quedaste en su casa?

—Sí —dije.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Se han acostado?

Puse los ojos en blanco. —Sí. ¿Por qué?

—No te estoy acusando de nada. —Ginger se rió—. ¿Por qué estás tan a la defensiva? Sólo quiero hablar de ello.

Me ardían las mejillas de calor. —No lo sé. Me pongo rara al respecto, supongo. Tal vez porque es el mejor amigo de Dave. La situación es más complicada de lo que desearía, eso es todo. Y yo...

—¿Tú qué? —Me mastiqué el interior de la mejilla. —Me gusta mucho, Ginger. Lo digo en serio. Me hace sentir... como nunca me he sentido por alguien. Más que muy bien

—Oh, Dios. —Ginger se rió—. ¡Demasiada información!

—¡No! Eso no es lo que quise decir. Me refiero a que me hace sentir bien como persona. Completamente. Confiado. Me hace sentir bien de esa manera también, pero no me refería a eso.

Ginger me dio una sonrisa sabia.

—Sabías lo que quería decir todo el tiempo

—Por supuesto que sí —dijo ella riendo. —A veces eres tan fácil de descifrar. Lo dicen tus ojos cuando te refieres a él. No pude resistirme.

Para cuando nuestro esmalte se había curado bajo las lámparas de calor, Ginger me había destrozado el cerebro con preguntas sobre Félix. He sido sincera en todo, especialmente en lo preocupada que estaba por él y en lo mucho que no quería que corriera el sábado. Me sentí mejor una vez que me desahugué y salí al aire libre. Ginger tenía una manera de calmar mis nervios, y siempre había sido una buena oyente.

Salimos del salón a primera hora de la tarde. Ginger enganchó su brazo al mío—. ¿Todavía tienes tiempo libre? Podríamos ir a almorzar.

—Claro. Estoy dentro. ¿En qué estabas pensando?

Apuntó hacia la acera. —Un par de cuadras más abajo y a la izquierda hay un café nuevo. Tienen un menú muy interesante, y he estado pensando en probarlo. ¿Te parece?

—Hagámoslo —dije.

Ella sonrió y cruzamos la calle. Pasamos por escaparates con hermosas vitrinas decoradas con prendas de temporadas y accesorios. Nos detuvimos a mirar unas cuantas piezas de joyería, un par de zapatos y algunos vestidos bonitos. Pero mantuvimos nuestra meta en mente y continuamos nuestro camino hacia el restaurante.

Estábamos casi allí y cruzando la boca de un callejón cuando una voz masculina familiar me llamó por mi nombre. Me volví hacia él e instantáneamente deseé no haberlo hecho. El tipo se quitó la capucha de su suéter dejando ver al hombre con dientes de oro y me miró hacia arriba y hacia abajo. Brett

Tenía un pequeño moretón púrpura en la mandíbula, y yo sentí un gran orgullo. Ya lo había hecho—. ¿Adónde van, lindas señoritas, esta hermosa tarde?

—Déjanos en paz —le dije. No tenía tiempo para sutilezas con este imbécil.

—Vamos, Jana. Sólo estoy siendo amable y saludando.

—No conoces la definición de amable —lance.

Brett me envió una mirada molesta—. ¿Ves? Me conoces bien. Mejor de lo que crees. Yo diría que casi estamos destinados a estar juntos, pero ya sabes —olfateó y pasó su pulgar por el moretón pálido de su mandíbula—, eres una especie de perra.

Se movió hacia nosotras, y Ginger me agarró del brazo. Retrocedimos un par de pasos por instinto, y luego recuperé la compostura y me mantuve firme. No dejaría que una serpiente como Brett Paul pensara que podría intimidarme, especialmente ahora mismo cuando estábamos en medio de una concurrida acera de la ciudad de Nueva York. Que se joda por siquiera intentarlo.

Vino nariz a nariz conmigo. Estábamos a unos cinco pies en el callejón, fuera de la parte principal de la carretera. —Tienes pelotas, muñeca. Te concedo eso

—Quítate de en medio —dije.

Brett echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Ese fuego en ti es tan excitante. Un minuto, odio verte, y al siguiente, me muero de ganas de seguirte ¿Cómo es posible?

—Muévete —gruñí.

Brett se inclinó hacia adelante. Estaba tan cerca de mí que podía oler su hedor—. ¿Qué vas a hacer al respecto, princesa? ¿Me vas a obligar? ¿Vas a golpearme de nuevo? ¿Tal vez me patees en las pelotas?

—Gritaré —dijo Ginger.

Los ojos de Brett se fijaron en ella. —Oh, lo harás, ¿lo harás? Adelante. Oigamos ese grito tuyo. —Ginger suspiró y se apretó más contra mí.

—Eso pensé —dijo Brett, lamiéndose los labios. Se volvió hacia mí. —No más juegos. Vine a entregar un mensaje para que se lo pases a Félix.

Le entrecerré los ojos y su sonrisa se amplió. Sus dientes traseros eran oscuros y estaban podridos. —Bueno, adelante entonces. ¿Qué sería? —Ladré.

—Dile que será mejor que no se presente en la carrera del sábado. Si lo hace, haremos que lo que le pasó el fin de semana pasado parezca un paseo. Recuerda mis palabras, Jana. Se arrepentirá.

—Tal vez tú eres el que no debería ir el sábado —siseé. Ginger me tiró del brazo. —Jana.

No me importaba. No estaba asustada. No de este payaso. Sabía que tenía el interior de un cobarde. Así que me adelanté, cerrando el poco espacio que quedaba entre él y yo, y puse mi mano sobre su pecho y lo empujé hacia atrás. —Nadie te toma en serio, Brett. Todos se ríen de ti a tus espaldas. Hablas de un gran juego, claro, pero por dentro, eres un niño débil y asustado que se divierte empujando a la gente a causa de una carrera. Un juego glorificado. Es patético

Brett me gruñó. Realmente gruñó como un perro rabioso. Luego agarró la parte delantera de mi chaqueta. —Esa boca tuya...

—Algún día me meteré en muchos problemas. Lo sé —terminé por él. Luego le quité la chaqueta de la mano, tomé la mano de Ginger y caminé alrededor de él. Se dio la vuelta y nos vio marchar.

—Será mejor que también cuides tu espalda, niñita —me dijo Brett.

Lo ignoré y seguí caminando. Dimos la vuelta a la esquina, y luego metí a Ginger en el primer edificio que estaba abierto al público. Era una tienda minorista que vendía bombas de baño, jabones y lociones. Los ojos de Ginger se abrieron de par en par al redondearme—. ¿Qué diablos te pasa?

—¿Qué?

—¡Acabas de pelearte con ese tipo!

—Ya estaba en su lado malo. Yo fui quien le puso ese ojo morado

—¿Tú qué? —preguntó incrédula.

Me metí el pelo detrás de las orejas. —Debo haber omitido esa parte cuando te conté lo del sábado. Perdí los estribos después del accidente y le pegué a Brett en la cara y le di una patada a Jared en las bolas.

—Le diste una patada en las... no importa. —Ginger agitó la cabeza y dijo:. —No importa. Lo que importa es que estás ahí fuera amenazando a hombres que te harán daño, Jana. ¿Estás loca?

—No le tengo miedo.

—¡Pero yo sí! —Ginger apretó la mano contra su pecho.

Fruñí el ceño. Ni siquiera había pensado en su miedo o en la posición en la que la pondría. Era fácil arriesgarme, pero ni siquiera había considerado el riesgo que mi actitud representaba para ella. —Ginger, lo siento. No lo había pensado. Me enfadé tan rápido, y tenía que asegurarme

de que supiera que no me iba a echar atrás.

—Lo entiendo, Jana. Créeme, lo hago. Pero tienes que tener más cuidado. Tienes que llamar a Félix.

—¿Por qué?

—Necesita saber que Brett te amenazó. Y a él. Llámalo, por favor. Necesito que se entere de esto. Por tu bien. Iré a oler algunas bombas de baño y te daré privacidad.

Vi a Ginger irse. Se detuvo en una exhibición y se mantuvo fiel a su palabra. Recogió muestra tras muestra y las olió. Pronto, se puso unos de tamaño completo bajo el brazo para comprarlos. Saqué el teléfono de mi bolso y marqué el número de Félix. Dudé en apretar el botón de llamada, pero Ginger tenía razón. Félix necesitaba saberlo.

Respondió en el tercer timbre. Sonaba un poco mareado. —Hola.

—Hola —dije—. ¿Te he despertado?

—No, sólo estaba...

—¿Durmiendo?

Se rió. —Muy bien. Si. Me atrapaste

—Lo siento

—No lo sientas. ¿Qué pasa?

Suspiré. —Algo pasó

—¿Estás bien? —Su voz se llenó inmediatamente de preocupación, y sonó diez veces más alerta de lo que había estado segundos antes.

—Sí, estoy bien. Estoy con Ginger. Íbamos a un café y Brett nos acorraló.

—¿Qué? —Podía sentir su ira a través del teléfono.

—Sí. Nos acorraló y me dijo que te convenciera de que no corrieras. Te amenazó. Y puede que haya hablado un poco con él

—Jana —dijo, exasperado. —Deja de hacer esa mierda, ¿quieres?

—Es un reflejo

Él gimió. —Esto no me gusta.

—A mí tampoco me gusta mucho

Él suspiró. La línea estuvo en silencio durante medio minuto—. ¿Félix?

—Sí. Lo siento. Mierda. Todo esto terminará pronto, pero no quiero correr ningún riesgo. Ven y quédate conmigo hasta que todo esto quede atrás. No me gusta la idea de que estés sola en tu casa ahora mismo, no con Brett actuando como un maldito psicópata.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad. Ven esta noche

—Trabajo hasta la medianoche. A veces mi turno corre más tarde si estamos ocupados. ¿Qué tal mañana por la noche? Eso me dará tiempo para empacar alguna de mis cosas.

—De acuerdo. Te veré mañana entonces

—Bien —dije, incapaz de evitar sonreír de oreja a oreja.

—Bien. Te veré entonces. Oh, ¿y Jana?

—¿Sí?

—Deja de hablar mal con estos criminales, ¿quieres? Te vas a meter en problemas.

CAPÍTULO 23

FELIX

Inhalé mientras me agachaba para recuperar mis jeans y camisa del piso del dormitorio.

Después de quitármelos anoche, me había caído en la cama. Ahora Jana venía a quedarse por quién sabe cuánto tiempo, y mi casa no estaba en el mejor estado, ni yo tampoco.

El dolor no era tan fuerte como antes. Podía moverme por mi cuenta y realizar la mayoría de mis tareas diarias. Sin embargo, agacharme, dar la vuelta demasiado rápido o levantar algo que pesaba más de quince o más libras hizo que mis costillas gritaran sangriento asesinato, así que dejé algunas de esas tareas y las pospuse. Pero ahora que Jana estaba en camino, tenía el extraño impulso de intentar hacer todo lo más perfecto posible.

—Mierda —gruñí en voz baja. ¿Cuándo había empezado a importarme tanto? ¿Cuándo pasó de ser un encuentro casual y divertido después del bar esa noche a esta necesidad total de impresionar?

Agité la cabeza. Este era exactamente el camino que había tomado con Eloise. Y eso había dejado a Stan con una bala y a mí, perdido y melancólico, condenado a dar vueltas alrededor de la escena del bar en un intento de olvidar lo mucho que me había herido al ahogar mis penas en alcohol. Principalmente tequila y ron.

Conocía el tipo de dolor que se avecinaba si todo salía mal con Jana, pero aquí estaba yo, acicalando mis plumas y anticipando con impaciencia su llegada. Lo que Eloise me había hecho me dolió más que el accidente del sábado por la noche. Mucho más. No tenía ningún interés en pasar por esa mierda de nuevo, pero estaba tomando un riesgo aquí. La ansiedad se acurrucó en mi estómago como un puño cerrado.

¿Valía la pena ese tipo de agonía?

Doblé la camisa y los vaqueros que había sacado del suelo y los enderecé. Tuve que moverme lentamente para mantener el dolor a raya, y mientras ponía la ropa encima de mi cómoda, sonó el timbre de mi puerta.

—Aquí vamos —murmuré, saliendo de mi dormitorio y agarrando la barandilla de la parte superior de las escaleras—. ¡Ya voy! —Grité a la puerta. No podía ir tan rápido como siempre, así que tuve que dar cada paso lentamente. Cuando llegué al fondo, comenzó un pulso en mi costado izquierdo, y mantuve mi brazo cerca de él. Por alguna razón, eso pareció ayudar.

Me acolché hasta la puerta y la abrí. Al hacerlo, la ansiedad se evaporó de repente, transformándose en emoción por ver a Jana. Esto iba a ser algo bueno. Sería bueno tener a alguien con quien compartir mi casa y que no fuera mi odioso hermano, y la tranquilidad de saber que no estaba sola en su condominio valdría la pena.

Abrí la puerta.

Y me encontré mirando fijamente a un par de ojos oscuros, frescos y hermosos—. ¿Eloise? —Respiré.

Eloise estaba parada en mi entrada. Tenía un mechón de pelo negro enrollado alrededor de su dedo índice.

La uña roja que atravesaba las hebras oscuras coincidía con el color de sus labios llenos. —Hola, Félix

—¿Qué mierda estás haciendo aquí?

Ella me sonrió. Su cuerpo estaba en exhibición con ropa negra ajustada. Llevaba un par de tacones negros y altos al cielo, y una cadena de oro brillaba en su garganta. —Yo también me alegro de verte

—No estoy de humor para esto —le advertí. Lo que era más que cierto. No había visto a Eloise de cerca desde la noche que Jared le disparó a mi hermano. Los recuerdos de esa noche jugaban una y otra vez en mi cabeza, y una cosa siempre hacía que mi piel se erizara, la forma en que ella había sonreído después de que se disparó el arma. Como si estuviera contenta.

Eloise se encogió de hombros y se quitó el dedo del pelo. El mechón enroscado cayó en cascada por su hombro. —Quería asegurarme de que estabas bien. Vi lo que pasó en la pista el sábado y no he podido dejar de pensar en ti. Jared no sabe que estoy aquí.

—Me importa un bledo si lo sabe o no. Es mejor que te vayas de aquí.

—Oh, Félix. No hay necesidad de ser así. Me iré. Pero necesito decir primero lo que vine a decir.

Crucé los brazos sobre el pecho y la miré fijamente—. ¿Y qué es eso?

—Vine a advertirte

—¿Advertirme sobre qué?

Eloise miró por encima de su hombro hacia la calle y su auto estacionado en la acera. Luego se volvió hacia mí. Su labio inferior lleno de color rojo estaba pinchado entre sus blancos dientes. —Jared y Brett tienen malas intenciones. Están planeando algo para la carrera del sábado. Será peor que el accidente...

—¿Accidente? —Me burlé.

Ella frunció los labios y dijo:. —Choque. Lo siento —No dije nada.

Eloise suspiró. —Sólo quería asegurarme de que supieras en lo que te estás metiendo. No se detendrán hasta que no puedas conducir de nuevo, Félix. ¿Es eso lo que quieres? Tuviste suerte el fin de semana pasado. No cometerán el mismo error dos veces. Estoy preocupada por ti

—¿Desde cuándo te importo?

Eloise se abrazó a sí misma. —Nunca dejé de preocuparme, Félix. Yo sólo... —volvió a mirar por encima de su hombro, de vuelta a la calle, y se abrazó a si misma.

Entrecerré los ojos—. ¿A qué estás jugando?

Sus ojos se dirigieron hacia mí, y ella agitó la cabeza. —No estoy ju..

—Mentiras

—No estoy jugando contigo, Félix. Vine a advertirte. Eso es todo. Y si Jared se entera de que yo estoy aquí, se pondrá furioso conmigo, y se asegurará de que yo sepa que no debo volver a hacerlo. —Eloise se mojó los labios y miró sus pies.

Y me reí. Me dolían las costillas, pero me reí de todos modos, y seguí hasta que me agarré el costado con dolor y ella me miró fijamente como si me hubiera invadido la locura.

—¿Félix?

Me controlé y me enderecé, me dolían mucho las costillas. —Si estás tratando de manipularme para que sienta simpatía por ti, has venido al tipo equivocado, Eloise. Hiciste tu cama. Ahora puedes ir a acostarte en ella

—Le tengo miedo —susurró ella.

—Sabías quién era Jared Dalton antes de abrirle las piernas. Ahora es todo tuyo. Si necesitas que te salven, no seré yo quien vaya por ti. Al carajo con eso. ¿Esta mierda? —Hice un gesto de ida y vuelta entre los dos. —Se acabó. Se acabó hace mucho tiempo. Y tú pensando que aparecer aquí, pestañeando, diciéndome que estás asustada, va a cambiar algo, es delirante. Ahora, piérdete. Y no vuelvas aquí otra vez

Los labios de Eloise se abrieron para hablar, pero se quedó corta cuando un coche se metió en el camino de entrada detrás de ella. Jana. Mierda.

Jana se bajó del auto y se paró en la entrada mirándonos. Me asomé por la puerta. —Vete —le repetí.

Eloise se estremeció, pero retrocedió. Bajó la cabeza y me la devolvió mientras corría por el camino de entrada. Jana me miró y luego vio a Eloise pasar junto a ella. Eloise se detuvo al final de la entrada y lentamente se volvió hacia nosotros. Era difícil ignorar lo bien que se veía con su traje negro. Sus ojos se fijaron en los míos. —Pensaré en ti el sábado por la noche, Félix —Luego abrió la puerta del lado del conductor y se deslizó detrás del volante.

Jana y yo nos quedamos parados y vimos a mi ex esposa alejarse por la calle, dejando nada más que confusión y enojo a su paso.

Jana abrió el maletero de su coche y sacó una maleta. Cojeé por la entrada e intenté tomarla. Se puso entre la maleta y yo y agitó la cabeza. —Lo tengo

Cerré el maletero. Levantar los brazos por encima de la altura de los hombros me dolía más de lo que imaginaba.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó Jana mientras volvíamos a la entrada. Ella no me miraba.

—No tengo ni idea. Estoy bastante seguro de que estaba tratando de provocarme

Jana asintió con la cabeza, pero no parecía convencida. Ella subió su maleta por el escalón de la puerta principal y luego se quitó los zapatos cuando entró. Bajó la maleta a la sala de estar, y después de cerrar con llave la puerta principal, la seguí.

Ella apoyó sus manos en el asa extendida de la maleta—. ¿Cómo te estaba provocando?

—Dijo que vino a advertirme. Sólo está jugando, Jana. Es en lo que es buena.

—¿Tú también estabas jugando?

—¿Qué? No

Jana asintió lentamente. Luego miró al final del pasillo. —Creo que voy a poner mis cosas en el cuarto de huéspedes por ahora para no entrometerme demasiado en tu espacio

—Jana, no tienes que...

—Está bien —dijo mientras empezaba a caminar por el pasillo. Se detuvo en la puerta de la habitación de invitados. —Voy a guardar mis cosas.

—¿Tienes hambre? Estaba pensando que podríamos pedir la cena o algo

—Ya comí, en realidad

—Oh, —dije—. De acuerdo.

La había cagado. En algún momento, dejé que Jana se sintiera intimidada por Eloise. No quería a esa mujer tóxica. Había pasado mi tiempo con ella, y ella casi me destruyó en el proceso. Quería algo bueno, puro y amable. Alguien como Jana.

No. No alguien como ella. Yo la quería a ella.

Había estado deseando dormir a su lado esta noche y las noches siguientes hasta que pudiera volver a casa. La otra noche había sido un dulce alivio de los malos recuerdos. Con Jana durmiendo a mi lado, mis pensamientos se distraían por ella, por la forma en que respiraba, por la forma en que acariciaba su mejilla en la almohada, por la forma en que gemía suavemente en sus sueños. Era como una barrera entre mí y la mierda que pasó hace seis meses.

Jana entró en la habitación de invitados y cerró la puerta detrás de ella. Me rastrillé los dedos en el pelo y me desplomé en el sofá de la sala de estar. Miré el techo, preguntándome qué demonios podría decir o hacer para hacerla ver que Eloise estaba en mi pasado y que nunca, nunca, nunca volvería a tener otra oportunidad conmigo. Ella era malvada.

Estuvo a punto de matar a mi hermano. Eso es algo que nunca le perdonaría. Lo que ella me había hecho ya era bastante malo, pero ser parte de lo que Jared le hizo a Stan era otra cosa.

Nunca olvidaría el sonido de la pistola al disparar. El rocío de sangre. La forma en que Dave gritó mi nombre cuando Stan cayó a su lado fuera de la casa de Jared.

La forma en que mi corazón se apoderó de mi pecho cuando pensé que Stan estaba muerto.

CAPÍTULO 24

JANA

La manija de la puerta de la habitación de huéspedes estaba fría contra la punta de mis dedos. Apreté más la mano y casi abrí la puerta para volver a salir a la sala de estar.

Casi.

Pero algo me detuvo, y dejé que mi mano cayera a mi lado.

Ver a Félix hablando con Eloise había sido una bola curva. Me sentí físicamente enferma cuando ella pasó a mi lado en el camino de entrada, y la sensación de náuseas no había pasado desde entonces. ¿Por qué de repente se sintió como si el suelo se estuviera cayendo de debajo de mí?

Me fui a la cama y me posé en el borde. Apoyé los codos sobre las rodillas e incliné la cabeza hacia adelante, mirando la alfombra gris y lujosa que tenía bajo los pies.

La habitación de invitados de Félix era bonita. Simple, pero agradable. Las alfombras grises y las paredes blancas proporcionaban un ambiente tranquilo y relajante. Todo lo que había en la habitación era la cama, una mesita de noche con una lámpara y una silla en el rincón más alejado con una almohada. Cortinas de color azul marino colgaban frente a la ventana, lo que, con suerte, bloquearía algo del sol de la mañana. La cama era blanda y las sábanas azul y gris. Era una habitación de aspecto masculino, pero me gustaba de todos modos.

Era seguro, y eso es lo que importaba.

Pero no me había visto durmiendo aquí. Hasta que vi a Eloise, planeaba pasar las noches en la cama de Félix. En sus brazos. Envuelta a su alrededor, desnuda, sintiendo su calor como parte de mí y durmiendo escuchando los latidos de su corazón.

Me froté la frente y agité la cabeza. Tenía una tendencia a dejarme llevar y ser un poco demasiado idealista. Las expectativas sólo condujeron a la decepción.

Miré el reloj. Eran sólo las ocho de la tarde. Todavía había tiempo para matar, así que salí del dormitorio y encontré a Félix sentado en el sofá. Me miró fijamente y levantó un poco las cejas. —Hola

—Hola. ¿Es grosero de mi parte bañarme antes de acostarme?

Su expresión cayó, y agitó la cabeza. —No. En absoluto

—Vale. Lo siento. Sólo estoy cansada y quiero relajarme e instalarme. Tú también deberías dormir un poco pronto. Cuanto más descanses, más rápido sanarás.

Félix asintió.

Luego volví al dormitorio, recogí mi bolsa de baño y me encerré en su baño mientras llenaba la bañera. Era una bañera poco profunda y nada como la que tuve la suerte de tener en mi apartamento, pero no me importaba. Sólo necesitaba sentarme y calmar mis pensamientos, y no había mejor lugar para hacerlo que en el agua caliente, burbujeante y con aroma a lavanda.

El baño no era tan relajante como yo quería. Pasé todo el tiempo pensando en Eloise y preguntándome por qué estaba realmente aquí cuando llegué. ¿Qué quería ella? ¿Quería volver con Félix?

Si ese fuera el caso, ¿la aceptaría de nuevo?

Me hundí en el agua hasta que las burbujas susurraron bajo los lóbulos de mis oídos, estallando suavemente de vez en cuando y burbujeando cada vez que el agua era movida por mis

extremidades. Sabía cuánto la amó. O la amaba. No tenía ni idea de dónde estaba ahora en el frente de Eloise. Llevaban mucho tiempo juntos y su ruptura casi lo mata. Si ella lo quisiera de vuelta, ¿sería capaz de decirle que no a ella, la mujer a la que amaba más que a nada en este mundo?

¿A la mujer que lo había arruinado?

No estaba segura. Quería creer que él le diría que se fuera a dar un paseo, pero si yo estuviera en su lugar, no estaba segura de si tendría la fuerza para rechazar a la persona de la que solía estar enamorada.

Salí del baño cuando mis pensamientos sólo me hacían sentir peor. Me sequé, me cepillé los dientes y enrollé mi cabello en un bollo en la cama para evitar enredos. Cuando salí del baño, esperaba encontrar a Félix en el sofá, pero no lo estaba. Miré por las escaleras hasta la puerta de su dormitorio medio abierto. Las luces estaban apagadas.

Decepcionada, volví al cuarto de huéspedes, bajé las mantas y me deslicé por debajo de ellas. Me acolché la almohada y me puse cómoda, mirando al techo.

Félix habría muerto por Eloise hace sólo seis meses. ¿Podría un hombre dejar de preocuparse? ¿Así de fácil?

La mañana trajo dos cosas con ella, sol y claridad. Claro, Félix podría seguir preocupándose por Eloise. Demonios, puede que todavía esté enamorado de ella. No pude controlar eso. Me asustó muchísimo, pero no pude cambiarlo, así que tuve que ganar algo de perspectiva.

Me quedé en la habitación de invitados durante casi una hora reflexionando sobre la situación antes de decidir que él y yo necesitábamos sentarnos y hablar de ello. Me preocupaba demasiado por él como para dejar que volviera a estar con ella. Esto no tiene nada que ver conmigo y con mis sentimientos hacia él.

Me levanté de la cama, me puse una sudadera y una camiseta, y me dispuse a ir a la sala de estar y luego en la cocina, donde encontré a Félix parado frente a la estufa friendo unos huevos.

—Buenos días —dije.

Me miró y sonrió. Cada día lo notaba con más movilidad. —Buenos días.

¿Cómo has dormido?

—Mejor de lo que pensaba. ¿Tú?

—Tan bien como pude. Hay café fresco en la cafetera. —Asintió a la cafetera en el mostrador. —Sírvelo tú misma.

Lo hice. Encontré crema en la nevera y azúcar en uno de los armarios. Después de prepararme la taza de café perfecta, me acerqué a la estufa donde él estaba mezclando los huevos. Me echó una mirada de disculpa. —Empezaron como tortillas. Y luego las arruiné.

Sonreí. —Revuelto es igual de bueno.

—¿También quieres tostadas?

—Claro. ¿Cuál es la ocasión?

—No hay ocasión —dijo.

Lo miré con escepticismo, pero no dije nada.

Pasaron sólo unos minutos más antes de que ambos estuviéramos sentados en la isla de la cocina. Mi plato estaba lleno de huevos revueltos con cebollas, pimientos y rematado con salsa, y tenía un pedazo de pan tostado a un lado. Tomé un sorbo de café y comencé a comer hasta que pillé a Félix mirándome. Lo miré por el rabillo del ojo mientras masticaba y me tapaba la boca.

Después de tragar, le pregunté: —¿Qué?

Volteó su taburete de bar hacia mí. —Quería hablar contigo sobre lo de anoche

—De acuerdo. Bien. Yo también quería hablar contigo.

—Déjame ir primero.

Me senté con mi café y le di el paso.

Félix me miró fijamente mientras hablaba. —Eloise vino a advertirme sobre Brett y Jared. Al menos eso es lo que ella dice que estaba haciendo aquí. Eloise siempre ha sido de las que juegan, incluso cuando estábamos casados. Le gusta mantener a los hombres en el anzuelo. Le gusta ser más lista que todos y salir ganando. No creo que sepa cómo tener una relación en la que no esté planeando su victoria.

—Eso es una locura

—Me lo dices a mí. Pero el misterio de ella... No puedo negar que me absorbió. Y ahora está tratando de usar esos mismos comportamientos para atraparme de nuevo, pero te aseguro, Jana, que no tengo ningún interés en quedar atrapado en eso. Eloise casi mata a mi hermano. No quiero tener nada que ver con ella. Lo juro

—No necesitas defenderte —le dije.

—No me estoy defendiendo. Me estoy explicando. Porque quiero hacerlo. Quiero que sepas toda la escala de las cosas. Tú debes ser consciente de en qué estamos enredados. Eloise no se detendrá simplemente porque yo quiera. Seguirá con esta mierda hasta que consiga lo que quiere. Sea lo que sea eso.

Asentí con la cabeza. —Esto concuerda con lo que quería hablar contigo

—¿Oh?

—Huelo a juego sucio.

Félix me dio una sonrisa torcida. —Entonces tienes buena nariz

—Siento haber reaccionado exageradamente anoche. Me sorprendió verla aquí, creo. No confío en ella, Félix, y no quiero que te haga daño de nuevo. Ella está tramando algo, y tienes que tener cuidado.

Arqueó una ceja—. ¿Estás preocupada por mí? —Me sonrojé, pero mantuve la cabeza en alto. —Sí

Félix se rió. —No tienes por qué estarlo. Puedo cuidarme solo, Jana. Lo juro. No voy a caer en la mierda de Eloise. Se lo dije alto y claro. No es bienvenida aquí.

No me di cuenta de lo tensa que estaba hasta que dijo esas palabras. Mis músculos se relajaron, y miré hacia abajo en mi regazo. —Me alegra oírlo. Creo que dejé que mi imaginación me dejara llevar un poco, y pensé. —Agité la cabeza. —No importa. Estamos en la misma página.

—Eloise es una serpiente.

Me reí. —Sí. Esa página

—Pero —dijo lentamente, mirando el contenido de su café negro. —No estoy seguro de qué hacer con ella viniendo y advirtiéndome sobre Brett y Jared. Van a intentar otra cosa. ¿Por qué molestarse en venir a decirme algo tan obvio?

—Tal vez es un movimiento más pequeño en un tablero más grande —le dije—. ¿Qué eres tú? ¿Un advino con una bola de cristal?

Me reí de nuevo. —Sólo quiero decir que tal vez hay un panorama más amplio aquí, y no podemos verlo todavía. Está dando pequeños pasos para que todo encaje en su sitio. Dijiste que le gustaba jugar. Deberíamos considerar todo lo que hace como un movimiento estratégico en la junta si queremos tener la oportunidad de permanecer por encima del agua.

Los ojos de Félix iban y venían entre los míos—. ¿Desde cuándo esto se ha convertido en una

situación de “nosotros”? —Parpadeé. ¿La verdadera respuesta? Desde que sentí que mi corazón se rompió en mi pecho cuando pensé que estaba muerto después del accidente. Pero eso no es lo que le dije. En vez de eso, me encogí de hombros. —Necesitas a alguien que pueda pensar como ella. Y yo soy una mujer. Todos somos capaces de ese nivel de engaño si queremos serlo. Me necesitas, Félix

Sonrió y mi interior se derritió.

CAPÍTULO 25

FELIX

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Jana. Estaba sentada en el asiento del pasajero del Jeep de Stan “su chofer diario” y se había girado para mirarme en el asiento trasero.

Estábamos ralentizando el corte entre la multitud reunida para la última carrera antes del enfrentamiento final de Las Calles. Esta fue la mayor participación hasta ahora, y sólo habría más y más gente que vendría en la próxima hora y media antes de la salida de la carrera.

Le asentí con la cabeza. —Todo estará bien

—¿No crees que deberíamos haber venido un poco más tarde? —preguntó ella, mirando por la ventana a la gente que estaba afuera. —No podremos mantener en secreto que estás aquí. Básicamente, les daremos la oportunidad a Jared y Brett de inventar su plan maestro.

—¿Plan maestro? —Stan se rió. Tenía una mano descansando ligeramente en la parte superior del volante mientras ponía el Jeep en el parque con la otra. —Haces que suenen como villanos de cine

—Más vale que solo sean eso —dijo Jana.

Stan se encogió de hombros. —Justo. Tienen esa dinámica mente maestra del dúo en marcha.

Suspiré y me quité el cinturón de seguridad. —Brett y Jared ya saben que estoy aquí. No son tan estúpidos como para asumir que no aparecería.

—Tiene razón —le dijo Stan a Jana.

Ella sopló un aliento exasperado. Un mechón de pelo suelto se quedó atrapado en él y se elevó hacia arriba. Ella tenía la mayor parte de su pelo tirado hacia atrás en una cola de caballo, pero unas cuantas hebras colgaban en suaves rizos alrededor de su linda cara. —No me gusta esto —murmuró mientras cruzaba las piernas. Llevaba vaqueros ajustados, tacones rojos y una camiseta roja ajustada.

—A ninguno de nosotros nos gusta —dijo Stan. Luego asintió por el parabrisas y señaló a través de la multitud.

Las luces brillaban entre las piernas de la gente cuando se acercó un coche. —Ahí está

Estábamos allí para conocer a Clark, el tipo que me dejaría competir con su Boxster. Podía oír el motor en marcha mientras se abría paso entre la multitud, y luego los faros se apagaron cuando él apagó el motor.

Abrí la puerta trasera del jeep y salí. Tan pronto como mis botas llegaron al pavimento, la gente nos miraba. Mi nombre fue susurrado en cada par de labios mientras me deslizaba entre los cuerpos apiñados y emergía frente al elegante Boxster negro. Se veía mejor de lo que esperaba. No era un vehículo que elegiría, pero éste era hermoso. La pintura era tan lisa y brillante que el coche parecía mojado.

Clark, un tipo alto cuyos rasgos oscuros y cuerpo delgado coincidían con las líneas elegantes de su coche, se extraía de la parte baja del vehículo una pierna larga a la vez. La forma en que se movía me recordaba a una araña saliendo de su guarida. Cerró la puerta y me dio una sonrisa arrogante antes de estrecharme la mano. —No tienes idea de lo bueno que fue oír que habías vuelto, hombre —dijo, dándome una palmada en el hombro. —Ha pasado un tiempo

—Bastante tiempo —dije, soltando su mano. —Te lo debo por esto, Clark. En serio. No estaría corriendo si no fuera por ti

—Feliz de ayudar. Alguien tiene que poner fin a esta mierda. Si me preguntas, deberías ser el Rey de las calles.

—De acuerdo —dijo Stan mientras se acercaba a mi lado. Él y Clark se dieron la mano, y luego le presenté a Jana, que se me acercó por el otro lado.

—La hermana de Dave, ¿verdad? —preguntó Clark.

Ella asintió. —Sí. Encantada de conocerte

—A ti también. Nunca pensé que te vería en una de estas cosas. Y como la chica de la bandera. Las cosas sí que han cambiado

Jana le dio una dulce sonrisa y se inclinó un poco hacia mí. —Ya no soy una niña —Clark se rió. —No. Ninguno de nosotros lo es. Desafortunadamente

Me colgué el pulgar por encima del hombro en la dirección general de la mesa de registro. —Voy a decirle a Kam que estoy aquí. Ustedes quédense con el auto.

Los tres me asintieron con la cabeza. Stan aclaró su garganta—. ¿Y si alguien pregunta quién está corriendo esta bestia esta noche?

Sonreí. —Diles la verdad. Diles que no iré a ninguna parte, y que estoy aquí para poner a Brett Paul y Jared Dalton contra las cuerdas.

—Lo tienes, hermano —dijo Stan, retorciéndose las manos.

Me fui y me dirigí a la mesa de registro. La gente me vio avanzando. Sólo había otro corredor antes que yo. Todos los demás habían sido cortados de la manada en las últimas carreras. El primero siempre tuvo la mayor participación, pero ahora estábamos entre los diez primeros. Después de hoy, sólo quedaríamos seis de nosotros.

Entonces comenzaría la verdadera batalla.

Corté entre la multitud para encontrar a Kam sentada en su mesa. Tenía los pies en alto y se estaba quitando el esmalte de uñas negro de los dedos. Cuando me vio, bajó los pies, se puso de pie y caminó alrededor de la mesa para envolverme los hombros con sus brazos. —Estoy tan feliz de verte —dijo ella.

La abracé con respeto. Olía a canela y manzanas. —Yo también me alegro de verte, Kam.

Gracias por lo que hiciste por mí el sábado. Por Jana.

Se alejó, pero se agarró a mis hombros. —Esa chica se va a meter en problemas si no controla su temperamento. Me recuerda a otra persona que conozco. —Ella guiñó el ojo.

Me sonreí. —Sí. No diré que te equivocas.

—Bien. —Me dio una palmadita en la mejilla antes de caminar alrededor de la mesa—. ¿Qué estás conduciendo?

—Un Boxster.

Me arqueó una ceja y sostuvo su pluma sobre el papel de registro. —Lo sé —dije—. No es mío. Pero es agradable. Ganaré.

Ella se rió. —Siempre tan confiado, Félix. No sé por qué es tan excitante, pero lo es. —Me froté la nuca—. ¿Ya se registraron Brett y Jared?

Ella agitó la cabeza. —Aún no. Estoy sorprendida. Pensé que estarían aquí temprano después de lo que pasó el fin de semana pasado. Ya sabes cómo son con este tipo de cosas. Se comen el drama como si fuera un caramelo. Y fuiste tú, así que apuesto a que siguen cabalgando tan alto.

—Yo no lo dejaría pasar —estuve de acuerdo.

Kam dejó su pluma y me miró a los ojos. —Ten cuidado, Félix. El fin de semana pasado no fue divertido. Casi tuvimos que sacar tu cadáver de ese maldito auto, y si eso pasa, te mataré yo misma.

—Kam —dije riendo,—. ¿no ves...?

—¿La contradicción en eso? Sí, sí puedo. Pero aun así lo digo en serio. No hagas que te maten esos imbéciles. ¿Me escuchas? Estás jugando con fuego, y vas a hacer verdaderos enemigos si sigues así.

Le guiñó el ojo. —Ese es el plan. —Ella puso los ojos en blanco. —Eres una amenaza, Félix Larsen. Una amenaza absoluta.

—Pensé que era una de mis mejores cualidades.

Ella sonrió y me miró. Kam no hizo ningún esfuerzo para disfrazar que me estaba mirando.

No esperaba que lo hiciera. —Desafortunadamente, es uno de muchos

Me reí. —En otra vida, tú y yo habríamos tenido algo, Kam

—¿Por qué no está?

Me metí las manos en los bolsillos.

Ella suspiró. —Es el peor momento, ¿no? Debí haberme acercado a ti antes de que Eloise te hundiera en sus garras. Esa perra egoísta.

Una de las cosas que más me gustaba de Kam era que decía lo que se le pasaba por la cabeza, sin importar quién fuera su público. No le importaba molestar a nadie ni ofender a nadie. Si no te gustaba, le parecía bien. Su misión en la vida no era hacer que la gente que la rodeaba se sintiera cómoda.

—Sí —dije—. Las cosas habrían sido muy diferentes

Kam se acercó a la mesa y se apoyó en la parte delantera de la misma mientras cruzaba los brazos por debajo de los senos. —Claro que lo hubiera sido. Es difícil encontrar un buen hombre en este agujero de mierda, Félix. Muy duro. Sé que eres uno de los buenos. Y ella también lo es.

—¿Quién?

—Jana. Idiota.

—Oh, —dije, sintiendo el calor arrastrarse por mi cuello.

Kam me dio una sonrisita triste. —Se merece a alguien que la cuide. Y tú te mereces lo mismo. ¿Dónde están las cosas entre ustedes dos?

—No hemos tenido esa conversación.

—Bueno, deberías. Antes de que sea demasiado tarde. Esta mierda podría volverse más loca, y ustedes dos podrían encontrarse deseando haber dicho algo antes. Sólo te lo digo para que lo tengas en cuenta

Extendí la mano y la puse sobre su hombro. —Sabias palabras, Kam. ¿Y para que conste?

—¿Mm? —dijo ella, inclinando la cabeza a un lado.

—Te mereces lo mismo

Ella sonrió. Era una sonrisa grande y genuina, y luego se rió. —No te hagas el listo conmigo, Félix. Tú y yo sabemos que eso es un montón de mierda. Tú no me conoces. En realidad, no. No sabes lo que me merezco.

—Claro que sí —dije, dejando que mi mano se cayera de su hombro. —Simplemente no te das suficiente crédito

Me hizo un gesto con la lengua y me hizo señas para que me fuera. —Lárgate de aquí. Antes de que intente treparte como un árbol por susurrarme cosas dulces. Te estás burlando

Caminó alrededor de la mesa y se sentó. Pateó sus pies hacia arriba. Me devolví antes de irme. —Estamos bien, tú y yo. ¿Verdad?

Ella asintió. —Sí. Estamos bien. Dales duro, ¿quieres? Y por favor. No te mueras.

—¿No sabes quién soy? —Pregunté, apartándome de la mesa y extendiendo las manos. —Soy el rey de las calles. Yo me encargo de esto.

Kam puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo. —Amenaza.

Cuando me di la vuelta de la mesa, me enfrenté a casi una docena de rostros jóvenes y ansiosos. Uno de ellos, un niño con una camiseta de gran tamaño y pantalones cargo negros que se arrastró hacia delante. Parecía muy nervioso y no me miraba a los ojos. Los otros a su espalda me miraron a mí y le miraron a él. Podía sentir la emoción en ellos.

—¿Sí? —Le pregunté.

El chico finalmente me miró. No podía tener más de 19 años—. ¿Es verdad que estás apuntando a Brett Paul?

Los susurros se oyeron entre la multitud que nos rodeaba.

Animaron al chico. —Todo el mundo dice que vas a derribarlo a él y a Jared Dalton. Que vas a ganar esto. Incluso después de todo lo del fin de semana pasado. Sólo queríamos saber si es verdad. ¿Vas a correr esta noche?

Todos los ojos estaban puestos en mí. Podía sentir el calor de sus miradas. El aire estaba lleno de tensión y curiosidad. Lo que dijera ahora se extendería como un reguero de pólvora por este lote abandonado. El suelo bajo nuestros pies era grava suelta y tierra húmeda. Había llovido todo el día, pero se aclaró media hora antes de que llegáramos.

Miré fijamente a los grandes ojos marrones del chico —Me verán caer, me verán adolorido, y también me verán levantarme una y otra vez. Porque lo que nunca les daré en el gusto a nadie, es verme rendido. Esto no se acaba hasta que yo gane. Voy por ellos —Los gritos y aplausos no se hicieron esperar. Por un segundo la adrenalina invadió mi cuerpo y me sentí inmortal. Estaba más que seguro de lo que debía hacer. Las cartas estaban echadas, el juego comenzaba.

CAPÍTULO 26

JANA

—¿Dónde diablos están todos? —Le pregunté mientras me agarraba el cuello para mirar por encima de las cabezas de la multitud.

Stan tenía los brazos cruzados y apoyados en su Jeep, como si no tuviera ningún cuidado en el mundo. —Estarán aquí. Relájate

—No puedo relajarme —dije, dando vueltas delante de él. Debo haber cruzado este mismo pedazo de grava sesenta veces mientras esperaba que Félix regresara de la inscripción. También estaba esperando a Dave y Ginger. Se suponía que vendrían y serían sus refuerzos. Bueno, Dave lo era. Ginger era mi refuerzo.

—Estás tan apretada como una caja de sorpresas. —Stan se rió.

Dejé de dar vueltas y le miré fijamente. —No sé cómo te mantienes tan calmado ahora mismo

Se encogió de hombros. —He estado en esta escena más tiempo que tú. Tiene sentido. Además, no podemos hacer nada más que esperar. Así que, ¿por qué ponerte la soga en un nudo al cuello al respecto?

Suspiré y volví a caminar.

Stan puso los ojos en blanco, extendió la mano y me agarró el brazo. Me empujó suavemente hacia el Jeep, donde me puso la espalda contra él. —Respira profundamente tres veces. Bien. Huele bien, ¿verdad? Siente los gases de escape, el petróleo y el gas. Esta es la calma antes de la tormenta. La mejor parte. Como la mañana de Navidad para un niño. Deja de arruinarlo, ¿quieres?

—No puedo evitarlo. Estoy estresada

Stan se frotó las sienes. —Bueno, tú también me estás estresando. Así que ya basta.

Estaba a punto de reanudar mi paseo cuando una voz femenina familiar me llamó por entre la multitud. Levanté la vista para ver a Ginger que venía hacia nosotros. Tenía a mi hermano a su lado.

—Alabado sea el Señor —dijo Stan mientras saludaba a Dave. Sabía que eso iba dirigido por mí. Finalmente tuvo un indulto por ser mi niñera.

Yo abracé a Ginger. —Sentimos llegar tarde —dijo ella. —Quedamos atrapados en una fila tratando de llegar aquí. Hay tantos coches intentando pasar, es una locura.

—Se ha corrido la voz sobre Félix —dijo Stan a sabiendas.

Dave asintió. —Sospecho que sí. Es lo único que explica esta gran concurrencia. Estos son el tipo de números que se muestran en la carrera final. ¿Pero para una de las eliminatorias? Es inaudito.

Miré hacia atrás y hacia adelante entre ellos—. ¿De verdad?

Dave asintió. —Sí. Apuesto a que la mitad de esta gente sólo está aquí porque se enteraron del plan de Félix de quitarle el título a Brett. Supongo que el accidente de la semana pasada es probablemente un factor que también contribuye.

—Hablando de Félix —murmuró Stan, mirando a través de la multitud hacia la mesa de registro al otro lado del lote—. ¿Dónde está ese cabrón? Cree que puede dejarnos mirando su maldito auto mientras se divierte coqueteando con Kam. Voy a ir a buscarlo. Ustedes esperen aquí

Stan no esperó a que le diéramos el visto bueno. Se fue, dejando que nos miráramos el uno al otro y luego al Boxster.

Dave asintió—. ¿Cómo te sientes con todo esto, Jana? —Me encogí de hombros y no lo miré a los ojos.

—Yo también —dijo. Luego se acercó y me envolvió el brazo en los hombros. —Pero tenemos que dejar de preocuparnos. Se pondrá bien. Siempre lo está. Esto terminará antes de que nos demos cuenta —Sus palabras no me hicieron sentir mejor, pero asentí de todos modos. Él estaba intentando calmarme y eso fue muy lindo de su parte, además, no tenía sentido decir que estaba tan ansiosa que podía agacharme y vomitar allí mismo. No había podido comer en todo el día debido a mis nervios, así que, aunque estuviera enferma, sólo vomitaría ácido estomacal. Y tal vez un poco de agua.

Ginger se alineó con nosotros. —Uh-oh. Veo problemas

El estrecho nudo del miedo en mi vientre se hizo aún más estrecho cuando vi a Brett Paul cortando a través de la multitud hacia nosotros. Jared Dalton estaba en sus talones, y había un grupo de otros cuatro hombres que venían detrás de ellos. Brett empujaba a la gente fuera de su camino, sin importarle si los mandaba tirados sobre la grava.

Dave se mudó delante de Ginger y de mí, poniéndose entre nosotros y Brett. El Jeep de Stan estaba a nuestras espaldas.

Brett nos sonrió ampliamente a todos, sus dientes de oro brillaban en las comisuras de su boca —. ¿Qué quieres, Brett? —Ladró Dave.

Brett se metió las manos en los bolsillos y se acunó en los talones mientras sus muchachos se abrían en abanico detrás de él. Parecían pandilleros, amartillados y cargados, listos para hacer negocios sucios.

—¿Dónde está Félix? —preguntó Brett.

Dave no contestó, pero vi como sus manos se doblaban en puños a los costados.

Brett también se dio cuenta y echó la cabeza hacia atrás y se rió. —No estoy aquí para jugar contigo, Dave. Ambos sabemos que Félix es más de mi estilo. Más bien un reto. Ahora te hice una maldita pregunta. ¿Dónde diablos está?

Brett estaba más enojado que de costumbre, y eso era decir algo. Recordé cómo había estado cuando nos acorraló a Ginger y a mí el otro día después del salón de uñas. Me había asustado entonces, y esto era peor. Mucho peor.

—Dave —dije nerviosamente. No me gustó esto. No me gustaba la forma en que estos idiotas miraban a mi hermano o la forma en que Jared Dalton se golpeaba los nudillos. Todo el asunto se sintió mal.

No. Se sentía como lo que Stan había dicho, una calma antes de la tormenta. Todo el infierno estaba a punto de estallar.

Dave me miró por encima del hombro. Tenía la mandíbula apretada y, aunque no hablaba, sabía lo que trataba de decirme. No te muevas. No hagas nada estúpido.

Ginger se puso a mi lado. Por un momento pensé que podía sentir su pulso cuando me agarraba la mano, pero me di cuenta de que era mi propio latido el que estaba sintiendo. Me revoloteó en el cuello, las muñecas, las puntas de los dedos.

Dave inclinó la barbilla de una manera que no vi jamás. —Félix no está por aquí, Brett. Deberías volver a tu coche. La carrera está a punto de comenzar

Brett se rió y sus muchachos le siguieron.

Ovejas, pensé amargamente.

Brett dio algunos pasos hacia adelante. —Sabes, Dave. De todos los tontos que andaban con Félix, tú siempre fuiste mi favorito. Eres bueno manteniendo las manos limpias. ¿Sabes? Eres un solucionador de problemas. Un hombre práctico. Es una pena que te hayas alineado con la escoria.

Dave tenía los hombros encorvados. No fue por mucho, pero lo conocía mejor que nadie, y sabía que estaba furioso.

—Dave —dije otra vez. Intenté sonar menos asustada de lo que estaba. Fracasé.

Los ojos de Brett se volvieron hacia mí, y en su cara se extendió una sonrisa ansiosa. —Jana. Me alegro de verte

—Ni la mires —gruñó Dave. Brett ni siquiera parpadeó. Mantuvo sus ojos enterrados en mí, sabiendo que eso provocaría a mi hermano a entrar en acción. —Te ves tan bien, nena. Un día, los dos nos vamos a tomar nuestro tiempo para conocernos, y te darás cuenta de que te has estado perdiendo todo este tiempo. Me encantaría verte de rodillas, suplicando...

Dave emitió un grito furioso y atacó a Brett. Le grité que no lo hiciera, pero fue como gritarle a un toro que se dirigía hacia una bandera roja. La pelea estaba en marcha, y no había nada que pudiera hacer para detenerla.

Dave golpeó dos veces a Brett antes de que Jared interviniera y lo golpeará en la mandíbula. El golpe hizo que mi hermano se tambaleara. Se las arregló para ponerse al día y enderezarse mientras los cuatro matones de Brett se desplegaban a su alrededor como buitres.

Estaba lejos de ser una pelea justa, pero a Dave no parecía importarle. Su mirada seguía puesta en Brett, y no recordaba ni una sola vez que lo había visto tan enfadado. Fue tras Brett otra vez.

Los dos se chocaron entre sí y se vieron envueltos en una tensa batalla que duró sólo unos segundos. Ginger gimoteó y se apretó fuertemente contra mí y contra el Jeep.

¿Dónde carajo estaban Félix y Stan?

Mi hermano cayó sobre la grava. La multitud se reunió a nuestro alrededor. Nadie intentó ayudarlo.

Así que me lancé hacia adelante para tratar de llegar a él.

Uno de los chicos de Brett me agarró por la cintura y me levantó como si fuera un saco de patatas. Me puso sobre la grava y se interpuso en mi camino, impidiéndome llegar a Dave, que estaba de lado recibiendo patadas en el estómago.

—¡Dave!

Brett se estaba riendo. Jared también lo hacía. Los dos se encontraron con mi hermano, que se vio obligado a cubrirse la cabeza y a acurrucarse sobre sí mismo. Se estaban burlando de él. Maldiciéndolo.

Dave intentó levantarse cuando retrocedieron, pero no fue más que una trampa. Tan pronto como se puso de rodillas, volvieron a atacarlo.

Grité para que alguien lo ayudara. Cualquiera. Nadie se movió ni un centímetro.

—¡Son todos unos cobardes! —Grité. Mi voz se rompió. ¿Cómo era posible que se quedaran todos parados solo viendo? ¿Si todos los que miraban se hubieran metido a ayudar hubieran vencido a Brett y su tropa? Mi hermano necesitaba ayuda, y nadie estaba dispuesto a dársela. Todo porque le temían a un imbécil como Brett Paul.

Intenté rodear al tipo que me había recogido. Era grande. Más de 1,80 metros fácilmente con un grueso bigote negro y tatuajes en el cuello. Salté sobre él, empeñado en infligir cualquier daño que fuera necesario para que me dejara pasar. Mis uñas se atascaron en su piel, y gruñó antes de arrojarme hacia atrás lo suficientemente fuerte como para golpearme contra el Jeep.

Ginger gritó. Fui a por él otra vez. El enojo latía por todas mis venas, y mi visión solo veía a la escoria que tenía enfrente. Estaba sonriendo. Bastardo.

Me di la vuelta para darle una patada. Me bloqueó el pie con una palmada en la espinilla con el costado de su mano. Me dolió como el demonio, y tropecé y lancé hacia adelante. No era una

luchadora. Yo era sólo una chica que agitaba una bandera para empezar una carrera para un grupo de idiotas que valoraban más el título de vencedor que sus propias vidas.

Miré hacia arriba, mirando al hombre que estaba encima de mí a través de las cortinas de pelo que se me habían caído de la cola de caballo.

—¿Es todo lo que tienes, pequeña?

Dave seguía en el suelo, gruñendo cada vez que le daban una patada—. ¡Para! —Grité—. ¡Ya ha tenido suficiente! ¡Déjenlo en paz!

Pero no me escucharon.

Entonces, de repente, todo cambió. De repente, todo estaba tranquilo. Brett dejó de patear a mi hermano, y el hombre que se asomaba sobre mí miró hacia arriba, sólo para ser golpeado tan fuerte en el pómulo derecho que lo dejó inconsciente. Cayó pesadamente ante mí, su mejilla partida y sangrando, y yo levanté la vista cuando un hombre pisó su cuerpo inmóvil.

Félix.

CAPÍTULO 27

FELIX

—Bastardo —gruñí.

Brett Paul estaba golpeando con el pie a Dave, que se agachaba con un brazo sobre su estómago mientras se inclinaba y escupía sangre sobre la grava.

Stan se detuvo a mi lado.

Brett extendió sus manos, riendo. —Bueno, mira quién apareció en la fiesta —Stan se golpeó los nudillos. —Yo los detendré. Ve por Brett. ¿Trato hecho?

—Sólo necesito treinta segundos

—Los tienes.

—Trato hecho.

No necesitábamos intercambiar más palabras que eso. Tan pronto como me mudé donde estaba Brett, todos sus muchachos, incluyendo a Jared, vinieron hacia mí.

Stan se interpuso entre nosotros y peleó más sucio de lo que jamás lo había visto pelear. Pateó ingle y rótulas, y no me di cuenta hasta que estaba junto a Dave de que se estaba riendo mientras lo hacía.

Brett levantó los puños para pelear conmigo.

Pero no me interesaba una pelea. Estaba interesado en infligir dolor.

Brett se balanceó primero. Su puño me pasó por la cara, y me deslicé por delante para agarrar la parte delantera de su camisa con un puño. Lo jalé hacia mí y, al mismo tiempo, le devolví el golpe. Su impulso hacia adelante, combinado con el de mi puño, produjo un gran impacto. Su nariz se rompió bajo mis nudillos, y emitió un grito de dolor mientras la sangre salía de sus fosas nasales y entraba en su boca.

Ni siquiera estaba cerca de terminar.

Brett se defendió como el pequeño luchador que era cuando no le solté la parte delantera de la camisa. Me clavó las uñas en los antebrazos y prácticamente siseó como un gato cuando le arranqué los pies del suelo y lo llevé a la espalda sobre la grava.

Me di cuenta de que Stan me gritaba para que me largara de aquí. Probablemente le estaban pateando el trasero mientras yo le daba la paliza a Brett más de lo que se merecía. Lo sujeté y lo pisoteé. Brett trató de cubrirse la cara, pero era inútil contra mí. Ese primer golpe lo había dejado sin sentido, y no le estaba dando tiempo para recuperar ninguno de sus sentidos.

Después del cuarto golpe a su mandíbula, retrocedí, pero mantuve mi puño derecho levantado. —Dile a tus chicos que se retiren —gruñí.

Brett se mofó de mí.

Lo agité bruscamente—. ¡Díselo!

—¡Bien! —Giró la cabeza y escupió un grumo de sangre sobre la grava—. ¡Basta!

Su palabra arregló la pelea detrás de mí. Oí a Jana decir el nombre de Dave y asumí que había ido a verle.

Brett sonrió. Le apreté el cuello y presioné hacia abajo, haciéndole una mueca. —Más vale que aún estés en forma para conducir, pedazo de mierda —le dije.

Brett se rió. Era un sonido húmedo. Tenía la nariz rota y parecía un desastre. —Suéltame. Puedo correr

No tuve tiempo de levantarme. Sus muchachos me agarraron por los brazos y me levantaron. Uno de ellos, un tipo de aspecto especialmente mezquino con un tatuaje de un cráneo en el hombro, me dio un puñetazo en el estómago y me empujó hacia atrás.

Tropecé y casi me caigo, pero varias personas entre la multitud me atraparon y me empujaron de pie.

Les di la espalda y me enfrenté a Brett y a su escuadrón de matones mientras Jana flotaba sobre Dave. Me miré a los ojos con ella cuando miró hacia arriba y metió un mechón de pelo detrás de la oreja. Parecía asustada. Y furiosa.

Brett se estaba poniendo de pie. Jared se ofreció a ayudarlo, pero le arrancó la mano. Brett casi se inclinó hacia delante, pero se estabilizó y levantó su mirada para encontrarse con la mía.

—Estás lleno de sorpresas, Félix

—¿No esperabas verme?

Brett agitó la cabeza y se chupó la sangre de los labios. —Debimos regresar y entrar en tu maldito auto para asegurarnos de que no te alejaras de ese maldito accidente. —La multitud retumbó con susurros de enojo. Brett lo ignoraba. Se adelantó y me apuntó con el dedo al pecho.

—Recuerda mis palabras, Félix. Aún no he terminado contigo. Se va a poner peor para ti. Lo juro

Sonreí. —Adelante, Brett

La multitud comenzó a susurrar con emoción. Los que estaban en el frente pasaban la voz a los que estaban en la parte de atrás de lo que estaba pasando. Esta era mi oportunidad para que todos supieran por qué estaba aquí y por qué estaba luchando. Los miré a todos a mi alrededor, con caras ansiosas, ojos brillantes, alientos de ansiedad.

Brett escupió más sangre—. ¿Qué demonios estás mirando, Félix?

—A ellos —dije simplemente, señalando a todo el mundo que nos miraba

—Siempre fuiste una puta de la atención

Agité la cabeza. —No, Brett. No entiendes el punto.

—¿Oh? ¿Entonces cuál es el punto? —Gruñó cuando se me acercó. Jared se interpuso entre nosotros y retuvo a Brett. Sabía que Brett no estaba en condiciones de pelear conmigo. Estaba furioso, seguro, y esa ira lo haría cometer un error. Jared sabía de primera mano lo despiadado que podía ser con mis puños, y yo tenía motivos más que suficientes para convertir la cara de Brett en mi propio saco de boxeo personal.

Mierda. Lo haría sólo por diversión.

—El punto es que has mostrado tu mano, Brett. Eres un imbécil transparente y tonto, y todo el mundo lo sabe. Tu tiempo aquí ha terminado.

Brett echó la cabeza hacia atrás con una risa maníaca.

Jana se deslizaba bajo el brazo de Dave y le ayudaba a ponerse de pie. Se tambaleó, y Stan fue en su ayuda, deslizándose bajo su otro brazo. Lo llevaron hacia el Jeep y se alejaron de Brett y su banda de hombres no tan alegres. Podía oír a Jana susurrando a su hermano que se pondría bien, y esperaba que Dave no estuviera demasiado golpeado. ¿Cuánto tiempo llevaba la paliza antes de que yo llegara?

—Déjame adivinar, Félix —dijo Brett mientras empezaba a caminar de un lado a otro. Llamó la atención de todos los que estaban cerca—. ¿Vas a ser tú el que se deshaga de mí?

Me sonreí. —Estoy aquí. ¿No lo ves?

La multitud se rió a carcajadas. Brett entrecerró los ojos hacia mí. Estaba perdiendo su ventaja, y lo sabía. La multitud me favoreció. Era una escoria. Brett levantó la barbilla de todos modos. —Todo lo que haces es empeorar las cosas, Félix. Lo tenías todo y lo arruinaste. Lo perdiste todo. Sucedió una vez, y puede volver a suceder. Me aseguraré de ello

Un par de manos suaves tomaron mi brazo. Sabía que era Jana sin tener que mirarla. Ella me tiró del brazo, guiándome un paso hacia atrás, y se acercó a sus puntas de los pies para susurrarme al oído. —La carrera comienza pronto. Deja esta tontería y vete a tu auto. Golpéalo en la calle. — Brett la miró con ira mientras me hablaba—. ¿Quieres hablar, nena? —Odiaba que la llamara así, como si fuera su dueño.

Jana agarró mi bíceps más fuerte y miró a Brett con odio. No dijo ni una palabra.

Brett se rió y se pasó los dedos por encima de la frente. —Tú y tus mujeres, Félix. ¿Qué es lo que te hace sacar su locura, ¿eh? Primero Eloise, y ahora este pequeño número. ¿Cuándo vas a dejarlo?

Jana suspiró. —Déjalo, Félix. Se está agarrando a un clavo tratando de sacudir tu jaula.

Sabía que tenía razón. Pero eso no significaba que no funcionara. Giré los hombros y la mirada de Brett se iluminó con la amenaza. Se mojó los labios y abrió la boca para hablar, pero otra voz aterciopelada habló primero, enviando un escalofrío por mi columna vertebral.

—Caballeros —dijo Eloise. Se deslizó entre la multitud como una serpiente y fue a pararse junto a Jared. Ella trazó una larga uña a través de sus hombros y luego bajó por su brazo para entrelazar sus dedos con los de él. Levantó sus oscuros ojos hacia mí, y sus rojos labios se rizaron en una sensual sonrisa—. ¿Podemos terminar con el juego sucio por esta noche? La niña tiene razón —le dijo con la barbilla a Jana—, la carrera está a punto de comenzar.

Jana aspiró un poco de aliento.—. ¿Niña? —Las cejas de Eloise se elevaron un par de milímetros al escucharla.

Le puse un brazo alrededor de la cintura a Jana. —Vamos. Como dijiste, sólo están tratando de ponernos nerviosos

—Está funcionando —dijo Jana con su voz más oscura.

Casi sonrió. Ella era todo fuego y lucha, y eso me encantaba de ella. Ella era como yo en ese sentido, y eso podría meterla en problemas. Tuve que mantener la cabeza fría por su bien, no por el mío. Y Dave necesitaba que lo alejáramos de esos imbéciles.

Me volví hacia los otros. Stan estaba abriendo la puerta trasera del Jeep y ayudando a Dave a entrar. Ginger ya estaba sentada en el asiento trasero. Le ofreció la mano a Dave, y ella lo empujó hasta el asiento, donde apoyó la cabeza contra el respaldo y puso una mueca de dolor mientras intentaba encontrar una posición cómoda.

Estaba en mal estado. Su ojo derecho estaba hinchado, su labio estaba partido, y estaba seguro de que habría moretones debajo de su ropa a causa de la paliza que le habían dado. Debería haber llegado antes.

—Félix —Brett gruñó detrás de mí mientras Jana y yo nos dirigíamos hacia el Jeep. Me di la vuelta.

—Será mejor que te cuides las espaldas —dijo Brett.

El silencio nos envolvía. Si a alguien se le cayera un pendiente, un alfiler o un pañuelo de papel, se habría oído que golpe de la grava bajo nuestros pies. Pero nadie dejó caer nada, y el silencio se hizo aún más ensordecedor.

Yo fui el que lo rompió. Le di a Brett mi mejor sonrisa diabólica. —Sigue retorciéndote, Brett. Voy por ustedes dos, y no hay nada que puedan hacer al respecto. Las calles son mías. ¿Me escuchas? Mías

La multitud aplaudió. Brett y Jared me miraron fijamente. Eloise le susurró algo al oído a Jared. No me interesa que se apresuren y traten de salir por delante. Fracasarán. Me aseguraré de ello.

Me paré en la puerta trasera del Jeep. Dave abrió su ojo menos hinchado y me miró.

Los vasos sanguíneos habían reventado en la parte blanca de sus ojos.

Puse una mano sobre su hombro. —Siento haber tardado tanto en llegar amigo

Dave sonrió y puso una mueca de dolor cuando se abrió la grieta en su labio inferior. —
Hicimos un buen espectáculo, ¿no?

—Claro que sí.

Dave asintió por encima de mi hombro. —Será mejor que te vayas. No te preocupes. Estoy bien. Estoy bien. Sólo pateas sus malditos traseros y no hagas que te maten. ¿Me has entendido?

—Claro que sí, lo tengo presente

CAPÍTULO 28

JANA

Vi a Félix cerrar la puerta trasera del Jeep mientras Stan se deslizaba en el asiento del conductor. Se detuvieron para hablar entre ellos con la puerta abierta, y Stan le dijo a Félix que se reuniría con él en la línea de meta. Dave no era capaz de ponerse de pie, así que lo iban a llevar al final de la carrera, y tan pronto como Félix cruzara la línea, saldrían de allí antes de que Brett y Jared llegaran.

Félix asintió con la cabeza y puso su mano en el marco del jeep. —De acuerdo. Te veré en un momento. Cierra las puertas.

Stan se rió. —No creo que necesitemos tomar esas precauciones

—Tienes a Ginger en el asiento trasero. Y el hermano de Jana. Sólo cierra las malditas puertas. —Stan puso los ojos en blanco. —Está bien, está bien. Buena suerte

—No la necesito —dijo Félix.

Stan cerró la puerta y Félix se volvió hacia mí—. ¿Todavía estás lista para esto, chica de la bandera? —Asentí con la cabeza.

—Bien —dijo Félix mientras se acercaba y me ofrecía su mano. —Me gusta tenerte ahí en el principio

Le cogí de la mano y Félix me llevó entre la multitud al Boxster. Me abrió la puerta del pasajero y entré. Condujo hasta el frente de la fila y sólo tuvo que tocar la bocina a unas pocas personas para que salieran de nuestro camino.

Brett y Jared estaban cada uno en sus coches atrás. Ninguno de los dos estaba en el vehículo, pero se habían bajado para pararse en sus puertas abiertas, inclinándose sobre los capós para hablar entre ellos. Me preguntaba si estaban conspirando. Probablemente.

Miré hacia abajo en mi regazo mientras Félix aparcaba el coche. Tenía sangre en las manos y los vaqueros. La sangre de Dave. Dejé salir un pequeño gemido y arrastré mis palmas a través de la tela vaquera para deshacerme de la sangre. Sólo funcionó un poco.

Félix extendió la mano y las puso sobre las mías. —Aguanta un poco. Esto terminará pronto, y volveremos a mi casa a limpiarte. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—¿Estás segura de que estás preparada para esto, Jana? Kam puede pedirle a otra que empiece la carrera. Puedes ir a esperar con tu hermano y Stan. Estoy seguro de que Ginger estaría feliz de...

—No. Estoy bien. Puedo manejar esto. Es sólo un poco de sangre.

Félix me dio unas palmaditas en las manos. —Claro. Si eso es lo que quieres, la cabeza en alto. Ahí viene Kam

Las botas de Kam crujieron en la grava cuando cruzó el estacionamiento y luego salió a la calle. Sus caderas se balanceaban a cada paso, y ella se inclinaba a mi lado del auto mientras yo bajaba la ventanilla. Apoyó sus antebrazos en el marco de la ventana y miró hacia atrás y hacia adelante entre Félix y yo—. ¿Dónde diablos han estado ustedes dos?

—Lo siento, Kam. Las cosas se complicaron un poco. Tenía que ocuparme de ello —dijo Félix.

Ella le frunció el ceño. —No me importa lo que pase fuera de la pista. Los otros conductores

han estado listos para partir y los he tenido esperando por tu culo —Abrió la puerta del coche y me movió los dedos para salir—. ¿Vienes o no, chica de la bandera? Tienes un trabajo que hacer

Me volví hacia Félix. —Por favor, no hagas nada estúpido como la semana pasada —Me dio una sonrisa torcida. —Sin promesas

—Eres un imbécil. ¿Por qué no puedes decir lo que quiero oír?

Félix extendió la mano y me puso la palma en la mejilla. Me pasó el pulgar por la mandíbula y me miró a los ojos. —No haré nada estúpido como la semana pasada.

Me quedé sin aliento en la garganta. Estaba tan cerca. Podía olerlo. Podía sentir su calor irradiando de él. Me di cuenta de que Kam esperaba impaciente a que saliera del coche. La punta de su bota estaba golpeando el asfalto. Pero sólo necesitaba un minuto.

Me incliné y recogí la parte delantera de su camisa en mis manos antes de acercarme a él para darle un beso profundo y lento. Tenía mi cara en sus manos mientras yo gemía suavemente en su boca. Cuando nos separamos, Félix apretó su pulgar contra mi labio inferior y miró mi boca mientras hablaba. —Después de que agites la bandera y el último coche se vaya, vete a ver a tu hermano y a los demás. No te quedes sola. ¿De acuerdo?

—Está bien. Ten cuidado

—Lo tendré —dijo. No le creí. Sólo dijo las palabras para mi tranquilidad. —Vamos, tortolitos. Terminemos con esto —ladró Kam detrás de mí.

Me bajé del auto y cerré la puerta. Ni Jared ni Brett me dijeron nada mientras volvían a sus autos. Kam empujó la bandera roja en mis manos y se marchó fuera de la pista para esperar al margen mientras yo encontraba mi X roja en el pavimento.

Distancié mis pies a la anchura de los hombros. Me preguntaba cómo me veía, de pie con una bandera roja y mis muslos manchados de sangre. No importaba.

Levanté la bandera sobre mi cabeza. Los motores rugieron. Las luces delanteras de Félix se encendieron.

Podía sentir la vibración de la potencia de los coches bajo mis pies. Viajó por mis piernas y a través de mis huesos. Saboreé el momento, disfruté el sonido, la vibración y el aire fresco de la noche contra mi cara. La calma.

No te mueras, pensé mientras dejaba caer la bandera.

Los coches se lanzaron hacia adelante. Félix tomó la delantera rápidamente, y yo me volví en mi lugar cuando el último de ellos pasó a mi lado para observar cómo se precipitaban hacia la noche.

Podrían pasar muchas cosas en las calles. Mi garganta se apretó mientras pensaba en el accidente del fin de semana pasado. El chillido de los neumáticos. El aplastamiento y la trituración del metal cuando el coche chocó contra la barrera.

Toda la sangre.

Agité la cabeza. Ahora no era el momento de pensar en esas cosas. Sólo lo estaba haciendo más difícil para mí. Esto era la decisión de Félix. Respetaría eso, y respetaría por lo que él estaba luchando.

Necesitaba reclamar su título y expulsar a los hombres que habían convertido este deporte en un juego sórdido, peligroso y clandestino. Claro, las carreras callejeras siempre habían sido ilegales, pero no habían sido tan arriesgadas como con Brett y Jared. Sacaron el asunto de las calles. Irían a buscarte a tu casa y te golpearían si pensarán que eras una amenaza.

Todo para ganar una estúpida carrera.

Suspiré y metí una esquina de la bandera en el bolsillo trasero de mis jeans antes de cruzar la calle para encontrarme con Kam, que estaba de pie con los brazos cruzados mientras miraba por

el camino. Las luces traseras de los coches finalmente desaparecieron a la vuelta de una esquina.

Me miró mientras yo estaba a su lado y me apoyé en una de las barreras que bordeaban la pista.

—¿De quién es la sangre? —preguntó. —De Dave —le respondí con lamentación.

—¿Brett y Jared?

Me reí y asentí con la cabeza. —Sí. ¿Cómo lo sabes? —pregunté sarcásticamente.

Kam frunció el ceño. —Esta es la primera vez que he considerado cancelar todo esto. Tirar la toalla. Lo que estos dos nos están haciendo... no está bien. Primero Stan. Luego Félix. Ahora tu hermano. —Ella agitó la cabeza. —Es asqueroso

—Estoy de acuerdo

—¿Crees que debería terminar con esto? ponerle fin de una vez por todas antes de que alguien muera?

Sentí que el peso de su pregunta recaía sobre mis hombros. —No creo que sea una decisión que deba tomar.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Estoy pidiendo una opinión

Suspiré y cambié mi postura. El sonido de los motores de los coches hacía tiempo que había desaparecido. Ahora era sólo la espera que induce a la ansiedad. La peor parte. —Creo que, si Brett o Jared ganan esta cosa, podría ser el momento de ponerle fin. Sí. Por el bien y la seguridad de todos

Ella asintió. —Yo también lo creo así

—Pero Félix puede ganar esto. Puede darle la vuelta. Las calles no tienen que terminar. — Kam no parecía convencida, pero asintió de todos modos. —Eso espero

Le dí la mejor sonrisa que pude reunir y asentí hacia el Jeep de Stan, que estaba estacionado al final de la alineación inicial. —Voy a encontrarme con los otros. ¿Quieres venir?

—No —Kam agitó la cabeza. —Estoy bien aquí. Gracias, de todos modos. Dile a Dave que estoy pensando en él —Me reí. —Eso le alegrará la noche

Kam sonrió y yo la dejé, atravesando a la multitud, que estaba mucho más concentrada en sus propias conversaciones que en mí, y me abrí camino hasta el Jeep. Stan me abrió la puerta del pasajero, y yo subí antes de girar en el asiento para mirar a mi hermano y a Ginger.

Dave me dio el visto bueno. —Estoy bien, hermana. Nada de qué preocuparse

—No te ves bien

—He tenido peores

Asentí con la cabeza a sabiendas—. ¿No es esa la verdad? Hey, tengo algo que podría hacerte sentir mejor

Preguntó, ajustándose con cautela para apoyarse en el panel de la puerta.

—Kam dice que está pensando en ti

Stan golpeó el volante y se rió cuando el ojo bueno de Dave se abrió de par en par, sorprendido. Entonces Dave le dijo a Stan que se callara, y se rió más fuerte.

Le sonreí a mi hermano. —Tal vez tengas una oportunidad con ella

Stan resolló. —No le des falsas esperanzas a este bastardo, Jana. Eso es simplemente cruel

—Estoy dañado, Stan —dijo Dave—. ¿Realmente necesitas seguir pateándome mientras ya estoy deprimido? ¿Y quién eres tú para saber lo que Kam quiere o no quiere?

—Sé lo que no quiere —se rió Stan. —A los buenos como tú, Dave. Le gustas porque eres un buen tipo. Y es exactamente por eso que ella nunca te cogería.

Ginger aclaró su garganta. —Eso no tiene sentido

Stan la miró por el espejo retrovisor. —Nunca dije que tuviera sentido. Sólo estoy exponiendo

los hechos. Kam tiene un tipo, y no son tipos como Dave

—¿Cuál es su tipo, entonces? —preguntó Ginger.

Me encontré con su mirada y respondí antes de que Stan tuviera la oportunidad. —Félix.

—Oh —dijo Ginger—. ¿Y ella es su tipo? —Me encogí de hombros.

Los ojos de Stan estaban sobre mí. Podía sentir su mirada y sabía que estaba pensando en lo que debía decir. Finalmente, se decidió por algo. —Kam podría haber sido su tipo hace mucho tiempo. ¿Pero ahora? Félix sabe que sería más difícil de lo que vale la pena. Y le gustan las mujeres con buen corazón, alguien que le recuerde que es un buen tipo.

—Alguien como Jana —dijo Dave. No me miraba. Estaba mirando por la ventana con su único ojo bueno.

Stan asintió y me miró. —Sí. Alguien como Jana.

Mis mejillas ardían mientras miraba por la ventana hacia donde estaba Kam. Estaba paseando como yo mientras esperábamos a Félix. ¿Ella lo amaba?

Era lo único que explicaba por qué estaba tan preocupada por él. La misma tensión apretó sus hombros que yo llevaba en el mío. Era miedo. Le preocupaba que pudiera volver a salir herido, igual que a mí.

—¿Qué pasa, Jana? —preguntó Ginger. Su voz sonaba muy lejana.

Miré hacia abajo y cogí un hilo suelto a lo largo de la costura de mis jeans. —Nada. Sólo estoy preocupada por él

Stan encendió el Jeep y puso la calefacción. —Todos lo estamos.

CAPÍTULO 29

FELIX

El Boxster era un demonio en velocidad.

Comía pavimento y se arrinconaba como una bestia, lo que significaba una cosa. Podía tomar riesgos. Las carreteras no eran tan resbaladizas como había previsto. Tuve la suerte de que la lluvia se había despejado mucho antes de que comenzara la carrera. Mis neumáticos tenían una tracción excelente, y tomé las curvas más apretadas que cualquiera de los otros autos que miraba por los espejos. Esas fracciones de segundo salvadas me mantenían cada vez más adelante del grupo.

Y más adelante de Jared y Brett.

Sus coches estaban en la parte delantera del pelotón, pero conducían unos tres coches más o menos detrás de mí.

Y aun así los estaba perdiendo. Le debía mucho a Clark por este auto.

La carrera que Kam había planeado condujo a calles más concurridas, y cuando llegué a una de las carreteras principales, di todo el acelerador, corriendo hacia un semáforo en rojo que sabía que se pondría verde cuando mis llantas cruzaran la acera.

Lo hizo.

Volé a través de la intersección. La gente gritaba en un esfuerzo por hacerme ir más despacio. Era inútil.

Podía sentir el sabor de la victoria en mi lengua, cobrizo como la sangre y salado como la anticipación.

La calle se estrechó de cuatro a dos carriles. Otros autos se estaban fusionando, interrumpiendo mi camino, y yo estaba empeñado en no disminuir la velocidad. Los rodeé y me vi obligado a entrar en el carril rápido. Manteniendo la rueda firme, subí por el lado izquierdo.

La mayoría de los conductores viraron a la derecha cuando pasé. Más autos tocaron la bocina. Me reí cuando me puse delante de ellos.

Ahora el resto de los corredores estaban aislados de mí, bloqueados por una manada de civiles que se movían lentamente en sus sedanes y SUVs en su camino hacia quién diablos sabía qué.

El auto de Brett llegó por la acera.

Vi su parachoques sacar chispas sobre la carretera cuando bajaba de la acera, y se desvió de izquierda a derecha mientras trataba de recuperar la tracción y el control. Salió delante del grupo de coches, y Jared Dalton se apresuró a seguirle.

—Putos de mierda —respiré mientras giraba a la derecha. La calle se hundió bajo un paso elevado y se convirtió en un túnel. Las luces pasaban volando como luces estroboscópicas dentro de mi coche. Puse el pie en su máxima aceleración y el Boxster gritó por el túnel, el rugido de su motor súper potente rebotando en las paredes, se sentía extraordinario.

Tomé aire cuando subí al nivel de la calle. El Boxster cayó con fuerza, y esperaba no haber dañado nada. El vehículo estaba bien y en perfectas condiciones. No quería devolvérselo a Clark dañado.

Aunque, él parecía odiar a Brett lo suficiente como para que mientras yo ganara, no le importara que el auto volviera como después de la guerra.

Tomé un giro a la izquierda y luego otro, y pronto me estaba abriendo hacia otro en línea recta cuando el curso comenzó a dar la vuelta y a regresar a la línea de meta.

Los únicos autos que podía ver en mis espejos eran los de Brett y Jared. El resto de los conductores se habían quedado atrás. El caos de las calles de la ciudad había sido demasiado para ellos, y no eran capaces de mantener la velocidad necesaria para ganar una carrera como esta.

No estaban dispuestos a arriesgarse.

Esa era la diferencia entre los ganadores y los perdedores en Las Calles. Si no conocías tu coche y tu habilidad por dentro y por fuera, estabas condenado a fracasar. Y si no estuvieras dispuesto a sobrepasar los límites, a tragarte tu miedo y confiar en ti mismo en el momento, nunca sabrías a qué sabe la victoria.

El camino se tornó ventoso al atravesar una zona más tranquila de la ciudad, bordeada de boutiques con espléndidos escaparates. Pasé por delante de tiendas de bodas, zapaterías y tiendas de ropa para hombres mientras el Boxster se elevaba por la calle.

Una rápida mirada al espejo me dijo una cosa segura. Esta carrera era mía.

Brett y Jared podrían recuperar algo de terreno, pero no había manera de que me alcanzaran. Nos estábamos acercando demasiado al final.

Podía sentir la emoción de saber que el final se acercaba. Las llantas traseras se resbalaron, y me desvié al otro lado de la calle antes de ganar tracción. El camino se inclinó en una recta, y la línea de meta se hizo visible.

Jared y Brett estaban segundos detrás de mí.

Aprendí a agarrar el volante y a apretar la mandíbula. Este era el momento. Aquí mismo.

Una pequeña cagada podría arruinarlo. Y no podía permitírmelo. Necesitaba una victoria.

Mis nudillos se abrieron por la pelea. La sangre se había filtrado por el dorso de mis manos durante la carrera, pero se había secado. Ahora, al apretar el agarre y la piel se volvió blanca, mis nudillos empezaron a gotear de nuevo. Apenas podía sentirlo.

Todo lo que podía sentir era el poder del auto debajo de mí. Podía sentir cada centímetro de camino ganado. El volante tembló. Me mantuve firme y constante. El velocímetro se agotó.

—Vamos —gruñí. Sólo un poco más lejos. La línea estaba tan cerca. Prácticamente podía olerlo. La multitud se movía como una ola, saltando en su lugar mientras mi coche se lanzaba hacia ellos.

Me di el gusto de mirar en el espejo por última vez. Brett y Paul seguían rezagados. Se habían puesto al día, pero no por mucho. Todavía tenía al menos una longitud de coche de diferencia con ambos, y eso era más que suficiente para garantizarme el primer puesto.

Mis mejillas se estiraban con una sonrisa que no podía ocultar. Los gritos de la multitud llegaron a mis oídos. Kam estaba allí, de pie cerca del frente, agitando la bandera roja de Jana mientras yo me acercaba.

La línea roja pintada con spray pasaba por debajo de mis neumáticos.

Calme mi velocidad cuando Brett y Jared cruzaron detrás de mí. Me detuve lentamente al final de la carretera y esperé a que el resto de los coches terminaran la carrera antes de dar la vuelta, conduciendo a paso de caracol, y mantuve los ojos bien abiertos para ver a mi gente.

Vi a Jana primero.

Ella resaltó entre la multitud, su cara se iluminó de alegría, y saltó la barrera para correr hacia mi auto. La vi correr delante de mi coche mientras frenaba. Entonces al omento siguiente estaba en mi puerta, y yo salí.

Jana me rodeó la cintura con sus brazos—. ¡Ganaste!

La abracé fuerte y estaba más que un poco consciente de sus pechos aplastados contra mi cuerpo. —Como debía ser —dije.

Ella me miró. Dios, era hermosa. Sus ojos eran brillantes y llenos de alivio. Sus labios estaban llenos y un poco mojados. Tal vez tenía brillo labial. Sus mejillas estaban sonrojadas, y su pelo estaba desordenado, sin duda pasando sus dedos por él mientras esperaba ansiosamente que yo cruzara la línea de meta.

Se sintió bien tener otra vez a una mujer esperándome al final de una carrera.

Le levanté la barbilla y la besé. Me abrazó más fuerte y la besé más profundamente.

No me di cuenta de que la multitud cantaba hasta que nuestros labios se separaron, y yo la miraba fijamente a los ojos.

“Street King, Street King, ¡Street King!”

Sus voces se hacían cada vez más fuertes, y Jana miraba a su alrededor mientras se reía a carcajadas.

Luego se volvió hacia mí—. ¿Y ahora qué, Street King?

—¿Ahora? —Le pregunté, poniendo mis manos en su cintura y frotando sus caderas desnudas con mis pulgares. —Ahora celebramos

—¿Y después?

—Más tarde, podemos hacer lo que quieras

Ella sonrió. —Eso suena bien para mí. Vamos, larguémonos de aquí. Dave y los otros ya están regresando a tu casa. ¿Quieres pasar por unos tragos?

Jana todavía tenía sus manos envueltas en la parte delantera de mi camisa. Le puse la cara hacia la mía, la besé dulcemente, y luego le mordí el labio inferior. Ella se rió. —Lo de los tragos suena divertido. Vamos.

Jana corrió a su lado del Porsche y se subió. Me subí en el asiento del conductor y aceleré el motor antes de alejarme de la multitud. Se dispersaron por nosotros, y algunos de ellos continuaron el canto mientras pasábamos y movieron sus puños en el aire.

Se sentía igual que antes.

Tenía una hermosa mujer en el asiento del lado. Ella me sonreía y brillaba como un rayo de mi propio sol. Era buena, pura y dulce, pero también feroz y salvaje y todo lo que un hombre como yo necesitaba.

Y ella era todo lo que Eloise no era.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba justo donde debía estar. Le tendí mi mano y Jana enhebró sus dedos entre los míos. Se metió un mechón suelto de pelo castaño oscuro detrás de la oreja mientras se recostaba contra el asiento.

—Dios, eres preciosa —susurré.

Jana se rió como si no tuviera ningún interés en el mundo. —Lo digo en serio

Ella frunció los labios. —Te creo

Volví la mirada hacia el camino cuando llegamos al borde de la multitud. —Volvamos con tu hermano. Hazle alguna curación y asegúrate de que no esté demasiado herido. Entonces celebraremos.

—Él está bien —dijo ella. —Lo revisé cuando corrías. Definitivamente golpeado, pero nada que unos pocos tragos de tequila no puedan adormecer.

—Me gusta tu estilo.

Jana gritó cuando un fuerte ruido la asustó. Pisé los frenos y miré por el parabrisas para ver a Brett parado frente a mi auto con las manos planas sobre el capó. Sonreía como un tonto. Sus dientes estaban manchados de sangre de nuestra lucha y su nariz aún goteaba. Vi algo de eso

goteando sobre el capó del Boxster.

—¡Sal del maldito auto, Félix!

Jana me miró. Toda la luz y la alegría que había en ella se había ido de repente y había sido reemplazada por el miedo. Eso me enfureció.

—No —advirtió Jana cuando me quité el cinturón de seguridad.

—No te preocupes. No va a pasar nada. Sólo voy a hacer que se mueva —Jana se mordió el labio inferior y yo abrí la puerta, saliendo a mitad de camino. —Quítate de mi camino, Brett. O que Dios me ayude, te atropellaré.

Los labios de Brett se rizaron con una sonrisa. Sus dientes de oro brillaron, y se enderezó. — No tienes estómago para eso, Félix. Tú y yo lo sabemos.

CAPÍTULO 30

JANA

Agarré los bordes de mi asiento, y el cuero crujió bajo mis dedos. Brett Paul parecía un perro rabioso al final del capó del Porsche. Tenía ambas manos plantadas firmemente sobre la pintura negra brillante, y miraba a Félix con una torcida mueca de desprecio. La sangre corría por su nariz sobre su labio superior.

Mi estómago se revolvió. Sólo quería largarme de aquí. —Félix —dije nerviosamente.

Estaba medio fuera del coche. Un pie seguía plano en el suelo del vehículo y el otro en la grava de fuera. Tenía el brazo derecho apoyado sobre el capó del Boxster y la izquierda sobre la puerta. Desde donde yo estaba sentada, Félix no parecía preocupado en absoluto.

Pero si él no lo estaba, yo lo estaba por los dos.

Brett volvió a golpear con las manos contra el capó, transmitiendo su locura a los rezagados que se habían quedado después de que terminó la carrera.

—No toques el auto —dijo Félix. Su voz era mucho más tranquila de lo que esperaba.

Si estaba enfadado, no lo mostraba.

Me moví en mi asiento y relajé mi agarre sobre el cuero. Una inhalación profunda seguida de una exhalación lenta calmó mi corazón que latía, y mantuve mis ojos fijos en Brett, que se reía de Félix.

—Espero que te hayas divertido esta noche, Félix, porque esto es toda la gloria que vas a conseguir

Vi a Jared estacionar detrás de Brett y salir de su auto. Puso una mano en el hombro de Brett, y los dos intercambiaron palabras que yo no podía oír.

Estaba oscuro afuera. Bastante oscuro. Apenas unos minutos antes, el lote de grava había estado inundado de luz de todos los coches, pero ahora que la gente se iba, se estaba oscureciendo cada vez más a cada segundo. Si miraba por la ventana del pasajero, no podía ver más allá de unos diez metros más o menos. Luego todo se desvaneció en nada. Detrás de nosotros, al final de la calle, estaba el pálido resplandor de las luces de la calle. Pero pronto oscurecería mucho aquí, y quería salir de este lugar antes de que eso ocurriera.

—Félix —dije mientras presionaba la cerradura de mi puerta. —Vamos

La mano de Jared cayó del hombro de Brett, y ambos miraron a Félix, que se mantuvo firme. —Quítate de mi camino —dijo él.

Fue más que sorprendente ver a Brett y a Jared alejarse del Boxster y volver a sus coches. Félix permaneció donde estaba, observándolos como un halcón listo para cualquier truco o movimiento repentino.

Tenían a Félix solo por una vez y dejaron que se les escapara de las manos.

¿A qué estaban jugando?

Cuando Brett y Jared volvieron a sus autos, Félix se deslizó hacia su asiento. No me miró cuando arrancó el auto y se puso el cinturón de seguridad. La ansiedad en mi pecho y estómago todavía me gritaba para salir de este lugar cuando Félix se bajó del lote de grava y se subió al camino.

Condujimos unos minutos antes de llegar a la familiar luz cálida de las calles de la ciudad. Otros coches pasaban junto a nosotros a velocidades moderadas, y Félix se movían sin esfuerzo

entre los vehículos más lentos.

—Lo siento —dijo Félix de repente.

Le eché un vistazo. Tenía la mano izquierda apoyada en el volante, mientras que la derecha estaba en la palanca de cambios—. ¿Perdón por qué?

—Ya sabes. Brett y Jared y toda su mierda. Te asustaron esta noche. Y lo siento

—No es tu culpa

—Es un poco mi culpa

Arqueeé una ceja—. ¿Qué quieres decir? No está en ti que Brett sea un completo sociópata.

Félix se rió. —Tal vez no, pero es a mí a quien incumbe que actúe de la forma en que lo hace. Es porque me odia tanto. Y lo provoqué a propósito porque lo disfruto. Pero te pongo a ti y a otros en peligro cuando hago esa mierda. Lo siento mucho. No puedo evitarlo a veces.

Me encogí de hombros. —Yo también soy conocida por mover la jaula. Brett lo hace demasiado fácil —Nos detuvimos en un semáforo en rojo—. ¿No le tienes miedo?

—No lo sé. Un poco. Sí

—¿No o Sí? —Preguntó Félix, una nota de diversión coloreaba su voz.

Me detuve y cogí el mismo hilo suelto en la rodilla de mis jeans con los que había estado jugando antes. —Sí. Le tengo miedo. Y a Jared —Félix asintió.

—Pero eso no tiene nada que ver contigo. Tiene que ver con ellos y con cómo me trataron antes de que todo esto empezara. Siempre he estado en el radar de Brett. Desafortunadamente. Pero ha empeorado desde que tú y yo empezamos, ya sabes... —Me quedé en silencio cuando la luz se puso verde y empezamos a movernos de nuevo.

—¿Qué somos? —Le pregunté.

Me miró y captó mi sonrisa. También lo hizo sonreír a él. —Esperaba que me lo aclararas.

Estoy un poco perdido, para ser honesto

Me reí—. ¿Tú? ¿Félix Larsen, el rey de las calles? ¿Perdido?

Félix se rió y agitó la cabeza. —No te dejes atrapar por esa mierda. Títulos estúpidos y todo eso.

—No lo haré. No evadas la pregunta. ¿Qué quieres que seamos? —Mi pregunta colgaba entre nosotros como un cable trampa invisible.

—¿Honestamente?

—Por supuesto —Mi corazón empezó a latir más rápido. Mis palmas eran lo suficientemente resbaladizas para haber sido incapaz de aferrarme a algo.

—Quiero seguir haciendo lo que estamos haciendo. Quiero conocerte mejor. Y quiero dejar esta carrera atrás para que podamos seguir adelante.

—Me gustaría eso —dije. Mi voz sonaba débil en mis oídos. No estaba segura de lo que esperaba. Tal vez pensé que habría sido razonable que me invitara a salir oficialmente. Para sugerir que vayamos en serio. Pero esto era lo mismo, ¿no? Sólo que sin las etiquetas. Yo podía entender eso. Seguro que podía estar bien con eso.

Paramos por algo para beber en una tienda al final de la calle de la casa de Félix. Mientras estuvimos allí, recogí Tylenol en caso de que Félix se quedara sin él, junto con algunas vendas. Noté que Félix tenía los nudillos partidos en el auto y quise envolverlos para él. Estaba segura de que Dave y Stan tendrían el mismo problema, entre otros. Dave, sobre todo.

Después, volvimos al coche y terminamos el viaje de vuelta a casa. Las luces estaban encendidas, y el Jeep estaba en la entrada cuando volvimos a casa de Félix. Entramos y encontramos a los otros en la sala de estar.

Dave estaba sentado en el sofá con los ojos cerrados. Tenía una bolsa de hielo sobre su

hinchado ojo, pero abrió el ojo bueno cuando nos oyó entrar—. ¿Por qué tardaron tanto? —preguntó bruscamente.

Stan se levantó de su lugar en el sofá opuesto al lado de Ginger y tomó una de las bolsas de la mano de Félix. Le echó un vistazo y sacó una botella de tequila diciendo: —Apuesto a que estaban, ya sabes, celebrando.

Le frunció el ceño a Stan. —Brett nos detuvo, idiotas. No había nada raro. Paramos a buscar bebidas y algunas cosas médicas para tu culo roto. De nada

Dave frunció el ceño. Bueno, pensé que podría haber sido un fruncir el ceño. Su cara se veía mucho más hinchada de lo normal, y era difícil de decir. —Lo siento, hermana. Dolor de cabeza.

—Está bien —Suspiré. Entonces le pedí a Félix que se sentara junto a Dave. —Siéntate. Te envolveré los nudillos.

—Tequila primero —dijo Stan mientras desatornillaba la tapa de la botella que habíamos traído. No se molestó en conseguir vasos de chupitos. Lo sorbió directamente de la botella y luego se lo pasó a Ginger, quien lo miró fijamente por un minuto antes de hacer lo mismo. Las cejas de Stan se le subieron por la frente mientras su boca se rizaba con una sonrisa impresionada. —Mírate, chica

Ginger se sonrojó, se limpió la boca con el dorso de la mano y luego levantó la botella para que alguien se la llevara. Félix se la quitó de las manos y tomó dos grandes tragos antes de dárselo a Dave, quien se bebió más que ninguno. Tenía sentido. Probablemente tenía mucho dolor.

Luego me ofreció la botella. Tomé tres tragos grandes antes de poner la tapa que Stan me tiró y volver a enroscarla. Luego me senté en el suelo y abrí la bolsa de la compra para sacar la cinta médica y los vendajes para envolver. Los tres hombres me dejaron curar sus manos. Cuando llegué a Félix, noté las cicatrices en sus nudillos de peleas anteriores. Pero no dije una palabra.

La botella de tequila siguió siendo distribuida. Félix nos contó lo más destacado de la carrera. Contamos los acontecimientos de la pelea con Brett y Jared y les contamos a los demás cómo intentó evitar que saliéramos de la pista.

—Parece raro que se haya retirado tan rápido —dijo Stan. —Eso es lo que pensé —estuvo de acuerdo Félix.

Miré hacia atrás y hacia adelante entre ellos—. ¿Crees que les pasa algo?

Félix asintió con la cabeza y tomó un sorbo de la botella. Me lo pasó, pero meneé la cabeza. Mi cuerpo ya tenía un hormigueo agradable. Mis pensamientos seguían siendo los míos y tenían sentido, pero había una suave borrosidad que me decía que estaba definitivamente zumbando. —Siempre les pasa algo —dijo.

—Quieres decir, ¿más ahora que de costumbre? —Se encogió de hombros. —Tal vez.

Miré a todo el mundo. —Me doy cuenta de que esto probablemente no es de lo que la gente quiere hablar, debido a, ya sabes, historias incómodas. Pero siento la necesidad de decir que Eloise apareciendo de la forma en que lo hizo fue raro esta noche. ¿Verdad? ¿A qué estaba jugando? ¿Y por qué Brett y Jared la escucharon como si fueran sus leales perritos falderos?

—Porque lo son —dijo Stan simplemente—. ¿Qué quieres decir? —Le pregunté.

Stan miró a Félix como si le pidiera permiso para seguir hablando de su ex esposa. Félix no dijo nada, así que Stan siguió adelante. —Jared siente algo por Eloise desde que ella y Félix empezaron a salir. Cuando ella se acercó a él, parecía que estaban en igualdad de condiciones, pero a medida que pasaba el tiempo, se hizo evidente que uno de ellos estaba tomando las decisiones. Y no fue Jared.

Parpadeé y miré a Félix—. ¿Crees que Eloise es la que te quiere fuera de la carrera y que Brett y Jared cumplan sus órdenes?

Félix se encogió de hombros. —Posiblemente

—¿No te molesta eso? —Le pregunté.

Félix tomó el tequila de la mano de Ginger después de que ella tomara un sorbo. Lo bebió como si fuera agua antes de pasárselo a Stan. Félix me miró a los ojos. —Ya no me importa, Jana. He terminado de pensar en ella y de tratar de entenderla. Ya me hizo perder demasiado tiempo. Si ella es la que toma las decisiones, entonces eso significa que se va a hundir con ellos.

Atrapé a Stan mirando a su hermano. Compartimos una mirada rápida, y pude ver en él la misma preocupación que sentía en mi alma. ¿Estaba Félix diciendo esto en serio? Si era cierto, ¿sería capaz de darle la espalda a la mujer que amaba?

CAPÍTULO 31

FELIX

Mi resaca no era tan mala como esperaba cuando me desperté el domingo por la mañana. Jana estaba dormida a mi lado, acurrucada de lado mirando hacia la ventana. Tenía las mantas envueltas alrededor de sus piernas hasta tal punto que no tenía ni idea de dónde terminaba ni de dónde empezaba. Salir de la cama sería difícil para ella.

No quería despertarla. Había tenido una larga noche, habiendo tenido que lidiar con Brett, ver cómo le pateaban el trasero a su hermano, y manejar el subidón de adrenalina de esperar a que yo cruzara la línea de meta. Era mucho estrés para una persona, y ella nunca mostró una sola grieta en sus cimientos.

Bueno. Tal vez un poco. Pero no podía culparla por eso.

Nos soltaríamos después de meternos de verdad en el tequila anoche. Antes de que me diera cuenta, el estéreo estaba encendido y tanto Jana como Ginger estaban bailando en mi sala de estar mientras nosotros tres bebíamos y hablábamos de autos.

Por supuesto, sólo estaba complaciendo a Dave en la conversación, así no se daría cuenta de que estaba mirando a su hermana todo el tiempo.

Luego, alrededor de las tres de la mañana, Dave se había desmayado de sueño en el sofá. Stan y Ginger se escabulleron al cuarto de huéspedes, y yo tomé a Jana en mis brazos y la metí en la cama en mi cuarto. Se quedó dormida tan pronto como su cabeza golpeó la almohada, y yo la sostuve en mis brazos mientras yo también me quedaba dormido.

No podía pensar en una mejor manera de llegar al final de la noche, y nada me hacía sentir más ganador que tenerla dormida junto a mí.

A primera hora de la tarde, todo el mundo se agitaba. Jana y Ginger salieron a hacer compras y a pasar un rato de chicas, y Dave, Stan y yo nos quedamos en mi casa haciendo cosa de hombres.

Stan asintió con la cabeza cuando me caí en el sofá a su lado—. ¿Cuál es tu plan para el próximo sábado? ¿Todavía vas a correr con el auto de Clark?

—Si está abierto a ello. Sí

—No me sorprendería que Brett y Jared aparecieran con ruedas nuevas —dijo Dave.

Yo también había pensado en eso. Era poco probable que salieran a jugar con los mismos coches con los que habían corrido en las carreras de clasificación. Lo más probable es que aparecieran en algo más rápido, especialmente después de ver la forma en que se desempeñaba el Boxster. Tendrían que intensificar su juego si querían tener alguna posibilidad de ganarme. — Pueden tratar de encontrar algo que me supere, pero todos sabemos que van a fracasar. No me interesa jugar con ellos. Quiero ganarles. Bonito y limpio. Sin recortar gastos. De esa forma puedo restregárselo en la cara.

—Y la verdad sale a la luz —se rió Stan, recostándose libremente en el sofá—. ¿Puedes culparme? —Le pregunté.

Stan agitó la cabeza. —Ni siquiera un poquito. No puedo esperar a ver sus lamentables caras cuando pierdan

—Apoyo eso —dijo Dave.

—Ha pasado mucho tiempo —le dije.

Dave parecía que estaba a punto de decir algo cuando se abrió la puerta principal, y Jana y

Ginger entraron. Tenían bolsas en los brazos y se estaban riendo de algo que una de ellas había dicho. Entraron en el salón y miré a Jana de arriba a abajo. Llevaba leggings negros ajustados y un top gris suelto que le cubría hasta el culo. Ojalá no lo hiciera. Se veía muy sexy y no tenía maquillaje, excepto para un toque de brillo rosa en sus labios. Su cabello castaño estaba en una cola de caballo alta que estaba llena de rizos.

—Señoritas —dijo Stan mientras se ponía de pie. —Parece que ustedes dos tuvieron una venturosa tarde de compras

—Deja de intentar impresionar a Ginger con tus grandes palabras, bastardo —dijo Dave amargamente. Ginger se volvió de color rosa brillante cuando Stan frunció el ceño en respuesta.

Jana se rió de ellos y me llamó la atención. Asentí a la bolsa—. ¿Qué conseguiste?

—Oh, sólo cosas aburridas. No te importaría.

—Cuéntame

Jana parpadeó. —Está bien. Me compré un vestido

—Le queda impresionante —dijo Ginger con una entusiasta inclinación de cabeza. — Muéstrale

—No le importa un vestido estúpido, Gin —empezó a decir Jana.

—Muéstrame —dije.

Jana se mordió el labio inferior y me miró un momento. Luego abrió su bolso y sacó algo de color azul real y sedoso. Atrapó la luz de mi ventilador de techo, y casi hizo que la tela pareciera mojada. Dejé que se abriera y me la sostuvo.

Nunca había sido un hombre de moda, así que no tenía idea de qué buscar en este vestido. Todo lo que sabía era que el color se vería bien en ella, y que mostraría mucha pierna. Así que hice lo que cualquier hombre razonable haría—. ¿En qué clase de ocasión te pondrías un vestido así?

Jana se encogió de hombros y lo miró. —No lo sé. Supongo que tendría que tener un lugar agradable donde ir. No iba a comprarlo, pero me encantó tanto que...

—Ve a ponértelo.

—¿Perdón? —preguntó ella. Ginger sonreía a su lado y ya se daba cuenta de lo que yo estaba planeando hacer. —Ve a ponértelo. Me gustaría invitarte a cenar.

Dave gimió desde donde estaba envuelto en el sofá. —Los golpes siguen llegando

Stan se rió a costa del hermano de Jana y él le dijo que se callara. —Estás arruinando el momento

—Entonces, ¿qué dices? —Le pregunté a Jana, que se había puesto algo nerviosa o ansiosa, no lo sé. Era adorable.

Ella asintió. —Me encantaría eso. Sólo dame algo de tiempo para prepararme, ¿de acuerdo? Gin, ¿quieres ayudarme?

—Por supuesto que sí —dijo Ginger.

Ambas mujeres subieron apresuradamente las escaleras hasta mi habitación, donde pudimos escuchar sus risas durante la siguiente media hora mientras Jana terminaba de arreglarse. Dave nunca dijo nada más aparte de su bufido sobre que yo invitara formalmente a su hermana a salir, y yo sabía que lo superaría.

Tenía que hacerlo porque yo no iba a dejar de perseguirla. Conocí una joya cuando la vi, y mujeres como Jana Gilmore no venían a menudo, especialmente cuando vivías una vida como la mía.

Tuve que subir a la media hora para prepararme, y Ginger salió de la habitación como un pajarito. Encontré a Jana en mi baño mirando su reflejo y me apoyé en el marco de la puerta. —

Fue hecho para ti

Jana me sonrió en el reflejo del espejo. —Me alegra que te guste. Puede que estuvieras o no en mi mente cuando lo compré

Me acerqué a ella. Se volvió hacia mí y puso sus manos sobre mi pecho. —Ya era hora de que hiciéramos esto, ¿verdad?

Su nariz se arrugó un poco. Estaba confundida por mi pregunta—. ¿Hacer qué?

—Tener una cita de verdad. Dar un paso más. —Ella sonrió. Era tan hermosa cuando sonreía así, cuando le tocaba los ojos. —Sí. Era hora. ¿Te veo abajo?

Asentí con la cabeza, y ella se me escapó de las manos.

—No tardes mucho, Félix —dijo mientras desaparecía.

No lo haría. Estaba ansioso por llegar a mi chica, llevarla a un restaurante elegante y malcriarla tanto como fuera posible. Era lo menos que podía hacer por la mujer que había descongelado mi corazón.

El restaurante al que fuimos era uno de los mejores destinos italianos en toda la ciudad de Nueva York. Las mesas estaban adornadas de forma elegante, destellos dorados se reflejaban por el lugar; la mesa estaba reluciente con manteles y servilletas blancas, que nuestro camarero sacó de la mesa, abrió de golpe y nos cubrió las piernas tan pronto como nos sentamos. El agua se servía con hielo en una copa de vino, y la mesa estaba preparada para una comida de cinco platos con demasiadas opciones de cubiertos para que yo las entendiera.

Jana parecía estar a gusto en el lugar. Ella sonrió al camarero, pronunció todo lo que había en el menú correctamente y me ayudó a guiarme a través de mi pedido con admirable paciencia. Cuando llegó nuestra comida, me alegró ver que había pedido una lasaña normal. Jana tenía una especie de pasta cremosa de mariscos, y ambos terminamos comiendo de los platos del otro. Cada uno de nosotros tomó un vaso de vino, nuestras cabezas estaban aún un poco gordas de la noche anterior, para el resto de la velada tomamos agua helada.

Después de la cena, ordenamos un postre de mousse de chocolate decadente, que fue servido bajo capas de bayas frescas y crema batida.

Jana dio el primer mordisco. La miré con asombro mientras sus ojos se cerraban y ella saboreaba el regalo. —Dios mío —respiró—. ¿Por qué el chocolate es tan bueno?

También tomé una cucharada. Era rico, dulce y se derritió en mi boca. —Este es el mejor postre que he comido

—Yo también —dijo, yendo por otro bocado y luego otro.

Me gustaba que no fuera tímida delante de mí. Ella era completamente auténtica, al menos, estaba bastante seguro de que lo era. Me habían engañado para que pensara que yo también conocía a Eloise. Pero siempre supe que mi ex esposa tenía un poco de oscuridad en su alma. Jana era completamente opuesta en todos los sentidos. No había nada merodeando bajo la superficie, ningún demonio esperando para devorar mi corazón y mi voluntad y dejarme como nada más que una cáscara del hombre que solía ser.

Jana era adorable.

Y se veía increíble con su vestido azul. Abrazaba todos los lugares correctos de su cuerpo y fluía por su cintura. La tela era delgada y ligera y se movía alrededor de sus piernas mientras

caminaba, deslumbrándome con cada paso que daba. Cortaba bajo por delante y por detrás y mostraba sus brazos y piernas delgadas y bronceadas.

Tuve que atraparme mentalmente al mirarla con la boca abierta.

Pagué la cuenta una vez que terminamos y le di propina a nuestro camarero. Él se mostró agradecido y le ofreció el abrigo a Jana después de que se puso de pie, le dio las gracias, y los dos salimos del restaurante, brazo con brazo, hacia mi viejo Challenger estacionado en la acera. Era verde bosque con espejos y detalles cromados y me había llevado mucho tiempo restaurarlo.

Abrí la puerta del pasajero para Jana, pero ella se quedó en la acera, sonriéndome tímidamente. Arqué una ceja—. ¿Qué es esa mirada?

—¿Puedo conducir tu coche?

Me reí, metí la mano en mi bolsillo y le di las llaves. —No se lo digas a tu hermano.

—Será nuestro pequeño secreto —dijo antes de correr alrededor de la parte delantera del auto y abrir el seguro del lado del conductor.

CAPÍTULO 32

JANA

Félix me miraba mientras me ponía el cinturón de seguridad y agarraba el volante. Estiré mi pie izquierdo para encontrar el embrague, que no pude presionar hasta el final debido a la diferencia de estatura. Yo sin dudarle era más pequeña.

—No me importa si ajustas el asiento —dijo.

—Bien —dije sublime, metiendo la mano debajo del asiento para tirar de la palanca y arrastrar el asiento hacia adelante. Probé el embrague de nuevo y asentí con la cabeza con aprobación. Luego continué con el tedioso proceso de ajustar todos sus espejos. Cuando terminé, le eché una mirada de reojo—. ¿No me vas a decir cómo conducir con una palanca de cambios?

Félix se rió mientras yo giraba la ignición. Bajó la ventanilla y colgó un brazo sobre la cornisa, dejando que su muñeca colgara en el aire fresco de la noche. —Supongo que sabes conducir uno manual

—¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Has crecido con Dave. No me imagino un universo en el que su hermana pequeña no sepa conducir un auto así.

—Supongo que eso suena lógico

—También espero que no pidas conducir un coche tan bonito como este si no supieras cómo conducirlo

Sonreí. —Sería cruel de mi parte moler los engranajes —Félix asintió. —Vamos. Muéstrame lo que tienes.

Empujé la palanca de cambios hacia adelante y hacia la izquierda cuando dejé caer el embrague y apliqué el gas. Me alejé de la acera, tomé velocidad, y me deslicé en la segunda marcha mientras me mezclaba con el tráfico, y luego giré alrededor de un par de autos cuando lo llevé a la tercera y tomé velocidad. Todo sucedió en cuestión de segundos, y pude sentir los ojos de Félix sobre mí mientras me adelantaba a un grupo de autos y realmente le daba un poco de gasolina.

—Muy bien, —dijo Félix con una sonrisa—, No esperaba esto

—¿Pensaste que conduciría como una abuela?

Félix agarró la puerta mientras cortaba una estrecha abertura entre un taxi y un Prius. —Mierda —dijo antes de rugir con una risa infantil. Avancé a toda velocidad, me preparé y me deslicé por una esquina derecha. Félix seguía riéndose a carcajadas, y no podía parar la sonrisa que se extendía por toda mi cara mientras volvía a bajar el acelerador—. ¡Dave nunca te enseñó esto!

Tomé otra esquina y me enderecé. El motor rugió y apreté el volante. —No, no lo hizo

—¿Quién demonios lo hizo?

—Nadie —me encogí de hombros. —Aprendí a conducir con un manual. Mi primer auto fue una camioneta vieja y golpeada, de gran trasero y un bastidor levantado. Totalmente poco práctico en la ciudad, por supuesto.

—Sin dudarle

—Cambié el camión por un Preludio cuando tenía diecinueve años

Félix hizo un sonido en la parte posterior de su garganta. No sabía si era por diversión o por

otra cosa. —Tú eras una de esas chicas. Puedo verlo. Habría estado encima de ti si nos hubiéramos conocido en ese entonces

—Solía tratar de convencer a Dave de que corriera conmigo, pero nunca quiso. Creo que tenía miedo de que le ganara —le continué contando mi historia.

—¿En los viejos tiempos? Probablemente

Sonreí mientras avanzábamos por la calle, zumbando entre las luces y los peatones que se quedaban en las aceras. —Supongo que fue mejor por su bien. Fue capaz de mantener su orgullo al no correr nunca contra mí. Y no tendría ninguna oportunidad contra él ahora.

Doblé a la izquierda, y luego estábamos viajando por una calle más residencial con casas en hilera a cada lado. Un parque apareció a la derecha, y la oscuridad nos tragó mientras yo detenía el auto en la acera.

—¿El paseo de la alegría ha terminado? —preguntó Félix.

Apagué el auto y asentí con la cabeza. —Creo que, si sigo adelante, me pasaría de los límites y cometería un error

—Al menos sabes cuándo detenerte —se rió.

Suspiré y apoyé la cabeza hacia atrás. —Me sentí bien, para ir así de rápido —Félix se quitó el cinturón de seguridad. —Me sentí bien al verte

Sonreí. Y él también.

—¿Intentabas excitarme? —preguntó.

Giré mi cabeza hacia él. —No. No deliberadamente

—Bueno. Lo hiciste

Me reí. —Lo siento. No puedo ayudarte con eso ahora mismo

—Claro que puedes —dijo. Luego se dio palmaditas en las manos en los muslos. —Trae tu trasero aquí —Sentí que mis ojos se abrían de par en par mientras miraba a mi alrededor—. ¿Aquí?

—Sí. ¿Por qué diablos no? No soy bueno esperando, y está oscuro. No hay nadie cerca. Las ventanas están polarizadas. Ven y siéntate en mi regazo. Puedo verlo en tus ojos

—¿Ver qué? —Respiré.

Félix abrió el botón de sus pantalones y luego bajó la mosca. —Lo deseas tanto como yo. Así que ven a buscarlo.

Miré a mi alrededor. Él tenía razón. No había nadie, y si lo estaban, probablemente estaban en sus salones o dormitorios viendo la televisión o acurrucados con un buen libro. Eran casi las diez de la noche de un domingo. Seguramente, nadie en este vecindario se daría cuenta de que dos personas estaban follando en un auto en su calle, un auto que definitivamente no pertenecía a esta área.

Mi piel estaba caliente. Mi cuerpo estaba preparado para el sexo. Mis labios se sentían más llenos y con hormigueo, y mi boca estaba húmeda. Ese lugar debajo de mi estómago me dolía de deseo mientras veía a Félix terminar de desabrocharse los pantalones y se sacaba su exquisito miembro. Estaba duro y listo, y su presencia hizo que mi cuerpo se volviera loco.

Mis pezones se tensaron contra el interior de mi vestido. La tela parecía empeñada en burlarse de mí, rozando mis pechos mientras me movía en mi asiento para inclinarme sobre la consola entre nosotros. Tal vez debí haberme puesto un sostén.

Cuando estaba flotando sobre su regazo, Félix me quitó el pelo de la cara. Las puntas de sus dedos presionaron la parte posterior de mi cuello, empujándome hacia abajo, y pasé mi lengua a lo largo de la base de su asta. Su agarre en mi pelo se apretó. Me puse de rodillas en el asiento del conductor y me incliné hacia él mientras mojaba los labios con la lengua. Muy lentamente, lo

tomé en mi boca, sellé mis labios sobre su glande, y trabajé todo el camino para recorrer toda su longitud hasta que ya no pudo caber más.

—Cielos —Félix suspiro sobre mí.

Me gustaba el sonido de su placer. Su respiración se aceleró casi inmediatamente, y se relajó en el asiento cuando empecé a trabajar con mi boca hacia arriba y abajo de su eje, pasando mi lengua sobre su suave y aterciopelada punta cada vez que me elevaba a la cima.

No pasó mucho tiempo antes de que Félix me metiera una mano por la columna vertebral. Colocó la falda de mi vestido sobre mis caderas y dejó que la tela se juntara alrededor de mi cintura, exponiendo mi trasero desnudo. Si las ventanas no estuvieran teñidas y alguien tuviera que pasar por aquí ahora mismo, tendrían una gran vista de mi culo que no ha sido visto por el sol en seis meses y la delgada tira de mis bragas negras.

Félix me dio una bofetada que sonó seco.

Grité, pero el sonido fue amortiguado por su pene enterrado en mi boca, y Félix se rió sobre mí mientras pasaba dos dedos por debajo de mis bragas, bajando, entre mis labios, y luego acariciando a lo largo de mi abertura —¿Estas listas para una buena cogida? —dijo.

Respondí llevándolo todo a lo profundo de mi garganta. Gimió por encima de mí y metió sus dedos dentro de mi vagina. Estaba tan mojada. Mientras continuaba chupándosela, me cogió con dos dedos, deslizándose dentro y fuera de mí y luego sosteniéndolos en lo más profundo para jugar como solo él podía.

Mi vagina se apretó alrededor de sus dedos a medida que me acercaba a mi orgasmo.

Félix podía sentirlo. Continuó su ritmo despiadado, y traté de resistirlo, pero me derrumbé, y mis piernas temblaron al llegar. Me quejé y lloriqué con su pene aun en mis labios, y su otra mano se apretó en mi pelo y me sujetó. El aire parecía no tener importancia. De todo lo que estaba consciente era del gozo y del pene del hombre en mi boca que era responsable de darme ese placer.

Adoraba su pene como se lo merecía. Usé mi lengua, mi garganta y mis manos, y no planeaba detenerme, pero él me sacó, me agarró de las muñecas y me guió por la consola para llevarme a su regazo.

Félix me rodeó la cintura con sus brazos y me abrazó mientras nos besábamos. Su miembro se apretó contra mi vulva. Mi impaciencia me empapó las bragas en cuestión de segundos. Félix podía sentirlo. Él sonrió en nuestro beso y rodó sus caderas, machacando su pene contra mis bragas.

—Para —respiré

—¿Por qué?

—Sólo fóllame. Por favor —supliqué

Félix se rió y me mordisqueó el labio inferior antes de empujar mi cara hacia un lado con el suyo. Rozó mi mejilla mientras besaba el costado de mi cuello antes de morder el lóbulo de mi oreja. Me dejó sacar un condón de su bolsillo.

Me incliné hacia atrás mientras él lo abría y lo enrollaba. Mis omóplatos descansaban en el salpicadero, y Félix me tiró las bragas hacia un lado. Él inclinó su pene hacia mí, y yo me deslicé hacia adelante para llevarlo dentro de mí.

Me balanceé en él. Félix me agarró de los muslos. Cada músculo de mi cuerpo se tensó mientras rodaba mis caderas en su regazo. —Sí —me quejé.

Félix me quitó el pelo de la cara y aplastó sus labios contra los míos. Cuando empecé a rebotar sobre su pene, el coche comenzó a temblar. No había forma de que estuviéramos ocultando lo que estábamos haciendo aquí. Y la verdad pese a ser consciente no me preocupaba en absoluto,

yo estaba absorta en el deseo y la lujuria del momento.

—Monta mi pene, nena —gruñó Félix. —Rico como me gusta.

Me quitó las correas de mi vestido de los hombros y luego tiró de la parte superior hacia abajo para exponer mis pechos. Los ahuecó en sus manos y me pasó los pulgares por encima de los pezones mientras yo continuaba con rebotando. Le envolví mis brazos alrededor de su cuello mientras rodaba mis caderas y rebotaba, llegando a un clímax que me iba a volar la cabeza.

Me besó los pechos y me chupó los pezones. Me quejé, y él vibró sobre mi piel.

La lluvia empezó a golpear el capó mientras acelerábamos nuestro ritmo. Félix me ahuecó el culo y me levantó de arriba a abajo sobre su pene.

Jadeé y gemí. No pude contenerme más. —Ya voy —Me estremecí.

Félix dobló sus caderas por debajo de mí. Emití un grito de placer cuando el orgasmo que había estado manteniendo a raya se rompió sobre mí. Mis piernas temblaban mientras los espasmos exprimían el miembro de Félix, y gemí su nombre una y otra vez mientras me aferraba a él y me follaba hasta que él también había terminado. Al llegar, me besó en el cuello y se dirigió a mi boca. Su lengua me buscó y yo giré mis caderas en círculos lentos hasta que ambos nos separamos y nos miramos fijamente a los ojos.

Apoyé mi frente contra la suya y suspiré mientras me daba un suave masaje en los muslos. Nos sentamos allí hasta que nuestra respiración volvió a la normalidad. Entonces lo besé, aun con su pene dentro y tan relajada y confiada. Entregada completamente a él.

CAPÍTULO 33

FELIX

Deslicé las correas del vestido de Jana por sus brazos antes de que ella balanceara su pierna y volviera a sentarse en el asiento del conductor. Se desplomó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. Ví su pecho levantarse y caer y me dolía ya no estar dentro de ella. Pero tenía que llevarla a casa. Era tarde, y la lluvia había empezado a caer. Estaba cayendo tan fuerte que rebotó en el capó del coche, y apenas podíamos ver a más de seis metros de la calle.

Me subí la cremallera y le di palmaditas en la rodilla. —Yo conduciré. —Abrió los ojos y sonrió. —Gracias

Salimos del coche e intercambiamos lugares. Después de que ella se abrochó el cinturón de seguridad, encendí el auto y salí a la calle, dirigiéndonos a mi casa para encontrar el camino de entrada vacío.

—¿Dijo Stan que también iba a salir esta noche? —preguntó Jana.

Aparqué el coche y apagué los faros. El sonido de la lluvia golpeando la estructura metálica inundó mis oídos. —No. Me pregunto si él y Ginger pasarán un buen rato juntos

Jana se rió—. ¿Quién iba a pensar que alguna vez tendrían la oportunidad de tener algo?

—Definitivamente yo no. A Stan le gustan más las chicas como Kam.

—¿No les gustan a todos los hombres las chicas como Kam? —preguntó Jana.

Abrió la puerta y salimos corriendo del coche. Se cubrió la cabeza con los brazos, pero no sirvió de nada. Las gotas de lluvia eran demasiado gordas y bajaban demasiado rápido. Estábamos empapados para cuando nos agachamos debajo de mi entrada.

—No todos los hombres —dije

—¿Perdón?

—No a todos los hombres les gustan las mujeres como Kam —le dije, respondiendo a su pregunta anterior.

—Mentira —dijo ella, con una gran sonrisa. —Kam tiene que ser la mujer más sexy que he conocido. Y es feroz como el infierno. Una chica sexy y ruda

La miré con escepticismo mientras le abría la puerta principal. Ella se deslizó a mi lado y se inclinó para desabrocharse las correas de los tobillos de sus talones. —Tú también eres una chica dura, Jana

Se quitó el zapato derecho y se puso a trabajar con el izquierdo. —Ja. Sí, claro. No me parezco en nada a Kam.

—Si mal no recuerdo, golpeaste a Brett en la cara y pateaste a Jared en las pelotas. Yo diría que eso te hace merecedora de la insignia de ruda como el demonio. Fácilmente

Jana se quitó su segundo zapato y se enderezó, dándome una sonrisa coqueta. —Si tú lo dices —Su rímel había empezado a correrse por la lluvia. Su cabello se estaba volviendo cada vez más salvaje, y no se me ocurría un momento en el que se hubiera visto más hermosa. Excepto por las mañanas, cuando estaba dormida y el sol brillaba sobre ella. Esa era una vista que no podía ser superada.

—Sí, lo digo —dije, poniendo mi mano en la parte baja de su espalda. —Vamos. Vamos a quitarte ese vestido mojado y a ponerte algo más caliente.

Jana se volvió hacia mí y se quitó las correas. Luego bajó el vestido y movió las caderas antes

de que cayera al suelo alrededor de sus tobillos. Salió de él y ahora no tenía nada más que sus bragas negras. —Todo listo —dijo ella.

Yo también sonreí y me quité la ropa mojada. Ella miraba con ojos hambrientos, sus caderas se balanceaban mientras estaba de pie ante mí. Sus dedos de los pies se enroscaron en la alfombra de la sala de estar, y miró hacia mi colección de licores—. ¿Quieres tomar un trago?

—Claro —dije—. Déjame prepararte algo. Ponte cómoda.

Jana fue a mi sofá y se acomodó en él. Su cuerpo era hermoso, con líneas delgadas y curvas suaves. Ella cruzó una pierna sobre la otra y sacudió su pelo mojado sobre la parte posterior del sofá mientras yo volvía a su lado con un trago. Se lo entregué.

—¿Qué es? —preguntó ella, oliendo el borde del vaso. —Whisky con hielo.

Tomó un sorbo. —Esto es fuerte

—Como debe ser —respondí.

Jana siguió sorbiendo su trago y yo también. Una vez que se dio el gusto con un par de pequeños sorbos, dejó su vaso sobre la mesa de café. —Así que. Sólo una carrera más

Asentí con la cabeza. —Sí.

Me miró por el rabillo del ojo—. ¿Crees que ganarás?

—Sé que lo haré. —Ella miró su regazo.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome más. Nuestros muslos desnudos se tocaron, y ella me miró. Sus ojos no estaban iluminados por el deseo y la alegría como antes. Parecía preocupada.

—Tengo miedo por ti —susurró ella—. ¿Por qué?

Jana soltó una risa suave—. ¿Por qué? Porque eres importante para mí, Félix. Todo este tiempo que hemos pasado juntos ha sido muy agradable, y yo... me preocupo por ti. No quiero que te lastimes. O peor.

Extendí la mano y acaricié su mejilla. Cerró los ojos y se inclinó hacia mí. Cuando ella volvió a abrir los ojos, miré fijamente a sus profundidades. —No me va a pasar nada. Dejaremos esto atrás y pasaremos nuestro tiempo haciendo mejores cosas.

—¿Mejores cosas? —preguntó ella, inclinando la cabeza a un lado. —Sí. Cosas como lo que hicimos esta noche.

—¿Salir a citas? —sonrió.

Asentí con la cabeza. —Sí. Tú también eres importante para mí, Jana. No quiero que esto se detenga entre nosotros. Por cualquier razón. No lo pondré en peligro por ser imprudente el sábado. Bueno, más imprudente de lo que normalmente soy. Quiero volver a ti cuando esté hecho.

Se enroscó en mi costado. —Eso me hace feliz

Le acaricié el pelo mojado y grueso. —Falta una semana para el sábado. Eso nos da mucho tiempo para hacer lo que queramos.

—¿Así? —Ella me miró—. ¿Tienes algo en mente?

Sonreí. —Se me ocurren algunas cosas

—Dime

—Quiero pasar toda la semana contigo. Reírnos. Besarnos. Tumbado en la cama todo el día. Prepararte el desayuno, el almuerzo, la cena. Descubrirte en cada faceta. — La empujé al sofá y la inmovilicé debajo de mí. —Quiero probar esa vagina tuya todos los días. Quiero perderme en ti

Jana levantó las caderas para presionar firmemente contra mí. Debe haber sentido el grosor de mi erección porque una sonrisa le tiró de las comisuras de los labios. —A mí también me gustaría —Apenas terminó su frase antes de que yo sellara mi boca sobre la suya. Aspiró profundamente y movió las caderas mientras la besaba. Su piel todavía estaba fría contra la mía mientras me enganchaba una pierna a la cintura y un brazo al cuello.

—Vamos a calentarte —le dije.

—Me estás calentando ahora mismo —Ella se sonrió.

Me levanté y me puse de pie. Cuando le ofrecí mi mano, ella la aceptó, y yo también la levanté —. ¿Qué tal una ducha caliente?

—Eso suena increíble. ¿Juntos?

—Por supuesto

Jana me siguió por las escaleras. Sus pies no tenían sonido en mis alfombradas escaleras, y miré hacia atrás por encima de mi hombro para ver cómo se movía. Sus caderas se balanceaban suavemente de lado a lado, y sus dedos se movían sobre la barandilla. Me sonrió mientras me seguía y luego soltó una risita traviesa cuando me dio una palmada en el culo.

—Ten cuidado, mujer —dije cuando llegamos a la cima.

Se deslizó detrás de mí y me dio otro golpe en el trasero—. ¿Qué vas a hacer al respecto, Street King?

Me reí y la perseguí por el pasillo. Ella gritó juguetonamente y se metió en mi habitación, donde la agarré por la cintura y la arrojé a la cama. —Quédate aquí. Voy a poner el agua a correr.

—Vale —dijo ella, mirándome de pie. Luego dejó caer sus piernas abiertas, y se agachó para frotarse sobre sus bragas. —No iré a ninguna parte

—Eso es cruel

—¿Lo es? —preguntó ella. Su voz era delgada. Tensa. Sensual. Observé como ella empujaba sus bragas hacia un lado, exponiendo su vulva suave e hinchada mientras se frotaba su clítoris. — Sólo hago lo que me dijiste. Esperaré aquí.

—Bromeas.

Se metió un dedo en la entrada. La sangre corría directamente de mi cabeza a mi pene. ¿Qué se suponía que debía hacer? Algo con agua. ¿Verdad?

Me mojé los labios y me acerqué a ella.

Jana cerró las piernas y agitó la cabeza hacia mí. Luego levantó una pierna y señaló con su pie hacia el baño. —Pensé que ibas a abrir la ducha y calentarla para nosotros

—Pero...

—Nada de peros —dijo ella, haciéndome una sensual mueca. —Tengo frío

—Eres una tentadora malvada

Las piernas de Jana se abrieron de nuevo. Cada centímetro de mí quería ir hacia ella, especialmente mi pene, que parecía estar tratando de tirar de mi cuerpo hacia ella. Suspiró suavemente mientras pasaba dos dedos por encima de su clítoris. —Puedes hacerme lo que quieras en la ducha. Tocarme, lamerme, tomarme como quieras. Mírame follarme —agregó mientras sus dedos se deslizaban de nuevo en su vagina.

—Cogerte —me obligué a mirar hacia otro lado. Entré en el baño y encendí el agua caliente. Jana gimió en el dormitorio.

El baño se llenó de vapor y no me molesté en encender las luces. Volví a salir y la encontré de espaldas en la cama, sin bragas y desnuda. Me miró con ojos hambrientos y cerró las piernas. La tomé en mis brazos y la llevé al baño, donde la puse suavemente fuera de la puerta de la ducha. Se me adelantó, se giró para mirarme, e hizo un gesto para que me uniera a ella con un rizo de su dedo mientras ella presionaba su espalda contra la pared más lejana. Entré y cerré la puerta detrás de mí. Luego fui hacia ella y la atrapé donde estaba, usando mi cuerpo y mis brazos para mantenerla en su lugar.

—Dime qué quieres que haga —susurró ella.

Sus tetas brillaban con gotas de agua. Corría en riachuelos por su estómago y muslos, y bajé

mi cabeza para trazar las brillantes líneas húmedas a lo largo de su piel con mi lengua. Ella hundió sus dedos en mi pelo y gimió suavemente mientras yo trabajaba hacia abajo.

Me puse de rodillas frente a ella con sus dedos aún en el pelo. Levanté la vista mientras le pasaba las manos por la parte interior de los muslos. —No quiero que hagas nada, nena

CAPÍTULO 34

JANA

Félix vino al baño el sábado por la mañana mientras me secaba el cabello. Me dio una palmadita en el culo y me miró de arriba hacia abajo antes de cepillarse los dientes.

Terminé de secarme el pelo y me lo cepillé.

Mientras él se lavaba los dientes, pude ver su boca con espuma y sus ojos se achicaron en una sonrisa. Hizo el símbolo de aprobación con sus dedos mientras me miraba de nuevo. Me reí de su aprobación de mi atuendo, sólo jeans delgados y una camiseta gris. Tenía un collar y pulseras de oro para arreglarlo un poco, pero era bastante simple.— ¿Adónde vas?

—Ginger y yo tenemos planes para el almuerzo. Y necesito la distracción antes de la carrera de esta noche.

Vino y apoyó sus manos en mis caderas. —Podría distraerte todo el día si eso es lo que quieres —Le empujé ligeramente el pecho. —A Ginger no le gustaría que la abandonara para que yo pueda follar.

—Creo que lo entendería —dijo mientras se inclinaba y me besaba por todo el cuello con sus suaves y cálidos labios.

Me alejé de él y levanté un dedo regañador. —No se te permite hacer eso

—¿Qué? —preguntó inocentemente.

—Trata de seducirme así. Sabes que mi cuello es mi punto débil. Y ya llego tarde. Ginger está esperando afuera.

—Puede esperar un poco más. Vamos, nena. Podría doblarte aquí mismo —Movié las cejas en el mostrador del baño.

Le puse los ojos en blanco y me siguió hasta el dormitorio, donde tomé mi chaqueta de donde colgaba en el poste inferior de la cama. —Nunca he conocido a nadie tan caliente como tú

—Culpo a ese cuerpo tuyo.

Me quedé en el dormitorio para recompensarlo con un beso. Me burlé un poco de él con la lengua y luego lo alejé. —No me iré por mucho tiempo. Promesa

—Está bien, está bien —admitió. Cuando traté de alejarme, me agarró de la muñeca y me tiró de nuevo para darme otro beso. Este era profundo y contundente y me dejó jadeando cuando nos separamos. —Diviértete.

—Lo haré —dije un poco sin aliento.

No intentó detenerme por segunda vez. Bajé apresuradamente por las escaleras y salí por la puerta principal hacia la entrada donde Ginger estaba esperando en su auto con el estéreo golpeando tan fuerte que todas sus ventanas vibraban con el bajo.

Ginger bajó el volumen de la música cuando subí al auto y estaba saliendo de la entrada antes de que me abrochara el cinturón de seguridad—. ¿Charlie's? —preguntó.

Asentí con la cabeza. —Diablos, sí.

Charlie's era un lugar más agradable de lo que su nombre indica. Era un encantador restaurante de brunch no muy lejos de donde vivía Félix. Servían una comida espectacular con acompañamientos de frutas y tenían las mejores mimosas que he probado en mi vida. Ginger y yo pedimos una antes de que nuestros traseros golpearan las sillas.

Me encogí de hombros y no me molesté en mirar el menú. Sabía lo que quería ordenar.

Lo mismo que siempre pedí, una sartén vegetariana con un lado de fruta, sin tostar.

—Entonces, —dijo Ginger mientras colgaba su bolso en el respaldo de su silla—, es noche de carreras. ¿Estás nerviosa?

Asentí con la cabeza. —Mucho. Esta semana ha sido tranquila. Casi demasiado silenciosa. No puedo evitar sentir que Brett y Jared están planeando algo terrible.

—¿Qué piensa Félix de todo esto?

Me encogí de hombros. —No lo sé. Cada vez que surge, cambia de tema.

—¿Cómo cambia de tema? Es una conversación importante a estas alturas del juego, ¿no crees?

Asentí con la cabeza. —Sí

—Entonces, ¿por qué dejar que se salga con la suya cambiando de tema?

Me ardían las mejillas. —Bueno, en realidad no usa sus palabras. Si sabes a lo que me refiero —Ginger se rió y se tapó la boca. —Es un hombre inteligente

—Lo sé. Lo que me hace pensar que debe estar preparado para que esos imbéciles traten de detenerlo. Brett y Jared no dejarán pasar esta noche sin hacer algo. Puedo sentirlo

—Stan siente lo mismo

—¿Oh? —Arqué una ceja.

Ginger lo jugó como si el hecho de que ella hubiera hablado de esto con Stan no fuera indicativo de que los dos se estuvieran acercando. El camarero llegó, bajó nuestras mimosas y tomó nuestras órdenes. Una vez que se fue, presioné a Ginger para que me dijera lo que Stan había dicho. Sorbió su bebida y se encogió de hombros. —No hemos hablado de ello durante mucho tiempo, pero está bastante seguro de que algo ocurrirá esta noche. Tiene que hacerlo. Como dijiste, no hay forma de que Brett deje pasar esta noche sin intentar joder a Félix de alguna manera.

—¿Tuvieron esta conversación durante la cena? ¿O en la cama? —Ginger sonrió en su copa de champán. —Nunca lo sabrás

—Así que lo último —Ginger guiñó el ojo.

Tomé otro sorbo de mi bebida cítrica burbujeante—. ¿Parece preocupado Stan? —Ginger suspiró y empujó su tenedor. —Un poco. Sí

—¿Sólo un poco?

—De acuerdo. Bien. Está más que un poco preocupado. Pero sabe que no hay nada que pueda decir o hacer para hacer que Félix cambie de opinión, así como sabe que alguien tiene que vencer a Brett y Jared. Creo que Stan se siente atascado. ¿Sabes?

Asentí con la cabeza. —Créeme. Lo sé

Ginger cruzó la mesa para apoyar su mano en la mía. —Todo estará bien, Jana. Después de esta noche, las cosas se calmarán y volverán a la normalidad, y tú y Félix podrán concentrarse en otras cosas mejores y más importantes. Como si te vas a mudar o seguir viviendo en su casa.

Me reí. —Sí. Supongo que es una conversación que tendremos que tener

—¿Quieres quedarte con él?

Me mordí el labio inferior mientras una sonrisa estiraba mis mejillas. —Sí. Si me deja, me gustaría.

—Él te dejará. Le gustas mucho, Jana. Me doy cuenta. Lo he pillado mirándote de la misma manera que yo veo el vino. Son una pareja hecha en el cielo.

—Me alegra que puedas comparar nuestra química con tu relación con el vino

—Y queso. No discrimino.

Agité la cabeza y me reí de ella. —Gracias, Gin. No sé qué haría sin ti. Siempre estás ahí para

convencerme de que baje de la cornisa.

—Y siempre será así

—Salud por eso —dije, levantando mi vaso. Ginger y yo dimos golpecitos en los bordes de nuestras copas, y para cuando las dejamos en el suelo, nuestra comida ya había sido entregada. Me ocupé de cortar las verduras en mi sartén, y cuando me llevé el primer bocado a la boca, me quedé paralizada.

Mi visión se nubló por un segundo, y las náuseas me atravesaron el intestino—. ¿Estás bien? —preguntó Ginger.

Asentí con la cabeza. La ola de náuseas pasó tan rápido como había llegado. —Sí. Lo siento. No me sentía bien ni por un segundo.

—¿Estás embarazada? —se burló.

—No, estamos a salvo, muchas gracias —Tomé mi primer bocado, mastiqué y tragué, y lo lavé con el último par de bocados de mi bebida.

—Esas cosas pasan

—No es gracioso

—Es algo *demasiado* gracioso. —

Le fruncí el ceño a Ginger mientras daba otro mordisco a mi comida. Sólo llegué un par de minutos más antes de sentirme increíblemente enferma de nuevo. Puse mi servilleta en la mesa y se me cayeron los cubiertos. —Lo siento, Gin. Necesito un minuto. Creo que voy a vomitar. ¿Puedes cuidar mi bolso?

—Te pediré un poco de agua —me llamó mientras me alejaba a toda prisa de la mesa y me entretejía con los otros clientes disfrutando de sus comidas. Corté directamente hacia el baño de la parte de atrás del restaurante y entré en el primer puesto. Nadie más estaba allí, gracias a Dios, y cuando mis rodillas golpearon el azulejo, estaba vomitando mis tripas en el inodoro.

No era el tipo de vómito en el que una vez que lo sacas, te sientes mejor y puedes limpiarte la boca y marcharte como si nunca hubiera pasado. Este era el tipo de vómito en el que realmente creías que ibas a morir porque no podías respirar. Mis pulmones ardían, mis ojos me dolían, y mi garganta se sentía como si hubiera tragado ácido para cuando se detuvo el vómito.

Me apoyé en mis talones y saqué un montón de papel higiénico del rollo. Me toqué la boca con ella y tiré de la cadena.

Mi cabeza seguía girando. Las náuseas habían disminuido y habían sido reemplazadas por una extraña sensación de tirantez en mi estómago.

Gemía y me deslizaba hacia los lados para apoyarme en la pared. Respiré profundamente y cerré los ojos, esperando que los mareos pasaran. Cuando los abrí de nuevo, levanté la mano. Parecía que tenía ocho dedos—. ¿Qué demonios? —Me quejé.

—¿Jana? —La voz de una mujer llamó desde el otro lado del patio de butacas.

Mi mente desorientada luchaba por encontrarle sentido a lo que podría ser. Ginger. Obviamente. —Estoy aquí, Gin

—¿Estás bien?

—Creo que comí algo malo —dije.

—Debería decírselo al gerente. Entonces te sacaremos de aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije temblorosamente. —Date prisa.

La oí irse. Mi cabeza seguía girando, y mi estómago se ponía cada vez más inquieto con cada segundo que pasaba. Mi visión se oscureció alrededor de los bordes y me confundí. ¿Por qué demonios estaba sentada en el suelo de un baño público?

¿Y dónde diablos estaba yo?

Me froté en las sienes y luego intenté pararme. Mis piernas se agotaron, y volví a caer al suelo cuando se abrió la puerta principal.

—¿Ginger? —Llamé. La puerta de mi retrete se abrió. Una mujer estaba allí de pie. Al menos, creo que era una mujer. Mi visión era tan mala. Entró en el cubil y me quitó el pelo de la cara. —Vamos a sacarte de aquí. Vamos

Se deslizó bajo mi brazo, y yo sabía que esta debía ser Ginger viniendo a llevarme a casa. —Félix —murmuré.

—Te llevaré de vuelta con él. Él te cuidará.

Caminamos y salimos del baño hacia el pasillo. No me llevó de vuelta al restaurante. En vez de eso, salimos por la parte de atrás. No sabía dónde estábamos, pero me di cuenta de que ella abrió la puerta trasera de un vehículo negro y me ayudó a entrar. —Cuidado. Cuidado con la cabeza. Sólo relájate. Te llevaremos a casa.

Me cerró la puerta y se metió en el lado del pasajero. ¿Quién conducía? Nadie habló.

Me caí de lado en el asiento trasero. Esto no puede ser una intoxicación alimentaria. No había manera. Esto era otra cosa. Algo peor.

—No me siento bien —me quejé. Nadie me respondió—. ¿Gin?

Me respondieron con más silencio. Intenté mirar a mi alrededor y entender lo que estaba sucediendo, pero mi visión se oscureció aún más hasta que me fue imposible mantener los ojos abiertos.

Dejé de pelear.

CAPÍTULO 35

FELIX

La cara de Dave estaba mucho mejor que hace unos días. Se metió en la sombra de mi garaje y se unió a mí y a Stan, que estábamos de pie admirando al Boxster mientras tomábamos un sorbo de nuestras cervezas.

Cogí una para Dave y se la tiré. La abrió, tomó un trago y asintió al auto—. ¿Está listo para rugir?

—Sí —dije.

Dave asintió—. ¿Y tú? ¿Estás listo?

Me sonreí. —Mira con quién estás hablando. Por supuesto que estoy listo. —Dave y Stan compartieron una mirada.

—No sean un par de cobardes —dije—. Es una carrera más. No podemos echarnos atrás ahora. No lo haré. Esta es mi oportunidad de...

—Lo sabemos —dijo Stan. —Ganar tu título. Créeme, lo sabemos. Es todo lo que hemos oído en las últimas semanas. Estaré encantado de dejar esta mierda atrás para siempre.

Me encogí de hombros. —Haz lo que quieras.

Mi teléfono empezó a sonar en mi bolsillo mientras Dave y mi hermano hablaban sobre el Boxster. Era un número desconocido. Terminé la llamada y la puse en mi bolsillo. Pero la maldita cosa siguió sonando. Cuando finalmente contesté, me tomó un minuto reconocer la voz del otro lado.

—¿Félix? No puedo encontrarla. En un momento estaba aquí y al siguiente ya no estaba, y tengo la horrible sensación de que algo terrible ha pasado.

—¿Ginger? —Le pregunté. —Sí

—Espacio. ¿Qué ha pasado?

La oí tragar. Stan y Dave se habían enderezado y me estaban observando. La voz de Ginger temblaba mientras hablaba. —Jana y yo estábamos almorzando. Todo parecía estar bien, y de repente se puso muy enferma y tuvo que correr al baño. Vine un par de minutos después que ella. Había estado vomitando. Le dije que iba a hablar con el gerente para advertirle que algo en la comida debe haber estado malo, y cuando regresé a buscarla, se había ido. La busqué por todas partes. Nadie la vio salir. Félix, algo anda mal

Me pase la mano por la cara. —Mierda.

—¿Qué? —Ginger prácticamente lloriqueaba por el otro lado—. ¿Dónde estás ahora mismo?

—Un lugar llamado Charlie's

—Sé dónde está. No te muevas, ¿de acuerdo? Estoy enviando a Stan a buscarte

—Pero Jana...

—Sé dónde está

—¿En serio? —preguntó Ginger.

—Sí. Quédate donde estás hasta que Stan vaya a buscarte. No comas ni bebas nada. ¿Entiendes eso?

—Sí

Colgué el teléfono y miré a mi hermano. —Necesito que vayas a buscar a Ginger al Restaurante Charlie's. Jana está desaparecida.

—¿Desaparecida? —preguntó Stan.

Los ojos de Dave se abrieron en preocupación —Explícate hombre, dime que pasa con mi hermana. ¿Qué demonios quieres decir con “desaparecida”?

—Ella estaba en el restaurante un minuto y se perdió al siguiente. Todo después de ponerse muy enferma en el baño

—¿Y eso te deja concluir que está desaparecida? —preguntó Stan con escepticismo.

—Sí. ¿Ahora puedes traer a Ginger o qué?

—Por supuesto que puedo. Pero, ¿adónde diablos vas?

—A buscar a Jana —Vi a Dave tomar su cabeza con ambas manos. Esto lo había descolocado y podía entenderlo.

—Debería ir contigo —dijo Stan.

Agité la cabeza. —No. Ginger está enloqueciendo. Tienes que ir a buscarla y mantenerla a salvo. No puedo creer que haya sido tan estúpido como para pensar que no intentarían algo así.

—¿De qué mierda estás hablando, Félix? —Preguntó Dave—. ¿Dónde diablos está mi hermana? —Lo miré fijamente a los ojos. Su cara estaba contorsionada de rabia y, si no me explicaba pronto, estaba seguro de que iba a arrugar su lata de cerveza en su puño y a venir a por mí. —Creo que está en casa de Eloise

—¿Eloise? —Parpadeó—. ¿Por qué demonios estaría allí?

—Así es como Brett y Paul van a impedir que corra

—¿Secuestrando a mi hermana? —Dave lanzó al aire terriblemente ofuscado.

Me rastrillé los dedos en el pelo. —Sí. Debería haberlo visto antes. Debería haberlo sabido mejor. Por supuesto, no serían tan estúpidos como para hacer lo mismo que ya han intentado. Tenían que cambiar de táctica. Evitar que llegue a la carrera. Oblígame a ir tras Jana.

Stan agitó la cabeza. —No puedes ir tras ella solo

—Iré contigo —dijo Dave.

—No —dije un poco más bruscamente de lo que pretendía. Cerré los ojos y respiré profundamente. Cuando volví a abrir los ojos, mi cabeza estaba más clara. —No. Stan, Tienes que ir por Ginger. Dave, necesito que lleves el Boxster a la carrera y me inscribas. Si es posible, demóralo. Kam resistirá todo lo que pueda si no llego a tiempo. Voy a casa de Eloise a buscar a Jana.

—¿Y si no está allí? —Preguntó Dave

—Ella estará allí. Estoy seguro de ello

—No me gusta esto —dijo Dave mientras tiraba su cerveza en mi banco de trabajo. —Esto no me gusta nada. ¿Esos cabrones creen que pueden llevarse a mi hermana? ¿No tienen ninguna maldita moral?

—Estamos hablando de Brett y Jared —dijo Stan sin rodeos. —Sabemos que no tienen moral. Son unos malditos payasos.

—Si le hacen daño... —empezó Dave.

—Entonces los enterraré —dije. Dave me miró. Su mirada se endureció.

—Confía en mí, Dave. Puedo manejar esto. Sólo lleva el coche al punto de partida. Yo me encargaré del resto. Y Stan, encuentra a Dave allí. Lleva a Ginger contigo. No puede quedarse sola. No sé qué más podrían intentar hacer estos bastardos si descubren que su plan no salió como ellos querían.

Stan asintió. —Estoy en camino. Llámame cuando saques a Jana de ahí.

—A mí también —dijo Dave. —Si no te veo antes de que empiece la carrera, limpia el pavimento con esos cabrones

—Hecho —dije.

Stan se apresuró a ir a su Jeep y entró cuando Dave encendió el Boxster. Los vi a los dos salir de la entrada y salir corriendo. Luego corrí a mi Challenger, entré y encendí el motor. Me esmere, cortando el tráfico como un loco mientras corría hacia la casa de Jared y Eloise. Si alguno de ellos hubiera puesto un dedo encima de mi chica, yo iba a destruirlos. Ya era suficientemente malo que se la llevaran en contra de su voluntad, la habían literalmente secuestrado. Eso iba por sobre cualquier cosa lógica. Pagarían por esto.

Pensé en Jana y me pregunté dónde estaba. ¿La tenían atada? ¿Estaba asustada?

¿O les estaba dando su palabreo habitual y escupiendo en sus caras mientras trataban de intimidarla?

Odiaba pensar en ella a solas con Brett Paul. Sabía que ese cabrón siempre había sentido algo por ella, y no quería saber qué podría intentar hacer con ella si se le daba la oportunidad.

—Bastardos —siseé al girar en la calle de Eloise.

Me detuve patinando en la entrada de la casa a la que no había ido en seis meses. Me senté en el asiento del conductor mirándolo fijamente por un momento paralizante.

La última vez que estuve aquí, Jared había puesto una bala en Stan. Había sobrevivido, obviamente, pero cuando esa pistola se disparó, yo estaba seguro de que iba a dar la vuelta para encontrar el cadáver de mi hermano tirado en el camino de entrada detrás de mí, con sangre saliendo de un agujero de bala en su cabeza.

Había visto todo eso, pero estaba inconsciente, no muerto. Stan era la definición de suerte. Era casi surrealista estar de nuevo en este lugar, un lugar al que había jurado que nunca volvería. Pero Jana valía la pena.

Salí del coche y aceché la entrada. Me acerqué a la puerta y probé el tirador. Sin seguro.

Una trampa, pensé.

Entré y me paré en un gran vestíbulo con pisos de mármol blanco y un candelabro de cristal colgado encima. Miré hacia atrás y hacia adelante. Al final de un amplio pasillo a mi derecha estaba lo que parecía ser una sala de estar con sofás blancos y elegantes. A la izquierda había un estudio en contraste entre paredes verdes de bosque y madera. Asumí que el estudio era de Jared.

—¿Jana? —Llamé, metiendo las manos en la boca. Mi voz resonó por toda la casa, el único sonido que me vino a la mente.

Más vale que esté aquí. Si la tuvieran en otro lugar -en algún lugar oscuro, ominoso y aterrador les iba a arrancar la garganta.

—¡Jana! —Llamé de nuevo. Nada. Silencio.

Miré por la escalera flotante hasta el segundo nivel. Una barandilla de vidrio recortaba el desván de arriba y mostraba un pasillo con puertas cerradas. Podría estar detrás de cualquiera de ellos.

—Ya voy —gruñí cuando empecé a saltar al segundo nivel.

CAPÍTULO 36

JANA

—¡Jana!

La voz me resultaba familiar. Confortante. A salvo.

Pero sonaba tan lejos como si estuviera bajo el agua. Como si nunca me alcanzaran a tiempo. ¿A tiempo para qué?

Estaba oscuro dondequiera que estuviera. No. Mis ojos estaban cerrados, y mi cabeza palpitaba como si alguien me hubiera golpeado con algo pesado.

La voz volvió a aparecer. Era mi nombre el que estaban llamando. Intenté abrir la boca y hacer que mi voz funcionara, pero no salió ningún sonido. Mi lengua era gruesa y seca y muy pesada. ¿Dónde diablo estaba yo? ¿Por qué me sentía así? ¿Tan inútil?

Otra voz atravesó el silencio. —Hola, Jana. Habías estado inconsciente un buen rato. Estaba empezando a pensar que te dimos demasiado.

Me quejé levemente y meforcé a abrir los ojos.

Me encontré mirando a una mujer preciosa con el pelo y los rasgos oscuros. Era verdaderamente hermosa, pero la sonrisa que llevaba era todo amenaza y nada de bondad. Estaba sentada en una silla frente a mí con las piernas cruzadas. También tenía los brazos cruzados y se apoyaba en una rodilla con el mentón en la palma de la mano. Ella ladeó la cabeza—. ¿Cómo te sientes, cariño?

Su voz me devolvió a la realidad. Eloise.

—¿Dónde estoy? —Le pregunté. Mi voz era ronca. Me dolió hablar. Recuerdo que me abracé en un inodoro en Charlie's vomitándome las tripas. Todavía podía sentir el sabor de la bilis en la parte posterior de mi garganta.

—Estás en mi casa

—¿Tu casa? —Le pregunté.

Eloise asintió. —Sí. ¿Te sientes bien?

—No —Agité la cabeza. No me sentía para nada bien. Me sentía fatal. Por un breve momento pensé que podría estar enferma de nuevo, pero el impulso pasó y me dejó sintiendo escalofrío—. ¿Qué me diste?

—¿Darte? —preguntó Eloise inocentemente—. ¿Qué quieres decir?

—En Charlie's. Debes haber puesto algo en mi bebida —Eloise se encogió de hombros. —No sé de qué estás hablando

—¿Dónde está Félix?

La sonrisa de Eloise se amplió—. ¿No pudiste oírlo? Ya viene. Como si no supiéramos que lo haría

—¿Nosotros?

Eloise asintió y se recostó en su silla. —No podrías haber pensado que íbamos a quedarnos sentados sin hacer nada mientras Félix amenazaba con destruir todo lo que hemos construido, ¿verdad?

Agité la cabeza, desesperada por que el mareo se detuviera. —No has construido nada. Lo

robaron

—Lo mismo —dijo Eloise —Vimos algo que queríamos, así que lo hicimos nuestro. No se trata de complicarlo. Simplemente estamos forzando a Félix a elegir entre las dos cosas que más quiere, a ti o a recuperar su título. Brett no estaba tan seguro de que este pequeño plan mío funcionara. ¿Pero yo? —Se volvió a inclinar hacia delante. Estaba tan cerca que podía oler su perfume. Rosas. —Sabía que vendría por ti. Félix siempre ha sido fácil de leer. Escogerá a la chica cada vez que sea necesario. Lo hizo conmigo también

Fui a buscarla, pero tenía las manos atadas a la espalda. Estaba asegurada a una silla. Miré salvajemente a mi alrededor. Estábamos en un dormitorio, un lugar con paredes de color púrpura pastel y cortinas blancas. Era hermoso, y quizás bajo otras circunstancias, podría apreciarlo, pero todo lo que podía entender ahora mismo era que esta perra me estaba usando para llegar a Félix. Y eso no me gustó ni un poquito.

—Félix sólo te eligió porque no sabía que eras una serpiente. Perdiste lo mejor que te había pasado porque eras codiciosa —escupí—. ¿Eres más feliz con Jared? ¿Realmente lo hace todo mejor?

Eloise levantó la barbilla.

Me reí de ella. —No lo creo ¿Verdad? Jared es un chiste. Lo sabes tan bien como yo. Claro, tienes una casa elegante y cosas brillantes, pero ¿sabes lo que no tienes? No tienes un hombre que daría lo que fuera por estar contigo y que te elegiría por encima de una estúpida carrera. —Sonreí malévolamente. —Pero yo si tengo uno, y viene por mí ahora mismo. ¿No es verdad? ¿No es así!? —Le grité a ella.

Eloise se estremeció.

—¡Félix! —Grité por él.

Eloise saltó de su silla y me golpeó en la cara. Solté un grito de sorpresa y luego la miré con desprecio mientras enderezaba su camisa negra de manga larga. —Mantén la boca cerrada, pequeña zorra —siseó.

—¿Zorra? —pregunté incrédula. —No me hagas reír, Eloise. Tú eres la verdadera puta aquí. Tú eres la que vendió al hombre que te amaba, que dejó que Jared Dalton le disparara a su hermano en la cabeza. Que sigue desfilando con estos imbéciles. ¿Y para qué? ¿Por esta mierda? —Pregunté, mirando alrededor de la habitación. —Eres una mujer triste y solitaria, Eloise. Y nunca me convencerás de lo contrario.

El sonido de una pelea estalló al otro lado de la puerta del dormitorio. Eloise corrió a la mesita de noche. Grité a Félix otra vez.

Entonces la puerta se astilló y sopló hacia adentro. Eloise gritó de sorpresa. Observé, con los ojos muy abiertos, cómo Félix entró por la puerta. Sus botas cayeron pesadamente sobre la puerta al cruzarla. Sus ojos se fijaron en mí, y le hice un gesto que esperaba que dijera: “Estoy bien”.

Luego miró a Eloise. Estaba de espaldas a la mesita de noche con sus manos agarrando el borde de la misma. —Hola, Félix —dijo ella. Mucha de su ferocidad había desaparecido. Hablaba de un gran juego cuando éramos ella y yo, pero tan pronto como cambió el juego a mi favor, ella estaba débil.

—¿En qué te has convertido, Eloise? —Félix respiró.

Ella vaciló. Trató de hablar, pero no hubo palabras, así que terminó pareciendo un pez hambriento cuando Félix la miró fijamente. Su labio inferior temblaba.

Félix suspiró y se acercó a mí para desatarme.

Eloise le gritó que se detuviera. Se calmó. Y luego sacó las manos de detrás de la espalda y levantó algo negro.

Un arma.

—No —dije—. ¡Detengan esto! ¡Esto es una locura!

Félix levantó su mano para silenciarme. Empecé a temblar. No podía controlarlo.

Observé, aterrorizada, como Félix se movía hacia Eloise. Siguió avanzando sobre ella, incluso cuando sus manos empezaron a temblar, y el arma tembló en su agarre. El seguro estaba desactivado. Todo lo que tenía que hacer era apretar el gatillo.

—Quédate donde estás, Félix —exigió Eloise. No escuchó. No dejaba de acercarse. Ella se escabulló de entre él y la mesita de noche y se retiró a la otra esquina. Ella no tenía adónde ir, y él seguía cerrando el espacio entre ellos.

—¡Dije que te quedaras donde estás! —gritó. —No —dijo Félix. Su voz era tranquila y baja.

Eloise apretó los dientes, y él la encajonó. Pronto estuvo tan cerca que el cañón de la pistola estaba apoyado en su pecho. Quería cerrar los ojos, pero no me atrevía a mirar para otro lado.

Félix se inclinó hacia Eloise, y ella le miró a los ojos. —Dispárame —gruñó.

Eloise lloriqueó.

—Vamos, Lois. Hazlo. Demuestra lo dura que eres. Aquí mismo. Ahora mismo. Dispárame

—¡Basta! —Lloré.

Eloise no estaba apretando el gatillo. Ella le miró a los ojos, y su labio inferior siguió temblando.

—¡Dispárame! —Rugió Félix más fuerte.

Y Eloise gritó. Ella realmente gritó.

Me senté, estupefacta, mientras Félix ponía sus manos a cada lado de ella contra la pared. Parecía tan pequeña comparada con él. Cuando habló, su voz era un gruñido bajo y amenazador, y esperaba no tener que volver a oírlo tan enfadado. Fue aterrador. —Eres una cobarde, Eloise. Y eso es todo lo que siempre serás. Estás débil y desesperada. Te aferrarás a lo que un hombre te prometa, lo que sea que estés buscando. Riqueza. Poder. Una casa. Un coche rápido. Eres demasiado fácil de comprar porque estás tan cegada por tu propia avaricia. —Félix agitó la cabeza. —No puedo creer que te haya amado

Eloise agitó la cabeza—. ¿Cómo te atreves...?

—¿Cómo me atrevo? —Félix gruñó, presionando su cara contra la de ella. Ella giró la cabeza hacia un lado mientras él se acercaba a su espacio personal. Estaba tan cerca que ya no podía ver el arma entre ellos—. ¿Cómo te atreves, Eloise? ¿Cómo te atreves tú a correr hacia un hombre que intentó matar a mi hermano! ¿Cómo te atreves a poner a Jana en peligro! ¿Cómo te atreves a pensar que eres mejor que yo? O ellos. Estás enferma. Igual que Brett y Jared. Los tres se merecen el uno al otro

Félix golpeó con su mano contra la pared de yeso, que cedió bajo el impacto y se desmoronó. Eloise se encogió y murmuró una palabra que no esperaba oír de sus labios:. —Lo siento.

Félix echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Vete a la mierda, Lois

—Félix, yo...

—No me interesa lo que tengas que decir. Me voy con Jana. Y si vuelvo a ver tu maldita cara a su alrededor, recuerda mis palabras, te arruinaré. ¿Está claro?

Eloise le miro a los ojos. Luego asintió con la cabeza.

Dejó caer sus manos de la pared de yeso y se me acercó. Pasó sus manos por mis hombros para consolarme, y su toque calmó la tormenta que aún se agolpaba en mi pecho. Soplé una respiración constante mientras usaba sus llaves para romper las correas que sostenían mis muñecas juntas.

Luego me cogió en sus brazos. Le rodeé el cuello con mis brazos y le metí la cara en el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó. Su voz era tranquila. Suave. La furia había disminuido. Asentí con la cabeza. —Sí

Pasó por encima de la puerta rota y se detuvo en la entrada. Se volvió hacia Eloise, que seguía temblando en el rincón—. ¿Lois? —Ella lo miró. Sus mejillas estaban mojadas.

—Si fuera tú, me largaría de aquí antes de que Jared vuelva de la carrera. No va a estar contento. Y no voy a protegerte

Ella asintió.

Luego giramos y nos fuimos. Me aferré a él con más fuerza mientras pisaba los cuerpos de dos hombres inconscientes. Me di cuenta de que eran dos de los mismos tipos que habían golpeado a Dave el fin de semana pasado.

Bajamos las escaleras lentamente, y cuando salimos, respiré profundamente aire fresco. Félix me puso en el asiento del pasajero y me abrochó el cinturón de seguridad antes de caminar alrededor de la parte delantera del Challenger y entrar. Arrancó el motor y salió de la entrada.

Sólo nos alejamos un par de cuadras antes de que se detuviera y se volviera hacia mí—. ¿Estás bien, Jana? ¿Te han hecho daño? Por favor, dime si lo hicieron. Necesito saberlo —Sus ojos me hacían agujeros y su frente estaba arrugada.

Agité la cabeza. —No me hicieron daño. Lo prometo —Cerró los ojos mientras exhalaba. — Gracias a Dios.

Extendí mi brazo y toqué su mandíbula con la punta de los dedos. —Gracias por venir por mí Tomó mi mano y me besó los nudillos. Él no dijo nada. No había nada que decir.

Asentí con la cabeza por el parabrisas. —Deberíamos irnos. Es tarde. Y hay gente que cuenta contigo esta noche.

—Debería llevarte a un lugar seguro

Sonreí. —No me perderé esta carrera, Félix. Créeme. Estaré bien

Se inclinó sobre el asiento y me besó. —Solo quiero que estés bien ¿de acuerdo? Allí puedes quedarte con Ginger. Siento haberte metido en todo esto.

—No es tu culpa

—Lo es.

—No —dije, moviendo la cabeza. —Te elegí a ti, Félix. No tuve que hacerlo, pero lo hice. Y yo no cambiaría eso. Todo vale la pena.

Me besó los nudillos otra vez.

—¿Sabes qué hará que todo esto sea infinitamente mejor? —Le pregunté—. ¿Qué?

—Si le pateas el trasero a Brett y a Jared esta noche

CAPÍTULO 37

FELIX

La última carrera de Las Calles se celebró en el mismo lugar que la primera, los muelles.

Cuando Jana y yo llegamos, el lugar se estaba atestado de gente. Se prepararon a lo largo de toda la calle para conseguir un puesto lo mejor posible antes de que la carrera comenzara. Solo quedaban cuatro minutos. Habíamos llegado justo a tiempo.

Los ojos de Jana estaban cerrados mientras rodábamos entre la multitud. Apoyé una mano en su rodilla, y ella me miró. Estaba cansada. Lo pude ver en sus ojos. —Estoy bien —me aseguró.

Llamé a Dave después de recoger a Jana. Habría sido un lío de nervios esperando saber si su hermana estaba bien, y cuando contestó el teléfono, sonó como un hombre esperando un mal diagnóstico de su médico. Después de descubrir que Jana estaba bien, respiró aliviado y me dijo que él, Stan y Ginger estaban de guardia junto a mi Boxster en la pista. Kam había pospuesto la carrera quince minutos más para asegurarse de que llegáramos a tiempo.

Me arrastré hacia delante con mi coche y lo aparqué lo más cerca posible de la pista. Entonces salí y corrí hacia la puerta de Jana. La abrí para ella, y trató de salir por su cuenta. Todavía estaba débil y un poco cansada, así que me deslicé por debajo de su brazo y la ayudé a levantarse. Me dio las gracias con voz débil y me dijo que podía valerse por sí misma. Yo la dejé.

Se estabilizó y se acercó para agarrarse a mi codo mientras cortábamos a través de la multitud, donde la gente ya estaba susurrando sobre nuestra llegada.

Fuimos a la salida de la carrera donde estaría mi coche y nuestros compañeros. Jana mantuvo una mano firme sobre mi codo cuando nos liberamos de la multitud y nos acercamos a mi auto. Me sorprendió encontrarlo rodeado de al menos dos docenas de personas, incluyendo a Stan, Ginger y Dave.

Dave nos vio llegar primero y se separó de la multitud alrededor de mi coche para lanzarse contra su hermana. Jana me soltó el brazo mientras su hermano la abrazaba. Enterró su cara en el hombro de ella. —Estaba tan preocupado —dijo Dave en su pelo.

—Está bien. Estoy bien. Puedes estar tranquilo ya. No me hicieron daño.

Dio un paso atrás y sostuvo la cara de ella en sus manos—. ¿Estás segura? Pareces cansada.

¿Qué demonios te hicieron?

—Pusieron algo en mi bebida —dijo ella.

Dave gruñó, y sus ojos se abalanzaron sobre mí. —Gracias por sacarla de ahí —Asentí con la cabeza.

Volvió a prestar atención a su hermana. —Tengo agua. Vamos. Deberías beber —Tiró de Jana con la mano hacia el coche.

Stan se liberó de la multitud que me miraba con expresiones ansiosas—. ¿Qué es todo esto? —Le pregunté.

Stan me dio una sonrisa arrogante y metió las manos en los bolsillos. —Bueno, ya que tenías este nuevo enfoque de ser abierto sobre desafiar a Brett y Jared, pensé que seguiría tu ejemplo

—¿Qué quieres decir?

—Les dije que Brett y Jared se habían llevado a Jana y la retenían contra su voluntad para evitar que llegaras a tiempo a la carrera

Me sonreí—. ¿Y funcionó?

—Yo diría que sí —dijo Stan, poniendo su pulgar sobre su hombro en el Boxster. —Brett y Jared han estado aquí por más de una hora, y no han podido acercarse a menos de tres metros de tu auto porque esta buena gente está empeñada en mantenerlos alejados de él. Están de tu lado, Félix. Todo el mundo lo está

Asentí con la cabeza mientras miraba a todo el mundo que guardaba mi coche. No podía negar que era una buena sensación. Alguien me empujó fuerte por la espalda. Me di la vuelta y me encontré mirando a Kam, que tenía las manos en las caderas y me miraba como si fuera a escupir en su helado. —Ya era hora de que llegaras, Félix

—Lo siento, Kam. Tenía las manos ocupadas.

—Lo sé. Y ha sido una batalla para evitar que esta carrera comience. Entonces, ¿te vas a quedar aquí mirando o vas a subirte a tu maldito auto y ganar esta carrera?

—Tranquila —dije, tratando de no reírme de lo angustiada que estaba. Sabía que esto sólo la llevaría al límite y empeoraría las cosas. —Me subiré al auto, ¿de acuerdo?

—¿Dónde diablos está mi chica de la bandera?

—Oh —dije, mirando alrededor para ver a Jana con Dave cerca del Jeep de Stan. Su hermano estaba desenroscando la tapa de una botella de agua. Él se lo ofreció y ella bebió. —No va a poder empezar la carrera esta noche

—¿Y por qué diablos no?

Suspiré y me froté las sienes. —Porque Eloise y Jared la drogaron y la secuestraron hace unas horas

—Oh —dijo Kam. Su rostro se desfiguró un poco por la noticia. —Qué mierda. No puedo entender lo lejos que llegan algunos. En serio esto se escapa de la razón

—Sí. Lo sé. Pensaron que podrían evitar que llegara a tiempo. Pero subestiman el poder de mis amigos. Eso te incluye a ti. Gracias por hacer retroceder la carrera, Kam. Sé que no es fácil manejar a estos imbéciles, y de alguna manera te las arreglas para hacerlo con gracia cada semana. Te lo debo

—Puedes pagarme ganando —dijo Kam sin rodeos. Luego se desabrochó la cremallera plateada de su chaqueta de cuero, revelando un body de malla apretada debajo. Además, tenía un par de leggings negros brillantes que había emparejado con botas negras de terciopelo de muslo alto cubiertas de hebillas. —Empezaré la carrera yo misma.

—Kam —dije, cogiendo su brazo mientras se apartaba de mí. Se detuvo y me miró. Su ceja se arqueó y esperó. —Lo digo en serio. Gracias

Ella sonrió y me puso los ojos en blanco. —Toda esta humillación es una especie de rechazo, Félix. Será mejor que te calmes, o tal vez supere este enamoramiento que tengo por ti.

Me reí, y ella me guiñó un ojo antes de marchar hacia la X roja que había pintado al frente de la fila. —Caballeros —gritó, llamando la atención de todos en la calle. —Tienen 60 segundos antes de que empiece la última carrera en Las Calles. Enciendan sus motores.

Corrí hacia el Jeep de Stan mientras la multitud alrededor de mi auto se dispersaba. Stan agarró mi mano mientras se la extendía, y nos golpeamos los hombros. —Buena suerte, hermano. No la cagues.

—No lo haré —dije.

—Buena suerte —dijo Ginger. —Destrózalos en la pista —gruñó Dave.

Jana agitó la cabeza hacia su hermano y luego me abrazó. —Cúidate.

Le levanté la barbilla y le di un beso suave. —Siempre voy a volver por ti. Te veré pronto

Fui directo a mi coche, cuando noté que la ventanilla que estaba a mi lado rodó hacia abajo, y Brett asomó la cabeza. —Lo lograste

Dejé de caminar. —Sí. ¿Sorprendido? —Brett se encogió de hombros. —Nah

—Mentiroso —dije. Podía sentir los ojos de todos sobre mí mientras caminaba alrededor del Boxster y me deslizaba en el asiento del conductor. Encendí el motor y lo aceleré. Brett hizo lo mismo. Una rápida mirada en mis espejos me dijo que Jared estaba en el auto rojo detrás de mí. Brett conducía un Skyline azul pastel. Sería rápido. Ese coche iba a funcionar mejor que el Mitsubishi amarillo.

Despejé mi mente. Tenía que concentrarme. Tenía que dejar ir toda la ira que tenía por lo que le habían hecho a Jana y mantener la compostura. Correr enojado era una receta para el desastre. Así era como se cometían errores. Y no tenía el lujo de cometer un error esta noche.

Agarré el volante y abrí los dedos. Unas cuantas respiraciones profundas estabilizaron mis latidos. Estaba listo. Todo me había llevado a este momento.

Me fijé en Kam. Tenía su bandera roja en una mano y la levantó sobre su cabeza. Sus ojos se cerraron en los míos, y me dio una amplia y sexy sonrisa. Aceleré mi motor para prometerle mi victoria.

Kam dejó caer la bandera.

Avancé, pasando por las marchas como si el mismo diablo estuviera en mi parachoques, y si no era él se le parecía bastante, Brett Paul era un demonio.

Los gritos de la multitud se desvanecieron cuando los puse en mi espejo retrovisor en cuestión de segundos. No miré atrás. Esta era mi carrera. No importaba dónde estaban Brett o Jared mientras estuvieran detrás de mí. No iba a darles ninguna oportunidad para que se me adelantaran. Esto era mío.

El primer par de esquinas adelgazaron el rebaño rápidamente. Nos partió a los seis por la mitad, dejándonos a mí, a Brett y a Jared en el frente, mientras que a los otros tres en la retaguardia.

Cortamos a través de intersecciones y pasos a desnivel. Una parte de la pista nos llevó a través de una calle que bien podría haber sido un callejón. Llegué primero y volé a través de él sin tocar los frenos. Confiaba en la habilidad de Kam para hacer mapas y saber que no nos dejaría disparar desde un callejón hacia el tráfico sin darnos el tiempo apropiado para hacer maniobras evasivas. Yo tenía razón.

Salí del callejón y seguí el curso a la derecha, donde tuve que tejer alrededor de un grupo de vehículos lentos. Brett y Jared salieron detrás de mí y se quedaron atrapados en los coches mientras yo me alejaba de ellos y salía en dirección a la línea de meta.

La carrera iba mejor de lo que imaginaba. Tenía la distancia sobre ellos para prácticamente garantizarme una victoria. La única forma en que estos cabrones podían golpearme era si la cagaba. Y eso no iba a pasar. Yo no lo permitiría. Tuve que mantener mi cabeza en el juego y mi ojo en el premio.

Jana. Ella era el premio. Ella era lo que yo quería al final de todo esto. Mi pedazo de paraíso.

Me acerqué a la última curva. Mis llantas traseras se deslizaron sobre el asfalto, y me enderecé para presionar el pedal del acelerador hacia el suelo. Lo abrí y el Boxster gritó en la final.

Brett y Jared venían a la vuelta de la esquina detrás de mí. Podía oírlos, pero no miré para ver lo cerca que estaban. No iban a ganar. La multitud se alineó en toda la calle. La gente con la que me crucé estaba saltando. Estaban gritando.

El trono de poder bajo la punta de mis dedos me hizo sentir borracho por la velocidad. Seguí presionando. El coche llegó al límite del velocímetro. La línea de meta se fue acercando cada vez más. Estaba casi encima.

Sólo otros 15 metros.

Me apreté la mandíbula.

Diez

—¡Vamos! —Rugí.

Tan pronto como cruzara esa línea, podría dejarlo salir todo. La rabia. Podía dejar que me consumiera, y finalmente podía desatar la furia que había estado cargando durante seis meses. Y se iba a sentir tan bien.

Cinco.

CAPÍTULO 38

JANA

—Lo tiene —dijo Dave a mi lado. Todos estábamos atestados al final de la pista. Los coches volaban hacia nosotros. Félix iba en la cabeza. Estaba tan cerca. Mi corazón se aceleró, y todo mi cuerpo se esforzó contra la anticipación.

Luego su auto voló por encima de la línea de meta.

La multitud estalló en vítores, y la gente saltó al aire, levantando los puños para celebrar la victoria de Félix. Emití un grito de alegría que me mareó un poco. Dave me mantuvo firme donde estaba en el escalón lateral del Jeep de Stan. No era lo suficientemente alto para ver sobre la multitud.

Vi el coche de Félix frenarse hasta detenerse. Los coches de Jared y Brett vinieron detrás de él. Estaba a punto de bajar e ir al borde de la pista para que cuando los últimos coches pasaran la línea pudiera correr a encontrarme con Félix, pero algo me llamó la atención.

Movimientos cerca del coche de Félix. Estaba saliendo.

—Uh-oh —respiró Stan.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ginger. Tampoco podía ver por encima de todas las cabezas.

Mantuve mis ojos centrados en Félix mientras cerraba la puerta de su auto. —Félix salió de su auto

—¿Qué? —Preguntó Dave, mirándome—. ¿Qué demonios está haciendo?

—No lo sé —dije, viéndolo marchar por la acera hacia el auto de Jared Dalton. Jared abrió la puerta, pero se quedó sentado. Vi a Félix agarrar a Jared por la parte delantera de su camisa. Lo sacó del auto como si no pesara nada y, con un rápido movimiento, lo golpeó con fuerza en la cara. Jared se desplomó sobre el pavimento y Brett Paul se bajó del coche. —Oh, mierda —respiré.

—¿Qué? —Preguntó Dave otra vez.

La multitud respondió a su pregunta mientras empezaban a cantar.

—Pelea.

—Pelea.

—Pelea.

—Maldición —gruñó Dave. Luego hizo un gesto a Stan con la mano—. ¡Vamos! ¡Va a necesitar refuerzos!

Y todos corrimos. Estaba mareada, pero nada me iba a impedir llegar a Félix. Atravesamos a la multitud. Dave gritó a la gente para que se apartara de su camino.

Nos liberamos y corrimos a través de la pista hacia Félix. Un grupo de personas ya se había agrupado a su alrededor, y él estaba agachado sobre Brett, quien le gritaba una serie de maldiciones mientras Félix le devolvía la herida y le clavaba el puño en la mandíbula.

—¡Félix! —Stan gritó mientras patinaba hasta detenerse. Félix levantó la mano—. ¡No!

Todos se callaron y se quedaron quietos. Ginger chocó contra mi espalda, y nos estabilizamos mientras mirábamos la vista ante nosotros.

Brett estaba a merced de Félix. Tenía los ojos muy abiertos, pero furiosos, y silbaba como un gato en las garras de Félix. Trató de separar los dedos de Félix en el cuello de su camisa, pero no

tuvo éxito. Jared Dalton estaba a cuatro patas tratando de ponerse de pie. Claramente, el golpe que había recibido de Félix había confundido su cerebro, y no podía encontrar el camino. Cada vez que se ponía de pie, volvía a caer.

Stan dio otro paso adelante y Félix agitó la cabeza. —Son míos —gruñó.

—Street King

—Street King

—¡Street King!

El canto se acompañó de pisotones. Era un sonido intimidante. Félix liberó a Brett. — Levántate.

Brett observó a Félix mientras retrocedía y le dio espacio. Parecía un niño asustado por una fracción de segundo.

—¡Levántate! —Gritó Félix nuevamente.

Brett se puso en pie y arrastró el dorso de su mano a través de su boca para secarse la sangre.

Félix señaló a Brett con el dedo. —Tú y Jared terminaron aquí. No volverás a correr en Las Calles nunca más. Se acabó.

—¿Qué? ¿Crees que sólo porque ganaste una carrera, puedes dictar quién puede participar y quiénes no? —Brett escupió.

—Eso es exactamente lo que pienso —dijo Félix. Me di cuenta de que se estaba conteniendo. Quería golpear a Brett contra el pavimento. —Vete. Y no vuelvas. No te queremos aquí.

—No tienes la autoridad para...

—No, no la tiene —dijo Kam, alejándose de la multitud. Se veía muy sexy con su body de malla y sus calzas brillantes. Sus botas hacían que sus piernas parecieran armas largas y peligrosas. Tenía un sobre en una mano, que le pasó a Félix. Lo dobló por la mitad y se lo metió en el bolsillo. Era espeso.

Kam asintió a Brett. —Pero yo sí. Tengo la última palabra en estos asuntos. Y yo estoy con él. Ustedes dos están acabados.

Brett la miró con ira—. ¿Crees que eres dura, eh, perra? Crees que.

Fue cortado cuando el puño de Félix se golpeó contra su mandíbula y lo hizo tambalearse.

Kam se cruzó de brazos y observó con desconcierto cómo Félix iba tras Brett de nuevo. La multitud seguía cantando y pisoteando. El impacto de sus zapatos en el pavimento vibraba en las suelas de los míos. En mis entrañas. En mi cabeza.

Félix tenía a Brett en una fortaleza. Tenía el brazo clavado debajo de la espalda—. ¿A caso no escuchas bien, Brett? La señora dijo que habías terminado. Todos decimos que has terminado. ¿Tengo que arrancarte más dientes para que se entiendas? Porque lo haré.

Brett luchó, pero Félix se mantuvo firme. Brett se quedó quieto e intentó recuperar el aliento. —Vete a la mierda, Félix

—Sí. Que te jodan a ti también —dijo Félix. Soltó a Brett y lo empujó hacia adelante. Brett se tambaleó en el pavimento y luego se puso de pie. Nos miró a todos y me miró a los ojos.

Los labios de Brett se abrieron en un gruñido. Por un momento pensé que podría venir por mí, pero no lo hizo. En vez de eso, se dio la vuelta y se acercó a Jared, que todavía tenía dificultades para ponerse de pie.

Brett lo estabilizó, y Jared agarró el hombro de su amigo. Sus ojos se deslizaron hacia Félix, y su mirada destilaba odio. Nunca antes había visto a alguien tan furioso. O derrotado. O triste. Jared era un hombre patético, y lo había perdido todo.

—¿Hay algo que quieras decir, Jared? —Félix se burló.

Jared se mojó los labios. —Sí. Voy a ir a casa a cogerme a tu ex-esposa.

La multitud dejó de cantar. El aire estaba lleno de silencio mientras todos esperaban para ver cómo reaccionaría Félix.

Todos nos sorprendimos cuando empezó a reír. Le hizo señas a Jared para que se fuera de una manera despectiva como si no fuera nada. Porque no era nada. —Si ella sigue ahí cuando llegues a casa, hazlo. Ella es tan patética como ustedes dos, y es toda tuya, hombre

La multitud empezó a reírse junto con Félix. Se metió las manos en los bolsillos y nos dio la espalda a todos mientras veía a Brett y Jared entrar en sus coches. Brett se detuvo y miró a Félix.

Me preguntaba qué estaba pasando por su cabeza en ese momento. ¿Ya estaba planeando su venganza?

¿Se estaba sometiendo a una derrota y se dio cuenta de que había elegido una pelea que no iba a ganar?

No importaba.

Brett cerró la puerta de golpe y yo vi cómo se encendían sus luces traseras. Aceleró su motor sólo para el espectáculo e hizo un grito de desgaste en la calle antes de irse. Jared no jugó tales juegos. Estaba seguro de que su cabeza latía con demasiada fuerza como para que se molestara con esas tácticas.

Probablemente no debería haber estado conduciendo en primer lugar. Lo más probable es que tuviera una conmoción cerebral por el golpe que recibió.

Grité sorprendida cuando Félix me abrazó y me besó. La multitud estaba animando de nuevo. Mi hermano y Stan lo golpearon en la espalda mientras me dejaba en el suelo. Me sostuve de él mientras me envolvía con su brazo y lanzaba su puño al aire.

Los gritos de la multitud se duplicaron en tono.

Kam se acercó y sacó la cadera. —Estoy impresionada, Félix. Tengo que decir. No estaba segura de que pudieras hacer esto cuando apareciste por primera vez en la escena.

—Siempre te han gustado las sorpresas —dijo Félix con frialdad. Ella sonrió. —Tienes razón. —Felicitaciones.

—Gracias —Sonrió. Luego me miró—. ¿Qué dices si nos largamos de aquí?

¿Ir a algún lugar tranquilo?

—Eso suena increíble —dije.

Asintió a Stan, Ginger y Dave—. ¿Están listos? —Asintieron con la cabeza.

La multitud continuó cantando “Street King” mientras nos escabullíamos a través de ellos. Félix y yo fuimos al Boxster, y los otros se apilaron en el Jeep de Stan. Cuando las puertas se cerraron, los gritos del exterior no fueron menos intensos. Me retumbaba en los oídos.

Félix encendió el motor. El coche ronroneaba debajo de nosotros, y la multitud se separó, dejando espacio para que Félix se fuera. Me miró por encima—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —Asentí con la cabeza. —Pisa a fondo.

Me dio su mejor sonrisa, dejó caer el embrague y nos lanzamos hacia adelante. El ensordecedor rugido de la multitud fue reemplazado por el grito de victoria de Félix y mi propio grito de alegría mientras la aceleración me empujaba con fuerza al asiento.

El dolor en mi cabeza se olvidó, y yo estaba contenta en este corto y glorioso momento con el hombre que conocía sin la menor duda de que estaba enamorada de él.

CAPÍTULO 39

FELIX

Le tiré las llaves a Clark cuando apareció de bajo la puerta del garaje para encontrarse conmigo el domingo por la mañana en mi casa. —Condujo como un sueño —le dije.

—Y parece que estuvo sentada en tu garaje todo el tiempo —dijo Clark.

—Puedo asegurarte que no lo hizo. Sólo conozco a un tipo que hace un buen trabajo de detalle

—¿En tan poco tiempo?

—Es mi hermano —le dije.

—Ah —asintió Clark. —Bueno, te lo agradezco. Y me alegra saber que ganaste. Hace que todo valga la pena... .

—Tengo algo para ti —le dije. Clark levantó las cejas, pero no dijo nada mientras caminaba hasta donde mi chaqueta estaba en mi banco de trabajo. Busqué en uno de los bolsillos antes de retirar el sobre. Volví caminando y se lo entregué. —Un agradecimiento por todo lo que hiciste. Todo esto habría sido muy diferente si no hubieras estado dispuesto a echar una mano. Y tu bebé —agregué, asintiendo al Boxster.

Clark abrió el sobre y parpadeó ante el contenido. —Esto es mucho dinero

—Sí, bueno, me hiciste un favor.

—Es demasiado

Agité la cabeza. —No lo es. Las ganancias fueron más que suficientes para poder compartirlas contigo.

Clark me tiró sus llaves. —Quédatelo

—¿Qué?

Levantó el sobre. —Este dinero paga por este vehículo. Quédatelo. Es el coche con el que le ganaste a Brett Paul. Debería ser tuyo.

—No puedo...

—Puedes —dijo con firmeza. —Además, ya no lo conduzco. Es una pena tener algo así en un garaje. Sólo hay una condición

—Cual.

—Puedo tomarlo prestado para impresionar a las mujeres

Me reí. —Trato hecho, hombre —Sacudimos las manos en un fuerte apretón, y me metí las llaves en el bolsillo.

Clark sacudió el sobre. —Gracias por esto. Estaremos en contacto. Nos vemos, Félix. No te metas en problemas.

Con las manos en los bolsillos, lo vi alejarse, y luego cerré el garaje y caminé alrededor del Boxster. Mi Boxster.

Es curioso cómo salen las cosas a veces.

Volví a entrar y fui a la cocina a calentar una tetera. Una vez que empezó a silbar, lo vertí en una taza sobre una bolsita de té verde y lo llevé a la sala de estar, donde encontré a Jana exactamente donde pensé que estaría, acurrucada en su esquina favorita con su libro en el regazo, leyendo.

Ella levantó la vista cuando entré y dejó la taza sobre la mesa junto a ella. —Gracias —me dijo con dulzura.

—¿Cómo te sientes? —Dobló la esquina de su libro y cruzó las manos sobre él. —Como yo otra vez. No tienes que seguir preocupándote por mí. El doctor me dio un certificado de buena salud.

—Aun así —dije.

—Aun así, nada. Estoy bien. Me siento mucho mejor. Lo prometo Me senté a su lado y le di unas palmaditas en el tobillo. —Y me alegro

—¿Le diste el dinero a Clark?

Asentí con la cabeza. —Al principio no quería tomarlo

—Como esperábamos

—Pero lo convencí. Y luego... —Me callé

—¿Y luego? —su mirada se volvió escéptica.

—Y luego me dio las llaves y me dijo que me quedara con el auto

—¿Qué? —preguntó Jana incrédula.

—Sí. Lo sé. Yo también pensé que era una locura. Pero insistió en que me lo quedara. Le pagamos mucho más de lo que él considera que vale su auto, y cree que debería quedarse conmigo porque gané con él y todo eso.

Jana parecía sorprendida. —Vaya. Qué generoso de su parte

—¿Verdad?

Cogió su taza y bebió con cuidado del borde. —Ahora sólo tienes, ¿qué, trescientos mil para gastar?

Me reí y me froté la nuca. —Sí. Más o menos. También le di una buena parte a Tobías.

Se lo ha ganado. ¿Alguna sugerencia sobre cómo debería gastar el resto?

Ella agitó la cabeza. —Es tu dinero. No puedo aconsejarte cómo gastarlo. Aunque ese colchón tuyo podría ser reemplazado.

—Anotado —Sonreí mientras cubría con mis brazos la parte de atrás del sofá. Se inclinó hacia mí y le froté el hombro con el pulgar. Ella estaba bajando su cabeza a mi hombro cuando le dije: —¿Qué tal si vamos a un lugar cálido? ¿Tropical? En algún lugar donde los dos podamos pasar mucho tiempo juntos sin interrupciones.

Se sentó y me miró—. ¿Me tomas el pelo o lo dices en serio? Porque si estás bromeando, eso sería increíblemente cruel.

—No estoy bromeando. Creo que ambos merecemos unas vacaciones. ¿No es así?

—Um. Es una locura, pero sí, definitivamente necesitamos unas vacaciones

Me reí. —Está decidido entonces. Nos vamos

Ella suspiró y se acurrucó en mí—. ¿Adónde debemos ir? ¿Hawái? —Agité la cabeza. —No. Más lejos que eso

Levantó las cejas. —Oh. Interesante. De acuerdo. ¿Qué tienes en mente?

—¿Fiji?

Parpadeó—. ¿En serio? —Asentí con la cabeza.

Jana se sentó un poco más derecha mientras sus ojos se iluminaban. —Oh, Dios mío. Siempre quise ir a Fiji. ¿Estamos siendo irresponsables? ¿Estamos seguros de que es una buena idea?

Me reí y la recogí en mis brazos. —Gané ese dinero con todas las de la ley. Voy a gastarlo como me parezca. Y creo que para llevar a mi mujer de vacaciones es el lugar perfecto para empezar. —Le puse la palma de mi mano en la mejilla y me incliné para besarla.

Nos interrumpió la apertura de mi puerta principal. Jana levantó la vista y se sonrojó, me di la vuelta para ver a Dave entrando en la sala de estar. —Deberíamos crear una regla a lo largo de la vida, por así decirlo. Poner distancia frente a los demás... —dijo.

Jana puso los ojos en blanco y se quedó dónde estaba. —No seas tan mojigato, Dave —Stan y Ginger aparecieron tras él. Ginger se sentó en el sofá a mi lado y miró a Jana—. ¿Cómo te sientes? Queríamos venir a ver cómo estabas. Iba a traerte sopa, pero no estaba segura de si ibas a comer después de, bueno, ya sabes, todo ese mal rato con la comida.

Jana sonrió. —Estoy bien. Félix me llevó a ver al doctor hoy, y me hicieron algunas pruebas. Lo que sea que me dieron ayer está fuera de mi sistema

—Probablemente por todos los vómitos —bromeó Stan. —Cállate —dijo Dave.

—Oblígame —replicó Stan.

Jana agitó la cabeza ante ambos. —Gracias a todos por su preocupación, sin embargo, ya me siento mucho mejor y no es necesaria tanta atención —Dave y Stan se sentaron en el otro sofá. Stan asintió—. ¿Cómo se siente, hombre? ¿Algo diferente?

—¿Qué?

Stan me miró fijamente. —Vencer a Brett y a Jared. Tener tu título de vuelta. Vamos, sigue el ritmo

Me encogí de hombros. —No lo sé. Se siente igual, pero un poco menos peligroso, supongo. Es bueno no tener más a Jared o Brett planeando cosas en mi contra, apuntando contra mí. Y es bueno no tener que prepararse para una carrera, aunque me gusta esa parte.

—¿Cómo sabes que no te siguen apuntando? —preguntó Ginger con curiosidad. —No lo sé, supongo

—Brett y Jared son impredecibles —dijo Stan. —Podrían levantar sus feas cabezas cuando les plazca, pero creo que es seguro decir que no volverán a Las Calles. Saben que ya no tienen favor con nadie. Sería mejor para ellos que siguieran adelante.

—¿Y Eloise? —Preguntó Dave.

Mastiqué esa pregunta por un momento. —No lo sé. Le dije que debería irse. No tengo ni idea de si siguió mi consejo.

—Creo que lo debe haber hecho —dijo Jana.

Miré a mi chica—. ¿Qué te hace decir eso?

Jana se encogió de hombros. —Sólo porque sea una persona de mierda no significa que no confiara en ti. Creo que sabía que le estabas dando un buen consejo cuando le dijiste que se fuera. En cierto modo, aún tratabas de mantenerla a salvo.

—Yo no estaba...

Jana agitó la cabeza. —No estoy molesta o incomoda por eso. Me alegro de que hayas intentado ayudarla. Es la clase de hombre que eres, Félix. No ha tenido a nadie cuidando de ella en mucho tiempo, y cuando dijiste eso, pude ver lo sorprendida que estaba. Creo que debe haber hecho las maletas en ese momento y se largó antes de que Jared llegó a casa.

—Puede que tengas razón —Asentí con la cabeza.

—¿Adónde crees que se habrá ido? —Preguntó Dave—. ¿A quién le importa? —Stan sonrió con suficiencia.

—Secundo eso —dije—. Estoy feliz de que toda esa mierda haya quedado atrás. Ahora podemos seguir adelante juntos

—Amén a eso —dijo Dave. —Aunque, desearía que algunos de nosotros no estuviéramos tan juntos. Si sabes a lo que me refiero —Se refería claramente a Jana y yo.

Ella se rió y agitó la cabeza ante su hermano. —Lo siento, Dave. Pero vas a tener que acostumbrarte a esto —Ella me miró.

—Sí —dije—. Pero no lo siento

La besé y ella me devolvió el beso. Dave se quejó mientras Ginger y Stan se reían a su costa.

EPILOGO

JANA

Un mes después

Enterré los dedos de mis pies en la arena mojada segundos antes de que la ola subiera por la playa para engullir mis tobillos. El agua estaba caliente y cristalina.

Levanté la mirada para ver a través de las aguas turquesas y hacia el horizonte. No había nada a la vista hasta donde yo podía ver. Nada más que agua, cielo azul y sol.

Esto era el paraíso, sin dudarlo.

Moví los dedos en la arena, sintiendo que los granos mordisqueaban mi piel a medida que se iban asentando más profundamente. Sonreí mientras me hundía un poco más con cada ola.

Félix se acercó por detrás de mí y me envolvió los brazos en la cintura. Su barbilla me empujó el hombro y me besó la mejilla—. ¿En qué estás pensando?

Volví a mirar al horizonte. —Qué buena es la vida junto a ti

Se rió. Sentí el estruendo en su pecho mientras presionaba contra mi espalda. —La vida es buena juntos. Tienes razón. Y esta vista... —dijo con un suspiro—, Bueno, esta vista no se parece a nada que yo haya pensado que tendría la suerte de ver

Me dejó ir y se dio la vuelta para recoger dos piñas coladas. Los fondos de los vasos estaban cubiertos de arena, pero no me importó mientras tomaba y sorbía a través de la paja. Una cuña de piña estaba a un borde del vaso, y un par de cerezas flotaron dentro de la mezcla, un trago propio del lugar.

Félix nos había reservado una estancia en un bungalow privado en Fiji. La playa de arena blanca era toda nuestra, sin riesgo de que otros turistas o locales nos interrumpieran. Sólo habíamos estado allí dos días, y yo ya no quería irme.

Todo era perfecto. Los tragos, el lugar, la compañía.

—No quiero ir a casa —le dije.

—Entonces podemos quedarnos. Todo el tiempo que quieras. O ir a un lugar nuevo después de esto

Sonreí y volví a mirar al agua. Las olas continuaron besando la arena a medida que el sol comenzaba a caer más abajo en el cielo. Si el atardecer fuera como el de anoche, estaría pasando la vida aquí sentada en la arena caliente, observando cómo el cielo se volvía rosa y luego púrpura. Entonces, en el momento adecuado, el sol se hundiría bajo el horizonte y las estrellas emergerían.

En otra vida, debo haber sido una pirata. O una sirena. El océano le habló a mi alma. —Tenemos responsabilidades en casa

—¿Cómo qué? —preguntó Félix.

—Como mi trabajo. Ya estaban descontentos de que les pidiera dos semanas libres para venir aquí

—Que se jodan.

—No es tan simple —Me reí.

Félix frunció los labios. Se volvió hacia el océano y abrió bien los brazos. —Todo esto me parece muy sencillo. Belleza. Océano. Tú. Yo

Sonreí y sorbí más de mi bebida. —Todavía tengo que trabajar

—Tal vez.

—¿Qué quieres decir con “tal vez”?

Félix se encogió de hombros. —No creo que haya terminado con las carreras. Y será mucho más seguro con Brett y Jared fuera del juego.

Asentí con la cabeza. —Cierto. Pero todavía tengo mis propias cuentas. Y el alquiler. Y...

—Múdate conmigo. Para siempre

—¿Perdón? —Parpadeé.

—Ya me oíste —dijo Félix. —Quédate conmigo. Tú y yo sabemos que esto no va a terminar entre nosotros. Al menos, eso yo lo sé. Te quiero a mi lado todas las mañanas cuando me despierto. Te quiero allí cuando me duerma. Yo sólo... te quiero a ti, Jana. Estoy enamorado de ti

Mi corazón revoloteaba como una mariposa tonta.

Levantó su mano y me cubrió la mejilla, me pasó el pulgar por el labio inferior. Su tacto era salado. —Yo también te amo —susurré.

Él sonrió. Sus ojos eran cálidos, y su mirada era suave. Luego deslizó su pulgar entre mis labios y trazó mis dientes inferiores. —Voy a demostrarte cuánto te quiero. Justo aquí

Presioné mi lengua contra su pulgar. Él miró mi boca mientras yo extendía la mano a mis espaldas y tiraba de las cuerdas de mi bikini. Se deshicieron de un tirón y cayó a la arena. Félix metió su pulgar más profundamente en mi boca, y lo chupé.

Me desabroché las cuerdas de las caderas que me cubrían las nalgas. Esos también cayeron a la arena.

Estaba desnuda ante él en la playa de Fiji. El sol me besó la piel, y el agua me dio la vuelta en los tobillos mientras caminaba hacia atrás. Luego nos arrodillamos. El agua bailaba alrededor de los muslos mientras tomaba su mano de mi boca y la presionaba entre mis piernas, ahuecando mi vulva y empujando contra mi clítoris con el talón de su mano.

Los dos seguíamos con los tragos en una mano.

Chupé el mío por la pajita hasta que la taza estaba vacía. Luego lo tiré en la playa.

Félix hizo lo mismo.

Nos reunimos para un beso con pura desesperación. Sabía a coco. Estaba segura de que yo también.

La sal del océano se quedó en nuestros labios y piel mientras nos besábamos el cuerpo.

Félix me bajó a la espalda. El agua me tiraba del pelo y lo arrastraba con cada ola. Me entró en las orejas y la arena movediza me hizo cosquillas en la piel cuando Félix comenzó a frotar mi clítoris en círculos lentos. Me quejé y levanté las manos sobre mi cabeza.

Metió un dedo dentro de mí.

Mis ojos se cerraron por voluntad propia. El sol brillaba contra mis párpados, y yo estaba en mi gloria bajo él. Los labios de Félix sellaron los míos y silenciaron mi gemido mientras me introducía otro dedo.

Entonces empezó a follarme en serio.

Agarré sus hombros bronceados y me retorcí debajo de él mientras me llevaba al borde de un orgasmo. Luego se detuvo, retrocedió y volvió a besarme.

—Eres cruel —le respiré en el oído—. Te encanta.

—Me encanta más cuando me haces venir

Félix se rió. El sonido onduló a través de mí. —Por supuesto que sí, nena. No te preocupes. Te haré venir. Sólo que todavía no. Me gusta hacerte esperar

Me quejé de excitación y frustración.

Entonces decidí tomar el asunto en mis propias manos, y me arrodillé. Félix intentó detenerme, pero lo empujé hacia atrás con firmeza. Cayó en la arena y se rió mientras le pasaba una pierna por encima me puse a horcajadas sobre sus caderas. —¿Tienes un condón? —Le pregunté.

Hurgó en el bolsillo de su traje de baño y saco uno. Se lo quité de los dedos y agité la cabeza —. ¿Cómo estás siempre preparado?

—Bueno, siempre quiero follarte. Así que tengo que estar siempre listo.

Con el calor de un rubor en mis mejillas, empecé a abrir el cordón. Tomó segundos. Abrí las cuerdas que sujetaban su bañador y liberé su pene para acariciarlo suavemente. Me miró y agarró mis muslos firmemente mientras rodaba el condón.

Me levantó sutilmente, y yo me levanté aún más sólo para volver a sentarme en su pene. Estaba tan mojada que se deslizó dentro de mí fácilmente. Me quejé cuando lo tomé todo y puse mis manos sobre su pecho para sujetarme cuando mis rodillas se hundieron en la arena.

—Dios, tu vagina es tan buena —dijo arrastrando—. Lo sé —susurré y sonreí.

Luego lo monté por todo lo que valía la pena. Reboté y caí encima de él. Giré mis caderas y me burlé de él cuando estaba a punto de venir, y lo soportó todo el tiempo bien, hasta que me incliné sobre él y le pellizqué el lóbulo de la oreja entre mis dientes. Luego perdió la compostura. Félix me envolvió con un brazo y se puso de pie. Grité juguetonamente mientras me llevaba al agua. Nos dio vueltas en la cintura y me dejó ir. Floté a su lado hasta que busqué el fondo con los pies. El agua estaba hasta mis pechos.

Me sentí libre de estar desnuda en el agua con él. —Ven aquí —dijo Félix, alcanzándome.

Le cogí las manos y me arrastró hacia él. Le envolví mis piernas alrededor de su cintura y sentí su pene rozar mi clítoris. —Siempre quise hacer esto —susurré.

Agarró su miembro y lo guió dentro de mí. Me quejé y colgué mis brazos alrededor de su cuello. —Yo también —dijo.

Me sostuvo el culo y me hizo rebotar en su pene en el agua. El sol, el aire salado y su grueso mástil hacían la mejor combinación. Puse mis caderas en su regazo mientras él aplastaba sus labios contra los míos. Su lengua se clavó en mi boca, y mientras continuaba rodando mis caderas, cogiéndolo en el agua, sus manos se movieron por mi espalda y se enhebraron en mi cabello.

Me tiró de la cabeza hacia atrás con fuerza. Me quejé. Me besó el cuello y la parte superior de los pechos. Se metió por mi garganta, metió sus labios en mi mandíbula y se dirigió a mi oreja. Su aliento caliente me retó a venir.

Me estremecí.

—Aún no, cariño —dijo. Su voz era ronca pero suave en mi oído. —No puedo —me quejé.

—Sí, puedes. Espera —Me apretó el pelo y me tiró del cuello hacia atrás. Luego empujó sus caderas hacia adelante, enterrándose más profundamente dentro de mí. —Espera

Ya estaba en el límite de mi misma y el placer que me producía estar con Félix, y no había nada que pudiera hacer para detenerlo. Presioné la punta de mis dedos en la parte de atrás de su cuello. Se retiró y volvió a entrar. Mi gemido se me escapó de entre los dientes. —Vale, Jana —susurró contra el costado de mi cuello. —Déjalo ir.

Me vine de inmediato. Me cogió fuerte y rápido, y yo sabía que él también venía. Sus respiraciones eran rápidas y desesperadas, y se aferró a mí en el agua mientras ambos nos esforzábamos contra nuestros orgasmos.

Cuando terminamos, lo besé suavemente. La sal perduró en mis labios.

Me besó la punta de la nariz—. ¿Significa esto que te vas a mudar?

Me reí y presioné mi frente contra la suya. Tenía los ojos cerrados. Podría haber contado sus pestañas si hubiera querido. Eran largas y oscuras, y gotas de agua se aferraban a ellas. Abrió los ojos y me miró fijamente al alma. Eran tan malditamente verdes y manchados de escamas de oro. Eran los ojos más hermosos que jamás había visto. —Sí. Me mudare contigo.

Él sonrió.

—Con una condición

—¿Sí?

Lo besé de nuevo. —Compra ese colchón nuevo, por el amor de Dios

Félix echó la cabeza hacia atrás y se rió. Lo vi mientras el sol bailaba sobre el agua que nos rodeaba.

¿Cómo he tenido esta suerte? ¿Qué había hecho en esta vida para merecer a un hombre así?

Me abrazó más fuerte —Eres todo lo que quiero, Jana Gilmore. Te amo tanto, que me asusta mucho.

—Conozco la sensación —susurré. Félix había superado a sus demonios, pero donde hay uno siempre habrá más, y esta vida callejera subterránea seguramente iba a causar más problemas.

Pero por ahora podía disfrutar de esto. Compartir la vida de la mano de un hombre que me quería, cuidaba y respetaba. Él era la experiencia más extrema que había vivido, pero también era la más dulce, amorosa y sensual que había experimentado. Estar con él había cambiado mi mundo de los pies a la cabeza. Me encantaba y no cambiaría esto por nada. Al menos por ahora, podíamos dedicarnos a ser felices.

FIN